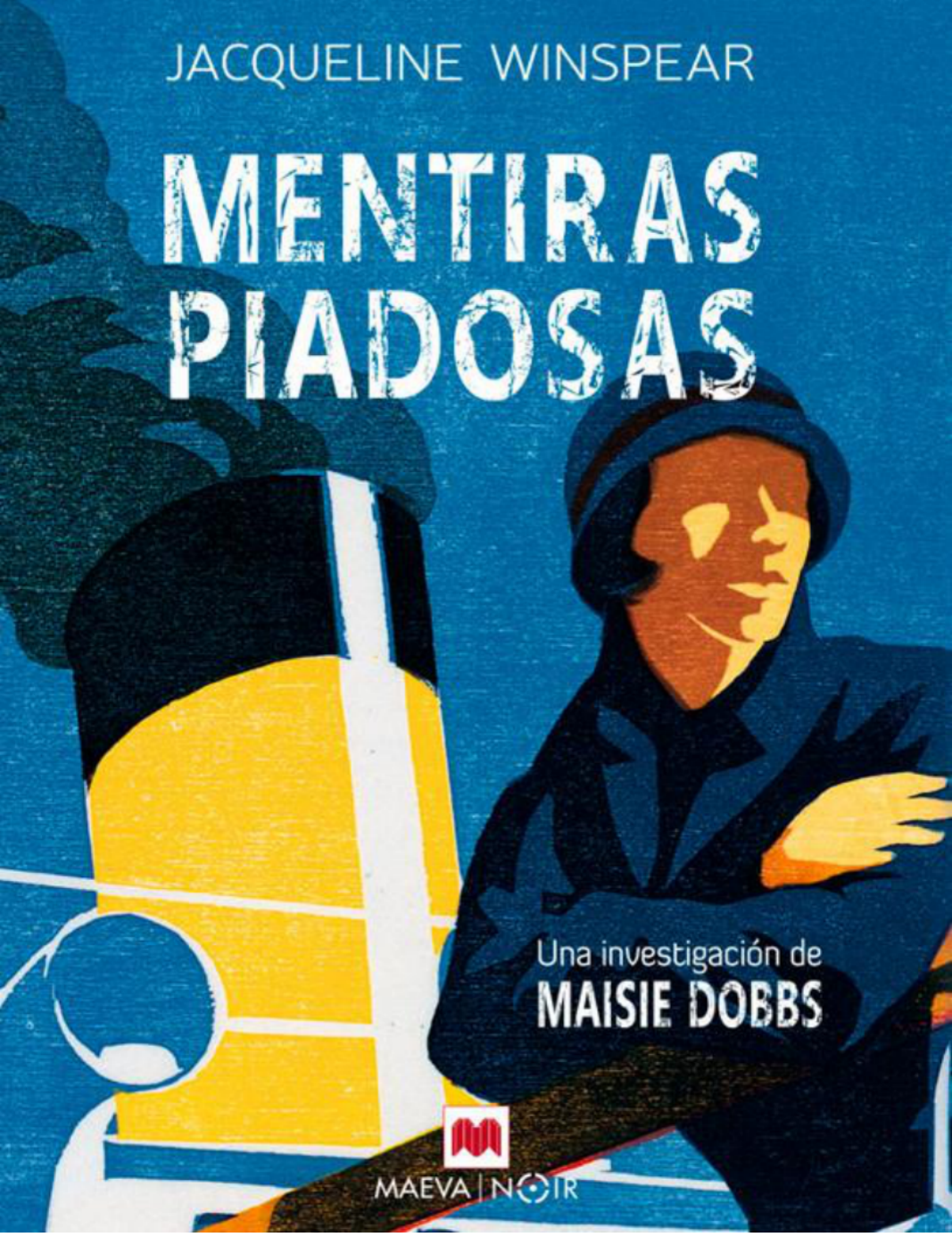
JACQUELINE WINSPEAR

MENTIRAS PIADOSAS



Una investigación de
MAISIE DOBBS

MAEVA | NOIR

JACQUELINE WINSPEAR

MENTIRAS PIADOSAS

Una investigación de
MAISIE DOBBS

Traducción:
Ana Belén Fletes Valera

MAEVA | NOIR

Índice

Portada
Dedicatoria
Citas
Primera parte. Londres, septiembre de 1930
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Segunda parte. Francia, septiembre de 1930
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Tercera parte. Inglaterra, finales de septiembre, principios de octubre de 1930
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Epílogo. Octubre y noviembre de 1930
Notas
Créditos

Para Anne-Marie, con todo mi amor y gratitud por toda una vida de amistad.

Es cierto que mentir no es un acto íntegro; pero cuando la verdad acarrea un grave daño, la falta de integridad es justificable.
Creusa
SÓFOCLES (*ca.* 496-406 a.C.)

Apilad esos cuerpos en montones bien altos en Austerlitz y en Waterloo.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro, que yo trabajo:
yo soy la hierba; yo cubro todo.
Apilad esos cuerpos en montones bien altos en Gettysburgo,
y apilad esos cuerpos en montones bien altos en Iprés y en Verdún.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro, que yo trabajo.
Dos años, diez años
y los pasajeros al guía le dirán: ¿En dónde estamos, que sitio es este?
Yo soy la hierba.
Y yo trabajo.
«Hierba»
CARL SANDBURG (1878-1967)

PRIMERA PARTE

Londres, septiembre de 1930

1

LA JOVEN AGENTE de policía estaba de pie en un rincón de la sala. Era un lugar inhóspito con las paredes encaladas y sin adornos; una puerta pesada, una mesa de madera con dos sillas y un ventanuco con el cristal esmerilado. Esa tarde hacía frío y la mujer llevaba allí de pie desde que había comenzado su turno, hacía ya dos horas, con la chica desaliñada, inclinada hacia delante en la silla que miraba a la pared como única compañía. Otras personas habían entrado en la sala en distintos momentos y se habían sentado en la segunda silla; primero, el inspector Richard Stratton, acompañado por el sargento Caldwell, que había permanecido de pie detrás de él. Después Stratton se había quedado de pie mientras un médico del hospital Maudsley se sentaba frente a la chica y trataba de hacerla hablar. La chica —nadie sabía la edad que tenía o de dónde procedía, puesto que no había dicho una sola palabra desde que la llevaron a la comisaría aquella misma mañana con el vestido manchado de sangre, y las manos y la cara sucias como si no hubiera visto el agua en un mes— esperaba en ese momento a alguien a quien le habían pedido que acudiera para interrogarla: una tal señorita Maisie Dobbs. La agente había oído hablar de ella, pero después de lo que había visto aquel día, no tenía tan claro que hubiera alguien capaz de arrancarle una palabra a la pobre chica.

La agente oyó voces en el pasillo: Stratton y Caldwell, y alguien más. Alguien con una voz suave, ni muy alta ni muy baja, pero a su dueña no le hacía falta levantarla para hacerse oír, o para hacerse escuchar, pensó la agente.

La puerta se abrió y entró Stratton seguido por una mujer que supuso que sería Maisie Dobbs. La agente se quedó sorprendida, porque no era como ella esperaba; no tardó en darse cuenta de que la voz no revelaba gran cosa sobre su dueña, excepto que tenía hondura sin llegar a ser una voz grave.

La mujer vestía un traje sencillo de color burdeos y zapatos negros, y llevaba un maletín negro de piel bastante usado. Sonrió a la agente y a Stratton de una forma que casi sobresaltó a la mujer uniformada cuando se encontró con los ojos de color azul oscuro de Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora.

—Encantada de conocerla, señorita Chalmers —dijo Maisie, aunque no las habían presentado. La calidez del saludo desconcertó a la

policía—. Brrr, qué frío hace aquí —añadió volviéndose hacia Stratton —. ¿Podemos poner una estufa de aceite, inspector? Es solo para caldear esto un poco.

Stratton enarcó una ceja y ladeó la cabeza ante lo inusual de la petición. Divertida al ver que habían pillado desprevenido a su jefe, Chalmers intentó disimular la sonrisa y la chica de la silla levantó la cabeza, solo un segundo, porque la voz de la mujer la impulsó a hacerlo.

—Gracias, inspector. Ah, y a lo mejor podrían traerle una silla a la señorita Chalmers —añadió mientras se quitaba los guantes y los ponía encima del bolso negro, que dejó en el suelo. A continuación, levantó la silla y la colocó no enfrente de la chica, sino al otro lado de la mesa, pero cerca de ella.

A Chalmers le pareció extraño, y en ese preciso momento se abrió la puerta y un agente entró con una silla, salió de nuevo un momento y regresó con una estufa pequeña de parafina que dejó al lado de la pared. Intercambiaron una mirada rápida y se encogieron de hombros.

—Gracias —dijo Maisie sonriendo.

Y los dos policías comprendieron que había visto la comunicación furtiva entre ambos.

Maisie se sentó junto a la chica, pero no dijo nada. Se mantuvo en silencio un rato, lo que llevó a la agente Chalmers a preguntarse qué diantres pintaba allí. Pero entonces se dio cuenta de que aquella señorita Dobbs tenía los ojos cerrados y había cambiado levemente de postura, y, aunque no sabría decir cómo, era como si estuviera hablando con la chica sin abrir la boca, que se inclinó hacia ella, casi sin poder evitarlo. «No me lo puedo creer, va a hablar.»

—Ya voy entrando en calor.

Era una voz redonda, con acento del sudoeste del país. La chica hablaba de forma pausada, produciendo una fuerte vibración al pronunciar las erres y asintiendo cuando terminaba una frase. Una chica de campo. Sí, a Chalmers le pegaba que fuera una chica de campo.

Pero Maisie Dobbs no dijo nada, se limitó a abrir los ojos y sonrió, pero no con la boca. No, fueron sus ojos los que sonrieron. Después le tocó la mano y la tomó entre las suyas. La chica se echó a llorar, y a Chalmers le pareció de nuevo extraño que la tal Dobbs no hiciera ademán de rodearle los hombros con el brazo ni intentara que dejara de llorar; ni siquiera aprovechó el momento, como hubieran hecho Stratton o Caldwell. No, ella permaneció allí sentada y asintió con la cabeza, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y a continuación hizo algo que volvió a sorprender a la mujer policía.

—Señorita Chalmers, ¿sería usted tan amable de asomarse a la puerta y pedir que traigan una palangana con agua caliente, jabón, un

par de paños y una toalla, por favor?

La agente asintió una vez con la cabeza y se dirigió a la puerta. «Las chicas van a tener tema de conversación. Seguro que pasarán un buen rato a cuenta de este teatrillo.»

El policía de antes volvió al rato con la palangana, los paños, el jabón y la toalla. Maisie se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla y se remangó la blusa de seda de color crema. Metió las manos en la palangana, frotó uno de los paños con la pastilla de jabón y lo escurrió. A continuación, levantó el rostro de la chica, la miró a los ojos enrojecidos e hinchados y comenzó a limpiarle la cara, aclarando el trapo cada poco, y terminando con toquecitos suaves con el paño caliente en las sienes y la frente. Siguió con los brazos, tomándole primero la mano izquierda para subir después hasta el codo, y luego hizo lo mismo con la mano derecha. La chica se encogió, pero Maisie fingió no darse cuenta y siguió masajeándole con suavidad la mano derecha, y a continuación el brazo hasta el codo, y después se lo aclaró.

Cuando la investigadora se arrodilló y le tomó primero un pie descalzo y sucio, y luego el otro para limpiarle el polvo y la mugre con el segundo paño, la policía se dio cuenta de que se había quedado embelesada con la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos. «Es como estar en la iglesia.»

La chica volvió a hablar.

—Tiene usted unas manos muy suaves, señorita.

Maisie sonrió.

—Gracias. Antes era enfermera, hace años, durante la guerra. Los soldados me decían muchas veces que tenía las manos suaves.

La chica asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

Chalmers abrió los ojos como platos cuando la chica, que llevaba sentada en aquella sala sin tomar nada más que una taza de té desde que la habían metido allí doce horas antes, respondió de inmediato.

—Avril Jarvis, señorita.

—¿De dónde eres?

—De Taunton, señorita —dijo y empezó a sollozar.

Maisie metió la mano en el bolso negro y sacó un pañuelo de lino limpio, que dejó encima de la mesa delante de la chica. Chalmers esperó a que Maisie sacara una hoja de papel y se pusiera a tomar notas, pero no lo hizo. En vez de eso, siguió haciéndole preguntas hasta que terminó de secarle los pies.

—¿Cuántos años tienes, Avril?

—Haré catorce en abril, creo.

Maisie sonrió.

—Y dime, ¿cómo es que estás en Londres y no en Taunton?

Avril Jarvis sollozó mientras Maisie doblaba la toalla y se sentaba junto a ella de nuevo. Pero la chica respondió a la pregunta y a todas las que le hizo durante la siguiente hora, y entonces Maisie decidió que ya era suficiente por el momento. Le dijo que cuidarían de ella y volverían a hablar al día siguiente, y que el inspector Stratton estaría presente también para escuchar lo que tuviera que contarles. Y para añadir leña a la historia que Chalmers iba a contarles a las otras mujeres policía que se alojaban en las habitaciones del piso superior de la comisaría de Vine Street, la chica asintió y dijo:

—Está bien, pero solo si está usted conmigo, señorita.

—Sí, yo también estaré, no te preocupes. Ahora descansa, Avril.

2

TRAS LA REUNIÓN con Stratton y Caldwell para ponerlos al día de lo sucedido en la entrevista con la chica, el chófer del inspector llevó a Maisie a su despacho en Fitzroy Square y quedó en pasar a recogerla al día siguiente por la mañana para una nueva entrevista con Avril Jarvis. Maisie sabía que aquel segundo encuentro era importante. Según lo que trascendiera de ella y lo que pudieran corroborar, Avril Jarvis podría pasar el resto de su vida entre rejas.

—Ha tardado mucho, señorita —dijo Billy Beale, su ayudante, pasándose los dedos por el pelo trigueño. Se acercó a ella para quitarle el abrigo y lo colgó en la percha que había detrás de la puerta.

—Sí, ha sido una entrevista larga, Billy. La pobre criatura no tenía ninguna posibilidad. Sin embargo, no estoy segura de hasta qué punto está investigando la policía los antecedentes de la chica, y me gustaría obtener más información para formarme una opinión más precisa. Si me llaman para prestar declaración bajo juramento, quiero estar preparada. —Se quitó el sombrero, que dejó en una esquina de su mesa, y guardó los guantes en el primer cajón—. Quería preguntarte una cosa, Billy. ¿Os apetecería a Doreen y a ti pasar el fin de semana en Taunton con todos los gastos pagados?

—¿Como unas vacaciones, señorita?

Maisie ladeó la cabeza antes de contestar.

—Bueno, no exactamente como unas vacaciones. Quiero que averigües más cosas sobre Avril Jarvis, la chica a la que he entrevistado esta mañana. Me ha dicho que es de Taunton y no tengo motivos para no creerlo. Averigua dónde vivía, datos sobre su familia, si fue a la escuela, si trabajaba y cuándo dejó el pueblo para trasladarse a Londres. Quiero saber por qué se desplazó a la ciudad, aunque dudo mucho que supiera que era para vivir en las calles. Y también cómo era de pequeña. —Negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, solo tiene trece años, no es más que una niña. Es espantoso.

—¿Se ha metido en algún lío, señorita?

—Ya lo creo, uno bien gordo. Están a punto de acusarla de asesinato.

—Vaya por Dios… ¿Y solo tiene trece años?

—Sí. Entonces, ¿puedes ir a Taunton?

Billy apretó los labios mientras lo pensaba.

—La verdad es que Doreen y yo nunca hemos ido de vacaciones. No

le gusta dejar a los críos, pero creo que mi madre puede ocuparse de ellos el tiempo que estemos fuera.

Maisie asintió con la cabeza. Sacó una carpeta de papel manila en la que se leía «AVRIL JARVIS» y se la pasó a Billy, junto con un puñado de tarjetas en las que había tomado notas mientras esperaba para reunirse con Stratton y Caldwell.

—Muy bien. Confírmame lo antes posible si puedes ir y cuándo. Te adelantaré el dinero para el tren, la estancia en una casa de huéspedes y gastos imprevistos. Y ahora sigamos con lo nuestro, hoy tengo que irme pronto.

Billy tomó la carpeta y se sentó a la mesa.

—Ah, sí, ha quedado con esa antigua amiga, la señora Partridge.

Maisie se concentró en el libro de cuentas que tenía delante. No levantó la vista.

—Sí, Priscilla Partridge, Evernden cuando estudiábamos juntas en Girton. Después de dos trimestres allí, lo dejó en 1915 para ingresar en el Cuerpo de Enfermeras Voluntarias de Primeros Auxilios y conducir una ambulancia en Francia. —Suspiró y entonces sí levantó la vista—. No soportaba vivir en Inglaterra tras el Armisticio. Perdió a sus tres hermanos en la guerra y la gripe se llevó a sus padres, así que se fue a vivir a la zona costera de las Landas, en Francia. Allí conoció a Douglas Partridge.

—Creo que he oído hablar de ese sitio —dijo Billy dándose unos golpecitos con el lápiz en la sien.

—Douglas es un escritor y poeta famoso. Lo hirieron de gravedad en la guerra y perdió un brazo. Sus poemas sobre el conflicto causaron bastante controversia cuando se publicaron por primera vez, pero ha logrado seguir escribiendo, aunque todo su trabajo tiene un punto bastante oscuro, ya me entiendes.

—Pues la verdad es que no, señorita. Había oído hablar de él, pero la poesía no es lo mío, si le digo la verdad.

Maisie sonrió y continuó:

—Priscilla tiene tres niños. Los llama «los sapos» y dice que son como eran sus hermanos, siempre están tramando algo. Ha venido a Londres a buscar colegio para el próximo curso. Douglas y ella han decidido que los chicos están creciendo y quieren que se eduquen en el Reino Unido.

Billy negó con la cabeza.

—Yo creo que no podría separarme de mis críos… Perdone, señorita.

El hombre se tapó la boca nada más decirlo al recordar que Frankie Dobbs había mandado a Maisie a trabajar en la mansión de lord Julian Compton y su esposa, lady Rowan, cuando murió su mujer. Maisie no tendría más de trece años por entonces.

—No pasa nada, Billy —dijo ella encogiéndose de hombros—. Hace mucho de aquello. Mi padre hizo lo que consideró mejor para mí y no tengo duda de que eso es lo que está haciendo Priscilla. Cada cual piensa de una forma, pero todos nos vamos algún día, ¿o no? —Se encogió de hombros—. Venga, terminemos estas facturas y a casa.

Maisie llevaba un año viviendo en la casa que lord y lady Compton tenían en Belgravia. Lady Rowan se lo había ofrecido como un favor, puesto que quería que alguien de confianza viviera en la planta de arriba mientras ellos estaban fuera. Maisie era una mujer independiente con un negocio propio desde que su mentor y antiguo jefe, Maurice Blanche, se había jubilado, así que, en vez de dormir en una humilde cama en las habitaciones de los sirvientes en la azotea, como cuando llegó a vivir por primera vez a la mansión, ahora ocupaba unas elegantes dependencias en la segunda planta. Los Compton cada vez pasaban más tiempo en Chelstone, la residencia campestre que tenían en Kent, donde el padre de Maisie trabajaba como encargado de las cuadras. Todos pensaban que mantenían la casa de Belgravia para dejársela a su hijo James, que vivía en Canadá y se ocupaba de los negocios que la familia tenía allí.

Maisie estaba sola en la casa —sin contar con el reducido número de sirvientes— la mayor parte del tiempo, y a finales de verano, lady Rowan regresaría a la ciudad para reanudar sus obligaciones como una de las anfitrionas principales de Londres. Sin embargo, las extravagancias se habían reducido durante ese último año, desde que lady Rowan, en una muestra de compasión inusual entre los miembros de la aristocracia, había dicho: «¡Simplemente, no puedo permitirme ese comportamiento cuando la mitad del país no tiene comida suficiente que llevarse a la boca! No, economizaremos y veremos cómo podemos ayudar al país a salir de esta espantosa catástrofe».

Al llegar a Ebury Place aquella tarde, Maisie llevó el MG a las cocheras situadas detrás de la mansión y se fijó de inmediato en que el Rolls-Royce de lord Compton estaba aparcado junto al viejo Lanchester, y que George, el chófer, charlaba con Eric, el criado que se encargaba de los coches cuando este se encontraba en Kent.

George se tocó la frente y le abrió la puerta del coche.

—Buenas tardes, señora. Me alegro de verla.

—¡George! ¿Qué haces tú por aquí? ¿Ha vuelto lady Rowan a Londres?

—No, señora, he venido solo con el señor. Pero no va a quedarse. Tiene una reunión de negocios y luego irá al club.

—Oh, vaya. ¿La reunión es en la casa?

—Sí, señora. Y, si no le importa, ha dicho que quería hablar con usted en la biblioteca en cuanto llegara.

—¿Conmigo?

Maisie se quedó sorprendida. A veces pensaba que lord Compton la había apoyado en los primeros años de su educación solo para darle el capricho a su mujer, aunque siempre se había mostrado muy cordial con ella.

—Sí, señora. Sabe que tiene que salir más tarde, pero ha dicho que no la entretendrá mucho.

Maisie hizo a George un gesto de asentimiento con la cabeza y dio las gracias a Eric, que se acercó al coche con un trapo para limpiar el MG, aunque estaba reluciente. En vez de entrar por la puerta de la cocina, un acto poco convencional que había tomado por costumbre, se dirigió rápidamente a la puerta principal, donde la estaba esperando Sandra, la trabajadora de más edad del personal de servicio en ausencia de Carter, el mayordomo, que estaba en Chelstone.

—Buenas tardes, señora —dijo Sandra haciendo una leve reverencia, pues sabía que Maisie detestaba ese tipo de formalidades —. El señor…

—Sí, acaba de decírmelo George. —Le entregó el sombrero y el abrigo, pero se quedó con el maletín. Consultó la hora en el reloj que llevaba prendido en la solapa, regalo de lady Rowan cuando se marchó a Francia para trabajar como enfermera en 1916. El reloj había sido su talismán desde entonces—. Gracias, Sandra. ¿Podrías prepararme el baño, por favor? Voy a reunirme con la señora Partridge en el hotel Strand Palace a las siete y no quiero llegar tarde.

—Por supuesto, señora. Una lástima que no pudiera quedarse aquí. No será por falta de sitio.

Maisie se dio unos toquecitos en el pelo mientras echaba a correr hacia la escalinata.

—Dijo que, para unos días que puede descansar de los niños, quería disfrutar de que se lo dieran todo hecho en un hotel de lujo.

Maisie se serenó antes de entrar en la biblioteca y llamó a la puerta. Oía voces de hombre. La de lord Compton era clara y firme; la otra voz sonaba más grave y categórica. Maisie escuchó detrás de la puerta con los ojos cerrados y comenzó a pronunciar en silencio las palabras que oía, cambiando la postura del cuerpo de manera automática para adoptar la que le sugería aquella voz. Estaba claro que era un hombre decidido, de buen porte y con unos hombros anchos y fuertes. Se le ocurrió que tal vez fuera abogado, aunque algo despertó su interés unos segundos antes de llamar a la puerta y entrar en la biblioteca: la voz de aquel hombre denotaba que tenía miedo.

—MAISIE, GRACIAS POR dedicarnos unos momentos de tu precioso tiempo —la saludó Julian Compton al tenderle la mano para invitarla

a entrar. Era un hombre alto y delgado, con el pelo canoso peinado hacia atrás y el aire cortés y sofisticado que se tiene cuando se es rico, seguro de sí mismo y triunfador.

—Es un placer verlo, lord Julian. ¿Cómo está lady Rowan?

—Aparte de esa horrible cadera suya, ¡imparable! Como podrás imaginar, está a punto de nacer un nuevo potrillo; ¡seguramente otra promesa para el Derbi de dentro de un par de años! —Lord Compton se volvió hacia el hombre que aguardaba de pie de espaldas a la lumbre—. Permíteme que te presente a un buen amigo, sir Cecil Lawton, abogado de la Corona[1] .

Maisie se acercó y le estrechó la mano.

—Buenas tardes, sir Cecil.

Percibió la incomodidad del hombre, que parecía reticente a mirarla a los ojos y prefería fijar la vista en algún punto detrás de ella. Después se miró los pies y de nuevo a lord Julian. «Casi puedo oler el miedo», pensó Maisie.

Cecil Lawton era solo cuatro o cinco centímetros más alto que ella. Tenía el pelo ondulado, de color gris oscuro, con raya al medio y peinado hacia atrás por los lados. Llevaba gafas de media luna y tenía una nariz bulbosa que parecía reposar con cierta incomodidad sobre el bigote encerado. Vestía ropa cara, aunque no era nueva. Maisie había conocido a muchos hombres como él en su trabajo, abogados y jueces que habían invertido mucho dinero en el aspecto exterior para dar buena impresión, pero que, una vez alcanzaban el culmen de su carrera profesional, dejaban de mirar hacia Savile Row, la calle de los sastres por excelencia, con la devoción de cuando eran más jóvenes.

—Es un placer verla, señorita Dobbs. Tal vez recuerde que ya nos conocemos. Cuando prestó usted declaración a favor de la defensa en el caso Tadworth. Aquel hombre habría ido directo a la prisión de Wormwood Scrubs de no ser por sus acertadas observaciones.

—Gracias, sir Cecil. —Maisie tenía prisa por saber el motivo del encuentro con el abogado y poder arreglarse para su cena con Priscilla. Se volvió hacia lord Julian—. Creo que quería usted verme, lord Julian. ¿En qué puedo ayudarlo?

Este dirigió una breve mirada hacia Lawton.

—Sentémonos. Maisie. Sir Cecil quiere confirmar cierta información que recibió hace unos años, durante la guerra. Acudió a mí y yo le sugerí de inmediato que tal vez tú podrías ayudarlo. —El hombre miró un momento a su amigo y volvió a fijar la vista en ella—. Creo que es mejor que él mismo te explique la situación en privado, sin que yo interfiera de ningún modo. Sé que tú prefieres que sea él quien te dé todos los detalles y responda a cualquier pregunta que consideres necesaria con absoluta confianza. He de añadir, Maisie —dijo sonriéndole a su amigo— que he informado a mi buen amigo de que

tus tarifas no son insignificantes, pero que tu trabajo lo merece.

Maisie sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, lord Julian.

—Muy bien. Me voy a mi guarida unos diez minutos o así. Enseguida vuelvo.

SIR CECIL LAWTON se removió inquieto en el asiento, y al final se levantó de nuevo y se colocó de espaldas a la chimenea. Maisie se reclinó suavemente en el sillón, ante lo cual Lawton se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Esto es de lo más inusual, señorita Dobbs. Nunca pensé que un día tendría que pedir ayuda con este asunto… —El hombre negó con la cabeza, con los ojos cerrados, y pasados unos segundos levantó la mirada y continuó—: Mi único hijo, Ralph, murió en la guerra.

—Lamento oírlo, sir Cecil —dijo Maisie en voz baja. Como notaba que el abogado tenía una pesada carga que compartir, se inclinó hacia delante para indicar que era todo oídos. El hombre había pronunciado el nombre de una manera inusual, eliminando la ele.

—Me encontraba en posición de hacer preguntas, por lo que no me quedaron, no me quedan, dudas de que había perdido a Ralph para siempre. Estaba en las fuerzas aéreas. El que seguía vivo tres semanas después de llegar a Francia tenía suerte.

Maisie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Lawton se aclaró la garganta otra vez, se mordió el puño un segundo y después se cruzó de brazos y continuó:

—Mi esposa, sin embargo, siempre mantuvo que Ralph estaba vivo. Se volvió una persona muy… inestable, creo que diría usted, tras conocer la noticia. Creía que algún día volvería. Decía que una madre sabía esas cosas. Sufrió una crisis nerviosa un año después de la guerra. Había empezado a relacionarse con espiritistas, médiums y todo tipo de charlatanes en un intento de demostrar que Ralph estaba vivo.

—Hubo mucha gente que recurrió a ese tipo de cosas, sir Cecil. Su esposa no era la única.

El hombre asintió con la cabeza y continuó con su historia.

—Uno de ellos llegó a decir que un guía espiritual… —Negó con la cabeza y volvió a sentarse frente a Maisie—. Lo siento, señorita Dobbs. Me hierve la sangre con solo pensar en ello. El hecho de que una persona pueda ejercer tanto poder sobre otra me parece aborrecible. Bastante tiene una familia con soportar la pérdida; no le hace falta que venga una bruja… —El hombre vaciló un instante y luego recuperó la compostura—. El caso es que alguien le dijo a mi esposa que un

espíritu guía le había entregado un mensaje desde el más allá que decía que Ralph no estaba muerto, sino todo lo contrario.

—Tiene que ser muy difícil para usted —dijo Maisie.

Maisie prefería no tomar partido mientras escuchaba toda la historia. Había algo en el modo en que aquel hombre hablaba de su hijo que la incomodaba. Sintió un escalofrío en la nuca, en la cicatriz que le había quedado en el cuero cabelludo tras la explosión del obús. Tenía dudas sobre el amor de aquel hombre hacia su hijo.

—Mi esposa pasó los últimos dos años de su vida en un manicomio, señorita Dobbs, una institución privada en el campo. No podía permitir que los rumores pusieran en peligro mi posición. Allí la cuidaban y vivía con comodidad.

Maisie miró el reloj de pie situado en un rincón de la biblioteca. Tenía que darse prisa.

—Dígame, sir Cecil, ¿en qué puedo ayudarlo?

El abogado se aclaró la garganta otra vez antes de hablar.

—Agnes, mi esposa, falleció hace tres meses. Celebramos un pequeño funeral y publicamos una esquela en *The Times*. Sin embargo, en el lecho de muerte me hizo prometerle que encontraría a Ralph.

—Vaya.

Maisie juntó las manos y se las llevó a los labios, como si estuviera rezando.

—Sí. Prometí encontrar a alguien que está muerto. —La miró de frente por primera vez—. Es mi deber buscarlo. Por eso acudo a usted, por sugerencia de Julian.

—Lord Julian estaba en el Departamento de Guerra durante el conflicto. Seguro que él tiene acceso a los archivos.

—Por supuesto, y la búsqueda dio como resultado lo que ya sabíamos: capitán Ralph Lawton, RFC, falleció en Francia en agosto de 1917.

—¿Qué quiere que haga yo, sir Cecil?

—Quiero que demuestre de una vez por todas que mi hijo está muerto.

—Perdóneme, pero tengo que preguntárselo. ¿Y su tumba?

—Sí, claro, la tumba. Mi hijo murió calcinado cuando su avión se estrelló. Poco quedó de la nave, imagínese de mi hijo. Sus restos están enterrados en Francia.

—Entiendo.

—Doy este paso para cumplir la promesa que le hice a mi mujer.

Maisie frunció el ceño.

—Pero una búsqueda como esa podría ser interminable y difícil de soportar, si me permite que se lo diga, sir Cecil.

—Ya. Lo sé, lo entiendo. Sin embargo, he decidido que tiene que establecerse un límite de tiempo para dicha tarea.

Maisie dejó escapar un suspiro profundo.

—Sir Cecil, como sin duda comprenderá, en mi trabajo estoy acostumbrada a recibir peticiones inusuales y he aceptado encargos que otros habían rechazado o no habían tratado de la mejor manera. En un caso como este, mi responsabilidad se extiende también a su bienestar, señor, se lo digo con franqueza.

—Estoy de maravilla, no se preocupe. Yo…

Maisie se levantó y se acercó a la ventana, miró la hora y se volvió hacia el abogado.

—Con frecuencia este trabajo me exige ser rotundamente sincera y, como ya le he dicho, debo serle franca. Acaba de perder a su esposa, que lo ha obligado a hacerle una promesa terrible: encontrar a un hijo que, a todos los efectos, está muerto. Me da la impresión de que, desde que recibió la noticia de su muerte, no ha sido usted capaz de despedirse de él con los rituales que nos ayudan a dejar en el pasado a aquellos que ya no están con nosotros.

Maisie calló un momento, miró al señor Lawton y continuó.

—Ese peregrinaje del duelo es la única forma de ser libres para recordar a los muertos con alegría. Aceptar este caso implica considerar con detenimiento el rito del duelo y la conmemoración que le esperan. Verá, sir Cecil, aún no estoy segura de cómo se desarrollará todo esto, pero sé de primera mano lo difícil que será para usted revivir la pérdida a medida que vaya avanzando en mi investigación. Y, como es lógico, tendré que investigar también a todas esas personas a las que su esposa consultó tratando de buscar respuesta a esa sensación que tenía de que su hijo estaba vivo.

—Entiendo. O eso creo. Pensé que podía limitarse a consultar registros, viajar a Francia y… —El hombre se calló. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que podría hacer Maisie en Francia.

—Si me lo permite, voy a hacerle una sugerencia, sir Cecil. Piense en todo lo que acabo de decirle y en las implicaciones que podría tener mi investigación. Y luego llámeme al despacho y retomaremos el tema si aún desea que investigue la verdad sobre la muerte de Ralph.

Maisie buscó en el maletín una tarjeta de visita y se la tendió. En ella se leía su nombre seguido de «Psicóloga e investigadora» y su número de teléfono.

El hombre se quedó mirando la tarjeta un momento y, finalmente, la guardó en el bolsillo del chaleco.

—Muy bien. Pensaré en el alcance de mi petición.

—Estupendo. Ahora, si me disculpa, sir Cecil, he de darme prisa. Tengo un compromiso para cenar esta noche.

La llamada en la puerta anunció la llegada calculada a la perfección de lord Julian Compton.

—Pensé que ya habríais terminado.

—Sí, Julian. La señorita Dobbs ha sido de gran ayuda —dijo tendiéndole la mano a Maisie.

—Espero sus noticias a su debido tiempo, sir Cecil. —Maisie le estrechó la mano—. Una cosa más, señor. En caso de que quiera seguir adelante con la investigación, tendré curiosidad por saber qué motivo, según su esposa, tenía Ralph para no volver a casa si ella creía que estaba vivo.

3

TRAS LA REUNIÓN, Maisie se bañó, se arregló el pelo rápidamente y se puso un vestido negro de día. No tenía vestidos de noche ni ropa elegante para salir, de modo que buscó en el armario algo que pudiera servirle para una cena en el hotel Strand Palace. Se puso un poco de colorete y un toque de lápiz de labios, y se atusó el pelo una última vez. Al final, su larga melena se las había visto con las tijeras de la peluquera a principios de verano y, aunque le había hecho un corte de lo más estiloso, Maisie extrañaba el peso en el cuello al caerle por la espalda cuando se soltaba el moño. El pelo a la altura de la mandíbula de su corte *bob* ya le estaba creciendo y eso le gustaba. Por una vez en la vida seguía los dictados de la moda.

Subió al MG resplandeciente y pisó el acelerador en dirección al hotel donde había quedado con Priscilla. Aunque seguían en contacto, no se habían visto más que una o dos veces desde que su amiga se había ido a vivir a Biarritz. Al principio, Maisie había cuestionado su decisión de residir en el extranjero, pero sabía que Priscilla necesitaba estimular esa efervescente personalidad suya entumecida por la pérdida y el dolor. En Biarritz se había metido de lleno en un ambiente de fiesta, y lo único que había impedido que se la llevara la corriente de una vida de decadencia tras la guerra había sido la fuerza y la determinación serenas de su marido, el poeta Douglas Partridge. Este la había acogido en su hogar en la costa y en la relajante influencia de su vida de búsqueda e introspección artísticas. Maisie se alegraba por su amiga, y en su opinión formaban una pareja sólida. Priscilla había descubierto la felicidad verdadera, y con ello animaba a Douglas a relacionarse con otras personas sin perder la seguridad en sí mismo. Pasado el tiempo y siendo ya madre de tres hijos, la envidiable energía de Priscilla terminaba por los suelos al final del día, aunque Maisie se preguntaba cómo se las apañaría sin la niñera.

Pero Maisie tenía la mente ocupada no solo con Priscilla y su familia mientras avanzaba entre el tráfico londinense. La preocupaba su encuentro con sir Cecil Lawton, un caso que podría ser lucrativo, aunque le daba la impresión también de que estaba cargado de ambigüedad. Le gustaba dejar sus casos perfectamente cerrados, saber que podía archivar toda la información recabada sin miedo a que se hubiera dejado cabos sueltos. No podía evitar pasar por alto que Agnes Lawton le había pedido de forma explícita a su marido que

buscara a su hijo, mientras que las instrucciones que Cecil Lawton le había dado a ella eran demostrar que su hijo estaba muerto, que era muy diferente. Aquello que apuntaba a un cliente que podía dar problemas. Esperaba que el abogado se inclinara por no seguir adelante con la investigación.

Maisie aparcó y entró a toda prisa en el elegante hotel Strand Palace. Al hacerlo, se vio reflejada en el vestíbulo recién reformado con un estilo muy vanguardista recubierto de espejos. Suspiró. Lo cierto era que había una parte de su reencuentro con Priscilla que temía. Su amiga se confesaba un sabueso de la moda. Con esas piernas largas, los rasgos aguileños y el pelo castaño reluciente le quedaba bien cualquier cosa, de cualquier estilo, todo nuevo siempre y muy caro. «Me paso el día de acá para allá o metida hasta las orejas en la vida de tres demonios, así que no me resigno a no viajar de vez en cuando a París para ir de compras», le había dicho Priscilla. Y sabía que su estilo era insulso en comparación con el de su amiga.

Maisie la vio de inmediato, sentada en un sillón. Se detuvo un momento a observarla. Priscilla llevaba unos pantalones anchos de seda con mucha caída y una blusa de color gris claro metida por dentro de los pantalones de cintura ancha. Sobre los hombros tenía una chaqueta de seda negra también, de un estilo más corto que el que solía llevar ella. La chaqueta se completaba con un vivo de color gris claro y un pañuelo de seda en el bolsillo frontal del mismo color. Maisie se sacudió unas motas de polvo del vestido, que de pronto se le antojó pasado de moda. Priscilla se volvió hacia ella y, con una sonrisa resplandeciente, descruzó las piernas rápidamente pero con elegancia y se levantó.

—Maisie, querida, estás impresionante. ¡Tiene que ser el amor!

—Anda ya, Pris —contestó ella besándola en las mejillas.

Las dos se separaron para poder contemplarse mejor.

—Bueno, he de decir que no tienes arrugas.

Priscilla sacó un cigarrillo del bolso y lo metió en una boquilla de ébano. Maisie se acordó de la gesticulación exagerada que empleaba cuando fumaba aquellos cigarrillos prohibidos en los tiempos en que estudiaban en Girton; agitaba en el aire la boquilla para enfatizar algún comentario, y a veces formaba un círculo de humo perfecto antes de decir: «En mi opinión…», cosa que siempre daba aunque nadie se la hubiera pedido.

Priscilla rodeó a Maisie con el brazo y la condujo con complicidad hacia el restaurante.

—Quiero que me lo cuentes todo, y me refiero a todo, acerca de la persona que hace que te brillen así los ojos. Sé que has tenido un par de pretendientes y conozco ese brillo. Recuerdo haberlo visto cuando fuimos a la fiesta de despedida de Simon. ¿Te acuerdas…? —Calló de

repente—. Dios mío, perdona, Maisie, no era mi intención…

—No te preocupes, Pris. Hace mucho tiempo de eso. Y fue una fiesta maravillosa, la mejor de mi vida. —Sonrió para que su amiga supiera que no había nada inoportuno en hablar de Simon. El capitán Simon Lynch era el joven médico del ejército británico a quien había amado, y que había quedado incapacitado física y mentalmente por culpa de las heridas sufridas en la Gran Guerra.

Priscilla se paró y miró a Maisie a los ojos con el brillo de las lágrimas en los suyos al recordar la hondura de su pena. Ella le acarició la mano que le había apoyado en el brazo.

—Venga, vamos a tomarnos una copa, Pris. Me apetece.

—¡Pues sí que has cambiado! Ahora ya solo me queda llevarte de compras.

Maisie se volvió hacia Priscilla mientras las conducían a una mesa.

—Sabía que no tardarías ni dos minutos en llevarme por ese camino.

—Vale, muy bien, dejaré el tema para más adelante. Puede que estés saliendo con un médico rural. Porque es él, ¿verdad? Pero no hace falta que te vistas con ropa sosa y te pongas las perlas ya mismo.

—Pero yo no…

Priscilla levantó una mano con gesto juguetón y pidió un gin-tonic. Maisie se decantó por un vino dulce.

—Muy bien, habla, cuéntamelo todo. ¿Es Andrew Dene? ¿El doctor Andrew Dene? ¿Ese de quien me hablabas en tu última carta?

—Mira, no es nada serio, solo estamos… Oh, gracias. —Maisie sonrió al camarero, contenta por la interrupción.

—¿No es nada serio? ¡Apuesto a que el doctor Dene sí lo considera algo serio! ¿Te ha pedido que te cases con él?

—Pues no…

—¡Oh, vamos! Eres una mujer triunfadora con prestigio profesional y, por la forma en que te sonrojas, parece que estoy hablando con la enamoradiza de mi niñera. —Priscilla apagó el cigarrillo y bebió un buen sorbo de su gin-tonic—. Quien he de decir que me ha hecho que me salgan canas de preocupación por culpa de la aventura que ha tenido con un hombre que me parece que no es trigo limpio.

—Menos mal que eso no tiene mucho que ver con mi caso. Andrew es muy simpático.

—Entonces, ¿por qué no te vas a casar con él?

Maisie bebió y dejó el vaso en la mesa.

—Para que lo sepas, no me lo ha pedido. Por el amor de Dios, si casi no nos hemos visto desde la primera vez que fuimos juntos al teatro. Disfruto de su compañía, es muy divertido, seguro que te caería bien, pero aparte de pasar juntos algún día del fin de semana o alguna tarde entre semana cuando viene a la ciudad, los dos estamos muy

ocupados.

Priscilla metió otro cigarrillo en la boquilla, enarcó una ceja y se inclinó hacia su amiga.

—¿Seguro que solo has pasado algún día del fin de semana, y no el fin de semana entero con él?

—Eso es todo, Priscilla Evernden. ¡Eres un demonio! —Maisie se rio y su amiga con ella—. Ay, cuánto me alegro de verte, Pris. Venga, háblame de los niños. ¿Has encontrado ya colegio para ellos?

El camarero regresó para tomar la comanda y, cuando se marchó, Priscilla continuó poniendo a Maisie al día de su vida familiar y de la búsqueda de un colegio adecuado para los tres niños, acostumbrados a cierta libertad en su moderno complejo turístico de la costa francesa, y que dentro de poco iban a tener que habituarse a una vida mucho más rígida. Siguieron hablando durante toda la cena.

—Así que estamos entre la espada y la pared tratando de conseguir que reciban una educación y que no les den una paliza por cometer un error. —Posó los cubiertos en el plato y alcanzó la copa de vino—. El caso es que voy a visitar tres colegios más esta semana y, aparte de eso, tengo que ver a mis abogados para hablar sobre el mantenimiento de las propiedades familiares. Una parte de mí quiere venderlo todo, pero, por otro lado, me gustaría conservarlo para los chicos. —Negó con la cabeza—. Un tema de conversación muy aburrido para la cena. ¿Qué me dices de ti? ¿En qué estás trabajando?

—Ya sabes que no puedo hablarte de mis casos.

—¿Ni siquiera un poquito a una madre en apuros?

—¡Cuando las ranas críen pelo! —contestó Maisie sonriendo—. Está bien. Lo único que puedo decirte es que mi próximo caso, si es que al final me lo encargan, consiste en demostrar que alguien que murió en la guerra está muerto de verdad. —Tuvo cuidado de no decir «aviador», aunque era consciente de que nunca antes había compartido con alguien ajeno a una investigación tanta información como la que acababa de darle a Priscilla.

Su amiga puso una mueca.

—Eso me pasa por preguntar. Claro que no es tan inusual si lo piensas bien. Piensa que a muchos los consideraron desaparecidos, con el consiguiente dolor para sus familias.

—Y es posible que tenga que ir a Francia —continuó Maisie—. Aunque no puedo decir que me apetezca.

—Entonces debes ir a Biarritz. Tómatelo como unas vacaciones después de todo lo que has trabajado. ¡Dios mío, llevo años intentando que nos hagas una visita!

—Me temo que eso me pilla a desmano. Si estuvieras en tu piso de París, sí podría ir a verte.

Priscilla negó con la cabeza.

—A París no voy más que de compras de vez en cuando. Douglas va al piso a escribir a veces. Hay una especie de Sociedad de las Naciones libresca que se ha establecido en París y que le gusta frecuentar. Los estadounidenses son divertidos, pero, entre tú y yo, a mí me parece que a lo que van es a criticar.

—No sé, Pris. Existe algo parecido en Fitzroy Square, pero casi nunca los veo. Ni siquiera nos damos los buenos días.

Priscilla guardó silencio y acarició el borde de la copa con el dedo mientras Maisie la observaba. Su postura había cambiado; tenía toda la tensión acumulada en la zona de los hombros, y Maisie sabía que la razón estaba en el corazón de su amiga.

—¿Qué ocurre, Priscilla?

—Nada, no es nada…

Maisie se reclinó en la silla, mientras que Priscilla se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en la mesa. Y al momento empezó a desgranar los pensamientos que cargaba a cuestas entre medias sonrisas y alguna que otra broma.

—Mi padre me hubiera hecho levantar de la mesa por esto, ¿lo sabes? «En la mesa solo carne cocinada», le gustaba bromear mientras te clavaba el tenedor en el brazo.

—Los que se fueron nunca se quedan lejos —dijo Maisie.

—Ya lo sé. Lo veo cada vez más en los niños según van creciendo. Aunque ellos no llegaron a conocer a sus tíos, los veo reflejados en ellos cada día, ¡incluso cuando uno está a punto de darle un pescozón a otro! ¡Cuánto los echo de menos! Sigo echando de menos a mi familia, Maisie —dijo Priscilla levantando la boquilla de marfil y, pese a la mirada despectiva de dos damas de edad que estaban comiendo en una mesa cercana, encendió otro cigarrillo.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —instó Maisie apoyando las manos en la mesa, no con las palmas hacia abajo, sino vueltas un poco hacia arriba y en posición relajada.

Priscilla expulsó un anillo de humo y sonrió de oreja a oreja a sus vecinas de mesa. «No cambia», pensó Maisie.

—Es por el caso ese que has mencionado, Maisie. —Priscilla vaciló un momento antes de continuar—. Me ha hecho pensar en mi hermano mayor, Peter. Como sabes, yo soy la pequeña. Los chicos eran todos mayores que yo. A Phil y a Pat los mataron en 1916, con dos semanas de diferencia, pero a Peter… No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —dijo Maisie resistiendo el impulso de inclinarse hacia delante en vez de dejarle espacio para que siguiera hablando.

—No, no tengo ni idea. —Priscilla miró a su amiga a los ojos—. Creo que es porque mis hijos están creciendo muy deprisa. Me negué a pensar en ello cuando terminó la guerra y, después, cuando murieron

mis padres. Me fui a Francia a toda prisa y durante un año me dediqué a emborracharme; menos mal que apareció Douglas y me sacó del abismo. Lo adoro, Maisie, y adoro a mis niños. Mi marido y yo nos hemos ayudado mucho y no quiero volver la vista atrás, pero…

—¿Pero?

—Nunca supimos dónde murió Peter. Nunca encontraron su cuerpo, aunque tampoco era inusual, ¿no te parece? Yo ni siquiera llegué a ver el telegrama. Mis padres ya habían perdido a Patrick y a Philip, así que lo quemaron, y yo llevo dándole vueltas desde entonces. Intento enterrarlo en el fondo de la mente, pero de repente algo, y a veces es algo muy simple, nada grave como lo de tu caso, lo trae de nuevo al presente.

Maisie guardó silencio un buen rato. Y después extendió las manos y tomó las de su amiga.

—Escucha, Pris, quiero que valores esto que te voy a decir, y, por favor, no lo descartes sin más. Puedo recomendarte a alguien que a través de la conversación puede ayudarte a cerrar el asunto de Peter en tu corazón. Yo soy tu amiga, nuestra relación es demasiado cercana para que yo lo haga, pero Maurice…

Priscilla sacó la mano derecha de entre las de su amiga y la levantó para que no siguiera hablando.

—Sé lo que quieres proponerme, Maisie. He oído hablar mucho sobre esas modernas terapias conversacionales y no son lo mío. Prefiero escuchar un disco antiguo en el gramófono y beber y fumar hasta que la pena encuentre a otro a quien amargarle la vida. —Guardó silencio un segundo y cambió de tema—. ¿Has recibido carta de Girton para pedirte que colabores en su nueva campaña para recaudar fondos? He pensado que voy a darles algo.

MAISIE Y PRISCILLA estuvieron juntas una hora más recordando mientras cenaban los años de Girton y lo que les había deparado la vida desde la guerra. Quedaron en verse de nuevo para comer antes de que Priscilla tomara su vuelo en el aeródromo de Croydon de vuelta a Francia. Pero cuando regresó conduciendo a Ebury Place con la capota del MG bajada tras dejar a su amiga, pues era una noche cálida de principios de otoño, Maisie valoró la posibilidad de regresar a Francia, perspectiva que la aterraba.

4

MAISIE FUE A la oficina temprano al día siguiente, antes de que un chófer de Scotland Yard pasara a recogerla en un coche Invicta negro. Sin embargo, tenía que hablar un rato con Billy antes de embarcarse en las tareas que tenía por delante.

—Buenos días, señorita —dijo Billy, que había llegado temprano a la oficina—. ¿Lo pasó bien anoche con la señora Partridge?

Maisie se quitó el abrigo y el sombrero, que colgó en el perchero de detrás de la puerta, y fue a su mesa, guardó el bolso en un cajón y dejó el maletín negro —regalo de los empleados de los Compton cuando fue a estudiar a Girton en 1914— en el suelo, junto a la silla.

—Sí —respondió con un suspiro—, una velada muy agradable. Gracias por preguntar.

Billy levantó la vista, pues no estaba acostumbrado a percibir la fatiga en la voz de su empleadora.

—Una noche larga, ¿eh, señorita? Sé que dijo que a la señora Partridge le gustaba mucho salir de noche e ir a fiestas.

Maisie asintió y se reclinó en su silla.

—Bueno, se me hizo un poco más tarde de lo habitual, pero no, no es esa la razón de mi malestar de esta mañana, Billy. No puedo decir que haya dormido bien.

—Espero que no esté incubando algo.

—No, solo preocupaciones.

Billy frunció el ceño.

—¿Tienen algo que ver con esa chica de Taunton?

—La verdad es que no. Es posible que tengamos otro caso que, bueno…

Billy se inclinó hacia delante y tomó una carpeta de papel manila.

—¿Se trata del señor —puso la carpeta de lado y el papel que había sujeto encima se agitó— Cecil Lawton? —Billy no esperó a que contestara, sino que siguió, levantándose de la mesa para acercarle la carpeta a Maisie—. El teléfono no dejaba de sonar cuando llegué esta mañana y ese tipo me ha dicho que le diga que ha estado pensando en lo que le dijo usted y quiere encomendarle la tarea, así lo ha dicho, la tarea, y que si podría llamarlo hoy al despacho…

—¡Maldita sea! —exclamó Maisie echándose hacia delante y apoyando la frente en las manos.

Billy abrió los ojos como platos mientras posaba la carpeta en la

mesa delante de ella.

—Discúlpeme, señorita. ¿He dicho algo malo? Solo he anotado el mensaje y lo he sujetado a una carpeta para incluir todos los detalles…

Maisie levantó la vista.

—No, está bien, Billy. Perdona, ha sido de muy mala educación por mi parte. La verdad es que no estoy convencida de este caso.

Billy se quedó un rato pensativo.

—Bueno, usted dice siempre que nosotros tenemos la última palabra a la hora de aceptar un trabajo, ¿no es así?

—Lo sé, lo sé —dijo ella suspirando, arrastró la silla hacia atrás al levantarse y se acercó a la ventana—. Y nunca pensé que me vería comprometida, pero tengo… una sensación muy desagradable.

—Pues dígale que no, que se busque a otro.

Billy se acercó a ella. No se miraron a la cara, sino que los dos observaban la plaza, en la que el sol se colaba entre las hojas de los árboles que empezaban a adoptar tonos cobrizos, rojos y dorados. Hojas que dentro de nada cubrirían los adoquines, que se pondrían marrones y resbaladizos.

Maisie no respondió, sino que cerró los ojos. Billy se apartó en silencio, recogió la bandeja del té y salió de la oficina, pues había comprendido que era una de esas veces en las que su jefa necesitaba estar a solas. Al oír que la puerta se cerraba, Maisie cogió un cojín que tenía en un viejo sillón situado en el rincón y lo puso en el suelo. Sabía que Billy le daría diez minutos antes de llamar con suavidad a la puerta y entrar con una tetera recién hecha para los dos. Se subió un poco la falda para poder moverse y se sentó en el cojín con las piernas cruzadas, los brazos relajados sobre las rodillas, los ojos medio cerrados. En un rato saldría de la oficina en dirección a Vine Street. Por el bien de Avril Jarvis más le valía tener las ideas claras y estar preparada, en vez de fatigada por culpa de otras preocupaciones.

Vació la mente, como le había enseñado a hacer Khan muchos años atrás, el sabio ceilandés que Maurice Blanche había querido que conociera. Y empezó a hacerse preguntas en silencio, preguntas que no se esforzaba en responder, pues sabía que la comprensión y las respuestas le llegarían al cabo de horas o incluso días, siempre que avanzara con el corazón abierto. ¿A qué se debían sus dudas sobre el encargo del señor Lawton? ¿Era una cuestión de confianza? Era cierto que había intuido cierta… cierta… ¿Qué era lo que había sentido? ¿Reticencia? Sí, había miedo, pero ¿por qué? ¿Qué podía temer un hombre de un hijo muerto, un hijo que había sido piloto condecorado? Sin duda, Agnes Lawton le había arrancado una promesa terrible en el lecho de muerte, por lo que era posible que sir Cecil se sintiera acongojado no solo por haber perdido a su mujer y por el estado

mental en que había vivido los últimos años, sino también por la tarea que había asumido. Una tarea que ahora quería trasladarle a Maisie.

¿Estaba preocupada porque sentía que sir Cecil solo quería cumplir su palabra y consideraba el caso trivial en cierto modo? No le quedaba duda de que tendría que regresar a Francia y a Flandes… «Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué?» Maisie continuó sentada en silencio y dejó que los pensamientos pasaran de largo, de modo que unos pocos segundos se estiraron como si fueran horas, igual que cuando se dormita, uno puede soñar que han pasado los años y, al despertar y mirar el reloj, ve que ha sido solo una breve siesta.

Billy llamó suavemente a la puerta, esperó un momento y entró. Maisie estaba de pie ya y se dirigía a la mesa con su paso vigoroso habitual, dándole la bienvenida con una sonrisa.

—Eso está mejor, señorita. Tómese esto antes de que suene el timbre y tenga que marcharse a Vine Street —dijo Billy sirviéndole el té en una taza metálica del ejército muy gastada, recipiente que ella prefería desde sus tiempos de servicio en Francia, en los que el té caliente, fuerte y casi demasiado dulce la habían ayudado a sobrellevar los peores momentos—. ¿Cree que la chica hablará, ya sabe, con Stratton en la habitación?

—Oh, sí, yo diría que sí, aunque con cierta dificultad tal vez. La mayoría va a ser repetición de lo que me contó ayer.

—Pobrecilla —dijo Billy bebiendo un sorbo—. Y hablando de la chica, Avril Jarvis; lo he arreglado con Doreen y nos vamos el fin de semana a Taunton.

—Ay, qué bien, Billy.

—¡Ya sabe cómo soy yo para abandonar la ciudad! El caso es que mi madre se queda con los críos, así podremos estar solos. Doreen dice que no le importa que tenga que trabajar y eso, será un descanso.

—Bien. Entonces, Billy, quiero que planifiques la investigación que vas a llevar a cabo y que la estudiemos juntos antes de que os vayáis. Lo haremos mañana. De hecho, ¿por qué no os vais el jueves para tener un poco más de tiempo?

—Muy bien, señorita. —En ese instante sonó el timbre de la puerta de abajo—. Ahí tiene al agente de Scotland Yard. Será mejor que baje, señorita.

—Nos vemos esta tarde, Billy, ¿de acuerdo?

Maisie se puso el abrigo y el sombrero, y abrió la puerta.

—Sí, señorita. Y otra cosa… ¿Ha decidido ya lo que va a hacer con sir Cecil Lawton?

Maisie se volvió para responder a su ayudante antes de salir.

—Sí, he tomado una decisión. Lo telefonearé al despacho mientras espero para encontrarme con Avril.

AL LLEGAR A la comisaría, condujeron a Maisie a un despacho donde la esperaban el inspector Stratton y el sargento Caldwell.

—Hemos recibido el informe *post mortem* del forense —dijo Stratton sacando varias hojas de una carpeta, pero no se las entregó—. Cómo pudo un chiquilla matar a un hombre de ese tamaño resulta totalmente inverosímil, pero las pruebas están a la vista: sus huellas en el arma del crimen.

—Mantiene que ella no lo asesinó, que era su tío…

—Con todo respeto, señorita Dobbs —la interrumpió Caldwell—, tampoco recuerda nada de lo sucedido, según la confesión que le hizo a usted ayer.

—Yo no llamaría confesión a la historia que me contó, sargento —contestó ella volviéndose hacia el ayudante de Stratton, disimulando el desagrado que le producía aquel hombre que en su opinión era un oportunista que siempre se apresuraba a sacar conclusiones—. La señorita Jarvis me contó lo que recordaba antes de que se desmayara.

—Sí, con un cuchillo en la mano, justo al lado del cadáver. Debería haber pensado en el miedo que le daba la sangre antes de clavar el cuchillo a su querido tío en el cuello y el torso.

—Creo que «querido» tampoco describe una relación marcada por un comportamiento brutal, ¿no le parece?

—Pero, con todo el respeto, señorita Dobbs…

Stratton suspiró.

—Ya está bien, Caldwell —y volviéndose hacia Maisie, añadió—: Veamos lo que sacamos en claro de esa entrevista, ¿le parece? Mientras tanto, estamos tratando de establecer si Harold Upton, la víctima, estaba realmente emparentado con Jarvis. Me he puesto en contacto con la policía de Taunton esta mañana y esperamos noticias suyas en breve. Informarán a la familia de la chica a su debido tiempo.

—¿Y «a su debido tiempo» es cuánto tiempo, inspector?

Stratton estaba a punto de responder cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Maisie se percató de la crispación de Stratton, lo que le indicaba que no pensaba responder a la pregunta y que era muy probable que la familia de Avril Jarvis no supiera aún que la habían arrestado.

Tenía curiosidad por saber quién le ofrecería asesoramiento legal a la chica.

—Señor, Avril Jarvis está en la sala de interrogatorios.

—Muy bien, Chalmers.

La agente de policía asintió con la cabeza y cerró la puerta.

—¿Por dónde…?

—Estábamos hablando de cuándo van a informar a su familia,

inspector.

—Ah, sí —dijo él mirando la hora—. Será mejor que empecemos. Tengo una cita a las once.

Se levantó y abrió la puerta para que Maisie saliera.

Según se alejaban por el pasillo hacia la sala de interrogatorios, Maisie se giró hacia Stratton.

—¿Le han ofrecido ya asesoramiento legal, inspector?

El inspector abrió la puerta de la antesala e indicó a Maisie que entrara antes que Caldwell y él.

—Se niega a hablar con nadie que no sea usted, señorita Dobbs. Se le ha asignado un abogado de oficio —volvió a mirar la hora— que ya debería estar aquí.

Como si lo hubiera oído, un joven entró a toda prisa en la sala aferrándose a su maletín nuevo. Maisie negó con la cabeza, como si no le sorprendiera que le hubieran asignado a Avril Jarvis un abogado novato. La combinación de falta de dinero, por lo que ella sabía, y abogados sin experiencia, ni reputación ni contactos entre los jueces solo podía significar que, en el juicio, la representación de la acusada correría a cargo de un abogado *junior* en vez de alguien de cierto nivel.

—Espero no haberlos hecho esperar. He tenido que solventar una pelea por una herencia entre unos familiares muy quisquillosos. ¡Perdón! —El abogado se movía con premura y estaba colorado, lo que no proporcionaba ninguna confianza—. Charles Little, perro de oficio asignado a Jarvis.

Le tendió la mano al inspector con una sonrisa aniñada. Maisie se fijó en la sonrisa desdeñosa de Caldwell. Puede que quisiera poner una nota de humor al decir «perro de oficio», pero ni siquiera Maisie pudo evitar pensar que «cachorro de oficio» lo describiría mejor.

—Muy bien. Manos a la obra.

Stratton se giró para entrar en la sala, pero Maisie le puso la mano en el brazo.

—Inspector, mire, sé que hay que hacerlo, pero ¿podría ver a la señorita Jarvis a solas un momento, con la agente Chalmers? Me temo que, si entramos todos a la vez, nos encontraremos con un muro de silencio.

—He de decir que esto es de lo más… —Little dio un paso al frente aprovechando la oportunidad de ejercer cierta influencia.

—¡Oh, por amor de Dios! —La queja del sargento quedó casi silenciada ante la presión ejercida por el joven abogado.

Maisie levantó una mano.

—Será solo un minuto, y puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Stratton se volvió hacia los dos hombres.

—Creo que deberíamos darle la oportunidad a la señorita Dobbs; estoy de acuerdo en su conclusión. —Y dirigiéndose hacia ella añadió —: Dos minutos, señorita Dobbs, el doble del tiempo que pide.

Maisie inclinó la cabeza y entró en la sala de interrogatorios donde Avril Jarvis aguardaba de pie junto a una mesa y una silla. No llevaba esposas, pero la marca enrojecida en la piel de las muñecas sugería que se las habían quitado al entrar en la sala. Chalmers hacía guardia de pie junto a la puerta. Jarvis iba vestida con un sencillo vestido gris de prisionera y calzaba unos zapatos negros con cordones. Tenía el pelo recogido hacia atrás muy tirante y parecía que le habían frotado la cara y las manos sin piedad. Sonrió al ver entrar a Maisie, pero acto seguido se le llenaron los ojos de lágrimas. Avanzó un paso hacia ella, pero Chalmers se movió rápidamente. No dejaba de estar detenida como sospechosa de asesinato.

—No pasa nada, Chalmers —dijo Maisie levantando una mano, tras lo cual se volvió hacia Avril, que se dejó caer en sus brazos. No dijo nada, sino que dejó que la chica llorase.

—Tengo miedo, señorita. Mucho miedo.

—Es normal, es normal. —Maisie separó a la chica de sí, pero mantuvo las manos en los brazos de esta para brindarle un poco de fortaleza—. El inspector está esperando fuera con tu abogado. ¿Avril? Avril, mírame. —Le levantó la barbilla, porque la chica intentaba apoyarle la cabeza en el hombro. «Está agotada.»—. Vamos, Avril, mírame. Lo único que tienes que hacer es contarle la misma historia que me contaste a mí ayer.

La joven se secó los ojos con el dorso de la mano y se sorbió las lágrimas.

—Sí, señorita, muy bien.

Maisie la miró a los ojos y sonrió con complicidad. «Pero es que ayer no me contaste nada, querida niña.»

—Inspira hondo. Así, muy bien. Otra vez… Y otra… Sacude las manos así… Muy bien. Y ahora, deja las manos a los lados, relajadas, y… —Maisie se situó detrás de la chica y presionó en el centro de la frágil espalda con los dedos— suéltalo todo.

Avril Jarvis ahogó una exclamación y estuvo a punto de caer hacia delante al notar cómo desaparecía la tensión de su espalda mientras Maisie la tocaba.

—Ha sido como si me quemara, señorita. Como si sus manos ardieran. Como si me tocaran por dentro con un atizador al rojo.

Maisie asintió.

—Agárrate bien firme en el suelo, Avril, y mantente erguida, ¡pero no como una farola!

Stratton entró sin llamar seguido por Caldwell y Charles Little.

—Muy bien, señorita Jarvis, vamos a lo nuestro. Si coopera, esto no

será largo ni desagradable. Después, el señor Little aquí presente hablará con usted a solas, con la agente dentro de la sala, quiero decir.

—¿Y la señorita? —señaló a Maisie—. ¿Puede quedarse ella?

Maisie avanzó un paso.

—No, Avril, tengo que dejarte a solas con tu abogado. Es lo mejor y es lo que indica la ley.

—Pero…

Maisie se volvió hacia Stratton.

—Creo que la señorita Jarvis ya está lista —dijo sonriendo a la chica y asintió con la cabeza.

El interrogatorio duró dos largas horas. Tras el interrogatorio, Maisie se quedó para hablar con Charles Little, que salió de la sala ansioso por regresar a su despacho.

—Señor Little, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Ah, señorita Dobbs —dijo él mirando la hora—. No tengo mucho tiempo, lo siento, estoy muy ocupado.

—Solo quiero hacerle una pregunta. ¿Sabe usted a quién entregará el expediente del caso para que represente a la señorita Jarvis ante los tribunales?

El hombre suspiró.

—Está claro que se encuentra en un buen aprieto. Necesitaría un artífice de milagros jurídicos para librarse de esto, y aunque se les brinda defensa letrada gratuita a aquellos que no pueden costearse un abogado, no tendrá acceso al de asesoramiento con la calidad que me gustaría que tuviera.

—Entiendo.

—Tengo que irme. Hasta luego, señorita Dobbs.

Maisie lo vio alejarse y negó con la cabeza. «Un artífice de milagros jurídicos.» Se dirigió lentamente al agente que llamaría al chófer de Stratton para que la llevara de vuelta a su despacho. «Pues que así sea.»

5

MAISIE ESTUDIÓ LAS tres páginas de notas escritas con la caligrafía grande y curvada de Billy y sonrió. La forma cuidadosa con que estaban escritas aquellas letras grandes, como las de un niño de primaria, reflejaba una inocencia que le resultaba encantadora.

—Lo único que tengo que añadir a esta lista, Billy, es la oficina del periódico. Seguro que tiene que haber algún periodicucho local. Visítalo a ver si pueden darte alguna referencia sobre la familia. Sé que es mucho pedir, al fin y al cabo solo tiene trece años, pero algunas publicaciones cuentan con un bibliotecario para ayudar en investigaciones complejas. Y en un lugar como ese, yo diría que tiene que haber gente que ha trabajado en el periódico desde los inicios. Busca a esas personas. Pero ten cuidado. Esta historia va a salir en las noticias. No digas nada que termine en la portada del *Express*.

Billy lo anotó en su libreta.

—Así lo haré, señorita.

Maisie le devolvió las notas y sonrió.

—Buen trabajo, Billy. Ahora, lo único que tienes que hacer es seguir el plan, pero deja siempre espacio a nuevas líneas de investigación. Y recuerda, no dejes ni una piedra por mover. Ten la mente abierta y no saques conclusiones precipitadas. Atento a las coincidencias. Cualquier detalle, incluso ese que pueda parecerte nimio, podría ser vital.

—Sí, señorita.

—Muy bien. —Maisie se dirigió a su mesa, sacó una llave del maletín y abrió un cajón del lado derecho—. Toma. —Le entregó un sobre marrón—. Aquí debería haber suficiente para el tren, el hospedaje, las comidas y un poco más para vosotros.

Billy se quedó mirando el sombre y apretó los labios.

—Es usted muy amable, señorita. Ya sabe, no solo por esto —dijo sacudiendo el sobre—, sino por confiar en mí para que me ocupe yo solo de un caso. No la defraudaré, señorita.

Maisie dejó que el silencio se asentara antes de hablar.

—No es para mí, Billy, es para una chiquilla que está muerta de miedo. Cualquier pequeño detalle a su favor puede decantar la balanza hacia el éxito o el fracaso en la defensa de su caso.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿El inspector Stratton no está al tanto?

—No. No hay necesidad de informarlo por el momento. Esto es una

investigación privada, las dietas corren a cargo de la empresa.

—Muy bien, como he dicho, no la defraudaré, ni tampoco a Avril Jarvis. He leído en el *Daily Sketch* que no creen que el asesino tenga muchas posibilidades de ganar en el juicio, al tratarse la víctima de un padre de familia.

Maisie cerró el cajón de la mesa y se guardó la llave otra vez.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Despeja el camino para que la verdad se muestre. No lo entorpezcas con especulaciones. Las preguntas, Billy, constituyen la parte central de nuestro éxito. Cuantas más preguntas hagas, en mejor situación estarás de ayudar a esa chica.

Billy asintió.

—Cierto. —Maisie miró la hora en el reloj de plata que llevaba prendido en el bolsillo delantero de su chaqueta—. Tengo que ir al despacho de sir Cecil Lawton en el Colegio de Abogados. Ya te habrás marchado cuando vuelva. Toda la suerte para mañana —dijo tendiéndole la mano.

—Gracias, señorita.

Maisie sonrió al tiempo que tomaba el sombrero, los guantes y el bolso, y salía de la oficina.

MAISIE FUE EN metro hasta Holborn y desde allí caminó hasta Lincoln's Inn Fields, donde se encontraba el despacho de sir Cecil Lawton, en un edificio construido en el siglo XV. Llegó un poco antes a propósito y aprovechó para recorrer Lincoln's Inn, una de las primeras plazas residenciales de Londres. Maurice Blanche le había enseñado en repetidas ocasiones que la solución a un problema o cuestión rara vez se encontraba sentado en casa a solas, y que el movimiento del cuerpo movía también la mente. Era una parte crucial de la peregrinación, del viaje hacia la verdad.

Aunque albergaba cierta reticencia con respecto a ese trabajo, se sentía obligada por su lealtad hacia lady Rowan Compton y su marido, lord Julian. Y aunque este jamás la hubiera forzado a ayudar a su amigo, la relación que tenía con la familia y todo lo que habían hecho por ella la obligaban a aceptar el encargo. Sin embargo, ahora tenía un motivo más para hacerlo.

El secretario del bufete la invitó a entrar y un minuto más tarde la condujo al despacho de sir Cecil Lawton. El hombre se levantó de su mesa de caoba finamente labrada, cuyo mero peso parecía subrayar la posición de uno de los mejores oradores jurídicos del momento.

—Señorita Dobbs, siéntese, por favor. —Lawton señaló dos sillones de cuero estilo reina Ana con una mesita de madera tallada en medio. En ese momento llamaron a la puerta y un asistente entró con una

bandeja con dos tazas, la cafetera y la lechera—. Un cliente que tuve hace unos años poseía una plantación de café en África Oriental Británica. Al parecer, además de mi tarifa, ha sentido la necesidad de mantener mi despacho bien surtido de café. Así que todos los pasantes tienen que aprender el arte de preparar una buena taza de café a media mañana.

Maisie sonrió y aceptó la taza que le tendía mientras se sentaba.

—Mi antiguo empleador se crio en Francia y sigue disfrutando a diario de un desayuno francés con café bien fuerte, aunque ahora vive en Kent. Le he tomado el gusto al café.

—Ah, ya, Maurice Blanche. Un hombre que siempre conviene tener de tu parte en un tribunal. —Bebió un sorbo y dejó la taza en la mesa antes de volverse hacia Maisie—. Le estoy muy agradecido por haber aceptado el caso.

Maisie se había fijado en que estaba más relajado que la primera vez. «Me ha pasado la carga que pesaba sobre sus hombros.» Dejó la taza junto a la del abogado.

—Antes de empezar, me gustaría discutir con usted mis condiciones.

—Por supuesto. Como le he dicho por teléfono, su tarifa me parece totalmente aceptable y agradezco mucho su consejo relativo al cierre de la investigación. Todos los gastos le serán abonados en cuanto presente las facturas a mi contable. De hecho —sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta negra—, me ha parecido oportuno darle un anticipo.

Maisie aceptó el sobre y lo dejó en la mesa, junto a la taza.

—Gracias. Sin embargo, tengo que hacerle otra petición, sir Cecil. —Sacó un ejemplar de *The Times* del maletín—. Estoy segura de que habrá oído hablar de este caso.

Le entregó el periódico señalando una columna en la portada con el dedo.

El abogado metió la mano entre los pliegues de la toga buscando algo en la chaqueta. Sacó las gafas y leyó la noticia que le indicaba.

—Ah, sí, por supuesto, pero no veo…

—Me gustaría que actuara usted como abogado defensor de la señorita Avril Jarvis, sir Cecil.

El hombre se quitó las gafas.

—No sé, señorita Dobbs, esto es muy inesperado.

—Soy consciente, señor. Jamás había pedido nada a condición de aceptar un trabajo, pero me he visto involucrada en el caso, puesto que colaboro como asesora de vez en cuando con Scotland Yard, y sé que esa chica no tendrá acceso a una defensa letrada decente. He de añadir que, en mi opinión, su caso merece dicha representación.

—¿Cree usted que es inocente?

Maisie lo miró a los ojos antes de contestar.

—Creo en su inocencia, sir Cecil. Mi ayudante sale mañana hacia Taunton para avanzar en la investigación en su entorno y sobre el motivo que la llevó a trasladarse a Londres.

Lawton suspiró y dio unos toquecitos con el dedo sobre el periódico.

—Pero esto me resulta demasiado familiar. Una pobre chica abandona el hogar y se marcha a Londres en busca de fortuna. Vive momentos difíciles, cae en las manos de un proxeneta y, en este caso, le exige un pago por sus pecados. —Se levantó y se dirigió hacia la ventana, que daba a la plaza—. Si accedo a defenderla, y no hace falta que le recuerde que tengo que recibir el expediente preparado por el abogado que la ha asistido en la comisaría, ¿quiere eso decir que renuncia a su tarifa?

Maisie inspiró profundamente. Lawton era un hombre adinerado. No tenía necesidad de negociar, pero sospechaba que actuaba así por la costumbre; era un hombre habituado al combate verbal en los tribunales. Ella había sido prudente con el dinero durante años, pero no tenía las espaldas tan bien cubiertas; sin embargo, había tomado una decisión. Avril Jarvis necesitaba un milagro jurídico.

—La tarifa se reducirá a la mitad, pero no mis dietas, obviamente.

Lawton se inclinó sobre la mesa, tomó una estilográfica y escribió una nota.

—Acepto sus condiciones, señorita Dobbs. Continuemos.

—Gracias, sir Cecil. —Maisie sonrió, contenta de haber llegado a un acuerdo. Procedió a sacar un taco de fichas para tomar notas de su maletín mientras Lawton se sentaba frente a ella en el otro sillón.

—Me gustaría saber qué ocurrió cuando les notificaron la muerte de Ralph.

El hombre suspiró y contestó:

—Fue el diecisiete de agosto de 1917. Yo estaba a punto de salir de nuestra casa en Regent's Park cuando llegó el telegrama. Decía que Ralph estaba en paradero desconocido y lo daban por muerto. Más tarde recibimos una carta en la que se confirmaba que su aeroplano había sido derribado en territorio enemigo y que había fallecido.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el Cuerpo Aéreo?

—Mucho, pensándolo bien, pero como piloto solo unos meses.

—¿Ah, sí?

—Se alistó poco después de terminar los estudios, y luego los trasladaron del Cuerpo de Ingenieros Reales al Cuerpo Aéreo, donde trabajó como mecánico antes de convertirse en observador aéreo.

—¿Mecánico?

Maisie se dio cuenta de que había hecho justo lo que le había advertido a Billy un par de horas antes que no había que hacer: había hecho una suposición. En su caso, había supuesto que Ralph Lawton había entrado en el Real Cuerpo Aéreo como oficial.

—Sí. Ralph entró en el ejército nada más terminar los estudios. —Se frotó el mentón—. Era un chico peculiar en St. Edmund's, no tenía amigos cercanos. —Nueva pausa—. Sea como fuere, a mi hijo le gustaban las actividades solitarias y se le daban bien las Matemáticas, era pasable en Física y eso, y le gustaba trastear con los motores. En resumen, señorita Dobbs, lo cierto es que Ralph prefería estar solo, quería que lo dejaran en paz.

—¿Disfrutó de la época de estudiante?

El hombre frunció el ceño.

—No creo que sea una época para disfrutar como tal. Por desgracia, mi hijo no era ningún estudioso ni tampoco sobresalía en los deportes. De hecho, creo que lo rechazaban cuando había que hacer algo de ejercicio. No era una persona que se sintiera a gusto en el campo de críquet y era demasiado sensible para el rugby.

—¿Sensible?

Lawton parecía incómodo.

—Sí, ya sabe, no le gustaban la camaradería ni, desde luego, las exigencias de un deporte como ese. ¿Es realmente necesario todo esto, señorita Dobbs?

—Sí, lo es —contestó ella pensativa—. Dígame, sir Cecil, ¿a qué diría usted que se debía ese carácter singular de Ralph?

—Para que lo sepa, yo creo que mi mujer tuvo la culpa. Ralph estaba muy enmadrado, señorita Dobbs.

—¿Y usted cree que eso resultó perjudicial para su futuro?

—Señorita Dobbs, yo esperaba que mi hijo manifestara tener unas ambiciones más aceptables para la posición de su padre. Sus notas estaban en la media como mucho, excepto en asignaturas relacionadas con las matemáticas, como ya le he explicado. Su reticencia a participar en los aspectos recreativos de la vida escolar en una institución prestigiosa, junto con su insistencia en alistarse en vez de recibir una graduación de oficial terminaron por convencerme de que lo que mi hijo quería era enfadarme.

—Entiendo. ¿Tuvieron alguna desavenencia?

Lawton hizo una pausa antes de contestar.

—Puede que fuera mi hijo, señorita Dobbs, pero no me gustaba su carácter, me temo.

—¿Y su esposa?

—Ella lo adoraba. Dos hijos nacieron muertos antes de que llegara Ralph y la muerte de nuestra hija por rubeola nos dejó claro que él iba a ser hijo único. Mi mujer elevó la importancia de Ralph a unos niveles ridículos. No le importaba lo que hiciera o a lo que se dedicara, siempre y cuando estuviera con nosotros, de ahí esta estupidez de continuar creyendo que está vivo. ¡Y ahora me obliga a mí a seguir con esta farsa!

Maisie se reclinó en el sillón e inspiró profundamente. Le sorprendía la intensidad de los sentimientos que transmitía la voz del hombre, que había subido bastante el tono. En vez de estar ante un padre destrozado por la pérdida de su único hijo, se encontró con un hombre lleno de frustración y amargura. Mientras él se recomponía, Maisie se puso en pie.

—Hoy hace muy buen día, sir Cecil. Sé que esto le parecerá inusual en cierto modo, pero ¿le parece que continuemos conversando dando un paseo por la plaza?

Lawton frunció el ceño.

—Julian me aconsejó que estuviera abierto a la posibilidad de que adoptara usted un enfoque irregular sobre la investigación. —Suspiró y miró la hora—. Aún puedo dedicarle media hora.

Maisie se levantó.

—Demos un paseo entonces. Antes de irme me gustaría que me diera los nombres de las personas a las que consultó su esposa en su búsqueda de pruebas que demostraran que su hijo sigue vivo. Necesitaré cualquier información que pueda usted darme sobre el historial de servicio de Ralph, y también me gustaría que me proporcionara todos los datos sobre sus amigos, si se acuerda. Piense en ello, por favor. A lo mejor alguno de sus ayudantes podría…

—Ah, no, señorita Dobbs. Yo mismo le conseguiré los datos.

Ella asintió con la cabeza.

—También me gustaría acordar una visita a su casa para ver la habitación de Ralph; aunque hayan cambiado algo desde su muerte, me gustaría verla. Necesitaré cualquier objeto suyo que hayan conservado, no será mucho tiempo. —Guardó silencio un segundo y lo miró directamente—. Y otra cosa, sir Cecil, esta será la primera de numerosas conversaciones. Tendré que saber mucho más para poder comprender a Ralph. ¿Damos ese paseo?

Maisie se encaminó a la puerta, no sin antes fijarse en el sudor que le cubría la frente al hombre y en el temblor que le sacudía las manos cuando se sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarlo. Decidió que no lo presionaría demasiado durante el paseo. Era importante atraerlo de nuevo a su área de influencia con preguntas más superficiales. Pero volvería a reunirse con él en breve, porque no había tardado en comprender una cosa: Ralph Lawton había fallado a su padre en cierta forma y Cecil Lawton, el famoso Cecil Lawton, el gran artífice de los milagros jurídicos, no podía perdonárselo, ni siquiera después de muerto.

6

SIR CECIL HABÍA facilitado a Maisie varios nombres, como esta le había pedido, junto con una invitación a visitar tanto su casa de la ciudad en Regent's Park como su residencia de campo en Cambridgeshire, donde Ralph había pasado las vacaciones escolares. Billy y Doreen Beale habían tomado en la estación de Paddington el tren por la mañana temprano hacia Taunton, y después de comer con Priscilla al día siguiente, viernes, Maisie tenía la intención de viajar en coche a Chelstone, para ver a su padre, antes de continuar el viaje hacia Hastings el sábado por la mañana. Mientras pensaba en los dos días siguientes, su plan para la investigación en curso iba tomando forma en un pliego de papel grande, que denominaban mapa del caso. Entonces sonó el teléfono.

—Fitzroy cinco, seis, cero, oh… —dijo Maisie hojeando una caja de papeles que acababa de dejarle un mensajero del despacho de Lawton.

—Maisie, querida, solo quería charlar contigo un momento.

—Hola, Andrew —contestó ella mordiéndose el interior del labio. Aunque habían planeado pasar el día juntos, se sentía dividida, pues deseaba estar a solas para pensar con tranquilidad en los dos casos que en ese momento le preocupaban más que cualquier otra cosa.

—Ay, no, conozco esa voz. Estás hasta el cuello en un caso y quieres estar tranquila para pensar en ello durante horas sin parar, por más que hubieras planeado un fin de semana con el imperturbable doctor Andrew Dene. —Hizo una pausa momentánea— . Pero, Maisie, querida, voy a obligarte a cumplir tu promesa. De hecho, tengo una sorpresa para ti, así que te espero el sábado a las once de la mañana.

Maisie sonrió mientras levantaba la vista de aquellos papeles pensando en Andrew. El pelo castaño revuelto que sin duda le caería sobre los ojos; la corbata que se aflojaba nada más entrar en su despacho, la chaqueta de paño que tiraría de cualquier forma en el respaldo de su silla para ponerse la bata blanca mientras hablaba con ella.

—Está bien, está bien, lo confieso, iba a intentar escabullirme…

—¡Lo sabía!

Maisie oyó el montón de papeles y expedientes que se cayeron de la mesa sobrecargada del médico y el roce del papel cuando este intentó recuperarlos sin soltar el teléfono.

—… pero iré a Hastings el sábado por la mañana.

—Excelente. ¡Te llevaré a la playa a comer pescado frito con patatas si juegas bien tus cartas!

—¿Cómo podría rechazar una invitación como esa?

—No podrías. Bueno, te dejo. Tengo un paciente nuevo esta mañana, un joven que se ha quedado cojo por la polio, me temo. Nos vemos el sábado.

—Hasta entonces, Andrew.

Maisie colgó el teléfono y miró por la ventana un rato. Lo cierto es que sospechaba que Andrew se había enamorado de ella, pero no le pediría que se casara con él hasta confiar en que le diría que sí. Y los dos sabían que ese momento aún no había llegado. Por su parte, la relación le había resultado fácil, debido al carácter despreocupado del doctor. Aunque había un aspecto de su relación que la preocupaba: el hecho de que, cuando estaban separados, ella casi no pensaba en él. Y, cuando volvían a verse, no le costaba recordar lo encantador que le resultaba. Él también había superado unas circunstancias difíciles —la muerte de sus padres cuando era pequeño— y se había esforzado mucho para estudiar Medicina. Tras servir durante la guerra, se había convertido en un especialista en ortopedia con un brillante futuro en un centro de rehabilitación en lo alto de los acantilados sobre el casco antiguo de Hastings, Sussex. Maisie a veces envidiaba la forma en que el doctor se negaba a permitir que el peso del pasado se convirtiera en una carga para él, aunque sospechaba que utilizaba la frivolidad y las bromas como antídoto para el sufrimiento propio y de sus pacientes.

Regresó a los papeles y anotó algo en una ficha. Miró la hora. Lawton le había dado el nombre de tres mujeres que afirmaban ser médiums a las que había acudido su esposa, y tenía la intención de ir a verlas ese mismo día. Recordaba perfectamente la cantidad de médiums y otros de la misma calaña que fingían tener una relación especial con los muertos y afirmaban tener noticias sobre un hijo, un padre, un hermano o un esposo fallecido. También recordaba a los dolientes, personas a las que su mentor, Maurice Blanche, había tratado después de la decepción del engaño, así como a los médicos a los que había cuestionado y echado, en efecto, de la profesión.

Durante su aprendizaje, Maurice y ella habían trabajado juntos para desarticular una red de médiums que estafaban el dinero a sus víctimas a cambio de mensajes falsos de los seres queridos que habían perdido. Hubo un caso muy sonado que puso a prueba sus capacidades, no solo por ser el primero en el que la llamaron a testificar en un juicio. Según los periódicos, había sido la joven inocencia de uno de los testigos, la señorita Maisie Dobbs, lo que había logrado que el jurado se decantara por declarar culpables a Frances Sinden, Irene Nelson y Margaret Awkright, lo que las envió directamente a la cárcel de Holloway durante una buena temporada.

Ahora, y tras comprobar si había habido condenas o denuncias previas contra las mujeres que aparecían en la lista de Lawton, o si Maurice y ella habían investigado a alguna o a todas ellas años atrás, salió del despacho.

BARROW ROAD, ISLINGTON, estaba cambiando. Las grandes casas de estilo victoriano se habían dividido en apartamentos, algunos en estado ruinoso, otros aferrándose a una grandiosidad altanera pese a que la pintura estaba empezando a descascarillarse. Cualquiera hubiera visto que el apartamento del piso bajo del número 21 de la calle era gris y húmedo, pero a Lillian Browning le daba bastante igual. La fachada ennegrecida por el hollín cobraba color con jardineras en las ventanas llenas de geranios rosas y rojos, y en cada escalón hasta el apartamento había una maceta mediana de terracota con flores de vivos colores. En una jardinera más grande, la señora Browning había plantado hiedra, que se enrollaba vigorosamente alrededor de la barandilla de hierro que acababan de cambiar, ya que habían tenido que arrancar la original para usarla en las fábricas de armamento al comienzo de la guerra, en 1914.

Maisie llamó con los nudillos.

Lillian Browning tendría unos cuarenta años, los ojos de color avellana claro y el pelo castaño y apagado. Acababa de hacerse una permanente y le habían dejado unos rizos muy apretados, en vez de ondularle suavemente el cabello. Le pareció que el sencillo vestido de color verde claro se le ajustaba un poco en la cintura, lo que tal vez indicaba que había tenido una figura esbelta cuando era más joven, pero en ese momento tenía una edad en la que era aconsejable reducir un poco la cantidad de comida.

—¿Sí? —La mujer entrecerró un poco los ojos y la miró con una sonrisa mientras sacaba unas gafas de montura metálica del bolsillo de la rebeca negra y se las ponía para estudiar en detalle a la mujer que llamaba a su puerta.

—¿Señora Browning?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Maisie Dobbs. Me preguntaba si podría hablar con usted un momento —dijo Maisie sonriendo y ladeando un poco la cabeza, un gesto en teoría insignificante que a ella le daba muy buen resultado.

—¿Viene a que le eche las cartas?

—Bueno, más bien me intriga su trabajo, señora Browning. ¿Puedo pasar?

La mujer asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejarla

entrar. Después la condujo por un estrecho pasillo hasta una salita a la derecha.

—¿Viene por recomendación de alguna amiga?

—Algo así.

Mientras esperaba a que la invitara a sentarse, echó un vistazo a la salita. Las paredes estaban decoradas con un papel que tenía un dibujo en relieve de estilo victoriano, y encima habían pintado con pintura de tono cremoso con brillo que se había manchado en los bordes elevados que hacía el dibujo. Las cortinas de terciopelo desvaído tenían un fleco de seda que se estaba deshilachando, pero, aunque había otros detalles que evidenciaban el refinamiento desgastado, la salita era cómoda y estaba limpia, aunque olía un poco a humedad.

—Siéntese, por favor, señorita Dobbs. —La mujer le señaló con un gesto un sillón con unos cojines raídos—. ¿Le apetece un té?

—No, gracias —respondió Maisie sonriendo otra vez. Se sentía aliviada porque sabía que no tenía nada que temer ni ninguna amenaza frente a la que defenderse en aquella casa. Ningún espíritu sobrenatural había estado allí. Browning no era más que una farsante que intentaba llegar a fin de mes. Pero podría serle útil.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dobbs? —preguntó la mujer sacando una baraja de tarot de una caja de madera que tenía sobre el aparador—. Cobro un chelín con seis peniques por echar las cartas. Más si quiere que convoque a los espíritus.

—No, no será necesario, señora Browning. Debería haberle dicho nada más llegar que he venido a preguntar por una antigua clienta suya, lady Agnes Lawton.

La mujer se levantó enseguida, guardó de nuevo las cartas y se cruzó de brazos.

—Como bien dice, debería habérmelo comentado al llegar. Le habría confirmado que no tengo nada que decir sin necesidad de pasar de la puerta. ¿Es usted de la policía?

Maisie se reclinó en el sillón.

—No, no soy de la policía, pero intento… Intento ayudar al esposo de Agnes Lawton a cerrar el asunto de su hijo y guardar su recuerdo y el de su esposa en paz. Tengo entendido que vino a pedirle ayuda.

La mujer se sentó de nuevo y frunció los labios antes de hablar.

—Me enteré de su fallecimiento. Voy a la biblioteca una vez a la semana a leer los obituarios y vi que se había despojado de sus ataduras mortales.

Maisie bajó la vista. Había algo tristemente divertido en aquella mujer, que retomó la palabra tras pensárselo un poco.

—Bueno, mientras no haya venido a cerrarme el negocio, supongo que no hay problema. Ya me cuesta salir adelante siendo como soy una viuda de guerra. Por eso acudió a mí, claro, porque yo también

había perdido a alguien. Le diré que mi clientela es de lo más respetable, confían en mí.

Maisie asintió con la cabeza.

—Pero no podría olvidarme de aquella mujer, aunque hayan pasado años. Muy fina ella. Una ricachona, aunque no se hacía llamar lady Lawton por entonces, solo señora Lawton. La pobre mujer creía que su hijo seguía vivo.

—¿Y qué le dijo usted? —preguntó Maisie inclinándose hacia delante.

La otra respondió evitando mirarla a la cara.

—Pues le dije que su hijo no había acudido a mí… en espíritu, ya sabe.

—¿Y dejó que creyera que no estaba muerto?

—Nunca le dije tal cosa, no así, con tanta exactitud. Y ahora, señorita Dobbs, creo que…

—¿Le dijo en algún momento por qué pensaba que su hijo estaba vivo?

La mujer se levantó y se acercó a la ventana. Maisie sabía que su deseo de salvaguardar su reputación le impediría echarla de su casa; al fin y al cabo, le venía bien tener contactos.

—La señora Lawton dijo que una madre sabe esas cosas y que él habría acudido a ella. Se oía con frecuencia, hijos que volvían a casa a visitar a su madre durante un segundo, y, cuando menos te lo esperabas, zas, llegaba el telegrama. A mí me ocurrió, de verdad, por eso sabía a lo que se refería. Me pareció ver a mi Bernard bajando por las escaleras… Y de repente ya no estaba. Se había esfumado. Una semana después llegó el telegrama en el que me notificaban que había muerto. Por eso sabía lo de la visión.

—Perdone…

—Por eso sabía a lo que se refería. Si no se había dejado ver, un destello fugaz solo, tenía que significar que estaba vivo.

Maisie se levantó para marcharse. Allí no tenía nada que hacer, más allá de hacerse una idea de la desesperación de Agnes Lawton. Se la imaginó entrando en la oscura salita de la señora Browning, pese a sus intentos de animar el exterior con flores, y sentarse mientras la falsa espiritista fingía comunicarse con los muertos y le dejaba creer que su hijo seguía vivo. Pese a que aquel engaño le parecía aborrecible, sintió compasión. Había una tristeza inmensa en el trabajo de la señora Browning, aunque la mujer no era capaz de ver el daño implícito en lo que le decía a sus clientes.

—¿Y recibe últimamente muchas visitas de familiares que han perdido a algún ser querido?

—Bueno, sigue viniendo alguno, pero ya no es como en la guerra. Vienen muchas chicas jóvenes que quieren saber con quién se van a

casar, si será alguien con dinero, ese tipo de cosas. Yo creo que tiene que ver con las películas sonoras. Todas quieren saber si van a conocer a alguien como Douglas Fairbanks o Ronald Colman, o si serán ricas y vivirán en una casa grande. —Miró a Maisie—. Veo que usted no está comprometida, señorita Dobbs. Creo que veo a un hombre alto en su futuro, lleva sombrero…

Maisie levantó la mano.

—¡Conmigo no! Me voy, señora Browning. Gracias por su tiempo.

Y salió de allí sin dar a Lillian Browning la posibilidad de despedirse.

LA SIGUIENTE PARADA era Camberwell y una tal señorita Darby. La casita adosada daba por la parte posterior a la vía del tren; se respiraba un aire acre del constante ir y venir de las locomotoras de vapor que entraban y salían de las principales estaciones de la ciudad, y en los jardines de las casas se advertían residuos del combustible sin tratar para las calderas procedente de las minas de carbón galesas. Llamó a la puerta del número 5 de Denton Street, donde contestó una mujer menuda de unos sesenta años. Maisie se tapó la nariz y la boca con un pañuelo que se retiró un segundo para decir rápidamente:

—Soy Maisie Dobbs. Busco a la señorita Darby. ¿Tiene un momento? —A continuación, Maisie no pudo evitar toser.

La mujer asintió y se hizo a un lado para que pasara, pero no dijo nada más hasta entrar en la casa, mientras se dirigían al salón.

—Hay días que ni siquiera puedo salir a mi propio jardín. Tiendo la ropa y cuando la recojo está llena de puntitos negros. Siempre igual. Ha sido así desde que vine a vivir aquí, pero, últimamente, desde que pillé la gripe… Ay, perdone, señorita Dobbs. Siéntese. —La mujer señaló una silla Windsor de madera y acercó otra para ella. A continuación, le tomó la mano—. ¿Algún ser querido ha fallecido?

7

LA VISITA A la señorita Darby se desarrolló tal como había imaginado. Aunque la compasión que despertaban en ella sus clientes era patente, Maisie no detectó una habilidad auténtica para comunicarse con algo que no fuera de carne y hueso, algo que hacía muy bien y sabía sacarle partido. Darby se guardaba de no hacer promesas que no pudiera cumplir y, según lo que le contó de sus encuentros con Agnes Lawton, se diría que esta no consiguió más que una o dos horas de consuelo. Maisie se fue de allí con una sensación de frustración y lástima: frustración porque Agnes Lawton no se había percatado de que todo lo que le decía era mentira, y lástima por una mujer que estaba claro que había sufrido una profunda crisis, pues la pena que sentía era tan honda que no había espacio para el sentido común. Pensar que todavía le quedaba una visita del mismo estilo se le hacía insoportable, pero intentó dejar a un lado las ideas preconcebidas mientras ponía rumbo a Balham, donde vivía Madeleine Hartnell.

Tras aparcar junto a Dufrayne Court, un moderno bloque de pisos rodeado de jardines de diseño, Maisie permaneció allí un momento, con la espalda apoyada en el coche mientras observaba el edificio blanco. Diseñado de forma que parecía un transatlántico, cada una de las tres plantas parecía agrandarse por medio de un balcón corrido que rodeaba toda la planta con el mismo acabado de color blanco, aunque unas portillas en la parte exterior del ventanal permitían vislumbrar las balconeras de cada piso. Maisie imaginó que los ocupantes serían personas adineradas que hacían fiestas y disfrutaban de la vida en una posición prominente en las afueras de Londres. Uno hubiera pensado que ese tipo de personas llegaría lejos, aunque la velocidad a la que progresaba en la vida podría haberse visto reducida a causa de la depresión que atenazaba el país. Le pareció una elección de alojamiento insólita para una mujer que, según había afirmado ante Agnes Lawton, se relacionaba con el pasado.

Maisie localizó el timbre del piso de Hartnell, junto a su apellido en un directorio con frontal de cristal en el que figuraban los residentes. Apretó el botón y oyó que conectaban un intercomunicador.

—¿Quién es? —preguntó una voz difícil de entender por culpa del sonido defectuoso de la línea.

—Soy Maisie Dobbs. Vengo a ver a la señorita Hartnell.

Se oyó de nuevo ruido en la línea.

—Avisaré a la señorita Hartnell.

Maisie se mantuvo a la espera; pasado un rato oyó que tomaban el auricular.

—La señorita Hartnell la recibirá enseguida, señorita Dobbs. Oirá un zumbido y después un clic. Empuje la puerta y entre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Oyó primero el zumbido del interfono y entró en un vestíbulo amplio y despejado con una escalera cubierta por una alfombra que se abría ante ella. El acceso a cada piso se realizaba únicamente a través de un patio interior.

Maisie subió las escaleras hasta la segunda planta. La puerta del número 7 estaba abierta y el ama de llaves la esperaba.

—Buenas tardes, señorita Dobbs. Ha tenido suerte. Un cliente ha cancelado su cita para esta tarde con la señorita Hartnell. Pase.

Cerró la puerta y echó a andar por el pasillo.

Por su parte, Maisie confiaba en poder estar un momento a solas antes de que llegara la señorita Hartnell. Si bien había comenzado como un levísimo cosquilleo mientras contemplaba el edificio desde fuera, en ese momento notó que se le erizaba la piel del cuello, el punto más vulnerable de todo su cuerpo. Notó que la envolvía una corriente de aire frío durante un segundo mientras avanzaban por el pasillo. Maisie sabía a qué se debían esos escalofríos, aunque no tenía miedo. Puede que Hartnell hubiera engañado a Agnes Lawton y que la hubiera animado a creer que su hijo no estaba muerto, pero cuando el ama de llaves se marchaba a casa, Hartnell nunca se quedaba totalmente a solas en la casa.

A través de una puerta de cristal de dos hojas se adivinaba una sala de visitas de buen tamaño, y Maisie se fijó en la chimenea de ladrillo que resaltaba sobre el fondo blanco. Los suelos de madera pulida estaban cubiertos de alfombrillas, y un rayo de luz caía desde la izquierda, que se colaba, imaginó, por las balconeras que daban al exterior. El ama de llaves se detuvo antes de llegar al salón y le indicó una salita más pequeña situada a la izquierda.

—La señorita Hartnell vendrá enseguida. Ahora les traigo el té.

—Oh, no hace fal… —comenzó a decir Maisie, pero la otra mujer la interrumpió.

—La señorita Hartnell siempre toma el té a las tres —dijo el ama de llaves juntando las manos y asintiendo con la cabeza, tras lo cual abandonó la habitación y cerró la puerta.

Maisie estudió rápidamente la salita. No había mesa circular ni esa lámpara con flecos que había visto en la sala de otros que ejercían de médiums y videntes. En su lugar había dos sillones delante de una ventana y una mesa baja con espacio suficiente para una bandeja situada en diagonal a los sillones. No había cortinas, tan solo unas

persianas de lamas hasta la mitad para proteger del feroz sol de la tarde. Había un jarrón con lirios en un rincón y en el aire flotaba un aroma dulce cuyo origen no fue capaz de detectar, porque cuando se inclinó sobre las flores, no notó que olieran a nada. Se colocó delante de la ventana y cerró los ojos. Juntó las manos e imaginó un círculo. Vio que este se movía hacia ella y le pasaba por encima de la cabeza y a lo largo del cuerpo, envolviéndola en un caparazón protector. Cuando el círculo descendió hasta sus pies, inspiró profundamente de nuevo. Estaba a salvo por el momento.

Se abrió la puerta.

—Señorita Dobbs, siéntese, por favor.

Aunque esperaba encontrar a una mujer algo más joven que las otras dos mujeres que había visitado, Maisie no estaba preparada para una chica de tan corta edad. Parecía que tendría unos veinticuatro años, e iba vestida a la moda con un traje de crespón azul claro. Era una mujer muy atractiva. Hartnell sostuvo la mirada a Maisie con sus penetrantes ojos azul verdoso mientras un fino rayo de sol que se colaba entre las lamas de la persiana se reflejaba en su pelo rubio platino. «Sabe a qué he venido», pensó Maisie sintiendo que se le erizaba la piel de la nuca otra vez. Tendría que tener cuidado con Madeleine Hartnell.

—La señora Kemp nos traerá el té en un momento —dijo indicando con una mano el sillón en el mismo instante en que el ama de llaves entraba con la bandeja—. Ah, aquí está —dijo con una sonrisa—. Gracias, señora Kemp.

Hartnell sirvió té para las dos sin preguntar siquiera, colocó una taza delante de Maisie y se reclinó en el sillón con la suya en la mano. Dio un sorbo antes de dirigirse a ella.

—De modo que quiere hacerme algunas preguntas, señorita Dobbs.

—Así es. Y gracias por recibirme.

La mujer asintió con la cabeza. Maisie se fijó en los movimientos relajados de la mujer. «Demasiado calmada, excesivamente.»

—Tengo entendido que lady Agnes Lawton era su cliente —dijo Maisie de tal manera que no preguntaba, pero tampoco afirmaba, y dejó que la otra respondiera como quisiera.

La señorita Hartnell la miró un segundo, bebió y se inclinó hacia delante para dejar la taza en la bandeja.

—Por favor, señorita Dobbs, ponga las cartas sobre la mesa. Nos facilitará mucho la conversación.

Maisie se sintió como si estuviera jugando una partida de ajedrez, en la que el jugador estudia la estrategia que va a seguir.

—Como usted diga. En el lecho de muerte, Agnes Lawton arrancó una promesa a su marido, sir Cecil Lawton. Como sabe… —se detuvo y la miró a los penetrantes ojos. La otra ni se inmutó—. Como sabe,

lady Agnes no aceptó la muerte de su hijo, pese al hecho de que sus restos están enterrados en el cementerio de Faubourg d'Amiens, junto con otros miembros del Real Cuerpo Aéreo que perdieron la vida. —Calló—. Sir Cecil Lawton me ha contratado para que verifique que su hijo está muerto.

—¿Es eso cierto?

Maisie no respondió enseguida, sino que calló un momento antes de volver a hablar.

—Es cierto.

Se removió en el asiento imitando la posición de la otra mujer. Hartnell tenía seguridad en sí misma y estaba calmada, aunque en cuanto notó el cambio de posición de Maisie, descruzó las piernas y se inclinó hacia delante sonriendo. «Se anticipa a todos mis movimientos», pensó Maisie.

—Esperaba que pudiera usted ayudarme, señorita Hartnell, a arrojar luz sobre el asunto de la muerte de Ralph Lawton.

La mujer se reclinó de nuevo en el sillón y negó con la cabeza.

—Me temo que poco puedo decirle, señorita Dobbs. Lady Agnes creía que su hijo estaba vivo, y no vi motivo para dudar de ella. He de añadir que mis clientes esperan y se les promete absoluta confidencialidad. Sé que está muerta, pero —la miró a los ojos al decir esto— eso no tiene relevancia en lo que yo hago. La muerte no es el final del camino en lo que se refiere a la responsabilidad que tengo con ellos.

—Entiendo.

—Lo sé, señorita Dobbs.

Maisie inclinó la cabeza en un movimiento emulado por Hartnell.

—Ve usted más de lo que le hace ver a la mayoría de la gente, pero yo no soy como la mayoría de la gente. —Alargó la mano, se sirvió un poco más de té aún caliente y añadió algo de leche—. Lo ha heredado de su madre, ¿no es así?

—Señorita Hartnell, me temo…

—No, usted no teme nada. No tiene motivo, porque ella camina a su lado. Ella, su madre, está siempre con usted, velando por usted.

Maisie notó que se le hacía un nudo en la garganta. Se sentía protegida frente a la oscuridad en el mundo espiritual, pero no en los rincones más vulnerables de su corazón. Se sentó más erguida, pero Hartnell estaba preparada.

—Sí, una cosa es protegerse de los muertos, pero resulta muy fácil olvidarse del daño que pueden hacer los vivos, ¿verdad?

Hartnell sonrió a Maisie y después a algo situado detrás de esta, como si compartiera un secreto con alguien.

—No le falta razón, señorita Hartnell.

Maisie necesitaba recuperar cuanto antes el control de la

conversación, aunque también deseaba alargar la mano por detrás del sillón y tocar, solo un momento, la mano suave pero fuerte que tomaba su mano pequeña de niña. «Vamos, Maisie, cariño, salta, tenemos que volver del parque y tener listo el té para papá a las cinco. Vamos, pequeña, vamos, salta con mamá.» Maisie retomó la palabra rápidamente antes de que la mente se le inundara de recuerdos.

—¿Tiene usted alguna información que pueda ayudarme? Lo único que quiero es ayudar a mi cliente y procurarle un poco de paz.

—¿Y saberlo le procurará ese sosiego?

—Le he sugerido, como es natural, que es posible que no encuentre la paz al saberlo, pero mientras tanto me he comprometido a buscar la verdad.

Hartnell se acercó a la ventana y levantó la persiana tirando de una polea fijada a la pared. Cerró los ojos y se volvió hacia Maisie. El pelo rubio formaba un halo alrededor de su cabeza al reflejarse en él la luz del sol.

—No puedo decirle nada más, señorita Dobbs, aunque sí le diré esto: le aconsejarán que renuncie a su compromiso de inmediato.

—He dado mi palabra.

—Lo sé. Y tampoco puede abandonar a la chica, ¿verdad?

Cerró la persiana y se dirigió a la puerta. La reunión había terminado.

Sorprendida por el comentario y la brusquedad con que puso fin a la conversación, Maisie se levantó, tomó el maletín y sacó de él una tarjeta de visita. Sabía muy bien a lo que se refería la mujer, pero se negaba a admitir la precisión de sus palabras.

—Le agradezco su tiempo, señorita Hartnell, de verdad. —Le tendió la tarjeta—. ¿Será tan amable de telefonearme si sabe de algo que pudiera ayudarme en la búsqueda de pruebas que demuestren la muerte de Ralph Lawton?

La mujer tomó la tarjeta en una mano y puso la otra en el pomo de la puerta. Miró la tarjeta.

—¿Psicóloga e investigadora? Vaya, vaya…

Maisie no dijo nada y se dirigió hacia la puerta abierta.

—Me han pedido que le diga dos cosas, señorita Dobbs.

—¿Sí? —Maisie se volvió al instante, sobresaltada y alerta.

—Lo primero, que busque más allá del pueblo, en la región sudoeste.

Maisie asintió con la cabeza.

—Lo segundo es que hay dos personas del más allá que caminan a su lado, aunque una de ellas aún no ha fallecido. —Cerró los ojos. Maisie oyó los pasos del ama de llaves acercándose por el suelo de madera—. Es extraño; se encuentra entre este y el otro mundo: atrapado en vida mientras su espíritu vaga. Qué triste.

Madeleine Hartnell no se despidió y abandonó la sala con lágrimas en los ojos.

Maisie le dio las gracias a la señora Kemp y salió del piso a toda prisa. Se metió en el MG, se reclinó en el asiento del conductor y soltó el aliento poco a poco. Madeleine Hartnell era formidable, no cabía duda. Se tocó la hebilla del cinturón del vestido e inhaló más profundamente. «Cálmate, cálmate.» Pasaron unos minutos hasta que se irguió y encendió el contacto. Se apartó de la acera pensando en todo lo que ahora sabía de Madeleine Hartnell. No tenía ninguna duda de que aquella mujer dominaba las habilidades que afirmaba poseer, y se lo había demostrado. ¿O no? ¿Sus comentarios tenían base o no eran más que palos de ciego? No, se había acercado demasiado, tanto que Maisie se apuntó mentalmente hablar con Billy para pedirle que investigara en los pueblos cercanos a Taunton. Recordó lo último que le había dicho la señorita Hartnell. De pronto, sintió que le escocían los ojos. «Ay, mamá, cuánto te echo de menos, muchísimo.» Pero cuando se dirigía a West End sintió un pinchazo en el corazón y ante sus ojos apareció la imagen de su antiguo amor, Simon. La brisa suave agitaba las hojas de las plantas exóticas del invernadero de la residencia, y Simon estaba sentado a solas en su silla de ruedas con la manta sobre las rodillas. «Atrapado en vida mientras su espíritu vaga…»

¿Qué tenía Madeleine Hartnell que le despertaba aún más desconfianza que Browning o Darby? Estas dos eran, sin duda, unas farsantes que trataban de ganarse el pan en tiempos difíciles. «Ten cuidado.» Las palabras resonaban en su mente. «Ten cuidado.» Era la voz de su madre.

Había otra cosa que la intrigaba. Pese a toda su sofisticación, dominio y aguda percepción, había un punto de vulnerabilidad en Madeleine Hartnell que le recordaba a Avril Jarvis. Pisó con más fuerza el acelerador y entonces se le ocurrió que había en ella cierto aniñamiento, aunque no sabría decir con seguridad por qué lo pensaba.

8

MAISIE ESTABA EN su despacho el viernes a primera hora. Como sabía que iba a comer con Priscilla, había repasado todo el contenido de su guardarropa y había sido consciente de sus carencias. Descolgó una blusa de seda de color crema, una de las tres que tenía, y comprobó si quedaba demasiado anticuada con el traje de color burdeos que tan estiloso le había parecido unos pocos meses antes. Volvió a optar por el vestido negro de día, zapatos también negros y el sombrero con un lazo ancho de raso rojo. Se pondría la chaqueta del traje encima del vestido. «Eso le dará un toque diferente…»

Se sentó frente al mapa del caso y empezó a dar golpecitos con el lápiz rojo en el papel, y justo en ese momento se le ocurrió que la fuente de su ofuscación era, en gran medida, Madeleine Hartnell. Maurice no le había servido de gran ayuda… ¿o era que sus respuestas no le habían proporcionado un alivio inmediato? Estaba claro que la intención de este no había sido reconfortarla, aunque ella sabía que su opinión era sincera, pensó al recordar la conversación telefónica que había mantenido con él en cuanto llegó a su habitación en Ebury Place.

—Recuerda, Maisie, que esas personas acuden a nosotros en dos niveles, digamos. —Había guardado silencio un momento para dar una calada a la pipa—. Por un lado, es cierto que debes tener cuidado con personas como Hartnell. Ya nos hemos encontrado con gente así, y si no nos han hecho daño ha sido porque hemos tenido cuidado. Y está claro que esa mujer podría resultarte útil aún. Mi consejo es que acudas a la sabiduría de nuestro amigo Khan.

—Hace mucho que no lo veo, Maurice. Me sorprende que siga vivo, si te digo la verdad.

—Khan parece estar por encima de cosas como la edad. —Maurice calló un momento—. A él es a quien he recurrido yo en momentos de oscuridad espiritual, Maisie.

—Oh, yo no diría que…

—El segundo nivel, Maisie, es la tarea que se nos ha encomendado en la vida. Es una tarea de la que no somos conscientes, pero que está ahí. La aparición de Hartnell en estos momentos va a requerir, sin duda, que afrontes un… ¿conflicto, tal vez? Es una pregunta retórica. Considera la incomodidad que sientes y acéptala como un dolor necesario para afinar aún más tus habilidades.

Maisie suspiró y el sonido de su propia respiración la devolvió al presente. Leyó las anotaciones y los diagramas que había hecho en el mapa y se puso a trabajar. En un círculo en el centro había escrito «RALPH LAWTON» y «AGNES LAWTON» en otro. Trazó líneas que unían los nombres rodeados por un círculo con personas que había identificado como conocidos de Ralph, y se preguntó quién podría arrojar luz sobre su forma de ser y cómo abordarlo. Había que hacer un trabajo preliminar específico, así que anotó que debía investigar el historial militar del aviador lo antes posible. Rodeó con un círculo la palabra « CASA» también y, al observar la cadena de pensamientos, conjeturas, preguntas y hechos conocidos unidos por líneas, supo que la siguiente visita tenía que ser a la residencia de campo de los Lawton.

Estuvo trabajando varias horas, mirando la hora mientras esperaba que Billy llamara para ponerla al día. Había escrito las palabras «FRANCIA» y «FLANDES » en el mapa. En una esquina anotó sin apretar mucho la palabra «BIARRITZ», una frivolidad por si le quedaba tiempo. El teléfono sonó.

—Fitzroy…

—Soy yo, señorita.

—¡Billy, hola! ¿Cómo estás? —Maisie se reclinó en la silla y miró hacia la plaza.

—Muy bien, muchas gracias. Doreen se ha ido a dar un paseo mientras yo hablaba con usted.

—¿Tienes algo para mí?

—No mucho, señorita, no mucho. Principalmente porque los periódicos no saben el nombre de la chica en cuestión, pero ya verá cuando se enteren, hágame caso.

—En los sitios pequeños no pasan muchas cosas, Billy.

—Yo no diría eso, señorita… Espere, tengo que echar más dinero. —El ruido en la línea le decía que Billy estaba metiendo monedas en la cabina y luego había presionado el botón para seguir hablando—. Ya he estado en la biblioteca y he buscado el nombre de Jarvis. Tienen una bibliotecaria muy buena que estuvo en Francia, sabe, una mujer muy interesante. Me ha dicho que hizo algo de lo que no podía hablar… El caso es que le he dicho que buscaba a un viejo conocido de cuando estaba en los zapadores que vivía por aquí, y que había perdido el contacto con él en 1917, cuando me hirieron. Así que va ella y saca todos los libros, papeles y registros, y qué le…

—¿Y? —instó ella para que continuara. Si lo dejabas, Billy se enrollaba como una persiana.

—Pues lo interesante es que resulta que había una familia de nombre Jarvis que vivía fuera de la ciudad, en un pueblo aquí cerca. Y no se lo va a creer, no tiene nada que ver con la investigación, pero…

«Oh, venga ya, Billy», pensó Maisie dando golpecitos con el lápiz en la mesa.

—Pero al parecer esa familia Jarvis estuvo metida en temas raros.

—¿Qué clase de temas… asuntos raros?

—Pues hace unos años, a una de las mujeres de la familia la encerraron por dedicarse a cosas de médicos, ya sabe. Daba a la gente tinturas y preparados.

—Me parece que no hay ninguna ley que lo prohíba, Billy.

—Sí cuando mata a la gente.

—Ah, entiendo.

—No eran personas que encajaran bien precisamente, ya sabe a qué me refiero. Claro que no sé si Avril Jarvis pertenece a la misma familia, pero qué coincidencia, ¿no le parece?

—A ver qué más puedes averiguar, Billy. ¿Cómo se llama el pueblo?

—Downsmarsh-on-Lye.

—Suena pintoresco.

—No lo es, por lo que he oído. Es más un lugar en el que solo hay agricultores y hojalateros que no tienen dinero ni para vestir a sus hijos. Menos mal que pueden al menos cultivar algo para comer.

—¿Vas a ir hoy?

—Sale un tren cada tres horas. Tomaré el de las once y media.

—Bien.

—Mañana por la mañana hablamos, señorita. ¿Quiere que llame a Chelstone?

—Sí, que sea pronto, porque después voy a Hastings. Llámame a las siete. Y otra cosa, Billy… Ten cuidado.

—Claro que sí, señorita. ¿Qué van a hacerme? ¿Golpearme en la cabeza con unos hierbajos?

—Ya sabes a qué me refiero —dijo ella sacudiendo la cabeza y dejó el auricular sobre la horquilla.

Según parecía, Madeleine Hartnell tenía razón: la chica procedía de un pueblo a las afueras de Taunton. La precisión del vaticinio la puso aún más nerviosa. Se sentía vulnerable, como si estuviera atravesando un lago cubierto de hielo. Un paso en falso y… Golpeó la mesa con el lápiz otra vez. Tenía que reunirse con Priscilla en el Strand Palace a la una. Le daba tiempo a pasar a visitar a Khan. «A él es a quien he recurrido yo en momentos de oscuridad espiritual, Maisie.» Saldría ya, antes de que se acercara más la nube que notaba que se cernía sobre ella.

LA GRAN CASA de Hamstead no había cambiado nada desde la primera vez que la vio, el día que Maurice la llevó a conocer al doctor Basil

Khan, siendo poco más que una niña, para lo que describió como una «visita educativa». De él había aprendido que ver no era algo que se hacía necesariamente con los ojos, sino que existía una visión profunda que se conseguía a través del silencio y la quietud, una visión que le había resultado muy útil desde entonces. Maurice volvió a llevarla a ver a Khan poco después de que volviera de Francia, en 1917, para que su percepción, su calma y su presencia sanadora devolvieran la paz a una joven que había sufrido heridas físicas y emocionales. El sabio no le había fallado, solo le había pedido que le contara su historia una vez más, y otra, y otra, y hablando fue como comenzó a quitarse de encima el hedor de la muerte, ese vapor pegajoso que pensó que se había apoderado de sus sentidos para siempre.

Un joven con una túnica blanca de algodón abrió la puerta y le hizo una inclinación, tras lo cual la invitó a entrar en el vestíbulo hexagonal espacioso, pero sencillo.

—Vengo a verlo… si es posible.

—Voy a preguntar. Es usted la señorita Dobbs, ¿verdad?

—Sí, gracias.

El joven se inclinó de nuevo con las manos juntas delante del pecho y se fue.

Maisie se acercó al mirador que daba al jardín delantero. Un denso seto vivo ocultaba la vista de la calle, brindando así intimidad frente a la curiosidad de los viandantes. Había dos estatuas en el jardín, fragante de flores y arbustos que no le resultaron familiares de forma inmediata. Una de las estatuas se la habían llevado desde Ceilán. Era de Buda, sentado con las piernas cruzadas. Habían dejado una ofrenda de pétalos de rosa en la base y alrededor del cuello de la estatua. La otra, para sorpresa de todos tal vez, era de san Francisco de Asís. Al pie habían colocado un pequeño comedero para pájaros. Maisie sonrió al ver que un mirlo se posaba en uno de los brazos de san Francisco y saltaba desde allí para picotear unas migas de pan.

Khan tenía estudiantes procedentes de todo el mundo, a los que alojaba en las numerosas habitaciones de la enorme casa. Además de los jóvenes, hombres y mujeres, que se quedaban allí varios meses, Khan recibía a muchas otras personas que buscaban su consejo. Los que acudían a él representaban un amplio espectro de influencia, ya fuera dentro de la política, el comercio o el clero. Esas audiencias le permitían pagar el mantenimiento de la propiedad, aunque las necesidades materiales de sus ocupantes no eran muchas.

El joven regresó para llevar a Maisie a las habitaciones de Khan. La sala de visitas estaba prácticamente como la recordaba de la primera vez, aunque ese día los grandes ventanales estaban cerrados y las cortinas blancas no ondeaban con la misma majestuosidad que en

aquella sala espartana. Se quitó los zapatos antes de entrar en la espartana sala. Khan estaba sentado con las piernas cruzadas sobre unos cojines mirando hacia fuera para recibir la luz natural. Maisie se dirigió a él y este se volvió cuando se le acercó. Tomó la mano marchita como una garra que le extendía el hombre y se inclinó para besarle la frente.

—Me alegro de tenerte en mi casa de nuevo, Maisie Dobbs.

—Igualmente, Khan.

—No tienes mucho tiempo, seguro.

—Así es.

Khan asintió con la cabeza mientras Maisie se arrodillaba en silencio sobre un cojín cerca de él y luego se sentaba con las piernas a un lado. Apoyó una mano en el suelo y le sonrió, y aunque él no podía verla, se volvió hacia donde estaba una vez más y sonrió. El sabio se giró de nuevo con la cara hacia la ventana y Maisie vio que una mosca se le posaba en la frente, descendía hasta la oreja y de ahí pasaba a la nariz antes de salir volando. Khan ni siquiera se inmutó. Ella sabía que tenía que ser la primera en hablar y que sus palabras debían brotar de su corazón.

—Tengo miedo, Khan.

Él asintió con la cabeza.

—Me han pedido que acepte un caso que siento, no, que temo que comprometa mi espíritu. No me veo segura en él, aunque cuento con mi práctica, mi quietud. Y no tengo pruebas de que exista una amenaza, aunque el trabajo me exige estar en contacto con aquellos que afirman que pueden establecer canales de comunicación con el más allá.

Se produjo un silencio hasta que Khan tomó la palabra.

—¿Qué te mueve entonces a aceptar ese trabajo?

—Pues… al principio pensé en rechazarlo. Sin embargo, una chica necesitaba representación legal y resultó que yo misma podría proporcionársela como parte del pago del encargo.

Khan levantó la cabeza mientras el sol caldeaba los cristales de la ventana.

—¿Y a qué chica estás ayudando?

Parecía que fuera Maurice el que hablaba.

A Maisie se le humedecieron los ojos cuando la confesión brotó de sus labios como un torrente.

—La he echado mucho de menos, Khan, muchísimo. Siempre he sabido que ella me acompañaba, de verdad, y no quería que mi padre sintiera que él no podía serlo todo para mí, no quería que supiera lo mucho que lloraba la pérdida de mi madre. Y después, cuando estuvo a punto de morir él también, yo…

El hombre se volvió hacia ella y Maisie se puso a sollozar.

—Quiero ayudar a esa chica. No puedo soportar la idea de que pueda terminar en la cárcel de por vida. Que la encierren… —Maisie intentó recobrar el ánimo—. Y temo que si vuelvo a Francia, los recuerdos…

El sabio dejó que llorase, le temblaban los hombros cuando le puso una mano sobre la cabeza. Y después habló.

—Hija mía, cuando se nos presenta una montaña en el camino, probamos por la izquierda, luego por la derecha; tratamos de encontrar la forma fácil de sortearla y volver a nuestro camino, por el que es más fácil caminar. —Hizo una pausa—. Pero hay que atravesar la montaña. En ese peregrinar, cuando ascendemos, nos vemos obligados a despojarnos de todas las capas que hemos ido acumulando durante tanto tiempo, una tras otra. Entonces nos damos cuenta de que la carga que llevamos encima es más ligera y que hemos aprendido algo en la peligrosa ascensión.

Maisie levantó la cara mientras el hombre hablaba, y su melodiosa voz la empujaba a escuchar con atención.

—No pretendas sortear la montaña, hija mía, porque ha sido colocada ahí en el momento oportuno. Se hará más alta si tratas de retrasar o evitar la ascensión.

Maisie no dijo nada, pero se apartó y sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse la nariz y los ojos.

—Tienes que saber que estás protegida, hija. Que en tu práctica y tus creencias reside tu fuerza. —El hombre cerró los ojos y se quedó como dormido. Era muy anciano y estaba cansado, pero aún tenía un último mensaje—. Y estás bendecida, tanto por quienes te protegen como por aquellos a quienes intentas proteger.

Maisie se puso en pie sin hacer ruido, besó a Khan en la frente otra vez y se alejó. Los zapatos la aguardaban en la puerta; se calzó antes de salir. Un estudiante la acompañó hasta la puerta de la calle y ella le dio una moneda de media corona. Él le hizo una reverencia, se volvió y desapareció. La puerta se cerró tras ella. La montaña asomaba a lo lejos. Cuadró los hombros dispuesta a hacerle frente. «Sí, pero ¿en qué creo?»

MAISIE LLEGÓ DIEZ minutos tarde a su cita con Priscilla en el hotel Strand Palace. Aunque el país se hallaba en una profunda crisis económica, el hotel, con sus puertas giratorias plateadas y su diseño ultramoderno, ofrecía a los visitantes un universo lleno de optimismo, aunque solo fuera para pasar una noche, cenar o tomarse un cóctel. Priscilla la esperaba de pie en el vestíbulo. Vestida con un traje de color gris pizarra, que claramente le habían confeccionado en un caro

taller de costura parisino, con zapatos y bolso a juego, daba la impresión de observar a todos los que pasaban por allí, segura de sí misma al ver la admiración con que la miraban, aunque también divertida por todo lo que la rodeaba. Vio a Maisie y sonrió. Esta se fijó enseguida en que su amiga llevaba en las manos un sombrero grande de color marrón.

—¡Querida! —Priscilla pegó la mejilla a la de Maisie y se echó hacia atrás—. Pero ¿qué te pasa, Maisie? En primer lugar, nunca llegas tarde, en la vida, y, en segundo, tienes un aspecto horrible.

—Suéltalo todo, Pris —dijo ella irguiéndose. ¿Por qué se sentía tan pequeña siempre que estaba al lado de Priscilla, por mucho que la quisiera?

—¿Estás enferma?

—No. Venga, vamos a comer. Tengo mucho trabajo, nada más.

—Buf, espero que el doctor no haya resultado ser un sinvergüenza.

Maisie miró a su alrededor.

—No, claro que no. Es que últimamente he tenido mucho trabajo.

—Por aquí. —Priscilla enlazó el brazo con el de Maisie y la llevó a su mesa—. ¿Sabes lo que creo? Pues que necesitas vacaciones. Ven a Biarritz, Maisie. Estoy segura de que tu Billy y tu doctor podrán vivir sin ti un par de semanas.

Maisie negó con la cabeza mientras se sentaban.

—No tienen ninguna posibilidad, me temo.

Priscilla enarcó una ceja mientras buscaba en el bolso los cigarrillos y la boquilla. Colocó uno y lo encendió con un mechero de plata grabado que dejó en la mesa mientras daba una profunda calada. Miró fijamente a su amiga. Y a continuación apagó el cigarrillo y dejó la boquilla en el cenicero.

—¿Sabes lo que pienso, Maisie?

Maisie suspiró.

—Estoy de maravilla, Priscilla.

—Pues voy a decírtelo de todos modos, quieras o no. Uno, necesitas disfrutar de unos días libres. No hay vuelta de hoja. Si tu idea de pasarlo bien es un fin de semana con un médico rural mientras piensas en el trabajo sin parar, ya es hora de que tengas un par de opciones para elegir.

Maisie abrió la boca para contestar, pero Priscilla levantó la mano.

—No he terminado. Y la otra cosa que creo es que deberías buscarte una casa propia, un piso o algo.

—Bueno, no sería la primera vez.

—Sí que lo sería en realidad. Piénsalo. Volviste de Francia, te recuperaste de tus heridas (recuerda que sé lo de tus heridas) y volviste a Girton para terminar tus estudios. Y luego está el tiempo que estuviste en Escocia, ¿no? En ese lugar horrible, en el que

trabajaste con uno de los amigotes de Maurice Blanche, ¿cómo era? El Departamento de Medicina Legal. ¡Qué asco! Y después volviste a Londres a trabajar con Blanche. ¿Y dónde te fuiste a vivir? A Lambeth, a una habitación alquilada, durante años. ¡Lambeth! De vuelta al útero materno, por decirlo así. Luego está la temporadita que pasaste en esa habitación al lado de tu despacho en Warren Street. No entiendo cómo pudiste vivir en aquel sitio. Y después te fuiste a vivir a Ebury Place por insistencia de lady Rowan, la casa de «la mujer que no podía ir y decir que quería regalarte algo» y en lugar de eso te hizo la invitación, como si fueras una especie de guardesa a la que no necesita pagar mientras ellos están en Kent. Muy bonito todo, he de decir, pero siempre te has limitado a lugares en los que te sientes segura, ¿o no? Si no te andas con ojo, terminarás viviendo en una vieja y polvorienta casita de campo en Sussex.

Maisie se quedó mirando a Priscilla, que se encogió de hombros, colocó un nuevo cigarrillo en la boquilla y fumó durante unos minutos sin decir nada. Al final, Maisie rompió el silencio.

—No todo el mundo tiene la oportunidad de tener un piso propio en esta ciudad, ¿sabes? La mayoría de las mujeres pasan directamente de la casa de su padre a la de su marido, y muchas de ellas viven bajo el techo de los suegros unos años antes de poder permitirse alquilar un piso, eso con suerte.

—¡Mira que te gusta hacerte la mártir! Pero tú eres diferente, Maisie. Eres una mujer con una profesión. Has trabajado mucho, por el amor de Dios, disfruta un poco más de la libertad antes de que sir Lancelot venga en su corcel y te lleve con él. Y no es por cambiar de tema, pero he de decir también que me gustaría saber por qué sigue soltero. No será por falta de mujeres disponibles. Pero volviendo al asunto que nos ocupa, si te digo la verdad, me alegro de haber vivido sola unos años, aunque no fuera la mejor época de mi vida precisamente.

—¿Qué hay en el sobre? —preguntó Maisie desesperada por cambiar de tema.

—Ahora vamos a eso. Aún no he terminado. —Priscilla apartó al camarero con una seña por segunda vez y después le pidió dos gin-tonics. Maisie abrió la boca para protestar, pero el camarero se alejó —. Mira —continuó Priscilla—, he decidido invertir en el sector inmobiliario. Parece que tengo que hacerlo, según mis asesores. Hemos sacado mi herencia del mercado justo a tiempo y tengo que hacer algo constructivo con el dinero, y ¿qué hay más constructivo que los ladrillos y el cemento? Quiero comprar un par de pisos, puede que una casita en unas antiguas cuadras reconvertidas en la zona de Chelsea… Mira, esa es una zona ideal para una mujer con una profesión.

—Pero ¡si me la alquilas, será como vivir en Ebury Place, Priscilla!

—En absoluto. Es… es más nuevo, para empezar, no una propiedad vieja y rancia. La reina Victoria está muerta, por favor. Sigue con tu vida, Maisie.

—Cuéntame qué hay en el sobre. Sé que es para mí.

—Está bien. —Priscilla dejó la boquilla en el cenicero, con manos temblorosas, y se inclinó sobre Maisie—. Retomaremos el otro asunto después. Tiene que ver con Peter —añadió.

Maisie se fijó en que su amiga tenía los nudillos blancos de apretar el sobre y cuando habló no lo hizo con su habitual tono autoritario, sino trastabillándose un poco, como si no supiera por dónde empezar.

—Yo… Bueno, no tengo… Será mejor que empiece de nuevo. —Abrió el sobre y lo volvió a cerrar—. Le he dado muchas vueltas, ya sabes, desde que cenamos el otro día. He estado pensando en pedirte un favor.

—¿A mí?

—Sí. Verás, creo, no, confío en que puedas ayudarme. —Tomó el vaso—. Mira, Maisie, sé que estás muy ocupada y no te lo pediría si no fuera tan importante para mí, para mi familia, y solo si vas a venir a Francia, como me dijiste el otro día…

Maisie frunció el ceño al ver que su amiga estaba llorando.

—Pero ¿qué pasa, Pris?

—Tiene que ver con el caso en el que estás trabajando y que a lo mejor tenías que volver a Francia. Se me encendió una luz y…

—Pero ¿cómo puedo ayudarte yo, Pris?

—Creo… no, sé que debo averiguar si Peter está muerto. Hace años que quería saberlo, quería cerrar el asunto y poder guardar su recuerdo en paz, dejarle unas flores en el monumento conmemorativo del pueblo más cercano, ese tipo de cosas. Fui a visitar la tumba de Pat y de Phil hace años, pero Peter sigue en el limbo. Durante mucho tiempo he sentido que tenía que hacerlo, si no por mí, por los chicos, para que sepan que es importante y no debo dejarlo pasar.

Maisie asintió con la cabeza.

—Lo entiendo.

Priscilla llamó al camarero y pidió otra copa, y después se volvió hacia Maisie.

—Sé que esto no tiene que ver con lo que tú haces, quiero decir que no hay que encontrar a un criminal, pero cuando me hablaste del caso, se me ocurrió. Quiero decir que pensé que si ibas a aceptarlo, podrías averiguar también dónde desapareció Peter.

Maisie inspiró profundamente. Lo cierto era que tenía tan pocas ganas de aceptar el encargo, aunque fuera algo informal a modo de favor para una amiga muy querida, como de buscar las pruebas que demostraran que el hijo de Lawton estaba muerto. Pensó que si su

mentor hablara con ella, le haría ver que ambas peticiones de ayuda señalaban en dirección a Francia y le diría que tal vez hubiera algo esperándola allí, algo que tenía que saber sobre sí misma. Estaba a punto de negarse, pero entonces miró a Priscilla y vio la súplica en sus ojos y la tensión que transmitía su cuerpo. Aquella mirada le llegó al alma.

Maisie se mordió el labio por dentro y se lo pensó un poco más, cogió el vaso y removió el líquido sin llevárselo a los labios, y volvió a mirar a Priscilla.

—Haré lo que pueda, Pris, pero no esperes resultados inmediatos. Esto debe quedar en un encargo informal. Es lo mejor que puedo ofrecerte, lo más que puedo prometerte.

Priscilla sonrió y le tomó las manos con las suyas.

—Ay, Maisie, con eso tengo suficiente. No sé cómo darte las gracias. Sé que es un encargo terrible y no lo haría si no fuera…

Maisie sacó una mano y señaló el sobre.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres que vea?

Priscilla metió la mano en el sobre y empezó a entregarle documentos uno por uno.

—Estas son cartas de Peter, después de alistarse. Estaba en algún lugar de Surrey. La mayoría dirigidas a mis padres, pero también hay un par que me envió a mí, antes de que me uniera al Cuerpo de Enfermeras Voluntarias de Primeros Auxilios. —Metió la mano y sacó más cartas—. Y estas las envió desde Francia. Es fácil distinguir las de Francia; la tinta es más clara. Creo que las tiendas no daban abasto y la diluían con agua para que les durase más. —Se encogió de hombros y continuó—. Y estas son de Inglaterra otra vez. Desde los barracones de Southampton, desde donde al parecer viajaba a Londres para hacer cursos.

—¿Promoción? —preguntó Maisie.

—No lo sé. Sé que sus comunicados eran muy breves, y que comentó que no le quedaba mucho tiempo para escribir.

—No me sorprende.

—Y aquí hay otras de Francia. —Le dio las cartas y calló mientras se aferraba al último documento—. ¡Maldita sea! ¡Siempre me pasa lo mismo, todas las veces, da igual cuántas lea este maldito papel! —Sacó un pañuelo del bolso y se secó las comisuras de los ojos—. Esta es la última misiva que recibieron mis padres de él. Media página de nada en absoluto.

Maisie tomó la carta y miró los sobres por delante y por detrás.

—Priscilla, parece que llevaba un tiempo en Francia antes de que llegara el telegrama final, pero solo hay tres o cuatro cartas de fechas cercanas entre sí después de que volviera a Francia. Damos por supuesto que esta fue la última que escribió, claro.

Priscilla se encogió de hombros.

—Sí, yo también me he fijado. Supongo que mis padres las quemaron. Entiendo que hicieron lo mismo con el resto de cartas que envió el ejército.

—Pero ¿por qué solo las de ese segundo destino? ¿Por qué no todas?

Su amiga la miró de frente.

—Sinceramente, no tengo ni idea. ¿Por qué la gente hace lo que hace, sobre todo en momentos como ese? Puede que ya no escribiera, aunque tengo que decir que me sorprendería, conociendo a Peter. Siempre estaba hablando, siempre tenía alguna historia que contar. Claro que por entonces yo creía que nunca dejaría de escribirme con mis hermanos, «Las hazañas en los viles tiempos de guerra de la joven Priscilla», pero aparte de alguna que otra carta, la verdad era que caía muerta en la cama todas las noches.

—Yo, desde luego, di por hecho que Peter era de los que escribían mucho. Por todo lo que me has contado, pensé que tendría mucho que decir. —Maisie ladeó la cabeza y frunció el ceño. Había despertado su curiosidad.

—Pues sí, pero… no sé, Maisie. Lo único que quiero es saber dónde murió, y en vista de que no recibí la notificación oficial, no tengo la más remota idea.

Maisie recogió los papeles y los guardó de nuevo en el sobre.

—Puede que esto te sorprenda, pero teniendo en cuenta el terror y el caos, se tomaba bastante buena nota de todo. Es interesante que no hayas podido localizar la información. —Sonrió a su amiga consciente de lo que decía pero con amabilidad, porque sabía que lo más probable era que su amiga no había intentado reunir todos los detalles de la muerte de Peter Evernden.

Priscilla se quedó pensativa.

—Lo único que puedo decir que podría ayudar es que oí decir a mis padres, justo antes de irme a Francia, que iban a trasladar a Peter a otro puesto y que estaba muy contento. Y lo siguiente que pasó es que se cerró por completo y mis padres se morían por saber qué tal le iba. Mi padre tenía un mapa en la pared de su estudio para seguir el avance de los cuatro lo mejor posible. Después de Southampton no sabía dónde colocar a Peter, porque no sabía adónde lo habían enviado, y te aseguro que a mí nadie me dijo dónde había desaparecido. Después, retiró las chinchetas, una por una, hasta que solo quedó una. —Había vuelto a encender el cigarrillo mientras hablaba. Dio una profunda calada y expulsó el humo formando un círculo—. Yo volví a casa, mi padre enrolló el mapa y todo acabó.

Maisie dejó que el silencio se extendiera entre las dos. No podía evitar el paralelismo que veía entre las dos peticiones, una de un desconocido y otra de una gran amiga. Una inspirada por la otra. Dos

hombres muertos en Francia, dos parientes que lloraban la pérdida, pero no podían descansar. A una la quería mucho. Le dio unas palmaditas en el brazo.

—Haré todo lo que pueda por averiguar dónde desapareció, Pris. Y ahora, venga, vamos a comer algo. Me muero de hambre. —Miró a su amiga hasta que se volvió hacia ella—. Y quiero que hablemos un poco más de lo de buscar piso. Pero no quiero vivir en la casa de otro. He estado ahorrando dinero y ya he pagado el coche. Creo que quiero una casa propia.

Priscilla sonrió con malicia, tal como Maisie sabía que haría.

—¡Excelente!

9

MAISIE NO FUE directa a Ebury Place después de cenar con Priscilla, sino que decidió caminar mientras pensaba dónde podría vivir si se mudaba. Había otras cosas que valorar.

Estaba anocheciendo cuando llegó a Embankment. Le encantaba pasear junto al río, aunque cuando la marea bajaba, el lodo no olía precisamente bien. Al pensar en la conversación que había mantenido con su amiga, se preguntó por qué siempre cedía ante Priscilla cuando se veían. Podía estar convencida, pero al minuto de hablar con ella le daba la razón en que un piso propio era lo mejor, aunque a la vez era del todo consciente de que no le habría prestado mucha atención a aquella idea de haber estado sola, o si la sugerencia se la hubiera hecho otra persona, exceptuando a Maurice. No solo eso; había accedido también a ir a verla a Biarritz cuando fuera a Francia. Pero ella quería mucho a Priscilla y, a pesar de todo, valoraba su opinión sincera, que nunca vacilaba en ofrecer. Sin duda, eran como el día y la noche, pero las unía un vínculo innegable. Y la había echado de menos.

Priscilla le había dicho que debería hacer una lista de características que le gustaría que tuviera su casa. Se subió el cuello de la chaqueta al notar el aire frío en el cuello. Era el tipo de cosa que ella misma hubiera sugerido, pero aparte de estar cerca del agua, no sabía qué cosas le gustaban a la hora de buscar un lugar donde vivir. Los alojamientos que había tenido siempre habían sido un hecho consumado, digamos, algo establecido más que elegido teniendo en cuenta sus propios gustos. «¿Qué es lo que quiero?» Priscilla había decretado que su piso debía estar cerca de lugares en los que pudiera conocer gente, un ambiente social.

Maisie dio la vuelta y caminó en la oscuridad neblinosa guiándose únicamente por las farolas. No tardaría mucho en tener respuesta a las preguntas de su amiga, en cuanto consultara el historial de Peter en el Archivo del Departamento de Guerra, tarea que se quitaría de encima lo antes posible. Maisie reflexionó sobre el tipo de entrenamiento que pudiera haber recibido Peter, sobre todo cuando lo llevaron de vuelta a Inglaterra desde Francia para completar su promoción, si es que se había tratado de eso.

Billy regresaría el lunes con noticias de su investigación sobre el entorno de Avril Jarvis y, por su parte, ella iría a Cambridgeshire a

visitar el hogar en el que había pasado su infancia Ralph Lawton. El fin de semana vería a Maurice al regreso de Hastings, donde había quedado con Andrew Dene. Le hablaría de su idea de ir a Francia en unas pocas semanas. Pero antes se lo contaría a Andrew, por supuesto, después de que este le enseñara la sorpresa que le había preparado. Se quedó pensando en ello y confió en que no fuera algo que la obligara a tomar una decisión que los disgustara a ambos.

—SEÑORA, HOY HA recibido una llamada. Era el doctor Dene —dijo Sandra recogiéndole el abrigo cuando entró por la puerta de la mansión Compton en Ebury Place.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quería?

—Estaba muy apenado, señora. Ha dicho que le dijera que lo han avisado de una emergencia. Parece que ha habido un accidente en una obra esta tarde, mucho trabajo con brazos y piernas, y lo han llamado del hospital General de Hastings para atender a los heridos. Va a estar ocupado todo el fin de semana.

—Vaya por Dios.

Maisie confiaba en que no se le notara en la cara el alivio que sentía.

—Seguro que tenía muchas ganas de pasar unos días fuera, señora. Últimamente ha tenido mucho trabajo. —Le hizo una reverencia y se dio la vuelta para marcharse mientras Maisie se dirigía a las escaleras, pero esta lo pensó enseguida y retrocedió.

—¿Sabes, Sandra? Creo que no voy a quedarme en Londres de todos modos, no os preocupéis por mí este fin de semana. Tengo la bolsa preparada, así que saldré mañana temprano hacia Cambridgeshire. Es la oportunidad que necesitaba para ver a un cliente en su casa.

—Muy bien, señora.

TRAS TELEFONEAR A su padre para explicarle por qué iba a tener que posponer la visita quincenal que había convertido en una rutina después del accidente que había sufrido en verano, Maisie comprobó que había guardado la colección de cartas de Ralph Lawton a sus padres, la mayoría específicamente a su madre, aunque también había una o dos dirigidas a su padre. Hojeó de nuevo la correspondencia de Peter Evernden y volvió a meterla en el sobre, que guardó también en la bolsa, junto con el resto de notas y expedientes. La casa de campo de los Lawton estaba en el pueblo de Farthing, a unos ocho kilómetros

de Cambridge. No había vuelto por allí desde que estudiaba en Girton.

Lord Compton había vuelto a Kent, por lo que Maisie estaba sola en la casa otra vez. Era inusual que tuviera la noche del viernes libre. Pero ella no era de las que se quedaban de brazos cruzados; no le costaba encontrar algo que hacer. De modo que se preparó el baño mientras se desnudaba y se ponía la bata, y esperó a que estuviera listo en el sillón que tenía junto a la ventana. Suspiró. Vacaciones en Biarritz. Nunca había tenido unas vacaciones de verdad, unas en las que hay un viaje y se prepara una maleta con ropa especial, con ganas de respirar la brisa marina o dar largos paseos por el campo. Antes de que su madre enfermase, las vacaciones consistían en dos semanas recogiendo lúpulo en Kent en septiembre o unos días con sus abuelos maternos. Más tarde, su abuelo había aceptado un trabajo en la esclusa del canal, así que la familia Dobbs iba en tren hasta Marlow y de allí en autobús hasta la casita en la que vivían sus abuelos, en una aldea junto al canal.

Maisie sonrió al recordarlo, ya que hacía mucho que sus abuelos y su madre habían muerto. Y parecía que con ellos se había ido también cualquier inclinación a viajar en vacaciones.

Sabía que había puesto todo su empeño primero en olvidar la guerra y después en completar su educación. Decidió entonces que iba a destacar en su labor con Maurice Blanche. Y ahora estaba poniendo toda su energía en triunfar en su trabajo. Maisie se esforzaba por cerrar cada caso de modo que aquellos en cuya vida había tenido algo que ver se quedaran tranquilos con el resultado de sus desvelos, si es que eso era posible. Pero nunca se había tomado ningún descanso, exceptuando algún día suelto de vez en cuando y los fines de semana alternos que, desde hacía unos meses, pasaba en Kent con su padre o en Sussex con Andrew Dene. Aun así, siempre se llevaba trabajo cuando se tomaba el fin de semana y sus pensamientos nunca se alejaban de la oficina.

Pensó en los carteles que adornaban los andenes del tren, la tentación de viajar fuera del país que la saludaba cuando pasaba el torno de la estación de Warren Street. ¿No había sido siempre así desde que había terminado la guerra para todas esas personas que podían permitirse una escapada en barco, tren, coche o avión a la Costa Azul, África, el Mediterráneo, o incluso a Devon o Cornualles? Aunque viajar no era caro, porque habían adaptado los barcos de guerra para su uso civil y los precios se habían desplomado, había que contar con cierta independencia económica para tener el tiempo para viajar, así que Maisie no había prestado mucha atención a las fascinantes ilustraciones de la proa de un gran barco o un mar celeste que se veía entre las ramas de un naranjo: la seducción del viaje para borrar el recuerdo de las trincheras, el frío, el lodo y la sangre. «Para

todos esos que son libres para irse.»

Y ahí estaba ella un viernes por la noche sin nada que hacer aparte de trabajar. O leer, que era la otra distracción que tenía; la búsqueda del saber, para ampliar sus conocimientos sobre el mundo sin salir del país. Tal vez fuera el motivo por el que su práctica de meditación se había visto afectada, porque no siempre le gustaba el mensaje que recibía cuando estaba sola al final del día. Era una voz que le hablaba de su aislamiento y de su elección de no avanzar más allá de los límites de esos mundos en los que sentía un mínimo de seguridad. ¿Qué era lo que decía Maurice, uno de sus desafíos favoritos? «Persigue la oportunidad de nadar más allá de tu pequeño estanque.» Ella conocía todos los carrizos, todos los lodazales y todos los peces de su estanque. Tal vez fuera momento de buscarse un piso, más pronto que tarde.

Después de bañarse, Maisie llamó a la residencia de los Lawton esperando que sir Cecil estuviera allí. Se sabía de él que disfrutaba de diversos pasatiempos campestres, y también en compañía de un círculo de académicos con quienes cenaba los fines de semana. El hombre se mostró de acuerdo en que fuera a visitar su casa para echar un vistazo a las cosas de Ralph, artículos personales que había conservado su esposa al creer que su hijo regresaría algún día. La invitó formalmente a hospedarse en la casa, pero sabiendo que solo lo hacía por obligación, y fiel a la línea de sus reflexiones sobre los viajes, la rechazó y optó por hospedarse en un buen hotel. Al fin y al cabo, le había pagado una buena suma en concepto de dietas por adelantado. Sí, iba a derrochar, darse un capricho.

EL SÁBADO POR la mañana, Billy la llamó por teléfono cuando Maisie estaba poniéndose el abrigo para salir.

—¿Cómo estás, Billy? —preguntó Maisie, que fue a hablar a la biblioteca.

—Estoy bien, señorita. ¿Y usted?

—Bien también. ¿Has averiguado algo más?

—Pues resulta que Avril Jarvis es de esa familia. Esto es lo que he descubierto por el momento: Avril es la mayor de cuatro hijos, pero los otros no son sus hermanos de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Su verdadero padre murió en la guerra. Ella no llegó a conocerlo, porque no había nacido cuando volvió al frente después de unos días de permiso. La señora Jarvis volvió a casarse después de la guerra con un tío que llegó al pueblo buscando trabajo. La pequeña Avril tenía cuatro años.

—Continúa.

—La familia lo ha pasado mal, igual que muchos otros, ¿no cree?

—Billy…

—He descubierto que el padre, el padrastro, quiero decir, tuvo problemas con la ley. Estuvo en la cárcel por hurto y robo con allanamiento de morada. Me da que la madre de Avril ha metido los problemas en casa, porque también le da a la bebida. Los niños no tienen comida y el tipo ese no para de tomar cervezas en el pub.

—¿Cómo consiguió Avril llegar a Londres? ¿Lo has averiguado?

—Por lo que he podido investigar, gran parte me lo ha contado un vecino…

—¿Has dicho algo?

—No, le he dicho que era de la junta escolar, y que quería saber por qué los niños no iban a la escuela… Y me ha salido bien, porque resulta que no van. Los pequeños trabajan en el campo para contribuir a los gastos de la familia.

—Pobrecillos.

—Y que lo diga. Y tendría que ver a la madre, agotada y aparenta el doble de la edad que tiene.

—¿Algo más?

—Al parecer el padrastro dijo que Avril podría sacarse un buen dinero sirviendo en Londres, así que va y la mete en un tren (según el vecino, esto es lo que le dijo la madre de la chica), donde un tipo que conocía le había buscado un trabajo sirviendo. Avril enviaba el dinero a la familia, menos un poco que le dejaba a la chica para poder vivir. La madre le contó al vecino que el amigo del marido había dicho que le había encontrado alojamiento y medio de vida.

—Seguro que sí. —Maisie negó con la cabeza—. ¿Y qué más sabes del negocio de las medicinas?

—Eso es por el lado del padre muerto. Resulta que no les gustaba mucho el nuevo padre de Avril, pero no podían hacer gran cosa. La familia estaba en una situación difícil entre la mujer que había matado a aquel hombre con las hierbas y demás. Por lo que sé, fue la hermana del padre, la tía de la chica. Según parece, Avril y ella se llevaban bien…

—¿Puedes averiguar algo más sobre las actividades de la tía, Billy?

—Ya estoy en ello.

—Bien. Y, si puedes, averigua quién es ese hombre de Londres con quien la envió su padrastro. Por cierto, ¿han dado señales los de la prensa o los hombres de Stratton?

—Nada de nada. Un poco raro, ¿no, señorita?

—Sí que es raro. Sea como sea, vuelve mañana por la tarde. Hablamos el lunes a primera hora.

—Muy bien, señorita. Me alegro de haber podido hablar con usted,

la he llamado por si acaso. Me ha sorprendido cuando me han dicho que seguía en la ciudad.

—Cambio de planes. Será mejor que me vaya, Billy. Hasta el lunes. Lleva a Doreen a cenar a un sitio bonito esta noche.

—Eso haré, señorita. Hasta luego.

Maisie dejó el auricular en la horquilla. «Así que Avril Jarvis tenía un padrastro violento que la había enviado a Londres. ¿A ver a quién?» Era habitual llamar «tío» a un amigo de la familia. ¿Sería pariente del padrastro o ese «tío» tenía otra connotación? Billy encontraría la respuesta.

EL HOTEL MOOR'S Head se construyó a principios del siglo XIX. Tras un período de «declive elegante», podría decirse, los nuevos dueños lo reformaron en 1925 y en la actualidad era un sitio bastante suntuoso que atraía con regularidad a académicos, familiares de los estudiantes y una afluencia de viajeros estadounidenses a los que les encantaba disfrutar de una ciudad afamada. Maisie llegó el sábado pasado el mediodía y, tras almorzar en el comedor del hotel, sacó el MG del garaje que en otro tiempo había sido la cuadra y se dirigió a casa del señor Lawton.

Según atravesaba los pantanos de Cambridgeshire en dirección a Farthing pensó en lo cautivador que le había parecido aquel terreno llano de cultivo tan distinto de las suaves colinas de Kent y Sussex. Farthing era un pueblo pequeño pero ajetreado, en el que la gente iba de un lado para otro con sus quehaceres, ya fuera visitar la tienda de comestibles, la oficina de correos o la carnicería. Aún era pronto para que llegaran los parroquianos al King's Arms, aunque estaba segura de que la hostería atraería a una buena clientela por la noche. Saplings, la finca de Lawton a las afueras del pueblo, había sido construida en sus inicios como casa parroquial, pero luego se pensó que era demasiado elegante para un párroco rural. Los Lawton la compraron antes de que naciera Ralph, cuando era habitual que un hombre de la posición de Cecil Lawton tuviera una casa en el campo, además de su vivienda en Londres, a la que poder viajar cuando la carga laboral disminuía al final de la semana. Desde hacía años, el volumen de trabajo bajaba ya el jueves y no se retomaba hasta el lunes a media tarde.

Un criado abrió la puerta y condujo a Maisie a la sala de visitas donde la esperaba Cecil Lawton. En vez de la ropa formal que vestía en su despacho, el abogado llevaba unos sencillos pantalones grises de gabardina, una camisa de franela de cuadritos, corbata y chaqueta de *tweed* con coderas de cuero. Le tendió la mano para saludarla en

cuanto entró.

—Qué alegría verla tan pronto, señorita Dobbs. Me satisface que ya se haya puesto manos a la obra. ¿Alguna conclusión hasta el momento?

Maisie sonrió.

—Oh, no, no, es demasiado pronto aún. Como sabe, es posible que tenga que viajar a Francia cuando termine con las pesquisas en el archivo oficial de Londres. Espero tener la confirmación que me pide en el plazo límite acordado para llevar a cabo mi investigación, aunque, como sabe, no hay garantías.

Lawton se dirigió a la puerta.

—Tiene usted razón. Yo ahora tengo que salir. Voy al campo de tiro y luego tomaré el té con el profesor Goodhaven, una gran mente jurídica. Dejaré que Brayley la acompañe a la que era la habitación de Ralph y que le lleven allí varias cajas de efectos personales.

—Entiendo. —Maisie frunció el ceño. «La que era la habitación de Ralph, no la habitación de Ralph.»—. Pero, sir Cecil, me gustaría charlar con usted sobre su hijo de una manera más informal.

Lawton parecía agitado cuando puso la mano en el pomo de la puerta. Negó con la cabeza y tartamudeó.

—Yo… Lo siento, señorita Dobbs, hoy no, ya tenía otros compromisos. Pero para que se quede usted tranquila, me he puesto en contacto con el abogado que me comentó, el que está actuando para la chica. Le daré más detalles la semana que viene. Buena suerte, señorita Dobbs. Espero que encuentre algo de provecho, aunque, si le soy sincero, no veo cómo van a ayudarla los efectos personales de Ralph a demostrar nada. Bueno, tengo que irme.

«Huye de mí.» Maisie sabía que Lawton, aunque preparado para apoyar con actos la promesa que le hizo a su mujer, no quería tener mucho que ver con los aspectos reales de la investigación profunda que implicaba el hecho de haber contratado a una investigadora. «¿Qué puede intimidar tanto a alguien como Lawton? ¿Qué verdad puede comprometer a un hombre de su posición?» Maisie valoró la cuestión durante un momento y unos minutos después llegó Brayley, el criado de Lawton, para decirle que había dejado los efectos personales de Ralph en la habitación que había ocupado en la segunda planta.

La amplia estancia había sido redecorada y los vapores de la pintura con plomo eran tan intensos que tuvo que taparse la nariz con la mano.

—Qué fuerte huele, madre mía.

—Han terminado de redecorarla hace poco.

—Entiendo.

—Encargaron los trabajos justo después del fallecimiento de lady

Agnes.

—¿Cómo era antes?

Brayley se dirigió a las ventanas y las abrió de par en par.

—No se había cambiado nada desde que el amo Ralph vivía en la casa. Es verdad que solo nos visitaba en vacaciones y cuando podía salir del colegio, y casi nunca venía después de alistarse en el Cuerpo Aéreo, pero su madre no quería que se tocara nada.

—Porque pensaba que volvería.

El criado se dirigió a la puerta y se detuvo. Maisie se dio cuenta de que, cada vez que iba a preguntar algo más profundo sobre Ralph, su interlocutor terminaba yendo hacia la puerta para salir.

—Espere… por favor, espere un momento, señor Brayley.

—¿Señora? —Sus ojos llamearon un instante y Maisie supo que él debía lealtad a una persona: su empleador.

Maisie adaptó la postura, de manera que no pudiera decirse que quisiera retener o inclinarse hacia el criado y retrocedió un paso, consciente de que con ese movimiento reduciría cualquier sensación de estar acorralado que pudiera tener el hombre. Habría más probabilidades de que hablara con libertad si le daba espacio, aunque era evidente que sus revelaciones iban a ser limitadas.

—Señor Brayley, me pregunto si podría usted decirme si había alguna razón para las diferencias existentes entre su empleador y su hijo.

El hombre se puso colorado, aunque fue solo un momento, y enseguida se recompuso.

—Yo… Yo no diría eso, señora. Es cierto que tenían sus altibajos, como padre e hijo que eran, y el chico estaba muy unido a su madre, que tenía unas ideas muy diferentes sobre cómo educarlo.

—¿Y?

—A un hombre le gusta verse reflejado en su hijo.

—¿Y Ralph no daba el reflejo de sir Cecil?

—Bueno, no en el sentido de que no disfrutaban con las mismas cosas. Al amo Ralph no le gustaba ir a cazar o al campo de tiro. Se parecía más a su madre.

—¿Y cómo describiría usted a lady Agnes?

—Un alma de buen corazón y una persona muy buena, así la describiría.

—Entiendo. —Maisie se acercó a la ventana y miró hacia los amplios jardines—. Entonces, ¿le sorprendió que Ralph se alistara?

—Oh, sí, señora, mucho. Todos nos preguntábamos por qué lo habría hecho. Eso fue antes de la guerra. —Brayley se había abierto a ella—. Si le digo la verdad, todos, y me refiero a todos en la casa, pensamos que a lo mejor tenía algo que ver con que quería independizarse y demostrar a su padre su valía.

Maisie asintió y decidió jugarse su mejor baza con la siguiente pregunta.

—Señor Brayley, que usted sepa, ¿cortejaba Ralph a alguien? ¿Tenía alguna amiga a quien admirase? ¿Había traído a alguien a conocer a sus padres?

Brayley se sonrojó de nuevo.

—No que yo sepa, señora. Pero un joven no se lo contaría a alguien como yo, ¿no le parece?

—Tiene razón, sí, toda la razón —dijo Maisie asintiendo—. Gracias, señor Brayley, me ha sido de gran ayuda.

El criado le hizo una inclinación y salió.

MAISIE SACÓ UNA ficha del maletín y anotó varias cosas. Escribió no solo los detalles de la conversación, sino una descripción de Brayley, la iluminación de la habitación, la austera decoración y hasta lo que ponía por fuera de las tres grandes cajas.

Dejó la ficha y el lápiz en una mesita, sacó la navaja Victorinox del bolso y rompió la cinta adhesiva de la primera caja. Cerró la navaja y abrió las tapas. Dentro encontró un álbum de fotos encima de una selección de objetos cuidadosamente empaquetados. Sacó el álbum y lo abrió por la primera página, sobre la que habían pegado con cierta torpeza una foto de la boda de los Lawton, como si Ralph hubiera empezado a reunir la colección de fotos cuando era pequeño. La mayoría de las imágenes tenían un fondo serio, había pocas de los jardines o de la casa. De hecho, Ralph vestía unas camisas muy almidonadas, se notaba la rigidez de su postura. Maisie pasó las páginas hasta que llegó a la primera foto informal, que parecía haber sido tomada cuando los protagonistas no lo esperaban, aunque miraban a la cámara con ganas de sonreír. Eran dos chicos, de unos dieciséis años de edad, vestidos con un conjunto blanco de jugar al tenis; ambos reían y se pasaban el brazo por el hombro el uno al otro. El chico de la izquierda, el que no era Ralph, miraba directamente a la cámara y sonreía. A su derecha, Ralph no miraba al objetivo, sino a su amigo. Maisie se acercó el álbum. Fue la mirada de Ralph lo que le llamó la atención, porque le recordaba a la forma en que había pillado a Andrew mirándola una vez. Se estaba poniendo el sombrero delante del espejo y vio su mirada reflejada, aunque él no era consciente de los sentimientos que delataban su expresión.

10

DE VUELTA EN su habitación del hotel, Maisie se sentó en la cama con un montón de papeles y fotos esparcidas a su alrededor. Había empezado clasificando el material por orden cronológico. Después, crearía un patrón diferente que reflejara sus observaciones y la vida interior de Ralph: las cartas de un amigo en particular, un lugar que se hubiera mencionado en diversos documentos, una forma de pensar expresada en un diario personal o una técnica nueva de la que tal vez había hablado en su diario de vuelo, que no había esperado encontrar entre sus efectos personales.

A Ralph Lawton lo habían derribado tras las líneas enemigas a la luz imprecisa del amanecer. Las autoridades alemanas habían notificado la muerte a las autoridades británicas como era habitual y se había identificado el avión, así como las chapas de identificación de los ocupantes, de puro milagro, entre los restos del incendio que había consumido su De Havilland DH-4. Según el informe enviado por el oficial al mando, un jardinero y varios agricultores que se habían aventurado a salir temprano al campo intentaron extinguir las llamas. Maisie estaba asombrada con el grado de detalle del informe en un momento como aquel, ya que ese no era el primer informe que veía sobre una muerte en el campo de batalla y tampoco, pensó, sería el último.

Las cartas que había diseminado por el edredón eran, fundamentalmente, de la madre de Ralph; un par eran de su padre y había también algunas de amigos del colegio. De estos últimos, la mayoría procedían de un joven llamado Jeremy Hazleton. Maisie cerró los ojos y dio unas palmaditas sobre una de las cartas. ¿No era miembro del parlamento? Sí, era ese político joven que no tenía pelos en la lengua e iba en silla de ruedas que muchos auguraban que sería primer ministro en unos años, un hombre respetado tanto por los sindicatos como por un conjunto amplio de votantes. Había alzado la voz en favor de los derechos de las mujeres años atrás; de hecho, Maisie recordaba haber visto una foto en el periódico de él enarbolando una bandera en la que exigía UNA MUJER, UN VOTO, con su madre empujando la silla de ruedas y su joven esposa caminando a su lado. La rabia que le provocaban las igualmente largas colas en las oficinas de empleo y los comedores sociales incendiaban con duras palabras los tabloides diarios: «¡MANIFESTACIÓN HASTA WESTMINSTER!

HAZLETON HABLA CON LOS TRABAJADORES ». Se habían escrito artículos sobre sus visitas a las zonas deprimidas de Lambeth y las ciudades mineras ennegrecidas por el hollín, y lo habían fotografiado estrechando la mano por igual a trabajadores y miembros de la alta burguesía que poseían tierras. Acentuaba la trayectoria de su carrera política el legendario valor que había mostrado en la batalla de Passchendaele: el héroe de las masas. Pero, como muchos sabían, Jeremy Hazleton era un héroe rico, un hombre con una herencia de su padre terrateniente. Maisie observó de nuevo la foto que la había dejado intrigada con anterioridad y la comparó con la imagen que recordaba haber visto en un documental en el cine. La sonrisa juvenil hacia la cámara había dado paso con los años a una pose más seria, pero el parecido era indudable. La mirada de Ralph estaba dirigida a un jovencito Jeremy Hazleton.

15.00 horas. Subo con el observador Cunningham. Cruzamos la línea a las 15.40 horas. No se informa de ningún movimiento. Seguimos línea norte durante dos millas, adoptamos formación Fokker y ascendemos a una altura de 10 000 pies. Ponemos rumbo a la base, cruzamos la línea de nuevo a las 16.00 horas. Aterrizaje: 17.00 horas.

Todos los informes eran similares; sin embargo, el diario personal que acompañaba a cada uno proporcionaba detalles que no se habrían incluido en un diario de vuelo. «Las formaciones de nubes de esta tarde eran impresionantes. Casi podías imaginar que estabas volando entre algodón de azúcar un día de playa. Claro que los hunos apuntándome con sus armas desde tierra me han estropeado lo que podría haber sido un agradable ejercicio de vuelo.» Y en otra página: «Hoy he subido a entrenar. Bueno, subido, bajado, subido, bajado, subido, bajado, subido, bajado… ¡y sin parar! Me da la impresión de que me han puesto a prueba y, por una vez en la vida, el resultado no ha sido deficiente. ¡Ojalá el viejo lo supiera! He sacado las mejores notas en maniobra de toma y despegue, y espero que me encomienden una o dos misiones interesantes dentro de poco, antes de convertirme en azote Fokker».

Maisie miró por la ventana sin soltar los papeles. ¿En qué creía ese joven que parecía tan aislado? ¿A qué Dios le habría rezado sabiendo que al hacerse aviador había elegido el trabajo más peligroso en una guerra? ¿A qué se aferraba una vez que despegaba su aeronave cuando el menor fallo en el funcionamiento, una fractura mínima en el ala o el fuselaje, significaría una muerte horrible? ¿Y qué ángeles lo recogieron cuando llegó el día, cuando chocó contra el suelo tras las líneas enemigas? ¿A quién profesó su amor, como seguramente debió

de ocurrir, cuando sintió que se precipitaba a la muerte?

Dio la vuelta al cuaderno y frunció el ceño. ¿Se lo habían devuelto a la familia con el resto de los efectos personales sin que nadie con autoridad lo hubiera leído? Era probable. Rebuscó entre el montón de papeles y efectos personales que se había llevado a su habitación y sacó un sobre dirigido a Ralph que se había quedado aplastado bajo el peso de álbumes y libros. El matasellos era de Folkstone, un día antes de su muerte. Dejó el cuaderno encima del sobre y luego lo metió dentro. Si el cuaderno había sido enviado de vuelta a Saplings, parecería que Ralph lo había enviado a casa para protegerlo. ¿Es que no había pasado por el censor? ¿Cómo podía ser? Maisie recordó que en una ocasión ella también le había dado una carta a otra enfermera que salía de permiso y le había pedido que la echara al correo al llegar a Inglaterra para que le llegara antes a su padre. Sí, era posible. En vez de hojearlo, Maisie leyó el diario personal desde el principio y lo fue comparando con el diario de vuelo para verificar las fechas.

Una hora más tarde había descubierto dos cosas: que Ralph Lawton seguía en contacto con Jeremy Hazleton cuando murió, aunque no había podido dar con ninguna carta de este último, y que también había sido un hábil piloto al que habían encomendado una misión de extrema importancia. Su gran experiencia como ingeniero y después como observador antes de ser el piloto al mando de su propio avión lo convertían en un militar de gran valor. Maisie se reclinó y frunció el ceño, frustrada por no saber más sobre el Real Cuerpo Aéreo. ¿Para qué tenía que aterrizar y despegar de nuevo sin llegar a detenerse?

MAISIE REALIZÓ DOS llamadas aquella noche desde el teléfono del hotel. Una a casa del excelentísimo Jeremy Hazleton; se presentó como electora y le preguntó si podrían verse al día siguiente. La segunda a Chelstone para preguntar por la dirección de James, el hijo de lord y lady Compton, en Canadá. Él también había participado en la guerra como piloto y tal vez pudiera proporcionarle la información que necesitaba para evitar tener que acudir directamente a la Real Fuerza Aérea. Quería respuestas a sus preguntas, pero no quería que se las hicieran a ella.

EL DOMINGO POR la mañana, Maisie estaba ansiosa por ponerse en camino nada más desayunar. Lloviznaba muy suavemente cuando pagó la cuenta y salió del hotel con la bolsa en una mano y el maletín

en la otra, por lo que le sorprendió mucho ver al criado de Cecil Lawton esperándola junto al coche. Se había echado el chubasquero por los hombros y llevaba un sombrero impermeable. El hombre estaba demacrado y tenía el rostro ceniciento, y se protegía con un chubasquero que Maisie sospechó había sido de su empleador. La lluvia le salpicaba el sombrero, y no sacó las manos de los bolsillos cuando Maisie se acercó a él.

—Señor Brayley, buenos días, aunque podrían ser mejores, ¿verdad?

—Buenos días, señorita Dobbs.

Maisie miró a su alrededor. La lluvia salpicaba por todas partes y tenía pinta de que iba a convertirse en un chaparrón largo.

—Sé que no ha venido hasta aquí para esperar bajo la lluvia y darme los buenos días. Si me ayuda con el equipaje…

—Claro, claro, perdone, señora.

Tras ayudarla a guardarlo todo en el coche, Maisie le indicó el portal de una tienda cercana donde no se mojarían.

—Y dígame, señor Brayley, ¿qué puedo hacer por usted?

El hombre se quitó el sombrero y se levantó el cuello del chubasquero. Maisie se fijó en la camisa blanca almidonada que llevaba debajo y la chaqueta negra que tenía algunos brillos, por todas las veces que la había planchado a lo largo de muchos años de servicio. Se le veían unas manchas oscuras a causa de la edad en la nariz y los pómulos. Aunque no tenía mucho pelo, se peinaba hacia atrás el poco que le quedaba y se lo sujetaba con fijador. Le recordaba a un viejo y cansado perro fiel.

—Espero que no le importe, señorita Dobbs, pero quería decirle lo que yo opino sobre la situación de Ralph Lawton —dijo el hombre cuadrando los hombros en un movimiento que, como bien sabía Maisie, indicaba que la persona trataba de reunir unas fuerzas que, en realidad, no tenía.

—Por favor, hable con toda libertad y confianza —respondió ella sonriendo y le puso la mano en el hombro solo un segundo.

El hombre carraspeó y continuó.

—Llevo trabajando para sir Cecil desde antes de que se casara, mucho tiempo se mire por donde se mire. Hay quien ha dicho que me casé con mi trabajo, aunque mi esposa también trabaja en la casa.

Maisie asintió con la cabeza. Era habitual que los dos miembros de una pareja trabajaran juntos, como también era habitual que se les concediera una vivienda separada dentro de la finca.

—Así que ya ve, he visto muchas cosas.

—Continúe.

—Y lo que quiero decirle es que es terrible lo que ha vivido sir Cecil. Primero la pérdida de dos bebés, después una hija, y luego le quedó un hijo que no era lo que él quería.

—Sí, tengo entendido que no se llevaban bien.

—Como ya le dije, era un niño de mamá, pero nunca intentó ser un hijo para su padre. Nunca lo intentó.

—¿Está usted seguro, señor Brayley? ¿No es verdad acaso que nunca sabemos con certeza lo que pasa en la casa en la que trabajamos?

Los ojos del hombre llamearon y Maisie vio en ellos una lealtad que podía distorsionar la perspectiva de la situación que pudiera tener aquel hombre.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Lo que quiero decir es que ella le hizo sufrir mucho, mucho, creyendo que el chico seguía vivo. Mi mujer dijo, cuando perdió a aquellos bebés, que eso ya era bastante para volverse uno majara. Mírela, mire por todo lo que le hizo pasar. Estaba como una cabra, se lo aseguro.

Maisie frunció el ceño.

—¿Y qué quiere que haga yo, señor Brayley? Porque estoy segura de que no ha salido con la que está cayendo para decirme algo que puedo deducir yo sola.

Miró por encima del hombro del criado y se fijó en la bicicleta que había apoyada contra el escaparate de una tienda cercana. Aquel hombre había hecho ocho kilómetros en bicicleta bajo la lluvia. Estaba claro que tenía algo más que decir.

—Le creó muchos problemas al ir a ver a esas mujeres que no son mejores que los encantadores de serpientes. Podría haber arruinado a un hombre de su posición. ¿Y después va y le hace prometer en el lecho de muerte que buscará a un hijo que está muerto? Se le hiela a uno la sangre. —Guardó silencio un momento y miró a un lado y otro de la calle, que seguía desierta, aunque la lluvia había aflojado un poco—. He venido a pedirle, por el bien del señor Lawton, que actúa por inercia, sabe usted, he venido a pedirle que no remueva el pasado. Haga su informe, o lo que sea que hacen ustedes, y déjelo estar.

Maisie lo miró fijamente en silencio. El hombre miró de nuevo a un lado y otro de la calle, y cuando se volvió hacia ella, habló.

—Señor Brayley, con independencia de cómo valore yo los méritos de este encargo, he de hacer un trabajo íntegro. Si no pretendiera realizar una investigación minuciosa y detallada, no habría aceptado el caso. Lo que sí puedo asegurarle es que mi trabajo será totalmente confidencial y mi intención es proteger a todos los implicados. No defraudaré a sir Cecil.

—Entiendo —dijo él poniéndose el sombrero de nuevo—. Será mejor que me vaya. —Y salió del portal, pero aún se volvió una vez más hacia Maisie—. Y usted sabe que yo tampoco pienso defraudarlo, ¿verdad, señorita Dobbs?

Se tocó el ala del sombrero a modo de despedida, inclinó la cabeza

y se alejó caminando mientras sujetaba la bicicleta por el manillar. Maisie sospechaba que no se montaría hasta que desapareciera de su vista, porque el miedo y la rabia lo habían desestabilizado tanto que podría caerse.

Encendió el contacto y se separó de la acera pensando que debía tener cuidado con Brayley. El leal sirviente tenía la tenacidad de un perro guardián y estaba claro que había intentado apartarla. Era muy consciente de que acababa de ser objeto de una amenaza velada.

SIGUIENDO LAS INDICACIONES al pie de la letra, Maisie aparcó fuera de la villa de estilo eduardiano en el pueblo de Dramsford, a las afueras de Watford. La casa había sido construida en una ladera, de manera que el jardín delantero formaba una serie de terrazas pequeñas que conducían hasta la acera de la calle. Hacía viento, pero por lo demás estaba todo muy tranquilo, pues era domingo. Jeremy Hazleton se había mostrado cordial por teléfono y le había sugerido que llegara a media mañana para que pudieran hablar antes de la comida, pero no la había invitado. Observó a una pareja mayor que salía de la casa antes de bajarse del coche y llegó a la conclusión de que era probable que la residencia Hazleton estuviera abierta a las visitas de los electores siempre que el señor Hazleton estaba en casa y no en Westminster.

La propia Charmaine Hazleton abrió la puerta y la recibió con una gran sonrisa. Era unos centímetros más baja que Maisie y llevaba el pelo rubio oscuro recogido en un moño bajo, un estilo que le enmarcaba los pómulos. El vestido azul real hecho a medida siguiendo la moda revelaba buen gusto más que un gasto indiscriminado, y los zapatos azules de cuero eran prácticos y estilosos a un tiempo, sujetos con una tira en forma de «T» que se abrochaba a un lado con un delicado botón de cuero.

—Buenos días, señorita Dobbs. Confío en que no haya tenido un viaje muy complicado. Cuando llueve en Cambridgeshire, lo hace con ganas, ¿no le parece? —Se hizo a un lado para dejar que pasara y después la condujo por un pasillo decorado con papel de flores. Siguió hablando sin dejar que Maisie la saludara formalmente—. Jeremy lleva ocupado desde las siete, la primera visita ha llegado a las ocho. El trabajo de un diputado no termina nunca.

Maisie estudió con atención la postura de Charmaine Hazleton mientras caminaba delante de ella. Por el porte de los hombros, los pasos cortos y pausados, y las manos enlazadas delante del cuerpo, la mujer de Jeremy Hazleton revelaba que, pese a su sonrisa acogedora, preferiría que Maisie no hubiera llamado para que la jornada de su

marido hubiera sido más tranquila. Aunque la reunión iba a ser a solas con Hazleton, Maisie sospechaba que los interrumpirían en algún momento para indicarle que era hora de irse. Estaba claro que poner fin de un modo tan hábil al tiempo de visita con su marido era prerrogativa de la esposa de un diputado joven.

—Jeremy, querido, la señorita Dobbs ha llegado.

Charmaine se dirigió hacia la mesa en la que su marido estaba sentado con una caja de papeles, muchos de ellos atados en paquetes con un estrecho lazo rojo. A pesar de la silla de ruedas, Hazleton daba la impresión de ser un hombre alto. Aunque hacía fresco, llevaba la camisa remangada y se había echado una chaqueta de punto sobre los hombros de manera descuidada. Tenía el pelo muy rizado y muy corto. Maisie sospechó que, si se lo dejaba crecer, le resultaría inmanejable, sobre todo teniendo en cuenta sus limitaciones físicas. Unas pecas le cubrían la nariz con aire aniñado, aunque por lo demás tenía la piel clara. Antes de llevarse la bandeja del té que estaba sobre la mesa de madera de nogal pulida, su mujer le apretó el hombro y él respondió dándole unas palmaditas en la mano.

Hazleton movió la silla para estar de frente a Maisie y le tendió la mano.

—Encantado. Tome asiento, por favor. —Le indicó un sillón junto a la mesa y se volvió hacia su mujer—. Gracias, querida.

Charmaine Hazleton abandonó el despacho sin ofrecer té a Maisie.

—Y dígame, ¿qué puedo hacer por usted, señorita Dobbs? Dijo que quería hablar conmigo sobre Ralph Lawton. He de decirle que me ha parecido extraño. Al fin y al cabo, el pobre murió hace trece años.

Maisie miró hacia la puerta un segundo al comprobar que no había oído el clic de la puerta al cerrarse y vio que estaba entornada.

—Confío en que nuestra conversación será confidencial, señor Hazleton.

—Por supuesto, tiene usted mi palabra.

—Bien. En primer lugar, tome mi tarjeta. —Sacó una del bolsillo del chubasquero, que no le habían ofrecido que se quitase, y se la entregó —. Sir Cecil Lawton me ha contratado para verificar que su hijo está, en efecto, muerto. Según parece, lady Agnes Lawton tenía la firme creencia de que estaba vivo y…

—¡Qué bobada!

Maisie sonrió.

—Puede ser, señor Hazleton. Sin embargo, la señora estaba tan convencida de ello que en el lecho de muerte pidió a su marido que continuara la búsqueda. Si bien sir Cecil no duda que su hijo está muerto, se siente en la obligación de llevar a cabo cierta investigación. Por eso ha contratado mis servicios.

Hazleton miró la tarjeta de nuevo.

—Ah, sí, he oído hablar de usted —dijo sugiriendo que conocía la reputación de Maisie.

Ella no dijo nada y siguió con una pregunta.

—En primer lugar, señor Hazleton, tengo entendido que Ralph Lawton y usted fueron al colegio juntos y eran buenos amigos, ¿no es así?

Jeremy Hazleton hinchó las mejillas y negó con la cabeza.

—No sé si tanto como buenos amigos, señorita Dobbs. Sí es verdad que pasamos tiempo juntos cuando éramos niños, pero no éramos amigos íntimos, no sé si me explico. Le diré la verdad: Ralph no contaba con un círculo muy amplio; de hecho, los otros chavales le pegaban a veces y yo lo defendía.

—¿Y por qué le pegaban?

Hazleton evitó la mirada de Maisie y giró un poco la silla para distanciarse un poco de ella, al tiempo que dibujaba un círculo en su bloc de notas, una esfera, y después una espiral en el interior.

—Bueno, ya sabe lo que pasa siempre con los chicos que no son iguales, y siempre hay uno así, ¿no le parece? No se le daban bien los deportes y odiaba todo lo que tuviera que ver con el barro. Ese tipo de aversión a hacer el bruto entre chavales te convierte en objeto de burla.

—Pero ¿y las palizas?

—Ya sabe cómo pueden ser los chavales.

Maisie continuó con las preguntas.

—¿Qué hacía usted para ayudarlo?

Hazleton se rio.

—Hablando sin rodeos, señorita Dobbs, a mí me gustaba tener cierta popularidad cuando era pequeño. Era una posición que utilizaba para ejercer influencia en el comportamiento de los demás.

—Ya veo. Tengo entendido que seguían en contacto cuando Ralph Lawton murió en Francia.

Hazleton frunció el ceño.

—Si le soy sincero, no me acuerdo, señorita Dobbs. Creo que nos escribimos en varias ocasiones.

—Pero ¿no fue a visitarlo cuando se alistó por primera vez? —preguntó Maisie sacando un montón de fichas del maletín—. Sí. He visto entre los papeles personales de Ralph que menciona en varias ocasiones que se vieron después de dejar el colegio, una de ellas cuando se alistó en el Cuerpo Aéreo. Le dieron un permiso y se vieron en —dio la vuelta a la tarjeta—, sí, en Ipswich, un día. Usted se hospedó en una casa de huéspedes.

—Ah, sí, es verdad —dijo él dándose una palmada en la frente con la mano derecha, movimiento que a Maisie le pareció un tanto premeditado—. Hace tanto tiempo que casi no me acuerdo. Creo que

fue una coincidencia. Si no recuerdo mal, intercambiamos un par de cartas, me di cuenta de que los dos teníamos unos días de permiso en la misma época y ambos pensamos que podíamos ir a la costa y conocer chicas, esas cosas. —La miró y sonrió—. Juegos de chavales.

—¿Y fue así? ¿Conocieron a alguna chica?

—Supongo que sí, aunque todos los fines de semana de chicos son iguales a esa edad.

Maisie oyó el pomo de la puerta cuando Charmaine Hazleton entró en el despacho. Miró el reloj y estaba a punto de decir algo, pero Maisie se le adelantó.

—Señor Hazleton, ¿se le ocurre algún motivo, lo que sea, o circunstancia que apoye la idea de que Ralph Lawton sigue vivo?

Él negó con la cabeza y dirigió la silla hacia la mesa.

—Me considero afortunado por haber sobrevivido a aquel baño de sangre, un verdadero infierno, señorita Dobbs. Ralph traspasó las líneas enemigas, por lo que sé, y lo derribaron; su avión se incendió. No tengo ninguna duda de que está muerto. Por lo que no se me ocurre que pudiera seguir vivo en alguna parte. Y ahora, si me disculpa…

Maisie se levantó.

—Muchas gracias por su tiempo, sobre todo en domingo. Ha sido usted muy amable al recibirme. —Sonrió—. ¿Podría telefonearlo si me surge alguna otra duda?

Jeremy Hazleton recordó que ella también votaba y le devolvió la sonrisa.

—Así lo haré.

CHARMAINE HAZLETON ACOMPAÑÓ a Maisie a la puerta, de donde tomó un paraguas y echó a andar hacia el coche de Maisie en vez de despedirse de ella en la entrada. Mientras bajaban los escalones hasta la acera, Maisie se volvió hacia la otra mujer.

—Señora Hazleton, ¿cómo se conocieron su marido y usted, si me permite que se lo pregunte?

—Fui su enfermera. Llevo cuidando de él desde que lo trajeron de Flandes.

—Entiendo. Yo también fui…

La mujer la interrumpió bruscamente cuando llegaron a la calle.

—Señorita Dobbs, ¿podría pedirle un favor?

—Sí, desde luego, señora Hazleton.

La mujer alzó un poco más la barbilla, como queriendo estar a la misma altura que Maisie.

—No quiero que vuelva a contactar con mi marido para hablar de

Ralph Lawton.

—¿Por qué? —preguntó ladeando la cabeza.

La mujer enlazó los dedos con firmeza por delante del cuerpo.

—Como puede ver, mi marido sufrió mucho en la guerra. Desde entonces ha seguido adelante con tesón y determinación; tiene una carrera política de éxito por delante. Esos recuerdos de la guerra, de los amigos que perdió, lo perturban.

—Pero creía que esos que viven con heridas de la guerra forman una parte importante del electorado a quien su marido representa. Seguro que está acostumbrado a…

La mujer tragó con dificultad.

—Esto es diferente.

—¿Ah, sí?

—Sí, señorita Dobbs. Y ahora, váyase, por favor, y no intente hablar de nuevo con mi marido. Se lo advierto, haré todo lo que esté en mi poder para evitar que los recuerdos lo atormenten. ¡No dejaré que ocurra!

Dio media vuelta y se alejó con la espalda bien erguida y la barbilla levantada.

Maisie sabía que Hazleton le había mentido. Los papeles de Lawton revelaban que habían continuado escribiéndose desde que dejaron el colegio hasta la muerte de este, y que se habían visto más de una vez. Entendía también que la «defensa» de Charmaine Hazleton era desproporcionada teniendo en cuenta la reacción en apariencia inocente del diputado a las preguntas que le había hecho, y a lo que según él había sido, como mucho, una amistad esporádica.

En el viaje de regreso a Londres, con la lluvia rebotando en la luna del coche, Maisie intentó recordar si con algún otro encargo había recibido dos amenazas en un solo día y por el mismo motivo: Ralph Lawton había amado a otro hombre.

11

—¿PUEDE DECIRLE A su ordenanza que deje de meter las narices en los asuntos de la policía?

—Buenos días, sargento Caldwell. Estoy bien, gracias, ¿y usted? —dijo Maisie reclinándose lentamente en su silla cuando respondió al teléfono y se encontró con el agresivo tono del ayudante del inspector Stratton. No permitiría que alguien a quien tenía en tan poca estima le estropeara el buen humor nada más empezar la semana.

—No se preocupe usted por mí, ocúpese solo de que ese fanfarrón se meta en sus propios asuntos.

—¿Puedo hablar con el inspector Stratton si no es mucha molestia, sargento Caldwell?

Según hablaba, Billy entró en la oficina, le dio los buenos días moviendo solo los labios al ver que estaba hablando por teléfono y se quitó el abrigo y el sombrero, que colgó en el perchero que tenían detrás de la puerta.

—El inspector Stratton está fuera unos días, así que yo estoy al mando del caso, y voy a…

—Sargento —dijo Maisie mirando a Billy, que puso los ojos en blanco al darse cuenta de con quién estaba hablando—, agradezco mucho su preocupación por la integridad de su investigación. Sin embargo, le aseguro que el señor Beale no ha hecho nada que pueda tener un efecto adverso en el caso de Avril Jarvis. El señor Beale actuaba en mi nombre y estaba llevando a cabo una investigación relacionada con algo que es responsabilidad mía en el caso, que, como podrá apreciar, puede que implique testificar en el juicio.

—Voy a tener que hablar con usted y con el señor Beale aquí, en la comisaria, ya lo sabe.

—Sí, ya lo esperaba. ¿Le parece que vayamos a las diez?

Caldwell tosió al darse cuenta de que Maisie había tomado el mando de la conversación.

—Sí, me va bien. A las diez en punto.

—Hasta entonces —respondió ella dejando el auricular en la horquilla.

—No ha tardado en ponerse a echar fuego por la boca, ¿eh? —Billy estaba de pie delante de la mesa de Maisie.

—No, ha salido disparado, diría yo. —Maisie recogió una carpeta de papel manila que contenía varios documentos—. Vamos a trabajar un

poco en el mapa del caso hasta que tengamos que ir a la comisaría. Trae tus notas, Billy.

Se sentaron juntos delante de la mesa mientras la lluvia golpeaba de lado contra las ventanas, ocultando la vista de la plaza entre las espirales de agua que descendían por fuera del cristal y la condensación que se formaba por dentro.

—Veamos lo que hemos conseguido hasta ahora. Cuéntame lo que has averiguado.

Billy hojeó sus notas y se sentó en su silla. A veces, Maisie se preguntaba si había hecho bien contratándolo como ayudante, pero una y otra vez, con frecuencia en momentos en los que estaba desesperada, el hombre le había demostrado su valía.

—No quiero repetirme, señorita, así que lo retomaré donde lo dejé el otro día, si no le importa.

—Claro, Billy, adelante.

—Ya le conté lo que había averiguado sobre el padrastro. Según un vecino —dijo Billy consultando la libreta—, el día que se suponía que se iba a Londres, la pequeña Avril se abrazaba a su madre sin dejar de llorar. Según parece, el ruido alertó a los vecinos, así que todos vieron cómo el padrastro le arrancaba los dedos de la ropa uno a uno, pegaba a la pobre cría en la cabeza y les decía a los vecinos que se fueran cagando leches de allí. Lo siento, señorita, pero eso fue lo que dijo.

—No pasa nada, continúa.

Maisie se había levantado de la silla mientras Billy hablaba, y miraba por la ventana de espaldas a él. No quería que la viera llorar.

—La llevó a la fuerza a la estación y, que ellos sepan, la acompañó hasta Taunton en la línea secundaria, y allí la metió en un tren para Londres, donde su tío la estaba esperando.

—Ay, Dios mío.

—Bueno, no sé qué hace Dios, señorita, porque ella, desde luego, no recibió ayuda cuando la necesitaba, y le aseguro como que me llamo Billy que estaba rezando.

Maisie se volvió hacia él.

—Está bien. Así que sabemos que la mandó con su tío, que ahora sabemos que lo más probable es que fuera un amigo del padrastro y no un pariente de sangre. Y sabemos que no estaba sirviendo en una casa, sino trabajando en la calle, y que su tío era un proxeneta. ¿Y qué sabemos de su tía?

—Esta parte no está muy clara, señorita.

—Ya. —Maisie volvió a sentarse. Esa vez, Billy se fijó en su expresión cuando sacaba el pañuelo del bolsillo.

—¿Se encuentra bien?

—Me he resfriado un poco, Billy. Es por el tiempo.

Billy asintió, aunque sabía perfectamente que Maisie no se había

resfriado desde que trabajaban juntos, y que estaban teniendo un verano tardío a principios de otoño, pese a que aquel día estuviera lloviendo.

—El padrastro está muerto.

—¿Cómo que muerto?

—Por causas naturales, en teoría. Un ataque al corazón o algo así.

—Pero…

—Es la tía por parte del verdadero padre de la chica, ya sabe, el que murió en la guerra; el caso es que, como es lógico, dicen que es bruja. No que lo sea de verdad, claro, pero siempre anda por ahí recogiendo plantas y malas hierbas en el bosque y junto al río. Y la gente acude a ella cuando pillan alguna enfermedad. Confían más en ella que en el matasanos del pueblo y les cobra menos.

—¿Y cómo murió el padrastro?

—Lo encontraron fuera del pub una tarde. Habían dicho que ya no se servía más y cuando todos los parroquianos se fueron, el dueño echó el cierre y se acabó, o eso pensaba él. A la hora de abrir otra vez por la tarde, se formó un alboroto en la puerta del pub y un par de parroquianos llamaron a golpes a la puerta pidiendo ayuda. Así que el dueño abrió y se encontró con el padrastro allí mismo, tirado en el suelo, muerto.

—¿Sabes lo que dijo el forense?

—Según la investigación forense murió por causas naturales.

—¿Y qué dice la gente del pueblo?

—Que fue la tía, que le echó algo en la bebida. Se sabía que iba por el pub a tomarse una rápida a la hora de la comida y hay quien opina que podría haber estado allí ese día, aunque nadie asegura que la viera. Pero lo que se oye por el pueblo, y recuerde que es un sitio pequeño, es que lo hizo con una de esas tinturas que elabora.

—Entiendo.

—¿Usted qué cree, señorita?

Maisie anotó algo en el mapa extendido ante sí y sujeto con chinchetas, y después se volvió hacia él.

—Si te digo la verdad, puede que yo hubiera hecho lo mismo.

La sorpresa se reflejó en los ojos del hombre al oír el comentario. Estaba a punto de decir algo, pero Maisie siguió.

—Buen trabajo, Billy. Vamos a apuntar todo esto y después tenemos que ir a Vine Street a ver a Caldwell. A la vuelta tengo que hacer un recado, así que puedes volver tú solo.

—¿Adónde tiene que…? —Billy se interrumpió. No tenía por qué preguntar a su jefa.

—No pasa nada, Billy. Puedo decírtelo. Voy a comprobar el historial de servicio durante la guerra de Peter Evernden. Y después tengo que ir a las oficinas de Thomas Cook a comprar un billete para Francia a

finales de la semana que viene.

—¿Va a ir hasta allí usted sola?

Maisie miró la hora en el reloj que ese día llevaba prendido en la solapa de su chaqueta burdeos.

—La verdad es que no. Hablé con el doctor Blanche al volver de Cambridge ayer por la tarde y ha decidido acompañarme.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? Ya sabe, usted y él juntos otra vez, trabajando en un caso.

Billy no quería admitir que se sentía un poco excluido.

—Ya veremos. Ha insistido en venir, la verdad. Y, francamente, no entiendo por qué, aunque sé que le gusta aprovechar la oportunidad de ir a Francia, y viajar solo amedrenta un poco con su edad.

—No sé, señorita. A mí me amedrenta viajar hasta Taunton, si le digo la verdad.

Maisie sonrió.

—Vamos, tenemos que irnos. Te contaré lo que he hecho en Cambridge por el camino y decidiremos nuestro próximo movimiento en el caso Jarvis.

Maisie se dio cuenta mientras cogían los abrigos de que Billy había dado en el clavo. Para ella había sido una sorpresa que Maurice se ofreciera a acompañarla a Francia, y no había sido capaz de rechazar el ofrecimiento. Sin Maurice a esas alturas podría estar trabajando como institutriz, como mucho. De hecho, si no hubiera tenido tan buena suerte, puede que hubiera terminado como Avril Jarvis. ¿Cómo negarse a que la acompañara, por mucho que el ofrecimiento la inquietara?

LA REUNIÓN EN la comisaría era predecible: una queja de Caldwell que no terminaba, que Maisie describió más tarde como un «rapapolvo tedioso e interminable», seguida de la petición de que Billy le proporcionara la información que había conseguido. Lo hizo, pero hasta un punto. Por su parte, Maisie sentía curiosidad por la ausencia del inspector, pero le dijeron que su hijo se había puesto enfermo y el inspector estaba de baja para cuidar de él. Caldwell añadió, con sarcasmo en opinión de Maisie, que no era nada grave y que sus propios hijos ya lo habrían superado a esas alturas.

—¡Ese hombre me pone furiosa! —dijo Maisie cuando salían de la comisaría.

—He de admitir, señorita, que me ha sorprendido que no le haya dejado ver a Avril después de lo que ha hecho por ellos —dijo Billy—. Me da la impresión de que piensan que ya se ha terminado, pasan por caja y pagan.

—Eso es exactamente lo que es, Billy. —Maisie miró la hora otra vez. Frunció el ceño y le dio unos toquecitos en la esfera, pero al final se lo soltó de la solapa y se lo puso en la oreja. Le dio cuerda y se lo llevó a la oreja otra vez—. Ay, no…

El reloj había funcionado sin ningún problema desde 1916, aun en las condiciones más horribles, incluido el bombardeo de la Estación de Evacuación de Heridos en la que la hirieron. Maisie negó con la cabeza y continuó.

—Bueno, no se ha terminado, ni mucho menos —dijo y se volvió hacia él—. Muy bien, luego nos vemos en la oficina, Billy. Hay una persona que no sabemos lo que piensa en todo este caso de Avril Jarvis, y es su madre. Sé que no pudiste verla, pero esa mujer tiene que estar sintiendo algo.

—Es lo que uno pensaría.

—Billy, sigue tú con ello. Si tienes que volver a Taunton, pues irás.

La sorpresa ante la actitud de su jefa se reflejó en el rostro de Billy, que frunció el ceño aún más.

—Señorita, sé que he descubierto varias conexiones en el entorno de la chica, pero creo que no he encontrado nada que demuestre que no lo hizo, me refiero al asesinato.

Maisie sabía que su exasperación no tenía nada que ver con Billy, pero era un síntoma de la frustración que sentía. Eran muchas las cosas que parecía que estaban ahí mismo, pero no daba con ellas, y no solo en el caso de Avril Jarvis, sino también en el de Ralph Lawton. No tenía ninguna gana de viajar a Francia, le aterraba la idea, de hecho, y se sentía presionada por la promesa que le había hecho a Priscilla. Y luego estaba Andrew. Andrew y esa sorpresa que ella estaba evitando, aunque era consciente de que él entendería y comprendería el cambio de planes. Inspiró hondo, cerró los ojos un segundo y respondió con tono suave y moderado.

—Billy, no busco una coartada, sino darle a Cecil Lawton todas las armas posibles para la defensa de Avril Jarvis. Será la diferencia entre asesinato y homicidio involuntario, entre una vida entre rejas y una sentencia más corta, puede que incluso la absolución.

Billy se quedó perplejo.

—Pero… pero yo pensé que usted creía que no lo había hecho… el asesinato.

Maisie seguía teniendo el reloj en la mano y volvió a agitarlo; concentrarse en las manecillas paradas le permitía pensar.

—No, yo no he dicho que pensara que era inocente, aunque sí creo que oculta algo. —Se guardó el reloj en el bolsillo y continuó—: ¿Qué hora es?

—Sobre las doce, creo.

—No llevas reloj —dijo ella mirándolo sorprendida.

—No, mi viejo reloj se rompió cuando estuve en Kent en verano. Uno de los caballos me dio un cabezazo en las costillas y cuando me di cuenta, el reloj de bolsillo se me había caído y aquel patoso grandote lo pisoteó. Claro que tuve suerte de tener reloj para empezar, no es habitual entre la gente como yo, ya sabe lo que quiero decir. Pero por lo normal sé la hora, o hay un reloj en la oficina o en una tienda cuando estoy fuera.

—Pero ¿no hemos comprobado la hora últimamente para asegurarnos de que los dos teníamos la misma?

Billy sonrió y se encogió de hombros.

—Usted ha mirado la hora en su reloj, señorita. Yo he utilizado el coco —dijo dándose unos golpecitos en la cabeza.

Maisie frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Bueno, luego nos vemos en la oficina.

Billy la vio marcharse. Estaba seguro de que nunca la había visto tan distraída.

MAISIE CONTINUÓ HACIA el Archivo del Departamento de Guerra, en Arnside Street, para que le dejaran ver el historial de servicio de Peter Evernden. Tras registrarse y explicar el motivo de su visita, la acompañaron a una sala y le pidieron que esperase allí a que le llevaran el historial solicitado. La espaciosa sala principal del archivo tenía unos techos altos y varias mesas de madera de roble oscura tan pulida que el suelo igualmente brillante se reflejaba en ellas. Maisie caminó de puntillas para no resbalarse y para no hacer ruido con los tacones sobre la madera. Se sentó en la mesa que le indicó el funcionario. Solo había otras dos personas en la sala, un hombre y una mujer mayores estudiando una serie de documentos que habían sacado de una carpeta. Un rayo de sol de media tarde se había colado y les iluminaba la cabeza, los dos sentados muy juntos, pasándose las hojas entre susurros. ¿Serían los padres de un chico desaparecido que por fin habían podido ir a Londres en busca de más información sobre su querido hijo? O tal vez estuvieran investigando en nombre de otra persona; a lo mejor eran los tíos o lo mismo eran de fuera del país.

—¿Señorita Dobbs?

—Yo… Perdón, tenía la cabeza en otra parte —contestó negando con la cabeza al tiempo que se levantaba para hablar con el funcionario.

El joven sonrió.

—Pasa mucho aquí dentro, aun cuando hace frío. Veamos, el capitán Peter Evernden.

—¿Ha encontrado el historial?

—Ese es el problema, que no hay nada.

—Tenía entendido que es aquí donde podría ver su historial militar.

—Normalmente es así, señora. Pero no tenemos nada. Lo he comprobado dos veces sin resultados, aunque parece que lo hemos tenido aquí en algún momento.

—¿Y qué ha ocurrido con él?

—Puede que esté en otra parte, ya sabe. Puede que lo hayan metido por equivocación en la carpeta de otro soldado, ese tipo de cosas.

—¿Cree que podría encontrarlo?

El hombre negó con la cabeza y el sol, que se había movido, se reflejó en su pelo castaño claro. Maisie miró a su alrededor. La pareja se había marchado.

—Es como buscar una aguja en un pajar. Hay miles de historiales aquí. He mirado en las carpetas de al lado y en las que van por arriba y por abajo, pero nada.

—¿Tienen algún libro de visitas con los nombres de las personas que solicitan los historiales?

—Sí, señora, por supuesto, pero ocurre lo mismo; tendría que revisar todos los libros, y a menos que tenga una idea de quién y cuándo… Vaya, que me llevaría mucho tiempo.

Maisie asintió.

—Entiendo. Pero dice que estuvieron aquí, ¿no es así?

—Según el índice sí.

—Pero… —Maisie suspiró—. Supongo que a menos que miremos dentro de cada uno de los miles de historiales, no lo encontraremos; no tenemos muchas probabilidades, ¿verdad?

—Eso me temo. Aunque anotaré el extravío; así estaremos atentos por si aparece el historial del capitán Evernden. ¿Quiere que la avise si lo encontramos?

—¡Podrían pasar años! —exclamó ella negando con la cabeza de nuevo, pero metió la mano en el maletín y le entregó una tarjeta de visita—. Pero se la dejo por si acaso. Nunca se sabe, a lo mejor tengo suerte.

—Eso es. Buenos días, señora.

MAISIE SEGUÍA DÁNDOLE vueltas a todo tipo de conjeturas mientras hablaba con la agente de Thomas Cook, que le sacó los billetes para el ferri de Dover a Calais. Aunque un tal Stuart Townsend llevaba varios años utilizando el servicio para vehículos y pasajeros para cruzar el Canal que ofrecía la compañía en un dragaminas retirado del servicio militar para uso comercial, no estaba segura de que pudiera ver cómo subían a bordo a su amado MG. Tal vez habría tenido que pensar en

adquirir un vehículo cuando llegaran a Francia, porque estaba segura de que el MG no iba a resultarle cómodo a Maurice. Pero ya era demasiado tarde. Sabía que toda esa cantidad de energía que estaba dedicando a preocuparse por pequeñeces era el resultado de la frustración previa unida a otro sentimiento: miedo.

Maisie solo podía ver una Francia, un Flandes. Solo podía ver un paisaje desolado lleno de oscuridad, barro, piojos, ratas y ríos de aguas fétidas y sangre. Aunque había trabajado en días que hacía bueno, días, incluso en los peores momentos, en los que se podía oír a las alondras sobre sus cabezas en momentos de calma entre los bombardeos que se encontraban demasiado cerca, el recuerdo que aún perduraba en su mente era el de la lluvia, las faldas embarradas y las manos agrietadas y enrojecidas. Y el de la muerte. La permanente visión de la muerte.

No supo ni cómo había llegado a Embankment. A media tarde había notado que temblaba y un chorrito de sudor le caía por la espalda desde el cuello hasta la cintura, y entonces supo por instinto que debía ir desde Strand hacia el agua, hacia el río que ahora la calmaba. Inspiró; el aire no era tan puro como el de Kent, pero la calmaba igualmente. ¿Qué habrían pensado de ella los transeúntes con los que se había cruzado? Una mujer con los ojos como platos que no miraba las calles que atravesaba, sino un sendero por el que había caminado en otro tiempo. Un tiempo en el que el infierno estaba más cerca y los dioses más lejos, pensó.

Maisie se mordió el labio y las lágrimas, que había estado conteniendo todo el día a fuerza de determinación y decisiones, se desbordaron. ¿Cómo iba a ocultar a Maurice aquel abatimiento cuando había sido él quien la había ayudado a recuperar el entusiasmo al volver herida de Francia? ¿Cómo iba a ocultarle que habían vuelto las pesadillas, espoleadas, tal vez, por haber visto a Priscilla, por esos jóvenes muertos —Ralph Lawton y Peter Evernden — y por el amor de un hombre a quien le importaba mucho? ¿Cómo podía admitir que, como una niña, ansiaba que la cuidara la persona que sin duda habría curado las heridas de su pequeña si pudiera? Cuando sintió que el dolor de la pérdida rompía el dique de su resiliencia adquirida, sintió también una presión en el hombro, como si alguien la tocara. Se volvió despacio, esperanzada, pero no había nadie.

12

—BUENAS NOCHES, SEÑORA —dijo Sandra cuando le abrió la puerta a Maisie, que no había vuelto a la oficina al final, sino que había estado paseando largo rato junto al río antes de volver al metro para regresar a Ebury Place—. Se nota que los días se van acortando. Está lloviznando. Y dentro de nada se formará esa niebla desagradable con este tiempo tan raro que tenemos.

Maisie asintió con la cabeza mientras se quitaba el abrigo, pero cuando se volvió para dárselo, se fijó en que la chica se asomaba hacia fuera y miraba de un lado a otro de la calle, que formaba una curva como una media luna.

—¿Esperas a alguien, Sandra?

—¿Eh? No, no, señora. —Cerró la puerta tras echar un último vistazo. Tenía el ceño fruncido—. Solo estaba comprobando. Había un hombre ahí fuera esta mañana, y después volvió a media tarde. Estaba mirando la casa. Me han dado ganas de salir a preguntarle qué quería, o de mandar a Eric por lo menos.

—¿Un hombre? —Maisie sintió un escalofrío—. ¿Qué aspecto tenía?

Sandra dobló el chubasquero entre los brazos cruzados y se acercó a ella con gesto conspirador.

—Pues eso es lo raro. Teresa dice que no era un hombre. Subió los escalones de la cocina y echó un vistazo al otro lado del muro, y dice que era una mujer vestida con aspecto masculino.

Maisie estaba a punto de hacerle otra pregunta cuando Sandra la interrumpió.

—Ah, y la operadora ha llamado esta tarde para decir que tenía una llamada desde Canadá para la señorita Maisie Dobbs. —Miró la hora —. Mire qué hora es. La llamada será a las siete, faltan solo unos minutos.

—Gracias, Sandra. Será el amo James.

Sandra negó con la cabeza.

—Es asombroso si uno lo piensa. Ahora podemos hablar con alguien que está al otro lado del mundo.

Maisie sonrió.

—Ya lo creo, Sandra. Iré a la biblioteca y contestaré yo misma.

—Muy bien, señora.

—Operadora para Maisie Dobbs. Conexión con Toronto, Canadá.

—Sí, gracias. —Maisie oyó a dos operadoras, una de ellas con acento canadiense, y a continuación la voz rotunda de James Compton le llegó con toda claridad.

—Maisie, ¿me oyes?

—Sí, James, estoy aquí. Me alegro de que me hayas llamado.

—¿Cómo ignorar un telegrama de la intrépida Maisie Dobbs? —Se rio—. Si te digo la verdad, hace calor y humedad; llevo encerrado en la oficina en Younge Street desde el amanecer y pensé que me vendría bien para animarme. Y he de confesar que me han intrigado tus preguntas.

—Fuiste el primero en quien pensé —continuó Maisie—. James, cuando estabas en el Cuerpo Aéreo, ¿te pidieron alguna vez que hicieras, y seguro que «hacer» no es el verbo correcto, te pidieron que hicieras una maniobra de toma y despegue?

—Dios, creía que no tendría que volver a pensar en todo aquello.

—Lo siento.

—No, no, es que fue hace mucho y a la vez me parece que fue ayer. Era muy joven; éramos todos muy jóvenes.

—Lo sé, James.

Miró la hora en el reloj de pie y regresó a la conversación. «Se siente solo. Y sigue siendo muy vulnerable.»

—Puede que intentara hacerlo una vez, pero, si te soy sincero, el entrenamiento no era tan largo como uno creería. Primero fui observador, donde te entrenan a… a observar. Luego empecé a volar; después, como ya sabes, van y me disparan cuando estoy en tierra, por favor. ¡Bonita manera de volver a casa para un piloto!

—Volvamos a lo de toma y despegue. ¿En qué situación tendrías que realizar esa maniobra?

—Me has recordado a mi viejo oficial al mando.

James guardó silencio tanto rato que Maisie empezó a preguntarse si se había cortado la línea.

—¿James?

—Sigo aquí. La única razón para hacer una maniobra de toma y despegue es si necesitas subir de nuevo enseguida. Por ejemplo, si aterrizas y de repente abren fuego contra ti, tienes que volver a subir. Teníamos que elevar las aeronaves para protegerlas y protegernos también nosotros. O si vas a entregar algo que puedes lanzar, como una funda para la radio, por ejemplo. Claro que también puedes hacerlo desde el aire. Y luego están esas misiones que son realmente valientes y secretas.

—¿Valientes y secretas? Eso suena a novela de espías.

James se rio.

—Tiene gracia. Claro que algunos pensábamos que la guerra iba a ser como una novela de espías. Pero luego llegamos allí y las cosas no se parecían en nada a lo que habíamos imaginado.

—¿Y qué podría haber sido valiente y secreto para ti?

—Maisie, algunos de nosotros no estuvimos allí lo suficiente como para saber mucho más de lo que se nos pedía cuando recibíamos órdenes a primera hora de la mañana, y nos alegrábamos si llegábamos vivos al final del día. Sin embargo, se entendía, digamos, que había unos pocos que cruzaban al territorio enemigo para algo más que dar la ubicación de los hunos. Iban con alguien, pero volvían solos.

—¿Te refieres a que dejaban allí a ese alguien?

—Sí, es eso más o menos.

Maisie torció el gesto sin pensar que el tiempo corría. Empezó a caminar de un lado para otro hasta donde le permitía el cordón del teléfono.

—Perdóname, James, pero quiero asegurarme de que entiendo bien lo que me dices. Un piloto llevaba un pasajero, cruzaba al territorio enemigo, aterrizaba lo justo para que el otro bajara de un salto y volvía a despegar antes de que lo vieran, suponiendo que no hubiera nadie observando la maniobra.

—Sí.

—Dios mío.

—Exacto.

—¿Te ordenaron alguna vez que hicieras algo así?

James se rio al otro lado del auricular y Maisie lo apartó levemente.

—Ay, Maisie, ¡yo nunca fui tan bueno! —La risa cesó—. Y ahora que ha pasado el tiempo, me pregunto de dónde saqué yo el valor para hacer lo que hacía. ¡Te aseguro que ahora no podría! Pero ese nivel de valentía, no amilanarse para hacer algo así… No, nunca lo hice.

—Me has sido de gran ayuda, James. Una cosa más. ¿Conociste a Ralph Lawton, de pequeños tal vez?

—Ah, Ralph, el hijo de Cecil Lawton. Nos conocimos de pequeños, pero no éramos muy amigos ni nada. Él era un poco sensible, ya sabes, el tipo de chico que siempre quería agradar a mamá, esas cosas. ¡No exactamente el tipo de chico que leería libros de espías!

—Entiendo. Entonces, no coincidisteis en el Cuerpo Aéreo, ¿no?

—Sabía que estaba, pero nunca me crucé con él. Es probable que no lo hubiera reconocido.

—Gracias, James. Bueno, seguro que es la hora de comer en ese lugar perdido en el que vives. Te dejo ya. —Iba a colgar, pero notó que él quería seguir hablando—. ¿Va todo bien, James? He oído que

estás saliendo con una joven muy guapa.

—Las noticias vuelan. Y yo he oído que tú estás viendo a un médico… ¡Y no porque estés enferma!

—*Touchée!*

—Pero no es lo mismo, ¿verdad?

Maisie se puso a pensar. Se imaginó a James entrando en un apartamento vacío, sentado a solas con una copa en la mano. Ella mejor que nadie sabía lo mucho que había amado a Enid, que había trabajado en el servicio en Ebury Place y había compartido cuarto con Maisie. Antes de la guerra, lord y lady Compton habían tratado de poner fin a la relación enviando a su hijo a Canadá para que fuera familiarizándose con los negocios que tenían allí, pero regresó a Inglaterra, con Enid, justo cuando se declaró la guerra. Enid abandonó pronto a los Compton para trabajar en una fábrica de munición, aunque James y ella siguieron viéndose. La muerte de su amiga en una explosión en 1915 fue lo que empujó a Maisie a unirse al cuerpo de enfermeras voluntarias. «El pasado nos persigue.» Le preocupaba James, que había sufrido mucho, devastado por la pérdida de su amor y atormentado por los recuerdos de la guerra y de lo que podría haber sido. Un conato de crisis nerviosa lo había llevado de vuelta a Canadá, país en el que había recuperado la paz y la antigua alegría de cuando era más joven.

—No te estarás poniendo sensiblero, ¿no, James? Sé que lady Rowan se muere por tener nietos, así que está esperando que le des la noticia del compromiso.

Aquello pareció borrar el aire melancólico.

—Bueno, intentaré no decepcionarla. Vamos haciéndonos mayores, ¿no te parece?

—Sí, James. Esta llamada te va a costar una fortuna…

Y, nada más pronunciar aquello, la operadora los interrumpió y la llamada se terminó con una despedida rápida.

Maisie salió de la biblioteca y se dirigió a su habitación. Le habían preparado el baño y el vapor de la esencia de lavanda flotaba en el aire. Se quedó un momento junto a la ventana dándole vueltas a la conversación que había mantenido con James. ¿Era posible que Ralph Lawton hubiera estado implicado en una misión valiente y secreta? Y, de ser así, ¿lo habría conducido a la muerte? Al fin y al cabo, su aeronave había caído tras las líneas enemigas. ¿Habría tenido algo que ver eso con la desavenencia entre los Lawton a cuenta de la creencia de lady Agnes de que su hijo no estaba muerto? No. Probablemente no supieran el tipo de trabajo que realizaba. ¿O sí lo sabían? ¿Estaba Ralph tan contento con sus logros que se lo contó a sus padres, deseoso de que su padre reconociera su valía? ¿Se lo habría dicho a Jeremy Hazleton? ¿Y qué pasaría si lo hubiera hecho? Maisie negó con

la cabeza. Los documentos de Ralph eran bastante claros, mientras que los de Peter Evernden… Ese era otro cantar.

Al apartarse de la ventana, un pequeño movimiento en la calle le llamó la atención. ¿Había alguien espiándola? Estaba bastante oscuro, pero ¿había alguien allí afuera? Se acercó un poco más. No, no había nadie.

Más tarde, sentada en su habitación después de haber cenado solo la mitad del pescado con verdura, Maisie se reclinó en el sillón para reflexionar sobre el día que había tenido. Sabía que se dormiría en cuanto cerrara los ojos y que con el sueño llegarían las pesadillas otra vez. Así que permaneció allí sentada, en silencio, antes de acostarse, tratando de calmar la mente y apaciguar el alma. Pero cuando el cansancio pudo con ella, las palabras de James flotaron en su cabeza: «Pero no es lo mismo, ¿verdad?».

—¡MAISIE! MENOS MAL que te he pillado antes de que salgas pitando para tu oficina en ese cochecito rojo tuyo.

—Hola, Andrew, ¿cómo estás? ¿Y cómo están tus pacientes después del accidente del otro día? Parecía algo grave.

—Lo fue. Están construyendo un nuevo hotel en el paseo marítimo. El andamio se vino abajo y veinte trabajadores entre hombres y chicos resultaron heridos, algunos de gravedad. Hubo dos muertos.

—¡Madre mía!

—Sí, van a abrir una investigación. Pasé todo el fin de semana trabajando y te eché de menos. ¿Vas a venir el sábado?

—Lo siento, Andrew, no puedo.

—¿No puedes?

Maisie percibió la tensión en la voz.

—Me voy a Francia el viernes, Andrew. Maurice viene conmigo. Creo que estaremos fuera una semana o diez días, más o menos.

—Lo sabía. ¡Mi rival es un hombre más mayor!

Maisie se rio. La tensión había desaparecido.

—Sí, ¿es que no lo sabías? Te prometo que iré a Hastings en cuanto termine con esa parte del caso.

—¿Lo prometes?

—Sí, ya te lo he dicho. Tengo que irme. Me espera un día largo.

—Espera. Ya sé que tenemos el teléfono, pero ¿me escribirás?

—Te lo prometo. Y te llamaré en cuanto pueda.

Dejó el auricular y salió de la biblioteca, recogió el maletín y el chubasquero, y se dirigió a la cocina. Las ojeras oscuras delataban que había pasado una noche movida por culpa de los recuerdos y las pesadillas que le estaban destrozando el corazón y la mente. De

repente estaba camino de Francia en un barco que cabeceaba entre las olas de blanca espuma y al minuto siguiente estaba en Kent, tratando de llegar hasta su padre, que estaba en el huerto de manzanos; las manzanas rojas y maduras chorreaban sangre mientras ella corría entre las filas de árboles, y las ramas se convertían de pronto en extremidades humanas que le rozaban la cara. Los puntitos rojos en su vestido de lana y su delantal blanco aumentaban de tamaño empapándole la ropa y lastrándola con el peso, y su padre no dejaba de alejarse, pero ella sentía las piernas cada vez más débiles, hasta que se despertaba sobresaltada y ardiendo de fiebre.

Salió por la puerta de la cocina y se dirigió hacia las cocheras a por su coche.

—Buenos días, señora —la saludó Eric dando unas últimas pasadas con el trapo amarillo al capó del MG—. Un lavado rápido antes de que se vaya.

—Gracias, Eric. Está perfecto.

—Es mi coche favorito —dijo dándole unas palmaditas en el capó para indicar que estaba listo—. Pero tendrá que dejármelo unas cuantas horas antes de que se lo lleve a Francia. No queremos que tenga ningún problema, ¿a que no? Y le prepararé un kit completo con algunas piezas, por si acaso. No vaya a ser que le pase algo y esos franchutes quieran ponerle una pieza Peugeot donde no tiene que ir ninguna pieza Peugeot.

—Bien pensado, Eric. Aunque hasta el momento no me ha dejado tirada, así que dudo que vaya a hacerlo en Francia.

—Bueno, con tantos kilómetros nunca se sabe. Más vale prevenir que curar, como se suele decir.

Maisie se sentó en el coche y Eric le cerró la portezuela.

—Sí, más vale prevenir que curar —contestó ella despidiéndose con la mano. A continuación salió con mucho cuidado de la cochera con suelo adoquinado.

Cuando se incorporaba a la calle principal, Maisie se fijó en el hombre que estaba en la esquina. Al principio le pareció un hombre normal y corriente, con un chubasquero bastante insulso abrochado hasta el cuello, de manera que no se le veía la camisa ni la corbata. Vestía pantalones marrones y sombrero de fieltro también marrón. Al pasar junto a él, el hombre sacó un periódico y lo abrió. Maisie volvió sobre sus pasos y vio que abandonaba Ebury Place. Entendió perfectamente que Teresa pensara que era en realidad una mujer, porque daba unos pasos más cortos de lo habitual en un hombre…

EL ACCIDENTE OCURRIÓ muy deprisa, tanto que más tarde, Maisie se dio

cuenta de que solo veinte minutos antes iba conduciendo pensando en todo lo que tenía que hacer antes de partir hacia Francia. El resultado fue que el morro del MG había impactado contra una farola y ella se había hecho una herida fea en la frente. Le dolía la cabeza mientras respondía a las preguntas, sentada en el asiento apretándose la herida con un pañuelo mientras un agente de policía, de pie junto al coche y con una libreta en la mano, le aseguraba que el médico estaba ya de camino y no, no podía dejar que se fuera sin que la viera, y que tenía que escribir un informe de todos modos.

—Y dice que una persona iba corriendo hacia el bordillo de la acera, como si no tuviera intención de pararse, y usted actuó para esquivarla… y ¿se esfumó así sin más?

—Sí.

—Y solo para anotarlo con sus propias palabras, ¿cómo actuó usted para esquivarlo?

—Viré bruscamente para evitar atropellarlo… —Maisie arrugó la frente—. Sí, era un hombre.

—¿La persona que cruzó por delante era un hombre?

Maisie vaciló.

—Creo que ha sufrido una conmoción, pobrecilla. El golpe la ha dejado aturdida —dijo una mujer entre los transeúntes que se habían detenido a mirar.

—Por favor, señora, si no le importa —dijo el policía dirigiéndose al grupo. Casi a la vez llegó un coche de la policía seguido por otro vehículo con un cartel apoyado en el salpicadero en el que se leía «MÉDICO ». El agente miró a su alrededor, hizo un gesto de asentimiento a sus colegas cuando se bajaron del coche y continuó hablando con la gente que se había detenido a mirar—. Atrás, por favor, atrás, vuelvan a sus compras, señoras, aquí no hay nada que ver.

—Bueno, no es un caso de vida o muerte, pero me parece que va a tener un buen dolor de cabeza —dijo el médico examinando la herida de la frente de Maisie, que seguía sentada en el asiento del conductor, tras lo cual metió la mano en el maletín y sacó tintura y vendas—. Tengo aquí un tipo de apósito nuevo. Solo lo han enviado a algunos hospitales y en pequeñas cantidades, pero he conseguido hacerme con unos cuantos. Tiene una sustancia pegajosa en un lado, de manera que no hace falta que le vendemos la cabeza y sujetar el vendaje con un alfiler. Evite mojarse y tenga cuidado de no quitárselo.

El médico hablaba mientras curaba la herida y sacaba el rollo de apósito, medía un trozo y lo colocaba sobre un rectángulo de algodón.

—Tendré cuidado. Fui enfermera.

—En ese caso, permítame que remarque aún más la necesidad de descansar. Pediré al agente que la lleve a casa. Tiene que acostarse

veinticuatro horas y ver a su médico mañana.

—No puedo. Tengo que ir a mi oficina.

El médico miró el coche y su expresión de tristeza le dio muy mala espina.

—No será en este coche. Sin duda, la policía lo remolcará hasta donde usted les diga. —La miró fijamente—. Tiene suerte de estar viva, ¿sabe? Si hubiera chocado con otro vehículo o con un autobús, o incluso con el lateral de ese edificio, ahora no estaría aquí. Gracias a Dios que no venía nadie en la otra dirección ¡y a esta hora de la mañana! No me extraña que el tipo que se le cruzó por delante se diera a la fuga. ¡Maldito idiota!

—Estoy bien, de verdad, aunque mi coche… no lo esté.

Maisie notó el escozor en las comisuras de los ojos y un martilleo en la cabeza. Su MG era más que un simple coche para ella, era la primera compra importante que había hecho como dueña de su propio negocio. Y representaba mucho para Maisie.

El médico se puso delante del coche y observó el capó arrugado.

—No soy mecánico, pero creo que alguien con un poco de maña podría arreglarle esto en un santiamén. Haga lo que le digo, vaya a ver a su médico mañana y todo irá bien. Y ahora, hablaré con el agente y me aseguraré de que remolquen el vehículo hasta su casa.

Maisie asintió con la cabeza y se apretó los ojos con las manos. Regresó a la línea de salida y repasó de nuevo los acontecimientos que habían llevado a la colisión recorriendo mentalmente casi cada kilómetro del camino hasta lo último que había visto, su grito de sorpresa y el volantazo para evitar el desastre, y… Sabía que la policía le preguntaría por la persona que la había obligado a virar de forma brusca, la persona que había iniciado aquella terrible sucesión de acontecimientos. Maisie se presionó con los dedos el vendaje, como queriendo que su mente funcionara más rápido, que se recuperase.

—¿Está lista, señorita? La llevamos a casa.

Maisie salió del coche y dejó que el agente la ayudara.

—No, llévenme a Fitzroy Square, por favor. Tengo allí mi oficina. Mi ayudante se ocupará de mí.

—Pero, señorita, el médico ha dicho…

—No se preocupe, agente, sé lo que hago. Fui enfermera.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Sí, fui enfermera.»

—CREO QUE DEBERÍA hacer caso al médico, señorita, y descansar un poco. Nunca se sabe con los golpes en la cabeza.

Billy puso una taza de té fuerte y dulce delante de Maisie, que seguía sentada junto a la silla de él delante de la mesa en la que tenían

extendido el mapa del caso de Ralph Lawton.

—No me pasa nada, Billy. Esta tarde estaré mucho mejor de lo que parece viendo el moratón de alrededor de la herida; ya lo verás. Gracias a Dios que me corté el pelo y ahora tengo flequillo para taparla.

Billy hacía garabatos con su lápiz rojo en el borde del mapa.

—Y dice que ese tipo era un hombre, salió corriendo de la estación y se tiró al bordillo como si estuviera huyendo, y de repente se paró, pero para entonces usted ya había girado el volante.

—Eso es.

—Y luego el hombre, o la mujer, da igual, ¿se esfumó? Así sin más. Como un fantasma.

—Sí.

Billy apretó los labios y la miró de soslayo, pero ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Te lo prometo, Billy, sé lo que vi. ¡Si no me crees, dilo claramente!

Maisie arrastró la silla hacia atrás, se levantó con brusquedad y empezó a caminar de un lado para otro sin dejar de mirarlo.

Billy se giró y apoyó el codo en el respaldo de la silla.

—Ha estado muy ocupada estas últimas semanas, señorita; le seré franco, no hace falta ser muy listo para ver que ha sido demasiado. No me sorprendería que…

Maisie lo interrumpió.

—¿Que me lo haya imaginado? ¿Y qué hay de la persona que vi en Ebury Place?

—Que puede que no tenga nada que ver con usted ni con ninguna de las personas que viven en el número quince de la calle. Puede que fuera uno de esos agentes inmobiliarios que andan por ahí examinando los edificios.

—No lo era.

Billy suspiró.

—Está bien, veamos quién podría ser. No tenemos ningún caso peliagudo ahora mismo, ¿no? Me refiero a que, ¿quién querría hacerle una cosa así? Es terrible.

Maisie se paró, regresó a la mesa y se sentó.

—No, preguntémonos una cosa. ¿Cuál es el mensaje?

—¿Qué quiere decir, señorita?

—Podría haber muerto en el accidente, pero no lo hice. Ha sido un accidente extraño, preparado para que pareciese que yo había tenido la culpa, nadie cerca para apoyar mi versión, ni testigos que vieran la insólita conducta del peatón. Ni siquiera podría decir si era un hombre o una mujer. Billy, no creo que fuera un accidente supuestamente mortal. Creo que ha sido una advertencia. Ese era el mensaje.

Billy levantó la mano y fue contando con los dedos.

—Avril Jarvis, Ralph Lawton, Peter Evernden. ¿Cuál?

Maisie se reclinó en la silla.

—Señorita, lo que usted me preguntaría si yo estuviera en su lugar es: ¿Qué sensación te produce? —Billy se puso la mano en el centro del pecho—. ¿Qué sensación le produce el accidente y quien lo ha provocado?

Maisie se puso la mano en la cintura imitándolo.

—Lo primero que me viene a la cabeza es que está relacionado con el caso Lawton; sin embargo, ahora tengo también una sensación extraña sobre Peter Evernden y pienso que las cosas no son como parecían al principio. Su historial no estaba en el archivo.

—¿Es raro eso? A mí me parece que con tantos expedientes y tantos familiares, seguro que se pierden los papeles de alguien.

—Al contrario, llevan un registro de todo y el acceso está restringido a los familiares que cuentan con un permiso previo para entrar. Yo pude pedir cita para examinar el historial porque Priscilla me había dado permiso por escrito.

—Pero ¿no pueden entrar también los jefazos? —Billy se frotó la barbilla—. A lo mejor uno de los mandamases necesitó el historial para algo.

—O a lo mejor el historial nunca llegó al archivo. Quizá está en otra parte. O puede que lo destruyeran. A lo mejor no quieren que nadie lo vea, Billy.

DEDICARON EL RESTO del día a repasar los detalles relacionados con el accidente en Tottenham Court Road. Al enterarse del susto que se había llevado Maisie, Maurice se ocupó de ultimar el viaje a Francia.

En un día normal, el teléfono podía sonar una, dos o tres veces, pero ese día, según dejaba Maisie el auricular en la horquilla, volvía a sonar. Aunque había llamado por teléfono para avisar de que una grúa iba a llevar el MG a Ebury Place, la voz se corrió en cuanto entregaron a Eric el coche siniestrado. Frankie Dobbs fue el primero en llamar nada más enterarse. Habían instalado un aparato en su casita a cuenta de Maisie tras la caída que Frankie había sufrido a principios de año, aunque habría preferido no tener esa cosa en casa. Cuando sonaba, se quedaba mirando el aparato negro un momento antes de contestar —siempre era Maisie—, como si el auricular fuera a explotar cuando se lo pusiera en la oreja. Pero no tardó en usarlo cuando se enteró del accidente.

—Debería ir de inmediato, hija, y traerte a Kent. Todo el día por ahí con ese coche. Ahora mismo salgo para la estación.

—Papá, te prometo que estoy bien —dijo poniéndose los dedos en la frente, que había empezado a dolerle—. Ahora ya sabes en carne propia lo que se siente, ¿eh?

Frankie tenía la respuesta preparada.

—¡Siempre he sabido lo que se siente, jovencita! —Tenía la costumbre de hablar como si estuviera enfadado cuando lo que estaba era preocupado por su hija—. ¿Y qué pasa con eso de ir a Francia dos semanas? No puede ser bueno, a mí me parece que no, con esa comida extranjera que comen allí.

Maisie soltó una carcajada que hizo que le doliera más la cabeza.

—Papá, la comida es la menor de mis preocupaciones. Te prometo que ha sido solo un chichón y un arañazo. No es más grave que cuando me caí del árbol en el jardín del abuelo cuando tenía cinco años.

Frankie suspiró.

—Tampoco se me ha olvidado eso. ¡Creía que a tu madre iba a darle un ataque al corazón! Bueno, ten cuidado, hija. Y llámame mañana otra vez, para que sepa que estás bien. ¿Cuándo vienes a casa?

—Cuando vuelva de Francia, te lo prometo.

—De acuerdo.

—Papá… —vaciló. Las conversaciones telefónicas con su padre solían terminar con un «Cuídate» o quizá «Hasta pronto». Tragó saliva. Esta vez quería decirle algo más—. Papá…

—¿Qué pasa, Maisie?

—Papá… te quiero.

Frankie titubeó un momento.

—Tú ten cuidado, hija mía, ten cuidado.

Después de Frankie, Maurice llamó varias veces, lady Rowan, dos, y después Andrew Dene, que le insistió en que fuera a ver a un amigo suyo en el hospital de St. Thomas.

—Es el hombre que más sabe de la cabeza, Maisie. ¡Insisto!

Al final, Maisie accedió a llamar al médico para que la examinara antes de viajar a Francia, aunque luego se le ocurrió que, en ese momento, con la reparación que iba a necesitar el coche, los gastos del viaje y su intención de dar una entrada para comprarse una casa propia, por no hablar de los gastos de un segundo viaje de Billy a Taunton, no podía permitirse también el gasto de la consulta médica. La cabeza le iba a estallar. Era hora de volver a Ebury Place.

Más tarde, después de darse un baño caliente y cenar un suculento plato de pollo guisado que le subió Sandra a la habitación, Maisie se acostó y cerró los ojos. Llevaba solo unos minutos echada cuando los abrió y se quedó mirando la rosa que le había puesto Sandra en la bandeja de la cena. Frunció el ceño y alargó la mano hacia la mesilla para tomar los documentos que le había entregado Priscilla. Releyó las

cartas que había escrito Peter antes de su regreso a Inglaterra, que les había hecho pensar a Priscilla y a ella que estaba entrenando para una promoción, y a continuación releyó las misivas enviadas en una fecha posterior, muy cortas en comparación. Y lo encontró, la frase que la había dejado intrigada: «Te encantarían estos jardines, Pris, las rosas están preciosas en esta época del año».

Si algo sabía Maisie de Priscilla era que su amiga no era aficionada a la jardinería y detestaba las rosas en particular. Cerró los ojos y recordó la cara que puso Priscilla, estando en Cambridge, cuando el conserje le subió el ramo de rosas rojas que le había enviado un pretendiente que estaba loco por ella.

—Jamás he visto una rosa en la que se pueda confiar, Maisie. Muy bonitas, pero tienen unas espinas que te hacen sangre como te descuides. No he podido olvidar cuando los chicos me perseguían por la rosaleda cuando era pequeña. ¡Mi padre les dio unos azotes por lo que habían hecho! ¡Ojo con un hombre que te envía rosas, Maisie!

Y había algo más. La fecha de la carta era noviembre de 1916. Otoño. La mejor época para las rosas es junio.

13

LA DESPERTÓ DE repente la luz que se filtraba por las cortinas en un ángulo que le sugería que se había quedado dormida.

—¡Ay, no! —exclamó levantándose de un salto, pero tuvo que agarrarse al respaldo de una silla porque la cabeza había empezado a dolerle otra vez—. Me pondré unos polvos en la cara y listo.

Tenía muchas cosas que hacer ese día y no quería entretenerse. Decidida a hacerlo todo, se dijo que tenía que sobreponerse, organizar las cosas, porque iba a estar dos semanas fuera, y asegurarse de que la tarifa que iba a cobrarle a sir Cecil Lawton estaba bien merecida. Tenía que ver a sir Cecil y también había quedado con el inspector Stratton para tomar un té; quería saber qué tal iba el caso de Avril Jarvis. Billy volvería a Taunton el sábado siguiendo sus instrucciones para intentar ver a la madre de la chica, algo que podría ser complicado, puesto que el nombre de Avril había salido ya en la prensa. La noticia decía que estaba en prisión preventiva en la cárcel de Holloway acusada de asesinato. Maisie se había jurado hacer todo lo que estuviera en su mano para que Avril no pasara el resto de sus días entre rejas.

Mientras se vestía rápidamente, Maisie iba añadiendo a su lista mental tareas que tenía que dejar hechas antes de irse a Francia el viernes mientras trataba de ver solo el lado bueno del viaje. Francia a mediados de septiembre estaría preciosa, los residentes en París habrían vuelto ya a la ciudad después de las *vacances* estivales, lo mismo que los que peregrinaban a los cementerios militares situados fuera del país, menos numerosos ahora. Sí, haría su trabajo y cada día se fijaría solo en lo nuevo, en el renacer de la que en otro tiempo fue una tierra aniquilada. Con esa idea en la cabeza, se colocó el sombrero cloche azul marino un poco ladeado para ocultar la herida y el chichón, cogió el maletín negro y se dirigió hacia la estación de metro de Victoria. No pasó por las cocheras a ver a Eric: aún no estaba preparada para el pronóstico sobre la salud de su MG.

Iba de camino al metro cuando notó que se le erizaba la piel del cuello, similar a cuando uno se siente observado en una habitación, entre las estanterías de una biblioteca o las tiendas del mercado. La sensación hizo que se diera la vuelta instintivamente para ver quién la observaba, se detuvo y miró el tramo de calle por la que acababa de pasar. No había nadie, así que siguió caminando, tratando de aferrarse

a su determinación adoptada diez minutos antes de salir de Ebury Place.

Bajó las escaleras del metro y se quedó consternada al ver la cantidad de gente que había en el andén, indicativo de que los trenes iban con retraso esa mañana. Aunque el día había amanecido fresco, el aire empezaba a caldearse y había demasiada humedad. Maisie rompió a sudar. Sacó un pañuelo blanco de hilo del bolso, se levantó un poquito el sombrero y se secó la frente. Tragó saliva. Por si no estaba ya bastante incómoda, tenía que añadir el sabor amargo y salado en la boca. Avanzó por el andén entre los empellones de la gente hacia un punto que creyó que estaría menos concurrido, pero la empujaron hasta el borde del andén y una bocanada de aire caliente salió del fondo del túnel. «Ojalá me hubiera quedado en casa. Ojalá hubiera pedido un taxi por una vez. Ojalá…» De repente, Maisie notó de nuevo la sensación de erizamiento, alguien la observaba, seguía todos sus movimientos. Miró a su alrededor, primero a la derecha y luego a la izquierda. El sudor en la nuca la empujó a darse la vuelta y mirar tras de sí.

Estaba en la primera fila del andén cuando lo vio y ahogó un grito de sorpresa, soltó el maletín y se tapó la boca con las manos. Cuando el tren salía del túnel, Simon, su Simon, le gritó:

—¡Muévete, Maisie! ¡Muévete!

Ella se retiró hacia un lado justo cuando pasaba el tren a su lado, y vio que alguien estiraba un brazo con la intención de llegar a ella y empujarla a la vía.

Los pasajeros que salían del tren la obligaron a retroceder e inundaron el andén en dirección a las salidas. Maisie se tambaleó, sentía frío y calor al mismo tiempo. El pánico se estaba apoderando de ella. No podía entrar en el metro, no podía dejarse absorber por aquella marea humana hasta la siguiente parada. Optó por quedarse en el andén vacío, abrazada al maletín recuperado, mientras el tren se ponía en movimiento y desaparecía en el túnel. No había ningún Simon. Sabía que Simon estaría en ese mismo momento sentado en su silla de ruedas, que alguien habría sacado al invernadero, donde pasaría solo toda la mañana hasta que llegara la hora de darle de comer. Aunque su mente no tenía la habilidad de identificar si la comida era el desayuno, la comida o la cena. Con las manos y las piernas aún temblorosas, Maisie salió del metro tan rápido como pudo. Por dentro sabía que Simon la había salvado. Tan cierto era que su espíritu había acudido a rescatarla como que el dueño de aquel brazo entre la multitud pretendía empujarla a una muerte segura.

—CREO QUE TENDRÍA que contarle lo que le ha ocurrido al inspector Stratton, si no le importa que se lo diga.

—¿Y qué puede hacer él, Billy? ¡No estoy muerta!

—No, pero podría estarlo, ¿no cree? Y entonces, ¿qué haríamos?

—No podría hacer nada, no puede hacer nada en realidad. Tengo más probabilidades de llegar al fondo de la cuestión por mí misma.

Billy se quedó pensativo.

—Empieza a preocuparme, señorita. —Se sentó delante de la mesa de Maisie, que estaba en su silla de roble inclinada hacia delante repasando mentalmente lo ocurrido en la última hora mientras revisaba el correo—. Primero ve a alguien, hombre o mujer, con chubasquero en la estación de la calle Goodge Street, y ahora otro alguien intenta acabar con usted en el metro. ¿De qué va todo esto?

Maisie levantó la vista.

—No creo que tenga nada que ver con Avril Jarvis, así que tiene que estar relacionado con Lawton o con Peter Evernden. Y he de decir que la investigación informal para mi vieja amiga se complica más cada día, sobre todo porque no tenemos el historial militar.

—¿Y dice que hay algo raro en las cartas que Peter escribió a la señora Partridge?

—Sí, aunque hay que tener cuidado y no sacar conclusiones precipitadas. Como bien sabes, puede que mejor que la mayoría, las cosas son diferentes en época de guerra. La gente hace y dice cosas que no haría o diría en otras circunstancias. Debemos evitar juzgar lo que escribió una persona a quien estaban a punto de enviar al frente occidental, probablemente con más responsabilidad de la que tenía cuando se alistó. Y sabiendo que era posible que no volviera a ver su hogar.

—Pero ¿cree que hay algo en ese asunto de las rosas? Y, que usted sepa, no tenía interés en la jardinería —dijo Billy. La piel de alrededor de los ojos se le llenó de arrugas cuando habló, señal que delataba lo mucho que le preocupaba lo que había ocurrido esa mañana.

—Sabía que Priscilla odiaba las rosas.

—Sé que es hacer de abogado del diablo, como usted diría, señorita, pero permítame señalar que a lo mejor lo hizo a propósito para tomarle el pelo un poco. O tal vez fuera el nombre del pub de la zona, ya sabe, una forma de decir que había salido un momento a tomarse una rápida en La Rosa cuando se suponía que no debería. A mí me suena a nombre de pub.

Maisie sonrió.

—Es una buena idea, pero creo que no. —Miró la hora—. Tengo que hablar con lord Julian. —Y alargó el brazo para levantar el teléfono—. Necesito su ayuda.

Billy se fue a su mesa mientras a Maisie la ponían en comunicación

con la oficina de lord Julian.

—Buenos días, lord Julian.

—¡Buenos días a ti también, Maisie Dobbs! ¿A qué debo el honor de esta llamada? ¡Espero que mi amigo Lawton te esté pagando!

—Sí, lord Julian, claro que sí. Necesito una información y creo que usted puede ayudarme.

—Dispara. Pluma en ristre.

Maisie pensó que algunas veces su forma de hablar se parecía asombrosamente a la de su mujer, y acto seguido pensó que no sabía de qué se sorprendía, dado que llevaban casados más de cuarenta años.

—Es sobre el diputado Jeremy Hazleton.

—Ah, sí, he hablado con él alguna vez en Westminster. Un hombre provocador. Podría convertirse en primer ministro dentro de unos años, por mucho que vaya en silla de ruedas, y un hombre que ha sido condecorado por su valentía durante la guerra siempre tiene posibilidades de que lo voten. Pero creo que no sé mucho más de él que cualquiera.

—Puede ser, pero usted tiene acceso a más información que la mayoría.

—¿Por mis contactos en el Departamento de Guerra?

—Sí. Yo no soy familiar, por lo que no tengo manera de obtener su historial de servicio. Me gustaría saber más sobre su carrera militar.

—Veré qué puedo hacer. ¿Vas a estar en la ciudad mañana por la tarde?

—Sí.

—Perfecto. Mañana regreso a Chelstone, pero si puedes pasar por mi oficina, podemos hablar en privado. ¿Te va bien a las cuatro?

—Gracias. Nos vemos mañana a las cuatro, lord Julian.

—Muy bien. Hasta mañana.

Maisie colgó el teléfono.

—Ese hombre sí que tiene contactos, ¿eh? El amiguismo y esas cosas. Imagine poder levantar el aparato ese y tener cualquier cosa al alcance de la mano.

—Al menos es un buen hombre, Billy. En esencia lo es. Me conseguirá lo que necesito.

—¿Cree que hay algo fuera de lugar con ese Hazleton?

Maisie metió unos documentos en el cajón del escritorio, lo cerró y guardó la llave en el maletín.

—¿Aparte de su conexión con Ralph Lawton? Aún no lo sé. Digamos que me despierta la curiosidad… Bueno, tengo una cita. Volveré esta tarde. Luego tengo que ir a ver a sir Cecil y a Stratton. ¿Puedes hacerle una visita a la mujer que llamó esta mañana por un tema relacionado con su marido? Podrías ocuparte tú mientras yo estoy

fuera.

—Me pongo ahora mismo, señorita. Es bueno que tengamos trabajo de forma regular, ¿no cree?

—Muy bueno, Billy. ¡Ya lo creo que sí!

MAISIE SALIÓ DE Fitzroy Square y subió caminando hasta la estación de Warren Street, pero se lo pensó mejor. Miró hacia atrás, a derecha e izquierda, volvió a la plaza y cruzó en dirección a Charlotte Street. Con un suspiro de alivio, notó el cansancio que parecía empezar en la cabeza y le bajaba hasta los pies. Le había contado a Billy lo que le había ocurrido en el andén del metro, con calma y controlando el tono de voz. Había llamado por teléfono a lord Julian y había concertado una cita para no perder el ritmo de la investigación, cuando lo único que le apetecía era meterse en la cama hecha un ovillo y no volver a salir.

Recordaba haberse sentido igual cuando era pequeña. Había ido al médico con su madre. No al médico que estaba los martes en la clínica de la esquina, donde su madre sacaba un florín del monedero, lo dejaba en la mesa y pasaba por el arco que conducía a la consulta del médico mientras Maisie se quedaba fuera sentada en una silla demasiado alta para ella, entrechocaba los zapatos y leía su libro, esperando y esperando. No, ese día habían ido a otro médico, uno al que había que pagar varios billetes que habían sacado del tarro de loza que tenían en la repisa, encima de la cocina. Fue al salir cuando vieron al cachorro de perro; tenía que ser cachorro porque las garras eran demasiado anchas para el tamaño de las patas. Llevaba la lengua colgando de alegría cuando salió corriendo delante de uno de esos coches que giraban en la esquina a demasiada velocidad, petardeando y soltando todo tipo de ruidos, y con muchas posibilidades de matar a un pobre perrito. Maisie había soltado un grito de miedo y su madre, que había hecho una mueca de dolor al tomar en brazos a su amada hija, le había acariciado el pelo mientras le susurraba con ternura. Después, hecha un ovillo en su cama, en la casita de Lambeth donde vivían, había vuelto a sentir el consuelo de esas manos acariciándole la frente y de esa voz susurrándole que no tenía que llorar por el perrito porque había ido al cielo, que era el mejor sitio en el que se podía estar. Había llorado hasta quedarse dormida porque sabía en lo más hondo de su alma que las palabras de su madre iban más allá de la súbita muerte del pobre perrito.

Y ahí estaba de nuevo, con esa misma necesidad de consuelo que se le agarraba a las entrañas cada día, consciente de que los que estaban más que dispuestos a tranquilizarla —Andrew, su padre, Maurice,

incluso Khan— no podían hacerlo.

Fue en autobús y a pie hasta su destino, vigilante, atenta a todo lo que la rodeaba. Al llegar al alto edificio de estilo eduardiano convertido en oficinas en la planta baja y apartamentos en la superior, se acordó de Madeleine Hartnell. «Dos personas que caminan a tu lado.» ¿Debería ir a verla de nuevo? Respondió a ese pensamiento con otro al recordar a su abuela, la que podía verlo todo tan bien como Madeleine Hartnell y a quien todos decían que se parecía Maisie. «No muestres interés, pequeña Maisie, porque como empieces a hablar con los espíritus, no te dejarán en paz.» Se estremeció cuando entró en la oficina de suelos de madera de roble con unos muebles a los que habían sacado brillo.

—Buenos días. Soy Maisie Dobbs, vengo a ver al señor Isaacs.

Un hombre de corta estatura y mediana edad se levantó de su silla al fondo de la oficina al oír que preguntaba por él.

—Ah, sí, señorita Dobbs —dijo acercándose con la mano extendida —. Encantado. Según hemos hablado por teléfono, tengo varias propiedades perfectas para una, si me permite decirlo, joven prometedora como usted. —Hojeó varios papeles—. Todas están junto al río, según me indicó por teléfono, y todas se encuentran dentro del rango de precio que me ha dado. Es muy buen momento para invertir en construcción. Hay un bloque de pisos nuevo en Pimlico especialmente interesante…

Maisie asentía con la cabeza y sonreía mientras aceptaba el documento que le entregaba. «Adelante. No te pares. Sigue moviéndote y el pasado quedará atrás.» El problema era, como sabía ella muy bien, que su trabajo le exigía vivir en el pasado la mayoría del tiempo. Y el pasado era un abismo negro en el que se estaba precipitando a toda velocidad.

14

MAISIE SE DIRIGIÓ a continuación a la oficina de sir Cecil Lawton, donde un alumno la condujo hasta su despacho y le ofreció asiento en una silla delante del majestuoso escritorio.

—Buenas tardes, señorita Dobbs. ¿Qué tal la tarea? —Y sin darle tiempo a responder, recogió varias hojas de papel y las dejó a un lado, y a continuación se remangó las amplias mangas de la toga, posó los brazos cubiertos por las mangas de la chaqueta sobre la mesa y entrelazó los dedos—. Me temo que le he encomendado una tarea casi imposible. Sin duda estará más acostumbrada a buscar a personas que están vivas, y no personas que se sabe que están muertas —añadió frunciendo los labios.

Maisie asintió con la cabeza mirando a su cliente, que ahora no podía mirarla a los ojos.

—Como ya le he dicho en otras ocasiones, sir Cecil, es un encargo inusual, pero no algo desconocido. Claro que las exigencias de semejante cometido le resultan más difíciles de soportar.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ha dado usted por hecho que no voy a encontrar pruebas que demuestren que Ralph no murió cuando derribaron su De Havilland, y estoy de acuerdo; es bastante improbable. Pero —hizo una pausa antes de continuar—, pero, sir Cecil, ¿ha pensado usted en lo que podría pasar si su hijo hubiera sobrevivido al accidente? ¿Qué podría pasar si, como sospechaba su esposa, su hijo está vivo?

—Como los dos sabemos, eso es algo muy improbable.

—Sir Cecil, cuanto más investigo sobre su hijo, más preguntas me surgen. He de pedirle que sea totalmente sincero conmigo.

—Ya le he dado mi palabra.

Maisie se levantó y se acercó a la ventana, donde permaneció un momento antes de volverse hacia su cliente.

—Sé que ya lo hemos hablado, pero debo preguntárselo otra vez. Si Ralph estuviera vivo como mantenía su esposa, ¿qué circunstancias, qué tipo de discrepancia, qué miedo podría haberlo llevado a no querer ponerse en contacto con usted, en particular después de la guerra?

Maisie lo miró fijamente para presionarlo.

El hombre que un momento antes tenía una actitud contenida y un control absoluto de la situación, se inclinó hacia delante y dejó caer la

cabeza en las manos. Maisie no hizo movimiento alguno. Adoptó una postura aún más relajada si acaso, apoyando la mano de forma sutil en el alféizar. Al ver que Lawton no cambiaba de postura, tomó asiento de nuevo, en silencio, y dejó las manos sobre las rodillas. Respiró hondo y entornó los ojos. No le costó formarse una imagen mental, la de un joven con cara de niño de pie junto a un hombre mayor. La mirada seria del joven transmitía su deseo de agradar, su deseo de que lo aceptara aquel hombre mayor, que por su postura se notaba que era un hombre de trato difícil, resoluto. Inamovible.

—No podía aceptarlo como hijo mío.

Maisie abrió los ojos cuando Lawton se reclinó en su silla, se tocó la frente y se echó hacia atrás el pelo.

—Continúe.

—Su elección de los amigos y relaciones cercanas era insostenible.

—Pero cualquiera pensaría que un joven que llega a convertirse en un respetado miembro del Parlamento es una buena elección en cuestión de amistades para el hijo de un jurista destacado.

Maisie sabía que estaba presionándolo. Quería oírlo pronunciar las palabras que corroborarían la situación que su instinto la había empujado a imaginar.

—Es un miembro del parlamento destacado ahora, señorita Dobbs.

—Y casado.

Lawton la miró a los ojos por primera vez.

—Sí. Y casado. Si ya ha deducido que a mi hijo no le interesaban las mujeres, señorita Dobbs, ¿por qué demonios me hace estas preguntas?

—Me interesa su relación con Ralph, padre e hijo.

—Sé que intentó demostrarme lo que valía, que a pesar de —apartó la cara un momento—, que a pesar de sus elecciones y su conducta, quería mi… No sé lo que quería.

—¿Amor?

—Era mi hijo. Yo quería que mi hijo fuera un hombre que levantara admiración.

—¿Y eso impide que un padre quiera a su hijo?

Lawton negó con la cabeza.

—Un hombre de mi posición no puede tener un hijo que se mueve en los círculos que Ralph había elegido, incluso en el ejército. ¿Era pedir demasiado que se casara y tuviera hijos?

—¿Y que viviera una mentira?

—Que viviera conforme a la ley.

Maisie asintió.

—Volvamos a mi primera pregunta. ¿Y si Ralph hubiera sobrevivido al choque? Sé que sus restos fueron hallados, pero imagíneselo.

—Creo que su amor por su madre habría estado por encima de su odio hacia mí.

—¿Cree que lo odiaba?

—Sí. No había amor entre nosotros. Para que lo sepa, la notificación de su muerte fue… fue…

Maisie guardó silencio. No iba a ayudarlo a encontrar las palabras, pues sabía que esos sentimientos solo podrían liberarse de sus cadenas a través de la lucha personal de la confesión. Pasaron varios minutos antes de que aquel hombre tan elogiado como gran orador jurídico fuera capaz de dar voz a sus pensamientos.

—Yo no lloré la pérdida de mi hijo como él era cuando se alistó en el ejército y después en el Cuerpo Aéreo. Lloré al niño. Lloré lo que no fue. No fuimos los únicos que perdieron a un ser querido, como ya sabe. Uno tiene que seguir. Si acaso, fue un alivio, porque las discrepancias con sus elecciones de vida hicieron mucho daño a su madre, además del dolor de perderlo.

—Entonces, sir Cecil, ¿no querría saber nada de él aunque hubiera sobrevivido?

Lawton negó con la cabeza.

—Mi hijo está muerto. La he contratado en señal de respeto a mi esposa. Entiendo que tiene otros intereses, puesto que voy a defender a la señorita Jarvis. Por eso no entiendo qué pretende conseguir con este interrogatorio.

En ese momento fue Maisie quien se inclinó hacia delante mirándolo tan directamente que Lawton no pudo hacer otra cosa más que fijar la mirada en aquellos ojos azul oscuro.

—Necesitaba oírle confirmar la naturaleza de las relaciones personales de Ralph. No puedo avanzar a duras penas entre la niebla de la evasión por parte de la persona para la que trabajo, y no lo haré.

Maisie abandonó el despacho de Lawton reflexionando sobre los casos que tenía entre manos. Había dos cosas que le resultaban extrañas. Se le antojaba irónico que la única persona en la que podía confiar hasta el momento fuera una chica acusada de asesinato. Y luego estaba aquella intrigante referencia a las rosas en la carta de Peter Evernden. Sí, no dejaba de darle vueltas. La rosa. Maisie se imaginó una rosa, imaginó el capullo prieto hasta que llegaba el momento de abrirse, los delicados pétalos rojos abriéndose poco a poco al sol y la caída dejando a la vista el escaramujo, otra puerta cerrada con llave. Sí, la rosa: delicada, fuerte y protegida por espinas que podían hacerte sangrar en un segundo si no tenías cuidado. La rosa. El emblema tradicional del secreto y el silencio.

STRATTON CAMINABA DE un lado para otro delante de la cafetería de Tottenham Court Road en la que habían quedado. Maisie se fijó en

que no dejaba de mirar la hora y se recordó que tenía que pasar por el taller de Charlotte Street a recoger su preciado reloj antes de volver a la oficina.

—Lamento haberle hecho esperar, inspector. ¿Llego muy tarde?

—Buenas tardes, señorita Dobbs. No, en absoluto. Pero tengo otra cita esta tarde y no puedo entretenerme.

—Muy bien.

Maisie entró en el local y se dirigió hacia una mesita al lado de la ventana que acababan de recoger. La comunicación con Stratton resultaba un poco forzada desde el verano, después de rechazar sus invitaciones a cenar o a ir al teatro. Maisie había considerado que cualquier reunión con él que no fuera por motivos laborales era una mala decisión, aunque se lo había pensado durante bastante tiempo. Y aunque ahora salía con Andrew Dene, seguía habiendo algo en Stratton que le gustaba.

Pidieron té y tostadas con mermelada y pasaron enseguida al caso que los ocupaba.

—El caso Jarvis irá a juicio en enero.

—Entiendo.

Maisie rechazó con un gesto de la cabeza el azucarero que le había acercado Stratton y observó que él se echaba dos cucharadas colmadas y removía con rapidez.

—Está acusada de asesinato. No hay más sospechosos.

—¿Y no podría imputársele un cargo menor? La han maltratado, la han empujado a trabajar en la calle.

—Igual que muchas otras. Vaya al Soho, señorita Dobbs. Le guste o no, las chicas que hacen la calle tienen diez y once años. Y no asesinan a los proxenetas.

Maisie apretó los labios.

—¿Y si, imaginemos, y si es inocente?

Stratton dejó la taza sobre el platillo con un ruido que atrajo la atención de los clientes. Maisie no se inmutó, sino que lo miró fijamente. Y bebió.

—Es culpable —dijo Stratton reclinándose en la silla—. Mire, sé que no le gusta Caldwell y admito que puede ser un tipo maleducado e insoportable. Y sé que discutió con él en mi ausencia; estaba en todo su derecho a insistir que compartan con nosotros cualquier novedad. Pero es un perro de presa cuando trabaja en un caso. Tiene pruebas irrefutables de que la chica es la asesina.

Maisie asintió. «Sí, seguro que las tiene.»

—En cualquier caso, entiendo que se las ha arreglado usted para que sir Cecil Lawton la defienda en el tribunal. Tendrá más posibilidades que la mayoría.

—Si sobrevive en Holloway.

—No subestime a esa chica. Los meses que pasó en las calles la habrán endurecido. Sobrevivirá en Holloway.

Pensar en la cárcel hizo que Maisie se diera cuenta de que ya había tenido suficiente. Confiaba en averiguar algo más sobre el caso de la policía contra Avril Jarvis, pero no estaba consiguiendo nada. Apartó la taza en señal de que ya era hora de irse. Stratton se sorprendió.

—Como supondrá, la fiscalía la citará a declarar.

—Y también la defensa, para el contrainterrogatorio, inspector Stratton.

Él sonrió.

—Desde luego.

Se levantaron y continuaron conversando de temas generales. En un momento dado, Maisie se rozó la frente y dejó a la vista el vendaje que le cubría el flequillo.

—Por amor de Dios, ¿qué le ha pasado?

—No es nada. Un percance sin importancia. Alguien entraba cuando yo salía, ya se imagina.

—Debería ir con más cuidado. ¿Ha ido a que la examinen?

—Sí, sí, está todo bien. Me molesta un poco a veces.

—¿VA TODO BIEN, señorita?

—Sí, gracias, Billy.

Maisie se había quitado el sombrero y el abrigo y estaba sentada en una silla junto a la ventana, estudiando el mapa del caso.

—¿Stratton le ha resultado útil?

—La verdad es que no, al menos en lo que se refiere a Avril Jarvis.

—Bueno, no podemos esperar mucho de él, ¿no le parece?

Maisie cambió de tema.

—¿Tienes ya los billetes para Taunton?

—Sí, me iré el sábado por la mañana temprano y volveré en el último tren. Quiero estar en casa por la noche. Entonces, ¿se va a Francia el viernes? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, yo también me marcharé temprano —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

Billy frunció aún más el ceño y, de repente, se dio una palmada en la frente.

—Me alegro de que me lo recuerde. Ha llamado la señora Partridge. Era la primera vez que respondía a una llamada del extranjero, así que ha sido agradable hablar con ella.

—¿La señora Partridge ha llamado? ¿Y qué quería?

—Ah, no era nada. Dijo que volvería a llamar, así que supongo que el trasto ese sonará de un momento a otro. —El timbrazo doble del

teléfono negro de la mesa de Maisie lo interrumpió—. Si antes lo digo… ¡Seguro que es ella!

Maisie se acercó rápidamente a la mesa y descolgó el auricular.

—Maisie Dobbs.

—¿Ya no contestas dando el número? ¿Está pasado de moda?

—¡Priscilla!

—Me alegra que me hayas reconocido, vieja amiga.

—No tan vieja, Pris.

—Perdona. Solo te llamaba para confirmar las fechas contigo. ¿Cuándo vas a venir a Biarritz? Sé que si no te doy la lata, no vienes.

—Pues dar la lata te va a salir caro, ¿no? Esta llamada debe de costar una fortuna.

—¿Cuándo vienes?

—Salgo para Francia el viernes, así que imagino que dentro de una semana.

—Reserva el billete. Quiero asegurarme de que vas a venir, así que espero que me envíes un telegrama desde París con tu hora de llegada el próximo miércoles o jueves.

Maisie suspiró.

—De acuerdo.

—Alegra esa voz, Maisie. Te va a encantar esto. Tienes que descansar. Y dime, ¿cómo va la búsqueda de casa?

Billy había salido de la oficina para que Maisie pudiera hablar con mayor libertad.

—Pues he encontrado una bastante bonita. Está en Pimlico, un bloque de pisos nuevo. Bastante moderno, y está a pocas calles del río.

—Uff.

—¿Qué pasa?

—Supongo que Pimlico no está mal, pero esa bazofia que tienen la cara dura de llamar río… Apuesto a que de pequeña eras una pilluela que andaba buscando tesoros enterrados en el lecho cuando bajaba la marea. Pero allá cada cual. ¿Cuándo te mudas?

—No tan deprisa, Priscilla. Hay algún problema.

—¿Como cuál?

—Soy una mujer, una solterona. No les gusta dar préstamos hipotecarios a las mujeres.

Priscilla suspiró.

—Sí, imaginé que te encontrarías con ese obstáculo; la historia de siempre. Pero no temas, aquí tienes a tu amiga. Déjamelo a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Tú deja que yo me ocupe. Hay personas, Maisie, que preferirían clavarse una estaca entre los dedos de los pies antes que ofenderme, así que me ofenderé si no me ayudan.

—¿Qué personas?

—Banqueros, quién va a ser. No, ni se te ocurra discutir. El viejo club de hombres ya no es solo de hombres, ¿sabes?

—No vas a hacer nada de eso. De hecho, te lo prohíbo, Pris; puedo ocuparme yo sola.

Priscilla suspiró, pero no respondió a las objeciones de Maisie, sino que pasó al tema de su hermano.

—¿Qué pasa con Peter, Maisie? ¿Crees que hay alguna posibilidad de que averigües algo?

—Haré lo posible, ya lo sabes, pero está siendo complicado conocer el paradero de su historial. —Maisie hablaba deprisa para evitar que su amiga la interrumpiera—. ¿Sabes? He encontrado algo en una de las cartas que me ha parecido curioso.

—Sigue.

—¿Qué es todo eso de las rosas? ¿Le interesaban las flores?

Priscilla soltó una carcajada.

—¿Qué quieres decir? —Calló un segundo, pero antes de que Maisie dijera nada, continuó—: Ah, sí, ya sé de qué me hablas. —Maisie la oyó dar una calada al cigarrillo y toser—. Si te digo la verdad, no sabía a qué se refería, así que no le hice caso. Recuerdo que pensé que sería una referencia a Patrick, pero era demasiado torpe y estaba demasiado cansada para entenderla.

—¿Sí?

—Cuando los chicos eran más jóvenes, y recuerda que yo era la más pequeña de todos y además chica, así que me dejaban fuera prácticamente de todo, Pat pensó que tendrían que formar una especie de sociedad Evernden secreta. Les gustaba escaparse al bosque, con las chaquetas abrochadas al cuello como si fueran capas, y fingir que eran forajidos. ¡Ya sabes cómo son los chicos! Se dejaban notitas debajo de la almohada, ese tipo de cosas, y tenían un sello de lacre especial. Creo que se lo habían encontrado en el desván, donde hacían sus reuniones secretas, y alzaban unas viejas copas de peltre llenas de cerveza de jengibre. —Maisie oyó que se le entrecortaba la voz al hablar de sus queridos hermanos—. El caso es que el sello era una rosa. Dejaban un rastro de lacre rojo por todas partes y mi madre se ponía furiosa. Como te he dicho, a mí me dejaban fuera del juego, y pensé que Peter se refería a Pat y a Phil, que quería decir que estaban bien, o algo así.

Maisie recorría el cordón del teléfono con los dedos inmersa en sus pensamientos.

—¿Hola?

—Perdona, estaba pensando. Mira, necesito que hagas una cosa por mí. Quiero que pienses, y me refiero a que pienses de verdad; no me digas que ya lo has hecho, por favor, y piensa de nuevo en todo lo que Peter haya podido decir sobre Francia, cualquier cosa, aunque no

tenga nada que ver con el servicio que prestó allí.

—Vale, pensaré en ello. ¿Qué ocurre, Maisie?

—Aún no estoy segura.

La operadora interrumpió la conversación y se cortó la llamada. Billy entró en ese momento, así que devolvió el auricular a su sitio despacio. En los segundos anteriores a que este presionara el interruptor que cortaba la línea, Maisie escuchó otro clic. Lo levantó y se lo llevó a la oreja de nuevo.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Silencio en la línea.

—¿Y QUÉ ES lo que ha pasado exactamente, señorita?

—Ya te lo he dicho. La operadora desconectó la línea y se oyó otro clic.

—Bueno, a lo mejor no escuchó el primero, el que se oye cuando saca el cable del enchufe.

—Sí lo he oído, Billy. Y lo que yo te digo ha sido diferente. Fue unos segundos más tarde, como si hubiera alguien más en la línea. Escuchando.

Maisie sabía que se estaba poniendo tensa, notaba que le tiraban los músculos del cuello.

Billy frunció el ceño.

—Señorita, hay que ser muy importante para que escuchen una conversación personal. Pero le digo una cosa. Mi amigo el que trabaja en la central telefónica cree que las operadoras a veces escuchan las llamadas. Se hacen señas cuando tienen una conversación jugosa para que todas puedan oírla.

—¡Pues qué bien!

—Pero yo no creo que las llamadas que nos entran aquí sean muy interesantes, comparadas con algunas de esas en las que una mujer se queja a otra de su marido, cosas más personales. —Billy cerró la boca —. ¿Quién querría escuchar lo que habla usted con la señora Partridge?

Maisie hizo una pausa antes de contestar.

—La búsqueda del último paradero conocido de su hermano acaba de complicarse un poco más. —Se volvió hacia él y lo miró—. Parece que no solo falta su historial de servicio, sino que, a menos que mis sospechas sean erróneas, estuvo implicado en una misión muy peligrosa durante la guerra.

—¿Y no lo estábamos todos, señorita? Perdone que se lo diga.

—Sí, en efecto, tienes razón. Pero creo que él se dedicaba a misiones más encubiertas y que intentaba decírselo a su hermana.

—¿Más qué?

—Secretas, Billy. Sospecho que lo destinaron a un puesto en el Departamento de Inteligencia, que podría consistir en cualquier cosa, desde descifrar mensajes hasta interceptarlos. ¿Quién sabe? Gran parte de ese tipo de trabajo era bastante rutinario cuando se hacía todos los días.

—Y había muchos otros también que ninguna persona cuerda haría, señorita, se lo aseguro.

—Por eso tengo mis sospechas sobre la línea telefónica.

Billy asintió.

—Mire, voy a salir un momento a echar una ojeada a ver si veo algo inusual. Aunque si había alguien escuchando, podría hacerlo desde la propia centralita o más cerca de aquí, en el propio edificio incluso.

—Muy bien, hazlo, Billy, aunque sospecho que no vas a encontrar pruebas de que alguien estuviera escuchando. Mientras tanto, será mejor que tengamos cuidado con lo que decimos por teléfono. No daremos detalles de ningún caso por esta vía, ni por carta ya que estamos. Solo los comentaremos con el cliente en persona o con alguien con quien tengamos que discutir algún detalle.

—Muy bien, señorita.

Tan pronto como Billy salió, Maisie se dejó caer en la silla junto a la ventana y se puso la mano en la frente. Le dolía la herida del accidente. «¿Quién me está siguiendo? ¿Quién ha intentado matarme? ¿Quién anda ahí escuchando mis conversaciones?» Comenzó por aquellos con quienes se había reunido: Avril Jarvis, Priscilla, Madeleine Hartnell. Luego estaba Jeremy Hazleton y su mujer. Sir Cecil Lawton y su criado, Brayley. Y con Stratton, claro. «Piensa, piensa. ¿Quién querría verme muerta… y por qué?»

TRAS PREPARAR EL equipaje, Maisie solo tenía un compromiso más antes de partir el viernes por la mañana en tren hacia Dover: la reunión con lord Julian. Todos los detalles del viaje ya estaban cerrados. Para evitar tener que entrar en Londres, Maurice subiría al tren Golden Arrow en Ashford y desde allí continuarían juntos hasta el puerto, donde tomarían el ferri. Aprovecharían para empezar las reparaciones del MG mientras ella estaba fuera. Le habían dado un presupuesto de lo que le costaría y Eric se había encargado de llevar su coche favorito hasta el taller, en el que se quedaría varias semanas. Le había prometido ir de vez en cuando a comprobar cómo iba todo y asegurarse de que el MG salía de allí «como los chorros del oro».

Maisie llegó al edificio de ladrillo que albergaba la Compton Company, en Arbuthnot Street, un cuarto de hora antes, según el reloj

de la fachada. Decidió dar una vuelta para repasar mentalmente todas las preguntas que quería hacerle a lord Julian si tenía oportunidad. A Maisie le encantaba la City londinense, el legado encerrado en dos kilómetros cuadrados y medio. Había algo en aquella zona y su proximidad al río que era la sangre vital, aunque envenenada, de ese lugar tan poderoso. «A lo mejor hay algo aquí para mí», pensó mientras esperaba a que fuera la hora.

—¡Maisie, qué alegría verte! —exclamó lord Julian levantándose de su escritorio y rodeándolo para estrecharle la mano. Su secretaria salió del despacho con una leve inclinación de cabeza.

Maisie se sentó en el asiento que le indicó su antiguo empleador.

—Es usted muy amable por acceder a reunirse conmigo, lord Julian.

—Es un placer, aunque voy un poco corto de tiempo, me temo. —Le entregó un sobre con varios papeles—. Aquí tienes las notas que he tomado sobre Hazleton. Solo he podido acceder a su historial durante un período breve. Espero que lo entiendas.

—Se lo agradezco, las leeré esta noche. ¿Alguna cosa reseñable?

El hombre negó con la cabeza.

—No creo. Una lástima, la verdad. Según parece era un joven excelente, no quiero decir que ahora no lo sea, no es eso. Pero verás que el pronóstico inicial respecto a sus heridas era más prometedor. Ha tenido que ser terrible para el pobre hombre sufrir una recaída y terminar en una silla de ruedas cuando al principio creyeron que podría valerse con dos bastones.

—Entiendo.

Maisie frunció el ceño y abrió el sobre, pero entonces recordó que lord Julian no disponía de mucho tiempo. Se disculpó, volvió a guardar los documentos en el sobre y metió este en el maletín.

—Le estoy muy agradecida, lord Julian —dijo mientras se levantaba.

—Un placer. ¿Alguna otra cosa antes de que me vaya?

Era una frase que se decía por cumplir para la que no se esperaba respuesta. Pero Maisie fue rápida.

—Lo cierto es que tengo una pregunta —dijo—. No hace falta que me responda ahora mismo, pero me gustaría que me llamara si se le ocurre alguna cosa.

—Dime.

—¿Tiene usted algún contacto en inteligencia militar, lord Julian? ¿Alguien que sirviera en el Departamento de Guerra que pudiera rastrear el paradero del historial de alguien que tal vez estuvo destinado en el Cuerpo de Inteligencia? Necesito confirmar una filiación.

—Yo no. No se me ocurre nadie a quien pudiera acudir. Al fin y al cabo, había varias organizaciones de inteligencia. ¿Y el Cuerpo de

Inteligencia tal como era desde la guerra no se disolvió el año pasado? —Guardó silencio—. Conozco gente, claro, pero con ese tipo de trabajo entramos en un terreno diferente. —Guardó silencio de nuevo y luego sonrió—. Pero, Maisie, tú conoces a la persona que probablemente podría responder a todas esas preguntas.

—¿Que yo conozco a alguien? ¿A quién?

Lord Julian se rio.

—¡Creía que lo sabías todo!

—¿Quién es?

—Pues Blanche, quién si no. Habla con Maurice.

—¿Maurice?

—Sí. ¿Qué crees que hacía en la guerra, Maisie?

Maisie negó con la cabeza, que le daba vueltas llena de pensamientos convergentes una vez más.

—Yo… Yo sabía que había trabajado por toda Europa, incluso en Mesopotamia. Y sabía que era confidencial. Siempre pensé que había sido algo de corte político, relacionado con sus contactos, esas personas que conocía desde hacía mucho. ¿Pero inteligencia?

—Nuestro Maurice ha tocado muchos palos, Maisie. Es el hombre más listo y más agudo que he conocido en mi vida. Supongo que se llevará a la tumba el verdadero alcance de sus proezas durante la guerra, pero lo que sí sé es que trabajó con el servicio secreto y con varias ramas dentro de la inteligencia militar.

Maisie asintió con la cabeza, le dio las gracias de nuevo y salió a toda prisa. Atravesó a buen paso las calles estrechas con altos edificios a ambos lados en dirección al río. Estaba empezando a anochecer; la niebla mezclada con los humos de la ciudad la envolvía en un vapor amarillento, la luz proyectaba sombras que caminaban a su lado como golfillos fantasmales de otro tiempo. Maurice. ¿Maurice? ¿Era coincidencia que se hubiera ofrecido a acompañarla en su viaje? ¿O lo había hecho por otro motivo? «Yo sabía que había algo raro.» Pero ¿qué sabía ella? La voz de Maurice le resonaba en los oídos. «Conjeturas, trabajo, más conjeturas y suposiciones, tomar lo que hemos aprendido y aplicarlo a lo que ya sabemos, aunque sean sucesos diferentes. Todos los casos son un desafío para nosotros. Nos desafían a reconsiderar quiénes somos, cómo nos vemos en este mundo y cómo vemos el pasado, el presente y el futuro desde el punto de observación único de nuestra humanidad individual. Escarbar en busca de información, de conocimiento, es como cuando intentas sacarte una astilla diminuta que se te ha clavado en un dedo. El truco consiste en extraer la verdad sin hacer que brote sangre, literal y figuradamente, nuestra o de otro ser humano.»

¿Era posible que fuera una coincidencia? No. No. Una de las primeras lecciones de Maurice, repetida una y otra vez en todos los

casos hasta que se le quedó clavada en el alma había sido: «Las coincidencias son mensajes enviados por la verdad».

¿Cuál era la verdad que se ocultaba detrás de la insistencia de Maurice en acompañarla? «Voy a tener que recordar cada lección, cada movimiento y cada conversación.» Las palabras acudieron a su cabeza como por instinto mientras observaba fluir el agua turbia río abajo, hacia el torrente impetuoso donde el Támesis se unía al mar. Y esperó en vano, sobre todo en ese momento, sobre todo porque necesitaba a su mentor más que nunca, que Maurice y ella no fueran a trabajar uno contra el otro, sino los dos juntos.

SEGUNDA PARTE

Francia, septiembre de 1930

15

MAISIE ABANDONÓ LONDRES a las siete de la mañana; su ropa, sus libros y sus documentos guardados en una maletita de cuero marrón oscuro con correas para asegurarse de que no se saliera nada. Llevaba en la mano su maletín negro y vestía una chaqueta gris y azul de *tweed* con una blusa gris claro, pantalones de paño del mismo color, zapatos negros y, completando el conjunto, sombrero gris oscuro con una ala más ancha de lo habitual, cinta negra y una pluma azul oscuro en un lateral sujeta a la cinta con una piedra azul oscuro con corte zafiro. Había pasado el día anterior por el relojero a recoger el reloj y lo llevaba en su lugar habitual, en la solapa izquierda de la chaqueta. La ropa no era nueva, pero hacía poco había renovado el aspecto del sombrero cambiando los adornos ella misma. La maleta, sin embargo, sí que lo era; un regalo de Andrew que le habían llevado a casa el día antes. Dos horas después de la entrega de la maleta, había llegado una caja grande de bombones con una sencilla nota: «Con amor». Maisie había negado con la cabeza al recibir el segundo regalo, pues sabía que era muy impulsivo a veces y últimamente le había dado por enviarle bombones. No tenía valor para decirle que no le gustaban mucho ese tipo de dulces y, como siempre, había dejado la caja en la cocina con una nota: «¡Tomad los que queráis!».

Subió al tren con el chubasquero doblado sobre el brazo y aferrada a su equipaje. Había llamado a su padre la noche anterior deseando que el viaje fuera a su casita en el campo, a la familiaridad acogedora del que se había convertido en su hogar, aunque hubiera nacido y se hubiera criado en Londres.

—¿Quién es?

La forma de responder de su padre al descolgar el teléfono siempre le arrancaba una sonrisa.

—Soy yo, papá, a menos que estuvieras esperando a otra persona.

Su padre se rio.

—Menuda majadería. Es que no me acostumbro a esta cosa.

—Al menos sé que puedo hablar contigo si lo necesito. —Guardó silencio. Notaba la tensión de su padre, aunque no decía nada—. Me voy mañana y quería hablar contigo antes. Nos vemos a la vuelta. Iré directa a Chelstone desde Dover en cuanto llegue a Inglaterra.

—¿Seguro que vas a estar bien, cariño?

—Claro que sí, ya me conoces. Siempre estoy bien.

Se produjo un silencio antes de que su padre continuara.

—Te conozco bien, Maisie, y sé que este viajecito dichoso te preocupa.

—No va a pasarme nada.

—Bueno, sé lo que diría tu madre en este caso.

Maisie se estremeció y volvió a sentir la necesidad imperante de darse la vuelta.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Te he preguntado que qué hubiera dicho mamá.

Frankie Dobbs tardó en responder y Maisie supo que a pesar de los años que habían pasado, seguía echando de menos a su mujer.

—Creo que te hubiera dicho que adelante con el viaje a Francia. Te hubiera dicho que mataras a tus dragones, Maisie. Que hicieras tu trabajo y mataras a tus dragones. Y que volvieras a casa después.

Maisie iba reflexionando sobre aquellas palabras cuando el tren salió de Charing Cross; sabía que su padre tenía razón. Su padre, al que nunca había considerado un filósofo, tenía toda la razón. Debía hacer su trabajo, acabar con sus fantasmas y volver a casa.

EL TREN ATRAVESABA Kent despacio y echando humo. Junto a la ventana, Maisie disfrutaba contemplando los campos cubiertos por un velo de rocío. Le encantaba esa época del año en Kent: el otoño flotaba en el aire, las hojas empezaban a cambiar de color, el amarillo claro y el verde oscuro eran una promesa de los intensos tonos rojos, marrones y dorados que estaban por venir. Era también la época de la recogida del lúpulo, por lo que el tren iba lleno de londinenses en dirección a Paddock Wood, Goudhurst, Charing, Yalding, Cranbrook, Hawkhurst y todas las demás ciudades y pueblos dedicados al cultivo del lúpulo, cuajado de flores listas para recoger. Los había también que optaban por el autocar o que viajaban en camiones llenos hasta los topes de cajas, pero muchos tomarían el tren hasta Tonbridge y luego harían trasbordo a líneas secundarias que los llevarían a su destino final. Los portamaletas iban cargados de cacharros de cocina, ropa de cama doblada y metida en almohadones viejos y atados con una cuerda, maletas desvencijadas, cajas y lámparas de queroseno, y Maisie solo sonreía tranquilamente en su sitio escuchando el intercambio de bromas que tan bien conocía. Hablaban de cómo estaría ese año el lúpulo en tal o cual campo, ya que aquel éxodo masivo desde la ciudad se sucedía todos los años, y los recolectores conocían las tierras y a los agricultores que las trabajaban. Hablaban de las casetas en las que dormirían mientras durase la recogida, de con quién se encontrarían ese año y de las reuniones en las que

terminaban cantando todas las noches después de la jornada. Maisie casi deseaba bajarse con ellos en vez de ir a Francia.

La siguiente parada era Ashford y, a medida que el tren empezaba a frenar, Maisie bajó la ventanilla y se asomó buscando a Maurice. Al final lo vio, de pie en el andén con el chófer de los Compton, que sostenía sus dos maletas.

—¡Maurice!

—Allí está, señor —dijo George señalando a Maisie, y Maurice levantó la vista.

Maisie hizo señas para que Maurice subiera al vagón, y frunció el ceño al ver que se les acercaba un mozo y subía al tren mientras ellos esperaban en el andén.

—Acompáñeme, señorita —dijo este descolgando el equipaje del portamaletas al tiempo que le indicaba que lo siguiera.

—¿Adónde vamos?

—Los caballeros han dicho que vendría usted en segunda clase, así que la acompaño a primera. El caballero tiene los billetes.

Maisie negó con la cabeza y siguió al mozo, que la condujo hasta el vagón de primera en el que Maurice la esperaba sentado ya. Cuando el mozo terminó de colocar la maleta nueva de Maisie, Maurice le dejó una moneda en la mano y se despidió con un gesto de George, que respondió tocándose la gorra y se dio media vuelta antes de abandonar la estación.

—Esto es un poco extravagante —dijo Maisie acomodándose en el asiento y dejando el maletín a su lado. De forma automática mantuvo la mano cerca, pero entonces se fijó en que Maurice se había dado cuenta y la apartó rápidamente.

El hombre sonrió.

—Tal vez. Aunque cuando uno llega a mi edad, prefiere estar cómodo siempre que se puede. Pensé también que así tendríamos más intimidad para hablar, Maisie, y reconectar en persona. Hace meses que no nos vemos.

—Desde principios de verano, Maurice.

—Ah, sí, y ahora ves más a Andrew.

Maisie se sonrojó. Andrew Dene era otro protegido de Maurice Blanche, aunque no tenía una relación tan cercana con él como ella.

—Sí, nos vemos con frecuencia. Es muy agradable estar con él.

—Bueno, yo creo que hay algo más. —Maurice miró por la ventana un momento—. Al menos para Andrew. Yo diría que hacéis muy buena pareja.

—Como ya he dicho, es muy agradable estar con él. Lo paso bien cuando estamos juntos.

—¿Permites que un hombre mayor haga una observación?

Maisie inclinó la cabeza. Quería decir que no, pero lo que dijo fue:

—Claro que sí.

—Es solo un comentario. Y después podemos hablar del objetivo de tu viaje y de tu caso.

—Adelante.

—Verás, en el caso de Andrew en particular, creo que puedes nadar y guardar la ropa.

—No sé qué…

Maurice levantó una mano.

—Eso es todo, Maisie. Y ahora háblame del caso del aviador.

Maisie permaneció callada un momento y después abrió el expediente del caso y sacó un mapa. Se sentó junto a él con el mapa en las rodillas. Maurice se puso las gafas en la nariz y miró el punto que le indicaba Maisie.

—Aquí es donde se estrelló el De Havilland de Ralph Lawton. A las afueras de Reims, en el pueblo de Sainte-Marie, ocupado por los alemanes en aquella época. Las autoridades alemanas utilizaron los canales de notificación correspondientes y los restos del piloto (bueno, lo poco que quedó; por lo que tengo entendido, los restos en este caso no fueron más que las chapas identificativas que estaban prácticamente derretidas) se repatriaron tras la guerra y ahora reposan en el cementerio de Auchon-Villiers.

Maurice se quitó las gafas y torció el gesto.

—Maisie, es muy difícil incinerar un cuerpo por completo, ya lo sabes. Seguro que estudiaste los efectos del fuego en la carne y los huesos cuando estuviste en Edimburgo.

—Por supuesto que sí. Sin embargo, a este avión en particular, el Airco D.H.4, no lo apodaban el «ataúd en llamas» en vano. El depósito de combustible estaba situado en una posición peligrosa con unas consecuencias terribles en caso de ser derribado. Era una aeronave para vuelos de larga distancia equipada con un potente motor de doce cilindros que permitía más de seis horas de vuelo, por lo que la capacidad del depósito era grande. Ahora…

—Veo que te has convertido en una experta en aviación.

Maisie negó con la cabeza.

—No te creas. James Compton ha sido de gran ayuda, y tengo acceso al historial de vuelo de Ralph y a su diario personal.

Lo miró esperando su reacción. No dejó traslucir nada, sino que se limitó a asentir con la cabeza mientras volvía a ponerse las gafas y observaba el mapa con atención. Maisie continuó.

—Ahora, esta aeronave se utilizaba normalmente para realizar bombardeos en territorio enemigo y solía contar con un observador, pero también era ágil, capaz de realizar virajes rápidos y precisos. Lo interesante del caso es que, aquel día, Ralph volaba solo y no llevaba bombas; el viaje sería bastante rápido, puesto que resultaría fácil de

maniobrar.

—Entiendo.

—Entonces, ¿qué hacía en territorio enemigo sin bombas ni observador? ¿Por qué no intentó volver a través de las líneas aliadas antes de estrellarse? Era un aviador experto, alguien que jamás dejaría que su avión cayera en manos enemigas, aun sabiendo que quedaría reducido a cenizas.

Maurice se quitó las gafas de nuevo.

—Recuérdame tu cometido, Maisie.

—Verificar que está muerto.

—Entonces no veo la necesidad de investigar la misión de Ralph Lawton en el momento de su muerte. Lo único que tienes que hacer es corroborar los datos que haya registrados sobre su muerte, visitar la tumba y listo.

Maisie hizo un gesto de duda.

—Pero, Maurice, siempre hemos trabajado con diligencia y respondido a todas las preguntas que surgen con el fin de dar el caso por cerrado. Eso fue lo que me enseñaste; es algo inherente ya a mi forma de trabajar.

—Eso no siempre era posible cuando trabajaba solo, como haces tú ahora.

—Yo no estoy sola. Tengo a Billy.

—Tener a Billy de asistente no es lo mismo que cuando yo te tenía a ti de asistente.

—¿A qué te refieres? Billy es una opción excelente. —Maisie notó que se estaba enfadando. Jamás se había sentido así con Maurice.

—Billy es una buena opción, sí. Es trabajador, sin duda. Pero contigo yo no necesitaba estar atento todo el tiempo. —Calló—. Uno construye su propio negocio según los recursos de los que dispone. Yo tuve mucha suerte al poder confiar tanto en ti. Percibo que tú no cuentas con esa ventaja y por eso, a veces, debes quedarte con lo que se te ha pedido, hacer lo que sea necesario para cerrar el caso y seguir adelante.

Maisie negó con la cabeza sin dar crédito.

—Maurice, he de continuar con esto tal como lo he planeado y llegar hasta donde me lleven las pistas, las conjeturas y las suposiciones. Está claro que hay que ponerle fin a un caso como este y los dos sabemos que hay un límite de tiempo. Pero seguiré adelante siguiendo tus enseñanzas y obedeciendo a lo que creo que es lo correcto.

Maurice la miró fijamente.

—Sin duda. Pero ¿a qué coste?

Maisie sintió que le escocían los ojos. «Lo sabe. Sabe que esta situación me angustia.» El tren comenzó a reducir la velocidad al

máximo al acercarse a Dover. Se volvió para mirar por la ventana consciente de que Maurice seguía mirándola. «Pero ¿y si quiere detenerme por otro motivo? ¿Ha venido a entorpecer mi investigación? ¿A eso ha venido?».

—Ya hemos llegado —dijo Maurice consultando su reloj de bolsillo —. Creo que nos da tiempo a comer sin prisa antes de que embarquemos en el ferri con los demás pasajeros. Ya sabes lo que se dice de viajar en barco, Maisie. ¡Hay que echarle algo al estómago!

Un mozo subió a recogerles el equipaje y Maisie se apeó del vagón, tras lo cual se dio la vuelta para asegurarse de que Maurice bajara sin problemas. Al tomarle la mano, notó un escalofrío que le recorrió el brazo y le llegó al cuello. El estómago le dio un vuelco. El dragón se había despertado.

DESPUÉS DE TOMAR algo en el comedor del hotel Railway Inn, Maisie se excusó. Se dirigió a la recepción para preguntar si podía usar el teléfono y la condujeron por un pasillo hasta una cabina de madera con una puerta plegable. Miró a su alrededor deseando quitarse de encima la sensación constante de que alguien la observaba. Tomó el auricular, corrió la puerta y echó el pestillo para tener más intimidad. Marcó el número del centro de recuperación All Saints, en el casco antiguo de Hastings, y cuando respondieron, apretó el botón para conectar.

—¿Puedo hablar con el doctor Dene, por favor?

—Sí, por supuesto. Le paso.

Maisie se imaginó a la recepcionista mirando a sus compañeras de la oficina del hospital y enarcando las cejas al decir: «Es la señorita Dobbs, ¿verdad?». «¿Es que lo llamaba alguien más?», se preguntó.

—¡Maisie, querida! —El entusiasmo de Andrew Dene despejó todas sus dudas, aunque el comentario de Priscilla sobre su soltería cuando había abundancia de mujeres de su edad en busca del amor la había dejado preocupada—. ¿No deberías estar ya surcando los mares?

—Me queda una hora o así, Andrew.

Se produjo un silencio tenso.

—Espero que hayas podido meterlo todo en la maleta.

—Ay, sí, Andrew, es perfecta. Perfecta. Gracias otra vez… y gracias por los bombones.

—¿Bombones?

Maisie frunció el ceño.

—Sí. Llegaron esta mañana, entrega especial.

El médico tardó unos segundos en contestar.

—Bueno, está claro que tienes más admiradores. Y yo que pensaba

que era el único que te regalaba bombones.

—Pero, Andrew…

—Tal vez te los haya enviado un cliente agradecido.

—Sí, claro. Me pregunto… —Maisie casi no podía concentrarse.

—¿Necesitas algo más, Maisie? —El médico se había percatado ya de que tal vez el motivo de la llamada no fuera sentimental, aunque llevaban varias semanas sin verse.

Maisie regresó al presente.

—Pues la verdad es que sí, Andrew. Necesito tu experiencia.

—¿Mi experiencia? Madre mía, ¿parece que tengo inclinaciones criminales? —dijo él riéndose.

Maisie miró la hora y a continuación metió la mano en el maletín, que había dejado en el pequeño asiento de madera triangular en un rincón de la cabina. Sacó las notas que le había dado lord Julian sobre Jeremy Hazleton.

—No, lo que necesito es tu conocimiento médico, Andrew, eres el único cirujano ortopédico que conozco.

—Porque está claro que no conoces a ningún experto en temas relacionados con el cráneo. ¡No has ido a la cita para que te examinaran la cabeza!

—Has sido muy amable reservándomela, Andrew, pero no me ha dado tiempo. De todos modos, estoy mucho mejor. Bueno, quería preguntarte sobre un hombre que sufrió heridas que terminaron provocándole una parálisis, aunque al principio se pensó que no era tan grave. Si te leo las notas de los médicos que lo atendieron, ¿podrías decirme qué significa?

—¡Dispara, intrépida mía, dispara!

Un cuarto de hora después, Maisie colgó tras prometer que lo llamaría en cuanto pisara Inglaterra tras su viaje. Su curiosidad por Hazleton había aumentado, ya que los comentarios y la valoración de Andrew habían servido para ampliar las áreas poco definidas que resultaban evidentes en la historia clínica del diputado. Pero había algo que la preocupaba aún más cuando buscó el monedero, que había guardado en una esquina del maletín. Sacó una moneda y levantó de nuevo el auricular confiando en que todo estuviera en orden en Ebury Place. Esperaba que contestara Sandra. La señal de llamada doble se repitió varias veces. Maisie frunció el ceño.

—Residencia Compton.

—¿Sandra? Sandra, escucha, hay…

—¡Ay, señora, es usted! —exclamó la chica como si hubiera llegado corriendo.

—¿Va todo bien, Sandra?

—Pues no lo sé. —Se echó a llorar, pero al rato se recobró—. Perdone, señora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maisie apretándose el auricular contra la oreja.

—Es Teresa. Se ha puesto muy mala, la pobre. El médico está aquí y se la llevan a la clínica. El señor ha dicho…

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Maisie con un tono que evidenciaba su aprensión.

—Estaba trabajando, señora, y de repente, unas pocas horas después de que se marchara usted, se cayó al suelo agarrándose la tripa y llorando. Gritando de dolor.

—¡Dios mío! —Maisie notaba que el dolor que sentía aumentaba, una incomodidad solidaria a medida que la historia avanzaba.

—Como a media mañana, Teresa dijo: «Como ninguna se anima, voy a coger un bombón de los que nos ha dejado la señorita. Lo mejor para un buen día de trabajo, el chocolate». Y cogió un bombón. Nada más morderlo dijo: «Uy, demasiado amargo para mí. Es chocolate negro. A mí me gusta más dulce». Dejó la caja y continuó limpiando, pero entonces se puso a gritar…

—¿Se encuentra bien? —preguntó Maisie, que percibió el tono agudo de su voz.

—Llamamos al médico enseguida. Le di un vaso de agua con sal, señora, hice que se lo bebiera, le levanté la cabeza y la obligué a beber. Y luego le metí los dedos para que echara lo que había comido…

—¿Qué dice el médico?

—Le ha hecho un lavado de estómago y cree que va a ponerse bien, aunque se va a sentir mal un tiempo.

—¿Y los bombones? ¿Están envenenados?

—Ya lo creo que sí, señora. Lo primero que dije fue que sabía dónde iban a ir a parar.

Maisie contuvo el aliento esperando la respuesta de la siempre eficiente Sandra.

—He abierto la puerta de la estufa, acababa de echar leña porque estaba empezando a hacer el pan, y los he echado dentro, eso he hecho. No pienso tener por ahí bombones en mal estado.

—¡Oh, no!

—¿He hecho mal, señora? Creo que el doctor Dene tendría que saberlo, para que vaya a la pastelería y…

—Los bombones no los envió el doctor Dene.

—Vaya. —Sandra acababa de entender lo que pasaba—. Ay, madre mía. Lo siento mucho, señora, no se me ocurrió. Debería haberlos conservado, ¿no es así?

Maisie sabía que la pobre Sandra ya había tenido bastante.

—Sandra, dile al médico que necesitas un informe completo. Pregúntale qué sustancias tendrían esa clase de efecto en una persona.

Si tienes algún problema, informa a lord Julian de que has hablado conmigo y dile que necesito la valoración del médico sobre la causa de la indisposición de Teresa.

—Ay, señora…

—Lord Julian lo entenderá, Sandra, no te va a morder. Solo transmítele mi mensaje.

—Sí, señora.

—¿Seguro que Teresa se va a poner bien?

—Sí, señora, es lo que ha dicho el médico. Será mejor que me vaya. Van a llevársela a la clínica y tenemos que estar pendientes de darle agua. El médico dice que no deje de beber. Se lo digo de verdad, señora, no sabemos ni lo que hacemos.

—Mañana te llamo desde Francia.

—¿Desde Francia, señora?

—Sí. Dale recuerdos de mi parte a Teresa. Lo siento mucho.

—Pero si no ha sido culpa suya, señora. ¿Quién iba a saber que había algo raro en ese chocolate?

Maisie colgó y se apoyó en la puerta. «Otro intento.» Cerró los ojos. «Tengo que estar aún más vigilante.» Pensó en Teresa. «Y no solo por mí.» Tras unos minutos, corrió la puerta plegable y salió al pasillo iluminado con una luz tenue. Maurice Blanche aguardaba de pie a unos metros.

—¡Maurice! Pensaba que ibas a disfrutar un rato de tu pipa antes de abandonar el hotel.

El hombre sacó el reloj de bolsillo, consultó la hora y lo cerró con un chasquido.

—Será mejor que nos vayamos, Maisie. El ferri sale dentro de poco. Vamos.

Maisie se tensó de nuevo. Las imágenes del pasado empezaron a perseguirla de nuevo nada más subir al taxi. No había vuelto a cruzar el Canal de la Mancha desde sus tiempos de enfermera, apiñada con el resto de sus compañeras voluntarias. Recordó el ruido atronador de la artillería pesada a lo lejos, el cabeceo y el bamboleo del barco y lo mareada que había estado durante todo el trayecto desde que había subido a bordo. Y recordó también la lluvia que le atravesaba la capa y la humedad, aquella humedad constante y maloliente que la había acompañado todos los días de su estancia en Francia, una humedad que aún sentía, incluso en el día más caluroso del verano. A medida que el taxi se dirigía al puerto, Maisie se volvió hacia Maurice y le contó lo que había hablado con Sandra, y se fijó en que fruncía el ceño y asentía mientras lo hacía. Se sintió reconfortada, le recordaba los viejos tiempos. La preocupación de Maurice revelaba que se preocupaba por ella y por su trabajo. ¿Serían sus dudas una señal más de la angustia que le producía aquel viaje? Pensó en el accidente de

coche, en la mano que había salido entre los pasajeros del andén para empujarla a la vía, y ahora iban y le regalaban unos bombones envenenados. No. Alguien se había propuesto matarla.

Los condujeron al salón de primera clase y buscaron un sitio en el extremo más alejado, donde estarían a solas. Maisie confió en que el mar estuviera en calma, en realizar una travesía tranquila de vuelta al pasado, porque el presente se estaba volviendo demasiado peligroso, lo más peligroso que había hecho nunca.

EL FERRI SALIÓ puntual para que los pasajeros pudieran enlazar con el Flèche d'Or, el servicio ferroviario que enlazaba el puerto con la ciudad, y que partía de Calais en dirección a París a las dos y diez en punto. Maisie permaneció en el salón unos minutos, pero al final decidió que pasear por la cubierta la ayudaría a que se le pasara el mareo. Tal vez fuera mejor hacer todo el viaje mirando al horizonte, concentrada en un punto fijo. Aunque tenía muchas cosas en las que pensar —Teresa, Ralph Lawton, Peter Evernden, el hecho de que, en realidad, no quería ir a Biarritz—, se dio cuenta de que eran las voces del pasado las que la acompañaban en la travesía por el Canal. La cháchara ruidosa de Iris, la enfermera con la que había servido en el centro de evacuación de heridos; el amable marinero que le había puesto en las manos enrojecidas una taza de chocolate caliente y un trozo de bizcocho, y le había dicho que comiera y bebiera para no marearse tanto. En 1916 el barco en el que habían cruzado no era un ferri, sino un carguero requisado que transportaba provisiones y caballos a Francia, y los animales iban en fila en la cubierta, ensillados y listos para que los montaran en cuanto atracaran en el puerto El Havre. Pero el destino esa vez no era El Havre, no era un puerto atestado de batallones de tropas de todo el mundo, jóvenes que iban a reemplazar a los que habían muerto por decenas de miles en Francia y Bélgica. Sin embargo, sí le recordó la guerra cuando pidió un té y se dirigió por la cubierta hasta un lugar tranquilo desde el que asomarse y mirar por encima de las crestas blancas de las olas hacia Francia. Muchos de los que viajaban en el ferri hacían su peregrinación particular hacia el lugar en el que reposaban los restos de algún ser querido. Maisie observó a dos mujeres que caminaban por delante de ella, cada una con una amapola de tela prendida en la solapa, que dejarían sobre la tumba para decir: «He venido, no me he olvidado de ti». ¿Madre y nuera tal vez? Si Simon hubiera muerto, ¿habría hecho ella, Maisie, ese mismo viaje con la madre de este, Margaret Lynch? ¿Habría llegado esta un día y le habría dicho: «La vida sigue, querida Maisie. Él ya no está, pero tú sigues entre los vivos» mientras le tocaba

el brazo?

Maisie bebió un sorbo de té y se volvió hacia el mar gris verdoso, hacia la proa que subía y bajaba, y observó la ola que la propia embarcación causaba al desplazarse golpeando la cubierta. ¿Conseguiría explicar algún día que el tiempo había pasado y que ella había enterrado su amor por Simon desde hacía años y continuado con su trabajo, calmando su mente, que no aliviándola, con las exigencias de ser la ayudante de Maurice Blanche? ¿Qué le diría Margaret Lynch en ese momento si dejara que sus caminos se cruzaran? ¿Le diría «ah, has venido, después de tanto tiempo, has venido. Pero él está perdido, así que ya puedes irte. Te has reconciliado contigo misma, sigue con tu vida»? Maisie sabía que a la madre de Simon le alegraba saber que iba a visitarlo, que, aunque fuera solo una vez al mes, habría alguien que se preocupara por él cuando ella no estuviera.

Se terminó el té y paseó por la cubierta subiéndose el cuello del chubasquero y calándose más el sombrero. Las nubes oscuras eran un presagio del clima que iba a acompañarlos durante el viaje, y Maisie sonrió. Era una sonrisa irónica, porque el clima reflejaba con exactitud los recuerdos que tenía de la guerra. Aunque había habido días buenos, días cálidos, días en los que las moscas atormentaban a los moribundos y a los vivos por igual, ella siempre lo veía todo oscuro cuando recordaba aquel período de su vida. Y ahora tenía que enfrentarse a ello de nuevo, tenía que mirar al pasado para entender el presente. Los sentimientos que le producía Agnes Lawton, el anhelo descontrolado, la pena que le había consumido la mente hasta el punto de llevarla ante la puerta de gente que se había aprovechado de su dolor. ¿Qué tenía aquella Madeleine Hartnell que hacía que pensara en ella una y otra vez? Había jugado con la mente de una mujer enferma. «¡Cómo se atreve!» Maisie golpeó la barandilla bruscamente con la mano, lo que provocó que algunas personas se fijasen en ella y luego se mirasen entre sí. Entre la emoción de esos viajeros disfrutando de unas vacaciones tardías siempre había un grupo de dolientes, tristes y afligidos, por lo que su acto impulsivo se olvidó pronto.

Luego estaba Avril Jarvis. ¿Qué más habría averiguado Billy? ¿Habría encontrado algo que pudiera ayudarla en su intento de rebajar la condena contra la chiquilla? ¿Y qué pasaría con ella? Maisie había sabido de inmediato que Avril no era una chica que hacía la calle como tantas otras, sino una con un talento especial que la había sustentado en circunstancias inimaginables. No debía desperdiciar ese talento.

—¡Aquí estás!

Maisie se dio la vuelta.

—Maurice. ¿Has descansado?

El hombre apoyó los brazos en la barandilla.

—Ya lo creo. El valor de un sueñecito está sobrevalorado, Maisie. Te iría bien adoptar esa costumbre, aunque creo que es una inclinación más propia de personas de más edad.

Maisie sonrió y metió la mano en el chubasquero para comprobar la hora.

—No falta mucho. —Se giró hacia la proa—. Sí, mira, ya se ve el puerto. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos? ¿Veinte minutos?

Maurice entrecerró los ojos al mirar a lo lejos.

—Sí. Veinte minutos más o menos. —Se volvió hacia ella—. Y dime, ¿en qué has estado pensando, amiga mía?

Maisie se apoyó de nuevo en la barandilla y expulsó el aire.

—Ya sabes, en las otras veces que crucé el Canal cuando era enfermera.

—No eras más que una niña por entonces.

—Era lo bastante mayor, Maurice. Muchos de los chicos eran más jóvenes que yo y todos éramos lo bastante mayores como para morir —respondió consciente de la sequedad de su tono.

Maurice asintió con la cabeza.

—Sí, claro. —Guardó silencio—. Y sin duda has estado reviviendo aquellos viajes. Se repiten las escenas que viste entonces, ¿no es cierto?

—Sí —respondió ella sin mirarlo, la vista centrada en el horizonte.

—Y seguirá pasando a medida que avance el viaje. Sin embargo, Maisie, he de decirte algo.

—Adelante —respondió ella volviéndose hacia él.

—Deberías entregarte a los recuerdos. Cuando te enfrentas al pasado, lo único que ves es lo que ha pasado antes. Quiero darte un consejo: deja que esto se convierta en un punto de inflexión. Cuando lo superes, podrás volverte y mirar al futuro. Solo entonces este saldrá a tu encuentro. Solo entonces se pasará la angustia.

Maisie tragó saliva y se dispuso a contestar, y, cuando lo hizo, fue como si su madre estuviera a su lado, porque oyó su voz con total claridad. «Tu padre tiene razón, Maisie. Mata a esos dragones.»

Maurice inclinó la cabeza, pero esa vez no sonrió. Maisie le tocó el brazo y regresó al salón. Al recoger la maleta de piel y el maletín, reconoció la sensación que la envolvía. Tenía solo dieciocho años aquella primera vez y se disponía a desembarcar y unirse a aquella multitud que se dirigía a Ruan, donde recibirían órdenes. Se había mareado en aquella primera travesía, pero un segundo antes de pisar suelo francés, se había recordado que estaba allí para servir con fuerza y compasión, haciendo uso de todo lo que había aprendido en el hospital de Londres y bajo la tutela de Maurice Blanche. Ahora ya no

era aquella muchachita y tenía muchas más herramientas a las que recurrir. Abandonó el salón rápidamente y fue a reunirse con Maurice y el tren Flèche d'Or, que los dejaría en París a las cinco y cinco de la tarde.

16

APENAS CONVERSARON EN el trayecto hasta París. Para Maisie solo existía aquella ventana hacia el pasado a medida que iban dejando atrás las ciudades, los campos y los pueblos a gran velocidad. ¿Era ese el aspecto que tenía Francia antes de la guerra, antes de que el paisaje se volviera irreconocible, antes de que ella misma cambiara para siempre? ¿Qué miedos y resentimientos permanecían bajo la superficie mientras el país se reconstruía para imitar los hogares, las iglesias y los locales que habían sido destruidos bajo el bombardeo constante? Muchos de los cimientos originales habían sobrevivido a las bombas y servían de base para el inmenso proyecto de reconstrucción que se estaba llevando a cabo. Qué extraño resultaba pensar en el país como si fuera un cuerpo humano, con una forma exterior distinta, pero con los mismos recuerdos, profundamente escondidos, enterrados bajo los nuevos.

Viajaron hacia el interior del país acunados por el traqueteo de las ruedas sobre las vías. Los lugares que habían dado nombre a las batallas resonaban en la mente de Maisie. Primero Béthune y Lens; luego, en dirección este, Vimy y Arrás; ahora atravesaban el valle del Somme, el terrible valle del Somme; luego, Amiens. Clac-clac, clac-clac, traqueteaba el tren. ¿Cuántos estarían allí todavía, enterrados en ese lugar, diez mil? ¿Veinte mil? Puede que cien mil reposaran bajo los campos listos ya para la cosecha, cultivos saludables que crecían donde se habían producido millones de muertes. «¿Y qué hay de Peter Evernden? ¿Dónde está enterrado?»

Llegaron a París, donde Maurice había reservado habitaciones en un hotelito exclusivo cerca del Sena, el hotel Richmonde. Maisie no tenía necesidad de quedarse mucho en París, aunque en su diario Ralph Lawton hablaba del permiso que había pasado allí con su «querido amigo». ¿Se referiría a Jeremy Hazleton? ¿Habría habido otro al que no había nombrado? Había mencionado un café y un hotel. Visitaría ambos.

Tras una cena ligera en la que Maurice y ella repasaron el plan para el día siguiente, Maisie regresó a su habitación. Partirían hacia Reims el domingo. Hasta entonces, además de trabajar, complacería a Maurice, que deseaba ver a unos viejos amigos y la había invitado a acompañarlos diciendo: «Llevas tiempo privada de un sustento intelectual de esta clase, Maisie. Te hará bien y pondrás a prueba los

conocimientos de francés que conservas».

El plan estaba ya decidido, poco podía decir. Maisie se preguntaba si debería disculparse por lo seca que había estado en el ferri. Se había dado cuenta de que el resentimiento iba creciendo en su interior y sabía que no tardaría en salir a la superficie.

UNA VEZ EN su habitación, Maisie se dio un baño y después se puso la bata y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Así, en silencio, ajena a los ruidos de la calle, que seguía rebosante de juerguistas que pretendían seguir en pie hasta la madrugada, la imagen que tenía en la mente era la de los primeros días tras estallar la guerra, animada porque acababa de llegar a Girton, a una vida que ni se había atrevido a imaginar. Después, aquel primer regreso a Chelstone en la Navidad de 1914. Vio de nuevo los andenes atestados de hombres de uniforme, manteniéndose a un lado mientras los trenes para las tropas entraban en la estación; las despedidas interminables, las sonrisas obstinadas de aquellos que mantenían la esperanza de volver a ver a un hijo, un hermano o un amor. ¿No habían dicho los políticos, esos hombres que sabían de lo que hablaban, que a esas alturas ya habría terminado? Y luego su propia emoción al ver a su padre. Y a Maurice. Maurice había estado en Londres y, según decían, también fuera del país, tal vez en Francia, tal vez en Holanda. Nadie lo sabía con seguridad y él no decía nada cuando iba a visitarlo, sino que se limitaba a sonreír al oírla hablar de Girton.

—Háblame de tus amigas, Maisie, porque espero que hayas hecho un par.

A Maurice le preocupaba que su clase social le hubiera impedido trabar amistades cercanas.

—Priscilla Evernden es mi mejor amiga. A veces es muy divertida, los estudios le dan igual y se pasa el día planeando la próxima excursión. Es un poco más mayor que yo.

—Entiendo —decía él encendiendo de nuevo la pipa con una sonrisa. Y le agradaba saberlo.

—Cuando la riño por los estudios, dice simplemente que sus padres están contentos con los logros de los chicos, sus hermanos, sobre todo Peter. Es el mayor, veinticinco o veintiséis años, creo.

—¿Y están fuera?

—Sí, todos alistados. Priscilla dice que al que mejor le va a ir es a Peter, porque es muy bueno con los idiomas.

Maurice sonrió. Él hablaba con fluidez seis idiomas, además del francés, su lengua materna.

—Es raro en un británico.

Maisie no se había dado cuenta de que cada vez se emocionaba más al hablar de su amiga y de su familia, revoltosa y muy rica.

—Bueno, Priscilla dice que es un don y que nadie sabe de dónde le viene. Ni él mismo lo sabe. Al parecer, ocurrió durante unas vacaciones en Suiza cuando su hermano tenía doce años. De repente, Peter empezó a hablar en francés y en alemán con otras personas del hotel, y toda la familia se quedó pasmada.

Maurice estaba muy atento a lo que le contaba Maisie.

—Peter no entendía por qué lo miraban así y le dijo a Priscilla que él pensaba que todo el mundo entendía otros idiomas así, sin más —dijo Maisie chasqueando los dedos—. Ojalá me pasara a mí eso.

Mientras repasaba la escena en su cabeza, Maisie vio de nuevo, aunque desde la distancia de los dieciséis años que habían transcurrido, a Maurice tomar la pluma y escribir algo en un papel. Ella había echado un vistazo por encima antes de lanzarse a contarle la segunda parte de su historia y apenas se había parado a pensar entonces por qué Maurice habría escrito «P ETER EVERNDEN» en mayúsculas. Y después la había mirado y le había sonreído.

—Lo estás haciendo muy bien, querida. Estoy orgulloso de ti.

MAISIE SE DESPERTÓ temprano el sábado, se vistió deprisa y salió del hotel. Hacía buena mañana, con solo unas pocas nubes en el cielo, pero la brisa fresca le recordó que el frío del otoño estaba a la vuelta de la esquina. Mientras caminaba por la ajetreada calle miraba hacia los negocios, que bajaban los toldos y abrían sus puertas, y a muchos de los tenderos que llevaban a cabo el ritual mañanero de fregar la acera. Bajó el ritmo cuando el tendero que tenía justo delante daba las últimas pasadas con la fregona, la escurría, agarraba el cubo y echaba el agua por la acera.

—*Ah, pardon, mademoiselle. Excusez-moi, s'il vout plaît.*

Se le había olvidado cómo se decía «No se preocupe», así que en su lugar levantó la mano y sonrió. El tendero se llevó el dedo índice a la sien, le devolvió la sonrisa y entró en su tienda.

Los cafés estaban llenos de gente, se oía de fondo el chisporroteo de conversaciones en inglés y francés, y una variedad de acentos que indicaban la presencia de visitantes, además de una comunidad de expatriados de Estados Unidos, Gran Bretaña, España, Italia y África. Maisie miró la hora. Había quedado con Maurice para desayunar a las nueve; le daba tiempo a tomarse un café antes de volver al hotel.

—*Café au lait, s'il vous plaît.*

El camarero hizo una breve inclinación de cabeza y se alejó hacia el fondo del establecimiento, deteniéndose de paso a recoger una

propina, que inspeccionó primero y a continuación negó con la cabeza antes de guardarla en el bolsillo delantero del largo delantal.

Maisie se reclinó en su asiento mientras observaba a los clientes que la rodeaban. Estaba claro que muchos eran habituales con algún tipo de ocupación, como el hombre de los pantalones y la chaqueta de *tweed* desparejados y monóculo pegado al ojo que desplegaba el periódico y procedía a leer mientras esperaba a que le pusieran el café y el cruasán que ni siquiera había tenido que pedir, porque siempre desayunaba lo mismo. Luego estaban las dos mujeres bien vestidas, de lino y seda, atuendo apropiado para finales de verano. Solo un año antes, Coco Chanel había convertido el bronceado en un accesorio deseable y era evidente que aquellas mujeres le habían hecho caso, porque la cara, las manos y los esbeltos tobillos sugerían que habían pasado el verano en la Costa Azul. Maisie se fijó en sus manos pálidas mientras sacaba el espejo del bolso, levantaba la tapa de peltre y se observaba con atención. Se pellizcó las mejillas y, cuando levantó la vista, vio que las mujeres la estaban mirando. Se dieron la vuelta a toda prisa y se llevaron la taza a los labios. Maisie apartó la vista de ellas y se fijó en un grupo de estadounidenses que había cerca. Hablaban alto, los integrantes se removían en los asientos, hombres y mujeres ansiosos de oír las opiniones de otros y de dar voz a las suyas.

—Escucha, amigo, creo que ese hombre va a irle bien a Alemania.

—¿Qué? ¿Has leído su libro, *Mein Kampf*? Está como una cabra. ¡Como una cabra!

Otro hombre hablaba mientras le encendía un cigarrillo a una de las mujeres del grupo, inclinada hacia él.

—Gracias, Frank —dijo apartándose del hombre, que cerraba con un golpecito seco el mechero con un «De nada», y acto seguido añadió su opinión—: ¿No os parece mejor que cerremos todos la boca y le demos un poco de margen a ver cómo lo que hace? Estoy de acuerdo en que sus ideas son un tanto extrañas, todos esos hombres con camisa marrón asustan un poco, pero está dando muchas esperanzas al pueblo alemán. Su partido estaba abajo del todo y ahora va segundo en las encuestas. ¡Démosle una oportunidad! —Dio una profunda calada antes de proseguir, cuando otro hombre del grupo metió baza.

—¿Que le demos una oportunidad? A saber lo que podría pasar. En mi opinión…

—Que nadie te ha pedido, Brad.

Brad levantó las manos para dar énfasis mientras los demás se reían.

—Como decía, en mi opinión, se avecinan problemas. Y gordos.

Y así siguieron conversando hasta que el tal Frank se levantó.

—¿Soy el único que trabaja hoy?

El grupo se rio y se pusieron a dar palmadas sobre la mesa haciendo tanto ruido que los demás clientes movieron la cabeza en señal

negativa y siguieron desayunando. algunos abrieron el periódico delante de ellos con un sonido brusco que se habría oído si los estadounidenses no hicieran tanto ruido.

—¿Y hoy qué toca, Frank, un sueñecito de una hora, mil palabras a la hora de la comida para tener contento al *Trib* y después un Pernod para brindar por un trabajo bien hecho?

—No tengo un padre rico que me mantenga —dijo Frank de pie dirigiéndose al grupo, las manos apoyadas en el respaldo de una silla —. Nos vemos esta noche. —Repasó los rostros—. ¿Martha? ¿Stu? ¿Brad?

Los interpelados respondieron al unísono y cuando Frank se marchó, la conversación cambió de tema. Maisie se dio cuenta de que aquello no era un desayuno temprano para el grupo, sino el final de una noche de juerga. ¿Era ese el tipo de vida que Priscilla imaginaba para ella? Y si esa era la vida que se había perdido, ¿la echaría de menos cuando le pasara de largo?

—*Café au lait* —dijo el camarero de pie delante de ella.

—*Merci beaucoup* —respondió ella sonriendo mientras tomaba la taza. La mezcla de café recién molido y leche caliente le daba ganas de dar un sorbo, aunque estaba hirviendo. Sopló por encima empujando la espuma hacia la pared de la taza y bebió un sorbito despacio. Los recuerdos seguían acudiendo en tropel a su mente: un permiso en Ruan, cenando con Simon. Maisie sonrió. Tenía buenos recuerdos, no solo malos. De hecho, conocía a varias personas que pensaban que la guerra había sacado lo mejor de ellos y casi añoraban aquellos días de camaradería, de saber que estaban haciendo algo que importaba. Maisie no albergaba ese tipo de deseo y, al observar los rostros que la rodeaban, reflexionó sobre su futuro y el hombre que había fomentado su éxito educativo y profesional. «Ay, Maurice, ¿qué está pasando?» Se terminó el café pensando en los planes que tenía para ese día y para el siguiente, y en el resto del viaje.

MAISIE Y MAURICE desayunaron en el comedor del hotel. Era un salón luminoso y amplio, un antiguo patio que en la actualidad contaba con paredes acristaladas y un techo alto que le daba a uno la impresión de estar en un invernadero de la época de Regencia. La luz de la mañana proyectaba sombras sobre el suelo de adoquines y acariciaba las fuentes empotradas en la rugosa pared de piedra. La hiedra crecía y trepaba por los muros, y unos ficus verdes en macetas de terracota de gran tamaño decoraban las cuatro esquinas. Manteles de damasco blanco vestían las mesas, decoradas con un jarroncito con un delicado ramillete de flores. Las sillas de hierro forjado eran más cómodas de lo

que parecían en un principio. Maisie se aseguró de que Maurice se sintiera a gusto antes de ocupar su asiento frente a él. Un camarero les llevó una cesta con *baguettes* pequeñas, cruasanes y *brioches*, todo recién hecho, y se marchó para volver al poco con una cafetera de plata de café fuerte y la lechera a juego llena de leche caliente coronada por una generosa capa de espuma.

—*Merci beaucoup* —dijo Maurice con su acento parisino.

Maisie sonrió cuando este le indicó que se sirviera primero. Tomó un cruasán y le untó mantequilla y mermelada. Maurice tomó un pedazo de pan, le untó mermelada y lo mojó en la taza grande de café solo que se había servido. Maisie se puso un poco de leche en el café que le había servido Maurice.

—Y dime, ¿qué planes tienes para hoy, Maisie?

—Creo que eso debería preguntártelo yo a ti, Maurice. Al fin y al cabo, el que tiene un círculo social en la ciudad eres tú.

Este sonrió, mojó la *baguette* en el café de nuevo y le contó sus planes.

—Demos un paseo. París es perfecto en septiembre, mi época favorita. Comeremos al mediodía, y supongo que haremos una sobremesa de varias horas. Nos acompañarán mis viejos amigos, los doctores Stéphane Gabin y Jean Balmain; ambos siguen enseñando en la Sorbona. ¿Lo sabías?

—Imaginaba que ya estarían jubilados. —Maisie había conocido a los dos hombres muchos años atrás, durante una visita que le hicieron cuando Maurice la estaba formando.

—Y tienen muchas ganas de verte.

—¿A mí?

Maurice levantó la vista y se limpió una miga de la barbilla.

—Vuestro primer encuentro fue breve, pero ambos caballeros te tienen en alta estima. Es natural que quieran saber cómo estás.

—Entiendo. —Hizo una pausa momentánea—. Bueno, comeré con vosotros, Maurice, pero tal vez no me quede a la conversación del *après-midi*. Tengo que ir a un par de sitios esta tarde: al hotel en el que se hospedó Ralph Lawton cuando estuvo en la ciudad y al club que visitó. Encontré una caja de cerillas entre sus pertenencias y quiero saber qué aspecto tiene.

—Si sigue en pie.

Maisie bebió un sorbo.

—Si sigue en pie, claro.

EL PASEO QUE había propuesto Maurice fue agradable aunque silencioso, pero Maisie se mantenía alerta. Había sido él quien le había

instruido a fijarse en lo que revelaba el movimiento y la postura de un cuerpo, y quien le había enseñado a estar atenta y sentir curiosidad por las palabras escogidas; la había ilustrado en la forma en que un comentario en apariencia insignificante podía contener la clave de un secreto celosamente guardado. Durante su formación, había aprendido que incluso con los labios apretados con firmeza podían revelarse muchas pistas sin ser consciente de estar haciéndolo. «Es como si estuviéramos jugando al ajedrez», pensó Maisie mientras paseaban, con cuidado de no exteriorizar nada con su forma de andar. Y charlaba sobre cosas sin importancia, consciente de que Maurice detectaría su cautela. Pero no podía arriesgarse. Ya había decidido que no iba a preguntarle nada sobre el recuerdo que tenía de aquella conversación sobre los Evernden que habían mantenido en la biblioteca dieciséis años atrás. Tal vez hubiera una explicación simple, pero ella sabía que era mejor guardarse las cartas y ser la última en mostrar la mano que llevaba. O al menos confiaba en poder hacerlo.

COMIERON CONVERSANDO AMIGABLEMENTE en una mezcla de francés e inglés, recurriendo al idioma propio cuando no encontraban una traducción fácil. Maisie no tardó en recuperar la confianza en sus conocimientos de francés, que había estudiado con Maurice al principio y de nuevo en Girton. La conversación iba y venía hasta el punto de que a un observador externo le hubiera recordado a un partido de tenis en un día de verano, uno de esos que se juegan sin competir ni con la intención de ganar, sino por el placer de compartir un rato agradable. Había ciertos temas que crearon tensión; que hicieron que Stéphane dejara caer el labio inferior llevándolo un poco hacia delante y levantara las manos con las palmas hacia arriba para hacer énfasis, o que Maurice se echase hacia atrás, lo que siempre era señal de que estaba a punto de descargar un golpe con algún comentario incisivo y oportuno. Maisie sonrió porque estaba ante una escena que podría haber escogido un artista para representarla. Ellos, con el aspecto de hombres franceses de cierta edad que cualquiera imaginaría disfrutando de la compañía de una joven; ella, que claramente no era francesa, pero sí formaba parte del grupo.

Les sirvieron una ensalada y a continuación costillas de cordero en el punto perfecto. El vino tinto corría y la conversación seguía con su toma y daca. Gran parte de la charla trató del éxito del partido de Adolf Hitler en las elecciones de septiembre, con opiniones más profundas, pero en general un reflejo de las de los estadounidenses del café. Se especuló también sobre la aeronave R-101 que llegaría a Francia en una semana o así, camino de la India. India precisamente;

¡se podía volar hasta la India en un dirigible!

Sentados en el restaurante, el favorito de los tres hombres, Maisie sintió un escalofrío y apartó la mirada mientras el grupo hablaba sobre lo que hacía ahora cada uno y, debido a la edad, sobre quién había muerto. Dos camareros se afanaban entre las mesas vestidas con manteles de cuadros. Las paredes, pintadas de un envejecido color crema oscurecido por el humo, estaban cubiertas de carteles que anunciaban actos ocurridos tiempo atrás. Sonaba música de fondo y las puertas de doble hoja que daban a la calle estaban abiertas para que entrara el aire fresco, aunque no había mesas en la acera. Mientras contemplaba el comedor, sintió que la observaban y se giró hacia una esquina, cerca de la puerta. La falta de luz le impedía ver bien al comensal solitario que estaba sentado allí, y como no quería quedarse mirándolo, se giró de nuevo hacia los tres hombres y se unió a la conversación, que había virado hacia el tema de la economía. Miró el reloj y tuvo que entrecerrar los ojos para ver la hora.

—Lo lamento muchísimo, caballeros, pero debo irme. Tengo que trabajar esta tarde.

Jean y Stéphane se limpiaron la boca con la servilleta mientras Maisie echaba mano del maletín, que había dejado en el suelo a su lado.

—Ah, *mademoiselle* Dobbs, ¿tiene que irse ya? Ha sido un placer.

—Lo lamento, doctor Gabin, el trabajo me llama.

Jean sonrió.

—Es un *fait accompli*, creo que podríamos decir.

Todos se rieron. Maurice no se levantó cuando Maisie se dirigió a él.

—Confío en que no estarás por ahí hasta muy tarde, Maurice. —Más risas mientras este inclinaba la cabeza y sonreía. Maisie se acercó a los otros dos hombres para despedirse de ellos con un beso al aire en cada mejilla. Puso una mano en el hombro de Maurice, que respondió apretándosela con la suya—. Hasta luego.

—Hasta luego. Cuídate, Maisie.

—Siempre.

Salió del restaurante y avanzó a paso rápido por un lado de la calle hasta que llegó a la calle principal y giró a la izquierda.

Al doblar la esquina, tuvo la sensación inconfundible de que la estaban siguiendo y se volvió. La sensación era tan fuerte, tan clara, que se metió enseguida por un callejón que conducía a un patio pegándose a la pared oculta por las sombras para evitar ser vista, y miró a un lado y otro de la calle, esperando.

Un hombre alto pasó a toda prisa poniéndose el sombrero sin dejar de mirar a todos lados. «Estaba en el restaurante vigilándome.» Maisie siguió esperando y luego miró hacia el fondo del patio, de donde partía otro callejón. Salió a la luz, sacó una guía Baedecker del

maletín y buscó la dirección para ubicarse. Avanzó en silencio por los adoquines y entró en el callejón, mirando en todas direcciones antes de seguir. De nuevo en la calle otra vez, caminó a buen paso en dirección al metro. Miró el reloj pensando a toda prisa. No había duda de que la seguían. Pero ¿quién? ¿Y qué pasaba con Maurice? Él estaba siempre alerta, siempre pendiente de lo que lo rodeaba; ¿no se había fijado en el hombre situado en un rincón oscuro del restaurante? Maisie frunció el ceño; le sudaba la frente y la herida, que ya pensaba que estaba mejor, había empezado a molestar otra vez. Había empujado a un rincón de su mente los intentos de acabar con su vida, pues se sentía segura al estar tan lejos, al otro lado del Canal.

El hombre que la seguía se había movido con rapidez, atento y casi felino mirando de un lado a otro de la calle, fuera de la vista de Maisie. Esta cerró los ojos un momento, recordando al hombre de la estación de Goodge Street que corría hacia la acera… «No, no es él. Es otra persona.» Se giró hacia el tráfico y, al ver que se acercaba un taxi, levantó el brazo. Un coche le pareció de pronto más seguro que caminar. El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos y Maisie se subió.

—*Montmartre, s'il vous plaît. L'hôtel Adrienne.*

El taxista asintió brevemente y ella se reclinó en el asiento, cerró los ojos y trató de vaciar la mente. Pensó de nuevo en Madeleine Hartnell: «Hay dos personas que caminan a su lado». «Eso espero. De verdad que sí.» Abrió los ojos y miró por la ventanilla mientras el taxi avanzaba entre callejuelas y al final se bamboleaba sobre el terreno adoquinado antes de detenerse frente a la puerta del hotel Adrienne. Sintiéndose sola y vulnerable, se subió el cuello para protegerse de una leve brisa que a cualquier otra persona le habría pasado inadvertida.

—*Attention. Attention, s'il vous plaît.* —Maisie estaba de pie junto al mostrador de madera oscura pulida de la recepción en el que no había nadie, y llamó para que la atendieran. Un anciano entró despacio por la puerta que conectaba con la parte trasera del hotel. Vestía pantalones oscuros y camisa blanca con una pajarita pequeña y brazaletes elásticos para evitar que se le acumulara en los puños la tela de las mangas largas.

—*Bonjour, mademoiselle* —saludó el hombre con una amplia sonrisa mientras apoyaba las manos en el mostrador, una junto a la otra—. ¿En qué puedo ayudarla?

Maisie se sorprendió, pero no preguntó por qué había sabido que no era francesa. Probablemente su rostro y su ropa revelaban más de lo

que a ella le hubiera gustado.

—*Monsieur,* un buen amigo mío se hospedó aquí durante la guerra, y esperaba que conservara usted algún registro de su estancia. Voy a visitar su tumba la semana que viene y me gustaría mucho recorrer los lugares en los que fue feliz antes de morir. ¿Podría ayudarme?

—Viene en peregrinación, ¿no es así?

Maisie bajó la cabeza.

—Sí, exacto.

El hombre rodeó el mostrador y le tomó las manos sonriendo con amabilidad.

—Sí, viene gente como usted y otros que estuvieron aquí y sobrevivieron. ¿Sabe cuándo estuvo aquí su amigo?

Maisie liberó una mano y la metió en el maletín. Sacó un recibo, con los bordes marrones por el tiempo, que había encontrado dentro del diario de Ralph Lawton.

El hombre sacó unas gafas de media luna del chaleco, se las colocó sobre la nariz y estudió el papel.

—Ah, *bon.* —Y volviéndose hacia ella añadió—: Yo mismo extendí este recibo. —Se quitó las gafas con los ojos llenos de lágrimas y pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. *Excusez-moi, mademoiselle*. Vi a tantos… nuestros propios jóvenes, ingleses y escoceses, canadienses, estadounidenses, australianos. Venían a París a pasar uno o dos días de asuntos propios. —Sonrió—. Ya sabe, las chicas… Y ahora están todos muertos. —Chasqueó los dedos—. Muertos.

—¿Sabría decirme si mi amigo vino solo?

El hombre frunció el ceño y se volvió.

—*Un moment*. Voy a por el registro.

Entró en la oficina trasera y Maisie oyó puertas que se abrían y se cerraban, papeles que caían al suelo y palabrotas extrañas del dueño. El hombre regresó por fin con el registro del hotel encuadernado en piel y de gran tamaño quitándole el polvo de la portada y los laterales.

—*Voilà!* Lo he encontrado. Vamos a ver. —Dejó el libro en el mostrador y pasó las páginas haciendo algún que otro comentario—. Ah, sí, un habitual, un chico irlandés. Vino hace dos años con su mujer y sus hijos. —Negó con la cabeza—. ¡Si ella supiera! —Siguió pasando las hojas entre comentarios sobre los que habían muerto, los que habían vuelto y los que habían causado problemas—. Fueron muchos, pero me acuerdo, me acuerdo.

Maisie apoyó el codo en el mostrador y esperó, sacudiendo la mano ante sí cuando le llegaba un nube de polvo.

—Ah, aquí está. Lo he encontrado. —Empujó el registro hacia ella y los dos se inclinaron sobre el libro para leer los datos—. Sí, aquí está. Vino con su amigo. —El hombre se puso las gafas otra vez y entornó

los ojos antes de inclinarse aún más sobre el libro—. ¡Pero qué mal escribe este hombre!

—Pues sí. —Maisie hundió los hombros al leer la firma de Ralph Lawton, seguida de otra que no era más que un garabato. Podría ser de un hombre o de una mujer, idea que la hizo volverse hacia el dueño del hotel—. ¿Cómo sabe usted que es la caligrafía de un hombre?

Dejó caer el labio llevándolo un poco hacia delante como había hecho Stéphane una hora antes y levantó las manos con las palmas hacia arriba para hacer énfasis.

—Es la carga de este trabajo, *mademoiselle*, saber diferenciar las caligrafías que veo a diario —dijo dando unos golpecitos con el dedo —. Y esta es de un hombre.

Maisie abrió la boca para hacer otra pregunta, pero se detuvo cuando él le tocó el brazo.

—En tiempos de guerra, no vemos, no preguntamos. Puede que la semana que viene estén muertos. Vemos solo la sonrisa, se la devolvemos y cogemos los francos. Así es la guerra.

Maisie sonrió. Recogió el recibo que se había quedado en el mostrador y lo guardó en el maletín.

—Ha sido usted muy amable, *monsieur*…

—Vernier. Me llamo André Vernier —contestó el hombre ejecutando una pequeña reverencia ante ella—. Ha sido un placer, *mademoiselle*. ¿Quiere ver la habitación?

—Se lo agradezco, *monsieur* Vernier. Me basta con haber visto el hotel. —Vaciló un momento y, finalmente, echó mano del maletín—. ¿Podría decirme si este club sigue estando en Montmartre? —preguntó mostrándole la caja de cerillas.

El hombre la cogió y se la acercó a la cara para leer la inscripción.

—Café Druk. Sí, sí. Y la *indochinoise* sigue siendo la dueña. —Sonrió y se la devolvió.

—¿Cómo dice?

—Ahora estoy seguro de que su amigo vino con un hombre —respondió él sonriendo aún.

—¿Por qué?

—Porque, *mademoiselle*, el Café Druk es un club para *garçons*, para hombres.

—Entiendo —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Deje que le indique. —El hombre la acompañó a la puerta. Extendió el brazo y le dio indicaciones de cómo llegar al club—. Diez minutos caminando muy despacio.

Se despidieron y el hombre le reclamó dos besos antes de dejar que se marchara. Maisie estaba convencida de que quien había estado en París con Ralph durante aquel permiso había sido Jeremy Hazleton,

pero sabía que sacar conclusiones precipitadas no era inteligente, porque cerraba la mente a otras posibilidades. Había que estudiar los datos como si fueran piedras preciosas, extenderlas sobre una superficie plana con la mente clara y mirarlas todas bien antes de formar con ellas un collar.

EL CAFÉ DRUK había conocido tiempos mejores. Las puertas negras de doble hoja estaban picadas y gastadas, y tenían la cabeza de un dragón gigante pintada entre ambas, de manera que la boca se abría cuando un cliente empujaba la puerta. El dragón tenía los dientes en relieve, tallados y unidos al portón más que pintados; sin embargo, se notaba el peso de los años en la bestia de madera, porque le faltaban varios dientes. La puerta estaba entreabierta, así que la empujó y entró, frunciendo el ceño mientras se acostumbraba al interior, pobremente iluminado con lámparas rojas en las paredes, que parecían recubiertas de seda.

—*Excusez-moi? Madame?* ¿Hay alguien aquí?

Maisie se internó entre las sombras despacio y chocó con una silla que se movió arañando el suelo de baldosas.

—Tenga cuidado, oiga.

—Perdón. —Maisie se dio cuenta de que había alguien entre las sombras detrás de la barra, que ahora veía cubierta de vasos sucios y ceniceros llenos de colillas—. *Excusez-moi, s'il vous plaît.*

Una risotada estridente hizo temblar los vasos.

—Hablo su lengua, inglesa.

—Oh, ahí está. —Maisie se dirigió hacia la barra, se detuvo muy recta y tendió la mano a la mujer que emergía de entre las sombras.

—¿Y usted es…? —dijo la mujer aceptando la mano de Maisie con sus dedos largos y elegantes.

—Me llamo Maisie Dobbs. He venido a…

La mujer soltó otra risotada estridente.

—¿Qué ocurre?

—Qué inglés, Maisie Dobbs.

Se inclinó hacia Maisie y apretó un interruptor. Se encendió una luz en el centro de la habitación, que le permitió ver mejor lo que la rodeaba. Parecía que hubieran estado de fiesta una semana y acabara de terminarse la juerga.

—Yo soy Eva. ¿Qué puedo hacer por Maisie Dobbs?

—Vengo porque un amigo de la infancia estuvo aquí durante la guerra, durante un permiso y antes de morir. —Sacó la caja de cerillas y se la tendió.

Cuando la mujer tendió la mano para coger las cerillas y se giró

para que le diera la luz, Maisie pudo mirarla con más detenimiento. Rondaría los cincuenta. Tenía el pelo negro recogido muy tirante hacia atrás en una trenza sujeta con dos pasadores ricamente decorados. Llevaba un vestido de noche largo hasta los pies y un abrigo bordado sobre los hombros. Se le había corrido el maquillaje, pero era una hermosa mujer euroasiática.

—Sí, su amigo estuvo aquí. ¿Qué puedo hacer por usted? Miles han cruzado esas puertas, todos ellos buscando ahogar las penas antes de que la pena los ahogara a ellos. ¡Qué tiempos, Maisie Dobbs, qué tiempos!

—¿Qué quiere decir?

—Los condenados viven la vida con abandono, ¿no lo sabía?

—Yo también estuve en Francia, en la guerra.

La mujer la miró de arriba abajo; después cogió un cenicero y rebuscó hasta dar con una colilla mínima que poder encender. Abrió la cajita de las cerillas que le había dado Maisie, sacó una y la arrastró por la pared que tenía detrás. Prendió al instante. Encendió la colilla y sacudió la cerilla hasta apagar la llama, y no se volvió hacia Maisie hasta que dio una larga calada.

—Así que estuvo en Francia. —La miró fijamente en silencio, pero Maisie no apartó la mirada—. ¿Qué puedo hacer por usted? Hace años que terminó la guerra.

—Quería ver dónde había estado mi amigo.

—Es evidente que no era un novio, un… ¿cómo dicen allí? —Negó con la cabeza—. ¡Un amor de juventud! No, no era su amor de juventud, eso habría sido imposible.

Maisie la miró en silencio.

—Ay, las mujeres inglesas, ¡qué mente tan pequeña tienen! —Guardó silencio—. Mi club no atrae a los que vienen con sus esposas, sus amigas mujeres.

Maisie asintió.

—Sí, ya lo he entendido, *madame* Eva. Sin embargo, tenía curiosidad por verlo. —Metió la mano en el maletín.

—No, espere. —Eva le puso la mano en el brazo—. Venga, acompáñeme.

La llevó al fondo del club pasando por un arco que conducía a una escalera. Una vez arriba, Eva abrió la puerta con la llave que llevaba colgada de una cadena alrededor del cuello. Era una habitación amplia y luminosa, con ventanas de suelo a techo que daban a la calle. Observando los cuadros de las paredes, a cada cual más bonito, la porcelana y los muebles llegados de Asia, Maisie se sintió como si acabara de entrar en otro mundo. Eva abrió una vitrina con el frontal de cristal y sacó varios álbumes de fotos, que colocó delante de Maisie. No había mucha luz pues estaba empezando a caer la tarde,

así que la mujer ladeó las lámparas para que pudiera ver bien las fotografías. Al contrario que en la polvorienta colección de registros del hotel de André, los álbumes de Eva estaban bien cuidados, cada página de fotos protegida por un pliego de papel cebolla.

—Estos son de la guerra. Mis chicos, todos mis chicos. La mayoría murieron, pero he conservado las fotografías. Todas ellas de fiestas que dimos aquí, todos riendo y cantando. —Se dirigió a una puerta a la derecha—. Por eso no juzgue, señorita Maisie Dobbs, porque usted está viva y puede volver a reír, por difícil que pueda resultar. —Entrelazó las manos ante sí—. ¿Le gusta el té a la amable señorita inglesa? —Soltó otra carcajada y la dejó allí sola.

Maisie negó con la cabeza y tomó los álbumes, todos fechados, seleccionó uno y empezó a pasar las páginas. Eran las caras que ella veía, las sonrisas aniñadas de los chicos, algunas azoradas cuando el flash los sorprendía, otras desafiantes o saludando a Eva, porque era evidente que era ella la que estaba tras la cámara.

—Té para la señorita inglesa —dijo Eva regresando con una bandeja que posó en la mesa—. No tengo leche, así que tendrá que tomárselo solo.

—Perfecto, gracias —respondió ella sonriendo y alzando la cabeza. Le pareció que la mujer estaba más seria.

—¿No ha encontrado nada?

Maisie bebió un sorbo del té que le había preparado Eva y suspiró.

—No, nada. —Se quedó en silencio y siguió mirando—. ¡Oh, Dios mío, aquí está!

Eva pasó por detrás y se asomó por encima del hombro de Maisie, de forma que las dos estaban mirando la foto del álbum que Maisie tenía en las rodillas. Los dos jóvenes reían, entrelazando los brazos y acercando una copa a los labios del otro. En la barra, delante de Hazleton, había un adorno de cristal, una esfera, un pisapapeles tal vez, que atrapaba la luz de tal modo que se reflejaba en la cámara, creando un ambiente que parecía envuelto en magia. Le recordó a Maisie otra fotografía que había encontrado entre las pertenencias de Ralph en la casa de Cambridgeshire. Allí estaban, los mismos dos jóvenes. Y la misma mirada de adoración en el rostro de Ralph Lawton, que apartaba la vista de la cámara para mirar al hombre al que abrazaba en aquel momento de felicidad.

17

—Así QUE PARECE que lo ha superado y estará bien del todo en un día o dos.

Maisie se llevó la mano al pecho y notó el alivio en todo el cuerpo.

—Ay, Sandra, es la mejor noticia que me han dado hoy. —Guardó silencio mientras saludaba con la mano a Maurice, que acababa de llegar al vestíbulo de recepción, y señaló el auricular indicándole que estaba hablando. Maurice asintió con la cabeza y se sentó en una silla de madera finamente labrada, y Maisie retomó la conversación—. ¿Ha dicho el médico algo sobre la causa de la indisposición?

—Ha dicho que es difícil decir con seguridad, dado que la obligué a vomitar casi todo lo que había comido, no sé si me explico, y después le hice beber litros de agua. Pero dice que es raro que un bombón en mal estado tenga el mismo efecto que el veneno para ratas…

Maisie inspiró preparándose para seguir preguntando, pero Sandra se le adelantó.

—Y que no podría comprobarlo al no haber muerto. Y aun así sería difícil.

—Tengo que irme, Sandra, pero quiero que tengas mucho cuidado, mucho. Si alguien aparece con un paquete para mí, no lo aceptes. —Había tenido en cuenta el valor que un paquete sospechoso tendría como prueba, pero no quería arriesgarse a que un objeto contaminado rondara por la casa sin estar ella allí.

—¿No puedo dejarlo en el cobertizo de fuera?

—No. No aceptes nada. Y si ves a algún extraño por los alrededores de la casa, avisa a la policía de inmediato; y pon al resto del servicio sobre aviso. Llamaré a lord Julian más tarde, cuando llegue a Reims. Tiene que estar al tanto de la situación.

—Muy bien, señora.

—Me despido ya, Sandra.

—Adiós, señora. Y, señora, por favor, tenga cuidado.

—Gracias, lo tendré.

Colgó el teléfono, se volvió hacia el recepcionista con gafas y pagó la llamada. Maurice, que se quedaría en París, ya se había ocupado de pagar la cuenta de la habitación.

Cruzó el vestíbulo en dirección a él e indicó a un mozo con un gesto que la ayudara. Miró a su mentor y, poniéndole una mano en el hombro, le dio un beso en cada mejilla.

—Hasta pronto, Maurice.

—Hasta pronto. Cuídate, Maisie —dijo él mirándola fijamente. Cuando salió del hotel y se subió al taxi, notó que seguía mirándola.

FUE REFLEXIONANDO EN silencio durante todo el trayecto en tren hasta Reims. Repasó uno por uno los acontecimientos y las conexiones que habían tenido lugar en las últimas dos semanas, desde que había aceptado el caso de Ralph Lawton hasta su encuentro del día anterior con André y Eva. Analizó a cada persona y cada situación desde un punto de vista distinto, desafiándose mentalmente igual que cuando observaba las pistas que iba encontrando. Estaba segura de que no había conexión física entre Avril Jarvis y Madeleine Hartnell, pero había otro vínculo, como si la presencia de una en su vida fuera una señal de la importancia de la otra.

Maisie se acordaba de haber preguntado a Maurice, en los primeros años de su formación, por qué trataba dos casos, que no tenían nada que ver en apariencia, como si estuvieran relacionados. Él había vaciado la pipa golpeándola contra la pared de su viejo despacho cerca de Oxford Circus, tras lo cual había inspeccionado el interior de la cazoleta y después le había respondido mientras cargaba la pipa de nuevo.

—Es cuestión de suerte, Maisie. Sí, es verdad que en principio los casos no tienen nada que ver entre sí. —Cogió una cerilla y la acercó a la pared de la chimenea para encenderla—. Pero sí hay un vínculo. Al analizar uno de los casos, debemos ponernos en otro lugar, observar las pruebas desde un ángulo diferente. Eso nos supone un desafío, sin duda; al fin y al cabo, llegamos a este trabajo con una historia, un lenguaje, una manera de hacer las cosas única en cada uno, y es posible quedarse atascados precisamente por eso. —Se detuvo un momento para encender la pipa y aspirar el tabaco, que tenía un suave aroma de roble—. Y en ese mismo momento llega el otro caso, exigiéndonos agilidad mental, capacidad de saltar a ese otro lugar y volver a mirar, porque es muy diferente del primero. Y entonces surge esa similitud, ese gramo de inteligencia que da con la clave de uno o de los dos. O, Maisie —le había dicho mirándola con fijeza—, el proceso de preguntar, de ir retirando las capas del pasado, revela algo que no tiene nada que ver con los temas que nos ocupan, sino con nosotros mismos. ¿Lo entiendes?

Ella había asentido con la cabeza sin entender del todo el peso de aquellas palabras porque aún era muy joven, pero ahora, viendo pasar los campos acompañada por el ruido machacón de las ruedas sobre los raíles, comprendía que era una lección que tenía que aprender una y

otra vez. Y el caso actual no era una excepción.

Al llegar a Reims, buscó un taxista que estuviera dispuesto a llevarla hasta el pueblecito de Sainte-Marie, a pocos kilómetros hacia el este de la ciudad. Era una zona rural que había sido ocupada por el ejército del káiser durante la guerra, y justo en el límite del pueblito se había estrellado el avión de Ralph Lawton, envuelto en llamas según los testigos.

El taxista la llevó a una pequeña pensión dirigida por una mujer que se presentó como *madame* Thierry. Era menuda, delgada más que esbelta, con un vestido azul de algodón y un delantal blanco, que aún conservaba los pliegues de la ropa blanca recién planchada. Llevaba el pelo largo de color rubio canoso recogido en una trenza enrollada alrededor de la cabeza; el peinado le recordó un pan muy elaborado.

—Es una habitación cómoda y con una buena vista.

La mujer retiró la cortina de encaje. La ventana daba a un huerto con gallinas que picoteaban la hierba, verduras dispuestas en surcos perfectamente ordenados y un viejo perro dormido debajo de un manzano. Detrás se abrían dos prados separados por una zona boscosa y, a lo lejos, un *château*.

Maisie miró por la ventana.

—Qué bonito *château*. ¿Quién vive en él?

—*Madame* Chantal Clement. Vive ahí con su nieta de trece años, *mademoiselle* Pascale Clement.

—¿No tiene padres? ¿Madre? —preguntó Maisie apartándose.

—Murió —contestó la mujer negando con la cabeza y añadió—: La guerra…

Maisie sabía que había hecho ese comentario para evitar que siguiera preguntando.

—Claro, entiendo.

—Permítame que le muestre la sala donde servimos nuestro *petit déjeuner*, es muy bonita.

MAISIE FUE CAMINANDO hasta la comisaría de policía, un edificio de dos habitaciones con un mostrador nada más entrar, tras el que se veían dos mesas y una puerta, que conducía a lo que supuso que serían dos o tres celdas. Hizo sonar el timbre del mostrador pensando que apenas utilizarían aquellas celdas, como mucho, para que algún aldeano tambaleante durmiera la mona tras una comida regada con demasiado líquido. Cuando el *gendarme* regresó a su puesto, llevaba una taza de café fuerte en la mano, por lo que Maisie supuso que la cocina estaría situada en una de las celdas.

—*Bonjour* —hizo una pausa para fijarse en las manos de Maisie—,

mademoiselle. ¿Qué puedo hacer por usted? —La miró con una amplia sonrisa que dejaba a la vista que le faltaban los dos incisivos delanteros, dejó la taza sobre el mostrador y se inclinó hacia delante —. Soy el capitán Desvignes, para servirla.

Maisie retrocedió un paso.

—Gracias, capitán. Me envía el padre de un hombre, un piloto, que derribaron cerca de Sainte-Marie durante la guerra y me preguntaba…

—Qué época tan terrible, señorita. En Sainte-Marie preferimos olvidar.

—Ya —dijo ella apoyando las manos en el mostrador—, pero, señor, me preguntaba si podría usted ayudarme para que pueda yo, a mi vez, ayudar al padre de ese joven. Quiero saber dónde se estrelló el avión para poder acercarme a presentarle mis respetos en nombre de su padre. Es un hombre mayor y, en el ocaso de sus días, lo único que quiere es saber que alguien ha venido hasta aquí.

El *gendarme* bebió un sorbo de café y se pasó la lengua por los dientes delanteros que aún tenía en su sitio. Se le habían quedado prendidas en el bigote unas gotas de café, que se retiró con el dorso de la mano, tras lo cual sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la boca y las manos de nuevo. Maisie esperaba pacientemente. «Está pensándoselo, ganando tiempo.» El hombre carraspeó y se encogió de hombros.

—Pasó hace mucho tiempo. Preferimos olvidar, pero todos nos acordamos, ¿verdad, señorita?

—Yo también estuve en Francia durante la guerra —dijo ella entrelazando las manos sin bajarlas del mostrador, para que el hombre pudiera verlas—. Fui enfermera.

El hombre enarcó las cejas y sonrió.

—Qué valiente… ¡y qué joven! —Se giró y alcanzó el quepis que colgaba de un clavo en la pared—. Venga conmigo, se lo enseñaré. —Levantó la parte móvil del mostrador para colocarse junto a ella y le miró los pies—. Bien, trae usted unos zapatos resistentes. Vamos a tener que andar.

Abrió la puerta y dejó que saliera ella primero mientras él giraba el cartel, que ahora decía «CERRADO». Después la condujo por el suelo adoquinado hasta una verja, tras la cual partía un sendero que conducía hacia los campos de las afueras del pueblo.

Caminaron un kilómetro y medio por senderos junto a los campos recién cosechados. El capitán Desvignes le contó algunas cosas sobre la historia del pueblo, evitando el tema de la guerra al principio. Pero después, animado por su agradable compañía y su sonrisa pronta, empezó a contarle más cosas. Muchos residentes habían intentado irse ante la llegada de los ejércitos alemanes, pero escapar de allí era aún más arriesgado, pues los situaba en el camino hacia el frente británico.

Y al ser una comunidad pequeña en la que los ancianos estaban emparentados con casi todo el mundo y los jóvenes constituían la esperanza de futuro del pueblo, la mayoría de los habitantes se quedaron allí, decididos a no dejar que el avance alemán los expulsara de su tierra.

Al principio sintieron lástima por el ejército de ocupación, formado a ojos de todos por jóvenes arrancados de las escuelas y las universidades para ir a luchar tras unas pocas semanas de adiestramiento militar. Después, los generales del káiser decretaron que la única forma de estar seguros entre la población de las zonas ocupadas era gobernar con mano de hierro, exigiendo obediencia y castigando a los disidentes.

—Fue un movimiento ridículo —dijo el capitán.

Maisie no contestó, consciente de que no necesitaba ningún estímulo para continuar.

—En cuanto cayó el primero —continuó el hombre golpeándose la palma izquierda con el puño derecho—, comenzamos a librar nuestra propia guerra y estábamos decididos a ganar.

Maisie estaba a punto de preguntar, cuando Desvignes señaló el extremo más alejado de un terreno.

—Allí fue donde cayó el avión. Todos recordamos aquel día, bueno, todos los que estábamos aquí. No olvidamos. —Se quitó el quepis y se lo llevó al pecho. Luego extendió los brazos abriendo las manos, como si el terreno fuera suyo—. ¿Ve cómo crece la hierba? Jamás lo hubiéramos pensado. Jamás.

Atravesaron el terreno y el capitán ayudó a Maisie a saltar una verja. Al rato llegaron por fin al lugar.

—¿Fue justo aquí, en este punto exacto?

—Sí, señorita. En este punto.

—¿Y ese bosque estaba allí? Esos árboles a la orilla del río.

—Sí, señorita. El bosque era más denso, tanto que no se veía la primera línea de árboles. Pensamos que también saldrían ardiendo, pero el viento cambió, y todo el pueblo salió con cubos y formamos una cadena desde el río.

—Entiendo —dijo ella pensativa—. ¿Quién fue el primero en llegar?

—El jardinero, del *château* que está justo detrás de aquellos árboles.

—¿El jardinero de *madame* Clement?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió después?

—Vino más gente del pueblo.

—¿Y los alemanes? Tuvieron que ver las llamas. ¿No acudieron enseguida?

El hombre se encogió de hombros.

—Creo que sufrieron un percance en el camino; un carro de verdura

volcado. —Señaló hacia un camino estrecho y polvoriento al borde del campo—. Y, claro, había una guerra que librar.

Maisie asintió con la cabeza. Sospechaba que al capitán se le daba muy bien condimentar la verdad con detalles de su cosecha y que el «percance en el camino» había sido un obstáculo creado por los aldeanos para impedir que se acercaran.

—¿Y el fuego?

—Ah, nadie puede parar el fuego, todo estaba ardiendo, así que salvamos el bosque y nuestros cultivos. Los alemanes llegaron cuando ya lo habíamos extinguido, todo se había calcinado. Del avión no quedó nada, un chasis carbonizado. El cuerpo… nada más que las chapas identificativas medio derretidas.

—¿Hubo algún problema con la identificación?

El capitán se encogió de hombros otra vez.

—El avión se identificó cuando se estrelló, antes de que ardiera por completo, y creo que hubo información suficiente para enviar a las autoridades británicas.

Maisie lo miró con detenimiento.

—¿Sirvió usted en la guerra, capitán?

Desvignes se cuadró e hizo un saludo marcial.

—En efecto. Me hirieron en la primera batalla del Marne, en 1914. Como al jardinero de *madame* Clement, lisiado de guerra.

Se dieron la vuelta para marcharse. Y, al hacerlo, Maisie sintió la necesidad de mirar de nuevo la tierra en la que se había estrellado el De Havilland de Ralph Lawton y los torreones del castillo que se alzaban por detrás de los árboles. Y se preguntó cómo un «lisiado de guerra» podría haber sido el primero en salir corriendo a socorrer a un aviador británico que se estaba quemando vivo.

EL CAPITÁN DESVIGNES la acompañó a la pensión, se tocó el quepis a modo de despedida y desapareció. Al llegar a su habitación, Maisie se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. La decoración de la habitación era un poco ñoña para su gusto: colcha de encaje, cortinas de encaje, borde de encaje adornando el tablero de mármol de la mesa, sobre la que había una palangana y un aguamanil con agua fría, y encaje alrededor de los cuadros de las paredes. Mientras descansaba se acordó de la recomendación que le había hecho Maurice en los primeros años que trabajó con él. «No saques nunca conclusiones precipitadas. Aunque las pistas señalen en una dirección determinada, no permitas que las suposiciones te cieguen. Es demasiado fácil dejarse atrapar por la mente, que se cierra cuando ya damos por terminado un trabajo.» Estaba sacando conclusiones y muy rápido.

Aunque también era cierto que nuevos datos, y no pocas dudas, surgían con cada nueva conversación que mantenía, cada persona nueva que aparecía. Se tocó la cabeza, se levantó y se dirigió hacia la mesa. Levantó el aguamanil con ambas manos y vertió el agua en la palangana. Alcanzó el paño con el borde de encaje colgado en el toallero, mojó una punta y se presionó el vendaje de la frente. Una vez humedecido, lo retiró con cuidado y levantó también el cuadro de algodón, dejando a la vista una cicatriz amoratada alrededor de la herida. Limpió bien la herida, la secó con la toalla y se sujetó el pelo con una horquilla para que le diera el aire. Al hacerlo, sonrió al recordar los primeros días como enfermera en el hospital de Londres y a las enfermeras jefe, que recorrían los pabellones ensalzando las virtudes del aire puro y ordenando a las otras enfermeras que abrieran las ventanas. «¿Es que no sabe que ya nos ha dado bastante el aire puro, ese maldito y frío aire ahí fuera?», le decía un soldado al de al lado cuando las enfermeras corrían a obedecer a su superior.

Maisie se sentó de nuevo en la cama con el maletín. Sacó unas fichas de notas y se puso a escribir hasta el más mínimo detalle de lo que había ocurrido ese día, desde que se despertó hasta ese momento. Anotó que tenía ganas de hacer frente a Maurice, ya que había deducido su relación con Peter, o eso creía. Una chispa de duda la convenció de que no era el momento idóneo; posiblemente se enterase de más cosas. Escribió también los detalles de sus conversaciones en Ebury Place con lord Compton y Stratton, y después describió el secretismo que había percibido entre los habitantes de Sainte-Marie y su curiosidad en torno al jardinero del castillo. Hilos, hilos, hilos, algunos estaban unidos entre sí, otros conducían hacia direcciones nuevas.

Se tumbó otra vez. El dragón estaba descansando, adormecido mientras ella se centraba en el trabajo.

—¡*Mademoiselle* Dobbs! —La voz aguda de *madame* Thierry llegó acompañada de dos golpes secos en la puerta—. *Mademoiselle!*

Maisie se levantó de un salto y abrió la puerta. La mujer le tendió un sobre.

—Ha llegado hace una hora. Estaba en la mesa cuando he vuelto de recoger la verdura en el huerto. ¿Le apetece una sopa con *saucisson?* Está muy buena. Receta de mi madre.

Maisie aceptó el sobre y sonrió.

—Huelo las hierbas frescas desde aquí. Me encantaría una sopa, sí.

La mujer se volvió hacia las escaleras. Maisie cerró la puerta y echó la llave antes de meter el dedo por una esquina del sobre que no se había pegado bien y rasgarlo. Sacó una hoja de papel crema de buena calidad y leyó:

Bienvenida, *mademoiselle* Dobbs: Sería un placer que nos acompañara a mi nieta Pascale y a mí para comer mañana al mediodía. Este es un pueblo pequeño y,

cuando llega un visitante, las noticias vuelan, sobre todo en una época en la que es de esperar que la mayoría ya se haya marchado. Pascale está aprendiendo inglés y le encantaría practicar con una mujer inglesa.

Esperamos disfrutar de su compañía.

Hasta mañana, *Madame* Chantal Clement

No tenía mucho margen para contestar, pero le daba la impresión de que una invitación de Chantal Clement podía considerarse prácticamente una orden. Era obvio que era la matriarca del pueblo.

Maisie se dio unos golpecitos en la mano izquierda con la carta doblada mientras se acercaba a la ventana. Miró hacia las luces del *château,* como puntitos apenas distinguibles en la oscuridad absoluta entre el borde del huerto y los campos que se extendían más allá. Se percató de un breve movimiento por el rabillo del ojo y se volvió para mirar hacia la izquierda del huerto. ¿Era la silueta de un hombre lo que se veía junto al manzano? Maisie se apartó para que no ser vista, pero mantuvo una distancia que le permitiera tener una visión más amplia. Alguien la estaba observando. «¿Quién será?» Echó otro vistazo y negó con la cabeza mientras se reprendía. Una luz se extendió por todo el huerto cuando *madame* Thierry abrió la puerta trasera de la casa y llamó al perro: —*Philippe! Philippe! Attention!*

Maisie oyó el gruñido del animal, que se levantó y se dirigió hacia su dueña con toda la tranquilidad del mundo. «¿Habré visto al perro y he creído que era un hombre?» Entrecerró los ojos intentando apreciar algo y luego se echó de nuevo hacia atrás, bajó la persiana detrás de la cortina de encaje y se acercó al espejo. Se humedeció la cara con agua de nuevo y se secó con la toalla.

—¡*Mademoiselle* Dobbs! ¡*Mademoiselle* Dobbs! Es la hora.

Maisie abrió la puerta.

—¡Ya bajo, *madame* Thierry! *Un moment, s'il vous plaît!*

18

MAISIE SE DESPERTÓ con el olor a pan recién hecho y café fuerte, y se le hizo la boca agua. En vez de levantarse de la cama de un salto, como habría hecho en casa, permaneció tumbada y dejó que sus pensamientos vagaran con libertad. No le había escrito a Andrew como había prometido; tendría que hacerlo ese día sin falta. Lo cierto era que no se sentía del todo segura de su relación, porque, pese a que Andrew siempre mostraba buena disposición y era el primero en animarla en su trabajo, además de tener una capacidad especial para comprenderla, Maisie notaba que se apartaba de él. Miró cómo se movían las nubes por el cielo, grandes cúmulos de apariencia esponjosa separados por tramos de cielo azul profundo. ¿Era ella así, una persona que ponía todo su empeño en el trabajo, pero se dejaba llevar en las cuestiones personales? Se había dejado llevar para irse a vivir a Ebury Place, se dejaba llevar para cualquier cosa menos en lo relacionado con sus casos, o eso creía. El piso era una buena idea, un cambio, una oportunidad de… de experimentar. Sí, experimentar con lo que le gustaba y lo que no. Podría elegir las cosas que la rodearían, los muebles, las cortinas… Nada de encaje, eso lo tenía claro. Se levantó y se acercó a la ventana. ¿No era más fácil meterse de lleno en el trabajo sin más? ¿Sin tener que preocuparse por cosas cómo dónde vivir y las trivialidades del día a día? A lo mejor Andrew estaría mejor solo o con otra persona, alguien menos confuso sobre el pasado, alguien que no hubiera amado a nadie antes.

Se apoyó contra el marco de la ventana y oyó que abrían la puerta trasera y la dueña de la pensión salía y miraba hacia atrás al tiempo que señalaba hacia fuera.

—*Philippe! Vite, vite!*

El viejo perro salió de la cocina, atravesó el huerto y se tumbó debajo del manzano. Maisie se acercó a la ventana. ¿Sería eso lo que había visto la noche anterior? ¿Había visto un perro moviéndose y las sombras alargadas creadas por las luces de las ventanas la habían llevado a creer que era un hombre? Se retiró de la ventana y se vistió deprisa: pantalones marrones y chaqueta de punto del mismo color, un pañuelo al cuello y sus fuertes zapatos para caminar por el campo. Cogió la chaqueta y se puso una boina antes de bajar corriendo las escaleras y salir al jardín.

—*Bonjour, Philippe.* —Maisie se acercó al perro con el brazo

extendido y la palma hacia arriba para que la oliera. No se movió. Se acercó un poco más, pero hasta que no se agachó no se dio cuenta de que el perro estaba ciego. Al tocarlo, volvió la cabeza y dejó que se arrodillara junto a él y le acariciara el hocico gris y una de las orejas caídas—. Por eso no ladraste. ¿O has sido tú todo el tiempo, granuja?

El perro se movió hacia ella y le lamió la cara, agitando el rabo hacia delante y hacia atrás a modo de saludo juguetón de perro viejo. Maisie le dio una palmadita más y se acercó al lugar en el que le había parecido ver al hombre, cerca del manzano. Se agachó y tocó la tierra con los dedos.

Alguien había estado allí. Las huellas indicaban un zapato de hombre. Llamó a *Philippe*. Nada, ni un leve movimiento de la cola. El perro había vuelto a dormirse.

—¡*Mademoiselle* Dobbs! ¡*Mademoiselle* Dobbs! —La señora Thierry estaba de pie en la puerta de la casa, pero esa vez la llamaba a gritos a ella, no al perro.

—Perdone, estaba dando los buenos días a su perro.

La mujer se rio.

—Pues tendrá que decírselo bien alto, porque *Philippe* está más sordo que una tapia. Por su culpa voy por ahí dando gritos.

DISFRUTÓ DE UNA mañana tranquila. Paseó por el pueblo y se relajó caminando por las callejuelas adoquinadas. Al llegar a la plaza, se detuvo junto al monumento conmemorativo a los que habían participado en la guerra y cerró los ojos en un momento de silencio respetuoso. Le llamó la atención la placa que había en la puerta de la iglesia contigua y se acercó a ver qué ponía.

> De parte de los habitantes de Sainte-Marie En memoria de Frédéric Dupont, alcalde de Sainte-Marie, Georges Baurin y Suzanne Clement, ejecutados por el ejército de ocupación alemán en 1918.
> Murieron por la libertad de Sainte-Marie y por Francia.

¿Murieron por la libertad de Sainte-Marie? ¿Suzanne Clement? ¿Qué relación había entre Suzanne Clement y la mujer que le había enviado una invitación para comer? Maisie miró el reloj. Era hora de ir al *château* a comer con Chantal Clement y su nieta, Pascale.

Maisie se cambió de ropa. Se puso una falda negra de paño con una blusa de seda de color crema y se echó la chaqueta de lana por los hombros. Se colocó otra vez la boina y la sujetó con un alfiler

terminado en una piedra de ámbar. Tomó de nuevo el camino que conducía al lugar en el que Ralph Lawton había muerto carbonizado y permaneció un momento en silencio, la brisa agitando las hojas de los árboles cercanos mientras ella trataba de imaginar el choque. Estaba claro que si alguien cruzaba a territorio enemigo en misión de reconocimiento, aquel campo era una buena elección para intentar aterrizar con un avión en llamas, un ataúd volador, eso si es que estaba en llamas en el momento del impacto.

¿Los aldeanos habían frustrado los intentos de las tropas de ocupación de asegurar el campo? ¿Aquel valiente jardinero había luchado en vano por llegar hasta Lawton para salvarle la vida? Lo había intentado, eso seguro; y lo había superado aquel horrible incendio, tal vez. El capitán Desvignes tenía razón, las pruebas del accidente habían desaparecido; ni rastro de la tierra quemada, ni de los árboles chamuscados. La hierba había crecido, el ciclo de la siembra, el crecimiento y la recolección se habían restablecido, y la guerra era un período que la mayoría quería olvidar. Sin embargo, a un lado del camino había un montón de proyectiles y munición que había aparecido mientras araban el campo durante la última temporada, y esperaban a que las autoridades se las llevaran de allí. Y así seguía el curso de las cosas: la tierra produciendo su cosecha y sacando a la luz las terribles herramientas de la guerra.

El canto de una alondra sobre su cabeza interrumpió los pensamientos de Maisie, que miró el reloj. Era hora de caminar hasta el río. Contempló el terreno y los campos circundantes una última vez y continuó por un sendero que atravesaba los árboles y bajaba hasta el río. Parecía más un riachuelo, pero borboteaba y salpicaba sobre las rocas y en hondas pozas, y saltaba por encima de pequeños diques construidos con ramas caídas —sospechó que los habrían construido los chavales del pueblo— y después se arremolinaba en torno a las raíces de viejos árboles y seguía su curso avanzando serpenteante por el terreno. Maisie pensó en lo asombroso que era que los árboles siguieran en pie tras la guerra, puesto que muchos bosques habían desaparecido con los bombardeos. ¿Podría haberse salvado Lawton? Se preguntaba qué podría haber sucedido en caso de que lo hubieran rescatado. «Yo lo habría traído hasta aquí.» ¿Y después, qué? ¿Dónde escondería alguien a un piloto herido en territorio ocupado?

Ni diez minutos más tarde, Maisie atravesaba la verja que llevaba al camino de entrada circular al *château*. Un hombre corriendo habría llegado en tres o cuatro minutos. «Pero ¿uno lisiado?» La interrumpió el ruido de cascos que se aproximaban al galope y se giró a tiempo de ver a una chiquilla a lomos de un caballo negro enorme, que dirigía su montura hacia una valla en el lado opuesto del camino de entrada. Maisie soltó un grito de sorpresa, pero suspiró aliviada cuando el

animal salvó el obstáculo con más de treinta centímetros de sobra y la amazona aterrizó con pericia, tras lo cual llevó al caballo al trote y después dio unas vueltas al paso antes de acercarse a ella. La chica estaba algo sofocada, pero con una gran sonrisa, y el pelo castaño oscuro le caía en ondas sobre los hombros. Llevaba pantalones claros de montar, botas altas de cuero negras, camisa blanca, pañuelo al cuello y chaqueta marrón.

—Hola, usted debe de ser *mademoiselle* Maisie Dobbs —dijo la chica con un inglés perfecto. Desmontó y le dio unas palmaditas en el cuello a su caballo. A continuación le tendió la mano a Maisie—. Soy Pascale Clement y me alegro de conocerla.

—A mí también me alegra conocerte a ti, *mademoiselle* Clement, aunque he de decir que verte saltar esa valla me ha dejado sin aliento.

Ella se rio como quitándole importancia.

—Ay, mi *Louis* es el rey, puede hacer cualquier cosa. —Un mozo salió por la puerta que llevaba a las cuadras; Pascale se abrazó al cuello del caballo, sacó un azucarillo del bolsillo y se lo dio antes de pasarle las riendas al mozo—. *Merci, monsieur* Charles. —Se volvió de nuevo hacia Maisie—. Llevamos dos horas galopando y saltando por los campos. No es nada.

Calló un momento y sonrió de nuevo, una sonrisa amplia y traviesa que sorprendió a Maisie.

—Vamos, señorita Dobbs, le presentaré a la *grand-mère*. Seguro que nos está viendo ahora y que me va a reñir por el salto y por haberla acaparado. —La guio hacia la casa y se volvió hacia ella—. ¿Puedo llamarla Maisie, por favor?

Maisie intentó no sonreír.

—Bueno, no creo que su abuela lo apruebe, *mademoiselle* Clement.

Pascale se echó un poco hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Pues es verdad!

A Maisie le costaba creer que aquella muchacha tuviera solo trece años. Era casi tan alta como ella, se movía con soltura y confianza en sí misma, y tenía un sentido del humor casi frívolo, aunque era ese humor lo que delataba su edad.

—Nos hemos enterado de que ya conoce al capitán Desvignes —dijo mirándola mientras posaba la lengua en los dientes delanteros, y volvió a reírse.

Maisie no pudo evitarlo y se rio también.

—Sí, nos hemos conocido. Un hombre agradable.

Pascale se encogió de hombros. Maisie miró de nuevo a aquella chica que parecía tan segura de sí misma. Y eso que había perdido a su madre, a sus padres, en la guerra. Pensó en sí misma, en su pérdida cuando tenía la misma edad, una pérdida que últimamente le dolía otra vez como si acabara de ocurrir. Pensó en Avril Jarvis, que había

perdido a su madre por culpa de un hombre que se había deshecho de su hijastra mandándola a hacer la calle. Y allí estaba aquella vivaracha y risueña muchachita francesa. A lo mejor su manera de enfrentarse al dolor era hacer que la pérdida no afectara a su vida diaria, igual que solía hacer Andrew.

—¡Abuela, abuela, la he encontrado!

Pascale guio a Maisie por delante del mayordomo, al que saludó con un gesto de la mano y guiñándole el ojo audazmente, y a continuación la llevó a una sala de visitas espaciosa. Había gran cantidad de antigüedades, además de varios jarrones chinos de gran tamaño llenos de flores, pero aun así era una habitación luminosa con cortinas de color lavanda claro y unas balconeras imponentes en el extremo más alejado que daban a los cuidados jardines. *Madame* Chantal Clement estaba sentada en un sillón y tenía las piernas cubiertas con una mantita de color lavanda también. Era una mujer elegante, con el pelo plateado recogido en un moño suelto y una blusa de seda de color gris claro con cuello amplio, que dejaba a la vista una gargantilla de perlas y amatistas. Debajo de la manta asomaba la puntera de los zapatos de raso morados y el bajo de la falda larga de paño del mismo color. Se quitó las gafas y dejó el libro en la mesita auxiliar cuando su nieta entraba diciendo: «La he encontrado».

—Pascale, *chérie*, por favor, tranquilízate, anda. Estoy segura de que nuestra invitada no se había perdido y vas a conseguir agotarla antes de que acabe el día. —Se volvió hacia Maisie con una amplia sonrisa y unos ojos grises brillantes, y le tomó las manos entre las suyas—. *Enchantée, mademoiselle* Dobbs. Estamos encantadas de que haya venido a casa. Así tendremos oportunidad de hablar en inglés.

—Ha sido usted muy amable al invitarme, *madame* Clement.

La mujer asintió con la cabeza y se giró hacia su nieta.

—Cariño, no vas a sentarte a la mesa vestida así, no es propio de una señorita. Ve a tu habitación y no vuelvas hasta que no seas la joven elegante que mi esfuerzo me está costando que seas.

Pascale besó a su abuela en la mejilla, se despidió de Maisie con la mano y salió corriendo. La matriarca negó con la cabeza con fingida desesperación. El gesto le bastó a Maisie para ver que la mujer adoraba a su nieta, que estaba encantada de que tuviera esa energía y que era su amor por ella lo que alimentaba aquella vivacidad.

—Es usted muy amable al venir, aunque temo que la tarde le resulte agotadora. Este pueblo es pequeño, excepto cuando vienen los turistas, y tampoco son tantos pese a lo que puedan decirle el capitán Desvignes o *madame* Thierry, así que todos nos conocemos. Pascale se puso muy contenta cuando se enteró de que había llegado al pueblo una mujer inglesa.

Chantal Clement sonrió y Maisie percibió un cambio en su actitud

cuando levantó la barbilla y se irguió un poco más en el asiento. Apartó la manta, cogió el bastón apoyado en el sillón y se levantó.

—Acompáñeme hasta la ventana, *mademoiselle* Dobbs. Nos servirán la comida en breve, así que solo tenemos unos minutos antes de que regrese el torbellino.

Se dirigieron hacia la ventana y permanecieron allí de pie en silencio un momento. Aunque se sintió tentada de hacer algún comentario sobre los jardines, el lago ornamental, las estatuas, el laberinto de seto a lo lejos, a la derecha, o los arbustos recortados en forma de animales que formaban un paseo que desembocaba en una rosaleda, Maisie esperó a que su anfitriona tomara la palabra.

—¿Qué la trae por Sainte-Marie, señorita Dobbs? No ha venido usted de *vacances*, ¿verdad?

Maisie se volvió con una media sonrisa y respondió: —*Madame* Clement, creo que usted sabe bien a qué he venido, ¿no es así? Si las noticias vuelan en su pueblo, sabrá ya que estoy aquí para averiguar qué le ocurrió al piloto británico que se estrelló en sus tierras durante la guerra.

—Ah, una mujer que habla claro. ¿Seguro que es usted inglesa? —dijo enarcando las cejas y se rio—. E imagino que tendrá usted curiosidad por mi jardinero, Patrice.

—¿Patrice?

—Así es. Saqué provecho de la guerra, porque a Patrice lo hirieron en la batalla del Marne.

—Igual que al capitán Desvignes.

—Los hombres y los chicos del pueblo fueron a la guerra juntos para poder combatir mano a mano hasta que resultaran heridos o murieran. Con suerte, regresarían a casa.

Maisie asintió con la cabeza.

—Mis jardineros habituales también se alistaron, así que tuve suerte de que Patrice regresara y quisiera trabajar. A los alemanes les gustaba tener un jardín por el que pasear y olvidar los horrores de la batalla.

—¿Los alemanes?

—Sí, claro.

—Los oficiales alemanes me requisaron la casa, aunque me permitieron seguir viviendo en ella. No esperaban que me fuera; de hecho, yo era una anfitriona cortés y refinada.

—Tuvo que ser horrible.

—También tuvo sus ventajas —contestó la mujer volviéndose hacia Maisie—. Se pueden aprender muchas cosas de un soldado que echa de menos su hogar con una copa de mi mejor vino.

Maisie la miró a los ojos grises, que sabía que habían sido testigos de mucha tristeza.

—Es usted muy valiente.

—Igual que lo fue usted, señorita Dobbs.

—¿Disculpe?

—El capitán Desvignes me ha contado que fue enfermera. Fue muy valiente por su parte y tan joven, además. ¿Mintió para poder servir a su país?

—Sí —respondió Maisie, sorprendida en cierto modo al ver lo rápido que había comprendido la situación aquella mujer, que había salido de Inglaterra para servir en el extranjero cuando era apenas una niña.

—Forma parte de la guerra, ¿no es así? Mentimos para que la verdad triunfe y para que recuperemos la humanidad.

Maisie guardó silencio un momento antes de continuar.

—¿Puede decirme qué les ocurrió a los padres de su nieta? ¿A su madre?

—¿A mi hija, Suzanne? Ah, sí. No era como Pascale, era más tranquila, resultó ser un «tapado», creo que dicen ustedes.

—Sí.

La mujer negó con la cabeza.

—Es una larga historia, y no se puede contar deprisa y corriendo. Trabajó con otros miembros de nuestra pequeña comunidad para frustrar los planes del enemigo. Fundamentalmente, pasaban mensajes a los aliados y cometían actos de sabotaje. Basta decir que nuestros captores estaban sumidos en el caos hacia el final de la contienda, el final de la ocupación. Empezaba a entrarles pánico y los riesgos que corría mi hija eran cruciales, puesto que quería continuar con el trabajo del padre de Pascale. Pero terminaron ejecutándola en señal de advertencia, junto con nuestro alcalde y otro vecino; una demostración final de poder antes de que los alemanes se marcharan y nuestro pueblo fuera liberado.

Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda y se secó los ojos. Maisie estaba a punto de comentar algo cuando oyeron los pisotones que anunciaban que Pascale bajaba corriendo las escaleras. Y, de repente, la puerta se abrió.

—¡Abuela, me muero de hambre! La comida está ya en el comedor y tengo un hambre voraz. —Y volviéndose hacia Maisie añadió—: Se dice así, ¿no? ¡Voraz!

Comieron charlando amigablemente con las frecuentes interrupciones de Pascale con un «¿Se dice así?» o «¿Cómo describiría…?» *Madame* Clement comentó algo sobre terminar los estudios en Suiza y Pascale dijo entre pucheros que preferiría vivir en una granja o en la Costa Azul, o incluso en Estados Unidos.

—Quiero ir a Hollywood y conocer a las estrellas del cine.

La abuela puso los ojos en blanco varias veces ante los comentarios

de la nieta y se pelearon en broma, asegurándose ambas de que Maisie formara parte de la conversación y no se sintiera excluida. Eran unas anfitrionas fantásticas. La comida terminó antes de que se dieran cuenta.

—¿Volverá otro día, *mademoiselle* Dobbs? ¿Puede venir mañana?

—Pues no estoy segura, la verdad. Verá, me voy a Biarritz el jueves.

—¡Ay, abuela, Biarritz! ¿Puedo ir, puedo ir?

—¡Pues claro que no! ¿Para qué va a querer la señorita Dobbs ir con una chica larguirucha como tú que no para quieta un segundo cuando tiene cosas que hacer? —dijo la mujer frunciendo el ceño y acompañando sus palabras con un movimiento del dedo índice.

—La verdad es que van a ser las primeras vacaciones que me tomo en la vida.

—Entonces tiene que venir mañana —insistió Pascale jugueteando mientras esperaba la respuesta de Maisie—. ¡Por favor, por favor! Le enseñaré el castillo y le contaré todos mis secretos.

—Ay, la felicidad de tener trece años: siempre hay algún secreto, ¿verdad, Pascale? —dijo *madame* Clement dirigiéndose hacia la puerta para liberar a Maisie de la enérgica insistencia de su nieta.

Maisie sonrió mientras se ponía la boina.

—Quien la sigue, la consigue, *mademoiselle* Clement. Vendré mañana por la mañana, pero tengo que marcharme al mediodía.

Madame Clement inclinó la cabeza.

—Es usted muy generosa, *mademoiselle* Dobbs. Gracias.

—¿Qué significa «quien la sigue, la consigue»? —preguntó Pascale.

MAISIE VOLVIÓ AL pueblo sonriendo a través de los campos del castillo. Aunque lo que Chantal Clement le había contado a medias era una historia de coraje y sacrificio, dejando mucho a la imaginación, era imposible estar un rato con Pascale y no sentir que se le levantaban los ánimos a uno. Por otra parte, ¿hasta qué punto intentaba la niña subir los ánimos de su abuela? ¿Sentiría, quizá, que tenía que compensar de algún modo la muerte de su madre, que tenía que hacer feliz a una mujer mayor, que había perdido a su única hija? Maisie asintió con la cabeza y se detuvo una vez más en el lugar en el que un avión británico en llamas había calcinado la tierra. Era verdad que había mucha intensidad en la risa de Pascale y que esta estaba decidida a iluminar la vida de Chantal Clement. Pero había otra cosa que la inquietaba cada vez que se permitía volver al pasado con solo un ligero golpe de brisa entre los árboles y el canto de la alondra sobre su cabeza. Se encontró de nuevo en los primeros días en Girton ante la diversión efervescente de su amiga Priscilla.

AL DOBLAR LA esquina de la calle que daba a la pensión, retrocedió enseguida para ocultarse entre las sombras. El corazón le latía desbocado. En la esquina opuesta, justo fuera de la línea de visibilidad que permitiría que alguien lo viera desde las ventanas de la primera planta, había un hombre. Era el mismo que había visto en París. Debía de haber sido también él el que había estado en el huerto, y ahora se encontraba ahí delante, vigilando la pensión. Esperándola. «Pues no es tan bueno si no me ha seguido por el campo.» Siguió observándolo y vio que retrocedía siguiendo la pared de ladrillo al ver que se acercaba un coche. «O a lo mejor sí me ha seguido. O tal vez no tuviera necesidad, puesto que sabía adónde iba.» Echó una última ojeada y dio media vuelta rápidamente. Caminó a paso ligero entre las casas que rodeaban la pensión para entrar por la puerta de la cocina. Subió corriendo a su habitación a buscar los prismáticos y salió de nuevo a la ventana del descansillo. Se arrodilló, de manera que la cabeza solo le asomara un poco por encima del alféizar, levantó los prismáticos y apartó con cuidado la cortina, lo justo para poder mirar al hombre. Este observaba la casa y a veces miraba a ambos lados de la calle. Luego consultó el reloj, echó una última ojeada y empezó a alejarse. Maisie dudó mientras daba golpecitos con los prismáticos sobre el alféizar pensativa antes de levantarse. A veces no había un motivo especial para saber algo, pero uno lo sabía; no había otra explicación. Aquel hombre era como cualquier otro que pasa por la calle, pero es bien sabido que las raíces de una persona se aprecian en la manera en que camina, mueve las manos y se comporta en general. Y aquel hombre no era una excepción. Maisie sabía que no era francés, sino inglés.

—¡Ah, *mademoiselle* Dobbs, *mademoiselle* Dobbs! —dijo la dueña de la pensión encendiendo la lámpara de gas al pie de las escaleras antes de subir a saludarla. Maisie ni siquiera se había dado cuenta de que estaba oscureciendo—. Puede que aún no tengamos electricidad, pero eso no quiere decir que no haya iluminación. Se va a caer si no enciende la luz.

—Tiene razón, *madame.*

Madame Thierry sonrió.

—Es para usted. ¡Mi huésped más famosa! Telegrama de *Angleterre* —dijo tendiéndole un sobre.

—Gracias.

—Tengo sopa recién hecha y paté para esta noche, un guiso de campesinos con pollo. ¿Le gusta o ha comido demasiado en casa de *madame* Clement?

—Un cuenco pequeño, tal vez, como en una hora. ¿Está bien?

—*Bon*. La avisaré dentro de una hora.

—*Merci beaucoup, madame.*

Maisie entró en su habitación y abrió el telegrama. Era de Stratton, como esperaba.

Mensaje recibido vía Compton stop he realizado investigación inicial discreta según instrucciones stop informaré a su regreso stop ándese con ojo stop Stratton

Para su sorpresa, Maisie se durmió enseguida, relajada, tal vez, por la risa que acompañaba a Pascale Clement. Pero fue consciente de dos cosas que se le pasaron por la cabeza justo antes de dormirse. La primera era por qué la chica llevaba el apellido de su madre y no el de su padre. Lo segundo que pensó tenía que ver con el telegrama de Stratton y con su advertencia: «Ándese con ojo».

19

PASCALE ESTABA SENTADA en la cerca que corría a lo largo del camino de entrada, en el mismo sitio que había pasado de un salto a lomos de su caballo castrado de ébano, *Louis,* el día anterior. Llevaba un precioso vestido de algodón con florecitas bordadas, la chaqueta marrón del día anterior remangada hasta los codos y sandalias de cuero del mismo color que dejaban a la vista las piernas bronceadas al sol estival. Se había recogido el pelo castaño en una trenza, que le hacía aparentar su verdadera edad.

—¡*Mademoiselle* Dobbs! ¡Hola! —La saludó con la mano y se bajó de un salto para ir al encuentro de su invitada—. La abuela está dormida, pero se levantará antes de la comida.

—¿Está enferma? —preguntó Maisie saludando a la chica con un beso en cada mejilla, como era la costumbre.

—No, es lo que hace normalmente. Duerme mal y se levanta muy temprano. Por eso suele echarse una siesta de un par de horas por la mañana. Y es mayor.

Maisie se rio.

—¡Ay, lo que es tener trece años y que todo el mundo te parezca mayor!

Pascale arrugó la nariz, sonrió y la agarró de la mano mientras caminaba dando saltitos a su lado.

—Voy a enseñarle el *château*. Es muy grande, ¿sabe?

—Ya lo veo. Pero estaba yo pensando. ¿No deberías estar en el colegio?

—Ya he terminado mis clases en el *lycée* para chicas de Reims. Ahora tengo un tutor que viene tres veces a la semana. Estaré así un año. Y después iré a Suiza.

—Qué bien, ¿no? ¿Tienes ganas de ir?

La chica se encogió de hombros.

—No muchas. Yo quiero quedarme con la abuela, pero ella dice que tengo que abrir las alas y que una casa con una anciana no es lugar para una jovencita. Pero a mí me gusta mi casa y sé que me preocuparé mucho por la abuela si no estoy aquí.

Maisie asintió con la cabeza. Chantal Clement era una mujer sabia, pero al oír a Pascale hablar sobre los planes para su futuro, sintió un pinchazo. «Sé lo que se siente.» Sonrió.

—Seguro que te va a encantar. Tu abuela tiene razón. Tienes que

aprender más cosas sobre el mundo.

Pascale subió corriendo los escalones hasta una entrada lateral y se volvió hacia Maisie mientras abría la puerta.

—Pero es una pérdida de tiempo absoluta. Después, volveré para dirigir el *château* y cuidar de nuestras tierras, así que ¿qué sentido tiene que vaya? Ayer no decía en serio que quería ir a todos esos sitios. Yo solo quiero cuidar de la abuela. ¡Y también dar grandes fiestas!

Maisie se rio y negó con la cabeza pensando de nuevo en esa otra niña tan parecida a Pascale.

El recorrido por el *château* se hizo larguísimo. Subieron escaleras, bajaron escaleras, visitaron galerías y habitaciones, algunas con los muebles tapados con sábanas para protegerlos del polvo, recorrieron pasillos e incluso entraron en un salón de baile.

—¿Puedo contarle un secreto? —preguntó Pascale arrugando la nariz. Las pecas se le juntaron de una manera que le daba un aspecto aún más travieso de lo habitual.

—Yo creo que sí, *mademoiselle* Clement.

—Si le enseño una cosa que ni siquiera la abuela conoce, ¿me promete, pero prometer de verdad, que no se lo dirá? —Se puso las dos manos sobre el corazón y miró a Maisie con gesto teatral.

—Lo prometo —dijo Maisie poniéndose la mano en el corazón, que había empezado a latirle más rápido.

Pascale asintió con la cabeza y dobló el índice en señal de que la siguiera. La condujo por un pasillo estrecho con las paredes revestidas de madera y, de pronto, se arrodilló junto a uno de los paneles, presionó y el panel se abrió. Maisie enarcó las cejas. Había oído hablar de esos artefactos, pero era la primera vez que veía uno; se le ocurrió de repente que era algo que podría haber encontrado en un libro más que en su trabajo.

—La Revolución —explicó Pascale metiendo el brazo detrás del panel.

Maisie imaginó que habría algún tipo de palanca o tirador.

—Ah, ya entiendo.

Se abrió una puertecita por la que tenían que pasar a gatas y entraron en un espacio oscuro. Mientras Pascale cerraba la puerta, Maisie se dio cuenta de que podía ponerse de pie.

—Espere, ahora vuelvo.

Oyó los pasos de la chica pisando con cuidado sobre el suelo de madera. Oyó que arrastraba algo y, al momento, Pascale volvió con una lámpara de aceite.

—Sígame.

El pasadizo terminaba en una habitación forrada de madera de poco más de cuatro metros de ancho. Unas pesadas cortinas con los bordes

deshilachados colgaban delante de un ventanuco que daba al tejado de pizarra. Desde allí se tenía una vista limitada de los campos, incluso del lugar en el que había muerto Ralph Lawton. A Maisie no se le escapó el detalle. No dijo nada al principio, sino que miró a su alrededor. Había una tumbona vieja a un lado, junto a una librería con libros en francés y en inglés, y una mesa y un armario al otro. Pascale abrió el armario; dentro había un juego de tazas con sus platillos, platos y una bandeja para los cubiertos, y olía a mantas y almohadas húmedas. Maisie estornudó y Pascale cerró el armario rápidamente.

—¡Shhh! No debemos hacer ruido.

—¿Qué es esta habitación? ¿Quién sabe de su existencia?

—Bueno, creo que la abuela debe de saber que existe, pero no sabe que yo lo sé.

—¿Y dices que se usó durante la Revolución?

—Eso es lo que yo creo, pero si se lo pregunto, lo adivinará.

—¿Cómo la has descubierto?

Pascale se encogió de hombros y se sentó en la tumbona, e indicó con unas palmaditas a Maisie que se sentara a su lado.

—Por accidente, un día jugando con mis juguetes cuando era pequeña.

—Entiendo —dijo ella sentándose a su lado.

—Creo que mi madre venía aquí, porque he encontrado unos libros suyos. —Se levantó de un salto y cogió varios tomos de poesía de la librería.

—Están todos en inglés.

Pascale asintió con la cabeza.

—Claro, lo hablaba perfectamente. Yo hablo cinco idiomas.

—¿Cinco? —repitió Maisie mirándola pasmada hojear los libros tumbada de lado.

—No me cuesta trabajo, simplemente lo hago. No es fácil de explicar, pero conozco las palabras y las frases cuando oigo hablar un idioma extranjero. —Se encogió de hombros otra vez—. Pero me gusta practicar la lengua, sobre todo esas frases que no vienen en los libros. Como «Quien la sigue, la consigue».

Maisie sintió la boca seca cuando susurró: —¿Puedes hablarme de tu padre?

Pascale se sonrojó y apretó los labios fruncidos. Miró a Maisie a los ojos, intentando adivinar qué pensaba. Maisie no se inmutó, sino que le sostuvo la mirada. Pascale fue la primera en apartarla.

—Se supone que no tengo ni idea. Soy la única que sabe que fue un héroe y que dio su vida por Francia sin saber siquiera de mi existencia. Mi madre se dedicaba a desbaratar los planes de los alemanes con otros vecinos del pueblo, y por eso la mataron. Eso es lo

que se supone que sé.

Maisie tragó saliva.

—¿Y qué es lo que se supone que no sabes?

La niña frunció los labios otra vez.

—¿Puedo confiar en usted de verdad, *mademoiselle* Maisie Dobbs?

—Puedes, *mademoiselle* Pascale Clement.

La niña sonrió y volvió a ponerse seria.

—Mi padre era el jardinero. Estaba lisiado.

Maisie asintió con la cabeza. «Sí, lo sé.»

—Vinieron juntos. Por eso se supone que no lo sé. No sé por qué la abuela no me lo ha contado nunca, cuando todos trabajaron juntos por Francia durante la guerra. Después, mi padre murió cuando intentaba ayudar al hombre que se estrelló en nuestros terrenos y a mamá se la llevaron un año después, cuando yo solo tenía unos meses.

—¿Sabes que a tu padre lo mataron cuando intentaba salvar al piloto?

—Esto es lo que sé: que el jardinero intentó salvarlo y entonces explotó el avión.

Maisie negó con la cabeza y no dijo nada más. Se levantó como si fuera a irse. Se dirigió al armario y después a la librería y, por último, se detuvo a mirar por el ventanuco.

—Y tengo otro secreto —dijo Pascale respirando entrecortadamente. Maisie se dio cuenta de que aquello le costaba, no solo por su necesidad infantil de compartir el secreto, sino porque sabía que lo que ocultaba era algo importante.

—Eres una mujer de secretos —dijo Maisie sonriendo y acariciándole el brazo para tranquilizarla.

—Este secreto no lo sabe ni siquiera *grand-mère*.

Maisie no dijo nada, solo sonrió a su joven guía para infundirle valor.

La chica se levantó de un salto y movió la librería. Al principio no parecía que hubiera nada detrás, pero Pascale dio unos golpecitos en un panel y se abrió una puertecita por la que solo se podía pasar reptando. Se tumbó bocabajo, estiró la mano hacia atrás para sacar del bolsillo una caja de cerillas, encendió una y le hizo señas a Maisie, que hizo lo mismo y se tumbó a su lado. Las dos se asomaron a la estrecha cavidad. Pascale sacó un diario con las tapas de piel y un montón de fotografías atadas con un lazo. Se las dio a Maisie. Algunas eran muy formales, hechas en un estudio, mientras que otras las habían tomado al aire libre. Al principio, Maisie pensó que la mujer podría ser Chantal de joven, pero luego se dio cuenta de que era Suzanne, su hija, la madre de Pascale.

—Supongo que las habrás visto, ¿no?

La chica asintió con la cabeza.

—Hay algunas de mi madre, algunas de gente del pueblo. Y también hay otras del hombre que puede que sea mi padre.

Maisie las hojeó.

—Ah, ya, entiendo por qué lo crees.

—¿Cree que me parezco a ese hombre?

Maisie le sonrió.

—Un poco tal vez. «Te pareces más a tu tía.» —Apartó la mirada.

—*Grand-mère* tiene fotos de cuando yo era pequeña, con mi madre. No nací en el pueblo, claro. Nací en Reims.

—Ya. —Maisie comprendió. Se fijó entonces en el libro encuadernado en cuero—. ¿Y eso qué es? ¿Lo has leído?

Pascale se sonrojó.

—Empecé, pero no entendía nada.

Maisie lo hojeó deteniéndose de vez en cuando a leer una frase o a pasar el dedo sobre una palabra.

—Claro que no. —Lo cerró y se volvió hacia la niña otra vez—. ¿Te importaría que me llevara el libro para leerlo? Creo que yo sí puedo entender lo que dice. Te lo explicaré cuando volvamos a vernos.

Pascale frunció el ceño.

—¡Pero si se va a Biarritz!

Maisie puso la mano en el hombro de su nueva confidente.

—Y volveré dentro de unos días.

—¿Me lo promete de verdad?

Maisie se acercó y la abrazó.

—Te prometo que te lo devolveré. Y yo nunca incumplo mis promesas.

Pascale le rodeó la cintura con sus brazos de niña.

—Confío en usted, *mademoiselle* Dobbs.

MAISIE GUARDÓ EL diario en la mochila y salió de la habitación. Tras regresar siguiendo a Pascale por pasillos y bajar al vestíbulo de entrada por una escalera diferente, Maisie estaba a punto de marcharse cuando Chantal Clement abrió la puerta de la sala de visitas y salió a saludarlas. Llevaba una blusa de color rosa pálido con el cuello alto y unos puños largos, y una falda de paño rosa con motitas grises. Se cubría los hombros con un chal de color marfil y caminaba con su bastón, aunque tenía la espalda bien recta; no se encorvaba ni lo más mínimo.

—Aquí estáis. ¿Ya has agotado a nuestra invitada? —dijo sonriendo y miró a Maisie con una media sonrisa—. Me alegra volver a verla. Confío en que mi nieta habrá cuidado de usted.

—Ha sido una anfitriona estupenda. Tiene una casa preciosa,

madame Clement.

—El *château* pertenece a nuestra familia desde hace siglos, pero es demasiado grande para las dos solas, y el servicio, claro. Tengo entendido que incluso en su país, este tipo de residencias grandes es cosa del pasado.

—Cierto. Fueron muchos hombres los que no volvieron de la guerra y con la situación económica actual…

Chantal Clement negó con la cabeza.

—Sí, aquí ocurre lo mismo. Y cuando yo no esté, este elefante blanco pasará a manos de Pascale.

La chica corrió a ponerse junto a su abuela.

—No, no, tú no te vas a ninguna parte, *grand-mère*. ¡No dejaré que te vayas!

Chantal se rio.

—*Chérie*, no tengo intención de escapar de tus garras por ahora —dijo y volviéndose hacia Maisie añadió—: Le ha contado todos sus secretos, ¿a que sí?

—Solo unos pocos —contestó ella guiñándole un ojo a Pascale—. Pero le he prometido no decir nada.

Continuaron intercambiando comentarios hacia Pascale uno o dos minutos más y después Maisie insistió en que debía irse; tenía que prepararse para partir hacia Biarritz al día siguiente. Besó a Pascale en las mejillas y se volvió hacia Chantal, que la atrajo hacia sí con la mano libre. Le besó una mejilla primero y justo después de besarle la otra susurró: —Los secretos del *château* se quedan en el *château, mademoiselle* Dobbs.

Maisie se retiró, sonrió de nuevo a la mujer y asintió con la cabeza. «Me encantaría conocer sus secretos, Chantal Clement.»

MAISIE VOLVIÓ A la pensión deteniéndose varias veces para comprobar que nadie la vigilaba antes de entrar por la puerta de la cocina. Se sorprendió al ver al capitán y a *madame* Thierry tomando café en la mesa de pino.

—*Bonjour, madame*; capitán Desvignes.

—*Bonjour, mademoiselle* Dobbs. ¿Cómo está? Tengo entendido que se marcha mañana —dijo el *gendarme* pasándose la lengua por el lugar donde deberían estar los dientes y sonrió con los labios pegados.

—Sí, me voy a Biarritz *en vacances* y después vuelvo otra vez a Sainte-Marie. —Y dirigiéndose a *madame* Thierry añadió—: Voy a necesitar una habitación, puede que dos, a mi regreso. Dentro de cinco días, creo yo.

La mujer miró a Desvignes y de nuevo a Maisie.

—Desde luego. Siempre será bienvenida en mi pensión, *mademoiselle* Dobbs. ¿Va a venir con alguien?

—Sí, una vieja amiga. Creo que va a gustarle mucho Sainte-Marie. No sabía que el jardinero de *madame* Clement murió cuando intentó salvar al piloto británico —dijo mirando al capitán.

—Así es. ¿No se lo dije? —dijo el hombre levantando las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Era importante para usted ese detalle?

Maisie negó con la cabeza.

—En realidad no. Al padre del piloto le agradará conocer que alguien intentó salvar a su hijo, aunque le entristecerá saber que murió en el intento.

—Todos lo intentamos, pero ya era tarde.

—Sí, fueron todos muy valientes. —Maisie sonrió a ambos—. Tengo que irme a hacer el equipaje.

Salió de la cocina, subió rápidamente a su habitación y cerró la puerta con llave. Sacó varias hojas del maletín y el diario de la mochila, y lo dejó todo sobre la mesa. Preparó la silla y después se dirigió hacia el aguamanil y llenó la palangana de agua fría, se lavó la cara y se secó con otra toalla con puntilla de encaje. Había una jarra de agua para beber en la mesilla y Maisie se sirvió un buen vaso, que bebió mientras caminaba de un lado a otro de la habitación.

Todo parecía indicar que Peter Evernden era el jardinero, Patrice. De eso no tenía duda. El hecho de que el jardinero hubiera perecido junto a Ralph era nuevo. «¿Es cierto?» Siguió caminando de un lado para otro. ¿Y si… y si Peter no murió, pero su presencia en el lugar del siniestro lo dejó en una posición vulnerable? «No, no, vuelve a empezar.» ¿Qué hacía él en Sainte-Marie? «Más atrás. Peter Evernden era un agente de Inteligencia.» Caminaba, se paraba, caminaba y se paraba mientras unía las suposiciones a las que llevaba dándoles vueltas desde hacía varios días y otras pistas recientes. Con el corazón acelerado, Maisie empezó a cavilar sobre una sospecha que se había formado, para gran consternación suya, antes incluso de que llegara a París. «¿Y si Maurice reclutó a Peter Evernden basándose en la descripción que le hice de sus dotes lingüísticas?» Se tapó la boca con la mano y dejó el vaso. Y se puso a dar vueltas por la habitación de nuevo, abrazándose y frotándose la parte superior de cada brazo con la mano contraria. «Digamos que lo trasladaron al Departamento de Inteligencia y que en su carta trataba de decírselo a Priscilla en el lenguaje de la sociedad secreta que había formado con sus hermanos.» Se puso el nombre de Patrice en honor a Patrick, el hermano que había fundado la sociedad secreta. Se hizo pasar por lisiado de guerra para consolidar su posición en la comunidad, la de un hombre que había luchado con sus compañeros, hombres y chavales del pueblo y había regresado después de resultar herido. Conoció a Suzanne

Clement y se enamoraron, y de su aventura nació Pascale. ¿Sabía Peter antes de morir que su amante estaba embarazada? Tal vez. Se acordó de Priscilla explicándole lo de los nombres de su familia; los chicos, Peter, Patrick y Philip. «Todos empiezan por P, es una tradición familiar, y es más fácil a la hora de pedir las etiquetas para los uniformes del colegio. Creo que los profesores debían de pensar, "¡Oh, no, otro P. Evernden!"»

Juntó todo lo que había ocurrido y observó la forma en que el destino había hecho que se encontraran los caminos de los dos hombres, experto cada uno en su campo en época de guerra. Del mismo modo, el destino había llevado hasta ella a los familiares de esos dos hombres y se las había arreglado para que sus hallazgos confluyeran en ese punto exacto en el tiempo, de manera que la verdad aflorase a la luz. Había evitado sacar conclusiones precipitadas, pero ahora tenía que reconocer lo que era obvio. «Ralph era experto en maniobras de toma y despegue. Había llevado a Peter y lo había dejado en el lugar de su misión tras las líneas enemigas. Ni siquiera tenían por qué conocerse. No se habían intercambiado los nombres y probablemente ni siquiera se habían visto la cara.» Se acercó a la ventana. «Y más tarde, cuando el fuego enemigo alcanzó el De Havilland de Ralph, supo que tenía que encontrar un lugar en el que aterrizar.» ¿Y qué mejor lugar que un campo abierto en el que ya había aterrizado antes, un lugar en el que podría buscar ayuda en caso de que sobreviviera?

Maisie oyó ruido abajo, el sonido amortiguado de la conversación entre el capitán Desvignes y *madame* Thierry, y la puerta de la calle al abrirse y cerrarse. Salió al descansillo y apartó la cortina de encaje igual que había hecho antes. Observó a Desvignes cruzar la calle adoquinada, gris bajo la luz tenue de la tarde. Y entonces salió otro hombre del callejón lateral, el mismo lugar en el que lo había visto el día anterior, al encuentro con el capitán, y los dos se alejaron caminando hacia la comisaría.

Maisie regresó a su habitación y cerró con llave de nuevo. Se limpió el sudor de la frente y se raspó sin darse cuenta la herida casi curada ya, que empezó a sangrar copiosamente.

—¡Caray! —exclamó al tiempo que cogía la toalla húmeda y se apretaba la frente con ella.

Iba a tener que andarse con más cuidado, estar más atenta a la hora de proteger sus hallazgos y asegurarse de que la integridad de su trabajo estuviera fuera de toda duda. «¿Me vigila el Servicio Secreto? La guerra terminó hace doce años; no puede quedar ya nada que proteger.»

Abrió el diario con las tapas de cuero de Peter, se sentó y cogió la pluma. Cuando empezó a trabajar con Maurice, este le encargaba una

misión cada viernes, que debía entregar el lunes, como si fueran los deberes del colegio. Las misiones estaban escritas en clave, y lo primero que tenía que hacer ella era descifrar el código, que podía estar compuesto por números, letras o una combinación de ambos. «Hay que entrenar la mente igual que un atleta entrena el cuerpo; hay que forzar los músculos hasta que se cansen y volver a llevarlos al límite. Si no queremos dejar ni una piedra por mover, la mente tiene que estar ágil, tiene que estar flexible. Estas tareas que te encargo fortalecerán tu agudeza mental.»

Y se puso a descifrar las entradas en clave del diario de Peter.

20

MAISIE LEVANTÓ LA cabeza de la mesa. Las seis de la mañana. ¿Cuándo se había quedado dormida? Había parado solo para cenar otro plato de la deliciosa sopa de *madame* Thierry y preparar la maleta para el día siguiente, y había seguido trabajando.

El código utilizado en el diario no era tan complicado como esperaba: se basaba en asignar un número a cada letra del abecedario. El problema era que el número variaba en cada página e incluso en cada palabra, dependiendo de la naturaleza del relato. A veces, una página estaba escrita siguiendo la base criptográfica de cinco-cuatro-tres-dos-uno, de modo que la palabra D OBBS se transcribiría ISEDT: la I estaba a cinco letras de distancia de la D, y así todas las demás letras. Si la primera letra de una palabra era Z, la clave empezaba por el principio del abecedario. Pero después la clave cambiaba de nuevo y utilizaba una combinación distinta. Aunque pudiera ser fácil descifrar cada una de esas claves, la interpretación completa de las páginas llevaba mucho tiempo. Y se suponía que nadie iba a leer aquel diario. Al descubrir el escondite, Pascale había demostrado que la curiosidad de un niño normalmente se impone sobre el entrenamiento de un adulto. De hecho, Maisie tenía sus dudas sobre si debería haber escrito aquel diario para empezar; le había revelado el lugar donde encontraría la prueba definitiva de la identidad y la filiación de Peter.

Se frotó los ojos para quitarse el sueño y se estiró. Había vuelto a soñar. ¿Sueños o pesadillas? Recordaba uno en el que su madre caminaba por delante de ella y, de pronto, se daba la vuelta y la reñía: «Vamos, Maisie, date prisa, no te quedes atrás». Pero aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, no podía mantener el ritmo; las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Corría, pero no avanzaba, y al mirar, vio que estaba en un río de barro sanguinolento que le engullía los pies y las piernas. «Vamos, Maisie, venga.» Trataba de salir del barro y le tendía los brazos a su madre, que, a su vez, tendía los suyos a dos niñas, dos Maisies, que no eran ella, y su madre se alejaba dándole una mano a cada una. De repente, las tres se volvían y le hacían señas, y al darse la vuelta, vio de quién se trataba: una era Avril Jarvis y la otra, Pascale Clement. «Vamos, Maisie, venga, o te quedarás atrás.»

Se estremeció y miró la hora. Se había terminado. Era un sueño y ya se había terminado. En su agotamiento, había soltado las riendas del

dragón y sabía que estos volverían en cuanto se quedara dormida. Debía mantener la cabeza despejada. El taxista no llegaría para llevarla a Reims hasta las ocho y media. Tenía el tiempo justo para volver corriendo al bosque y encontrar el lugar que indicaba Peter en su diario. Tenía que cumplir la promesa que le había hecho a Pascale de que el diario sería su secreto, pero ahora sabía dónde encontrar la prueba definitiva de que Peter Evernden había estado en Sainte-Marie durante la guerra.

Se vistió de nuevo con pantalones de paño, blusa y chaqueta de punto, zapatos fuertes, chaqueta de paño, pañuelo al cuello y boina, y salió de la casa por la puerta de atrás. *Philippe* resopló ruidosamente y se movió cuando pasó junto a él, pero siguió con sus ronquidos de perro viejo sin despertarse ni mirarla. Abrió la verja y se dirigió hacia los árboles que se advertían más allá del lugar donde se había estrellado el avión. La niebla baja se estaba levantando y la luz difusa iba cobrando luminosidad poco a poco, arrojando sombras suaves sobre los campos. El coro del amanecer ya había comenzado y, aunque oía a los agricultores a lo lejos, sentía que estaba sola.

Los árboles parecían apelotonarse aún más, como queriendo proteger del frío el hogar sagrado de los animales del bosque. Maisie se dirigió hacia la derecha, miró con cuidado la valla circundante, y empezó a contar. Parecía que habían reemplazado alguna que otra estaca, pero, en esencia, la valla estaba más o menos igual que cuando la habían instalado a principios de siglo. «Número veinte. Gira a la derecha hacia el bosque.» Maisie se puso de rodillas y se coló por debajo de la valla. Buscaba un roble en particular, uno muy viejo, el abuelo de aquel bosque probablemente. Las hojas secas crujían bajo sus pies y cada vez que oía el chasquido de una ramita o el susurro de las hojas, se detenía a escuchar con el corazón en un puño, expulsando vaho en el aire frío de la mañana.

«Tiene que ser este.» Era el que tenía la copa más grande. Rodeó el tronco y se arrodilló entre dos raíces en particular, buscando el lugar cerca del suelo, un punto en el que la corteza se había separado del tronco con una forma que parecía una puertecita. Cuando vivía en Chelstone, había oído que los niños del pueblo decían que eran las puertas de las hadas, porque parecían la entrada a un mundo de cuento. «Aquí es.»

Maisie sacó la navaja Victorinox del bolsillo de la chaqueta, seleccionó la hoja más grande y raspó la costra que se había formado por la descomposición de las hojas muertas. Después, golpeó el suelo y empezó a cavar. Solo tenía que profundizar treinta centímetros más o menos. Fue apartando la tierra con ayuda de las dos manos hasta que tocó algo metálico. «Aquí está.» Se echó hacia atrás y miró a su alrededor una vez más antes de limpiar la cajita metálica. «Lo he

encontrado.» Eran casi las siete. No debía demorarse y, claro está, no debería arriesgarse a que la vieran saliendo del bosque. Era evidente que estaba bajo vigilancia. Se guardó la cajita y la navaja en el bolsillo, rellenó el hueco con tierra y lo cubrió de nuevo con hojas. Echó un vistazo rápido y se asustó al oír un conejo que salía de su madriguera. Pasó la valla, miró de nuevo a derecha e izquierda, avanzó a lo largo de esta, cruzó el campo sin despegarse del murete de piedra y enfiló el camino hacia las casas. Se volvió una vez más para mirar hacia el bosque cuando ya estaba cerca del huerto de *madame* Thierry. Entornó los ojos para protegerse del sol de la mañana y vio que un hombre cruzaba el campo corriendo en dirección al bosque. Era el inglés. Miró la hora deseando que el taxista llegara pronto.

Cerró con llave la puerta de su habitación y se apoyó contra ella respirando profundamente. Tenía el equipaje listo. Se lavaría la cara y las manos, y esperaría a que *madame* Thierry le avisara de que había llegado el taxi. «No hace falta que salga otra vez.» Dejó la cajita metálica en la mesa, pero se lo pensó mejor y la guardó de nuevo en el bolsillo. Se lavó la cara y se secó con la toalla de encaje. Se lavó las manos por segunda vez y se frotó bien debajo de las uñas con el cepillo que había al lado del jabón en una jabonera de porcelana. Sacó la caja del bolsillo y la limpió con agua para quitarle toda la tierra. Pensó en salir y vaciar la palangana en el retrete que había junto al descansillo, pero luego decidió que era mejor no hacerlo.

Secó la caja con una toalla antes de abrirla y le dio la vuelta para examinar mejor la tapa. Era una de las cajitas metálicas de la princesa Mary que se regalaron en las Navidades de 1914 a todos los soldados que estaban luchando fuera del país. Llevaba en la tapa una imagen grabada de la princesa rodeada de una corona de laurel y los nombres de los países aliados en guerra con Alemania, y contenía pequeños regalos, que variaban dependiendo de si el receptor era un oficial o un soldado raso. ¿La de Peter contendría una pipa con los correspondientes quince gramos de tabaco y la tarjeta navideña con la foto de la princesa? ¿O habría sido uno de los hombres que habían recibido un lápiz y un paquete de caramelos? Le dio la vuelta. Medía trece centímetros de largo por ocho de ancho, y tenía tres de fondo. La corrosión del metal había fundido las dos partes, pero forcejeó hasta que consiguió levantar la tapa. Dentro había una bolsita de algodón con un cordón. Se veían manchas de óxido sobre el tejido de color crema, pero se abrió sin problemas. Puso la bolsa bocabajo y una cadena con dos discos le cayó en la palma de la mano. Sonrió. Era justo lo que quería, justo lo que sabía que encontraría: las chapas identificativas de Peter Evernden. Los agentes de Inteligencia no llevaban ninguna identificación, aunque sí se les entregaban sus chapas metálicas. El agente las enterraba en alguna parte cerca del

campo de operaciones, para que las encontraran más tarde en caso de que lo hicieran prisionero o lo mataran, aunque en ese caso, a la familia ya le habían notificado que había desaparecido y que lo daban por muerto. Y como Maisie sabía por los diarios codificados, cuando Peter Evernden salió a toda prisa en su siguiente misión, no le había dado tiempo a recoger las chapas, aunque confiaba en que alguien las encontraría. «Qué extraño —pensó, guardándolas de nuevo en la bolsita, y esta en la caja, que envolvió en una blusa guardada en el fondo de su maleta—. Qué extraño que fuera la hija que no llegó a conocer la que descubriera la pista que había dejado tras de sí.»

En el rato que le quedaba antes de abandonar Sainte-Marie, Maisie empezó a cavilar sobre cómo iba a contárselo a Priscilla. No le cabía ninguna duda de que su impetuosa amiga querría salir corriendo a Sainte-Marie para ver a Pascale, algo que no agradaría en absoluto a Chantal Clement. De hecho, Maisie era de la opinión de que los ojos grises de la dama revelaban la determinación férrea de una mujer a la que pocas cosas asustaban, ni siquiera tener a los alemanes metidos en su casa. No, debía controlar a Priscilla y asegurarse de consultar la situación con Chantal Clement, y que esta decidiera qué hacer antes de que Priscilla llegara al castillo. Pero tampoco dudaba de que no se debería apartar a su amiga de la vida de la hija de su hermano.

Maisie se puso a caminar de un lado a otro de la habitación mientras oía que cerraban la puerta de un coche, preguntaban por ella y la voz insistente de *madame* Thierry llamándola desde el pie de la escalera. «¿Y qué pasa con Ralph Lawton?» Había encontrado una información interesante sobre el piloto y el avión siniestrado en el diario de Peter. Esa era la parte más intrigante de la historia hasta el momento. Parecía que iba en la dirección correcta, aunque en algunos momentos sentía como si la estuvieran moviendo por el tablero de su pasado como si fuera un peón en una partida de ajedrez.

EL TAXISTA LLEGÓ a la hora establecida y, tras despedirse de madame Thierry y del baboso y adormilado *Philippe,* se marchó rápidamente hacia Reims. Tras comprar el billete, esperó en el andén, pero a los pocos minutos oyó el agudo silbato que anunciaba su largo viaje hasta Biarritz: tendría que ir primero a París y hacer transbordo allí. Buscó su compartimento y se sentó junto a la ventana para poder ver bien el andén. Cuando el jefe de estación hizo sonar el silbato y agitó el banderín, Maisie cerró los ojos y se reclinó en el asiento. Pero el descanso no duró mucho, porque en cuanto el tren se puso en movimiento, oyó al jefe de la estación gritar algo, tocar seguidamente el silbato de nuevo y una puerta del vagón abrirse y cerrarse. Un

pasajero de última hora se había arriesgado a subir al tren en marcha. Un hombre que viajaba solo, sin duda; una mujer, pensó Maisie, no habría hecho algo tan impropio. A dos personas no les hubiera dado tiempo a subir de un salto, pero un viajero solo decidido a subir no habría dejado que se lo impidiera un guarda con un silbato. ¿Sería el inglés que la vigilaba? ¿O tal vez no fuera más que un joven que aún no conocía la fragilidad de la vida humana, un chico empeñado en hacerle una visita a su amada o en buscar trabajo en otra ciudad? Maisie se reclinó de nuevo sin soltar su maletín, en el que había guardado el diario de Peter Evernden. Cerró los ojos. «No debo dejar que el miedo me paralice.»

MAISIE PERCIBIÓ EL olor del océano Atlántico en la distancia incluso antes de ver siquiera las olas que se prolongaban formando líneas de espuma blanca empujadas por el viento, que reflejaban el sol y las nubes en su avance hacia la playa de Biarritz. Y cuando la locomotora alcanzó los parachoques de la estación, los cansados pasajeros, hombres, mujeres y niños, bajaron al andén. Las puertas golpeaban el lateral de los vagones al abrirse, mientras los mozos de equipajes corrían de un lado para otro, arriba y abajo, cargando baúles, maletas, sombrereras y, en un caso, un perro negro peludo bastante grande sentado encima de una maleta que se balanceaba precariamente encima de un carro. Pese al frenesí de actividad y al hecho de que Priscilla aguardaba nerviosa su llegada al otro lado de la barrera, Maisie permaneció en su asiento. Esperó hasta que solo quedaban ya unos pocos pasajeros en el andén y entonces bajó la maleta de cuero del portaequipajes, el maletín y el bolso, y salió al pasillo, y de ahí fue hasta la puerta abierta. Miró a ambos lados del andén antes de bajar y se dirigió con paso vivo hasta el lugar en el que había quedado con Priscilla.

No paró hasta que la vio de lejos. Aliviada, confió en que su amiga no se propasara dándole la bienvenida, pero Priscilla se mostró tan excesiva como siempre. Salió corriendo hacia ella, deteniéndose solo a tirar el cigarrillo, que pisó y retorció antes de seguir. Maisie no pudo evitar fijarse en que su amiga iba tan glamurosa como siempre.

Llevaba el pelo suelto, a la altura de los hombros, cubierto con una boina de color crema. Vestía pantalones anchos de lana de color marfil con una chaqueta de punto larga azul marino y crema con un cinturón caído por debajo de la cintura. Llevaba también un pañuelo de seda azul marino en el cuello y zapatos del mismo color. Maisie oyó el tintineo de las pulseras que adornaban sus delgadas muñecas a medida que se acercaba, quitándose las gafas de sol para recibir a la agotada

viajera.

—¿Cómo has tardado tanto en salir, querida? Llevo esperando una eternidad. ¡Una eternidad! Y he dejado a Douglas con los demonios; la niñera sigue enamorada y se ha tomado el día libre para hacer a saber qué locura con su último *garçon*. Aunque también es verdad que le debíamos el día. —Priscilla no se detuvo casi a tomar aire, aunque sí se volvió hacia el mozo de equipajes que llegaba corriendo detrás de ella, y le señaló las maletas de Maisie—. Pero ¿cómo estás tú?

Enlazó el brazo con el de ella mientras se dirigían al coche, que parecía haber dejado tirado de cualquier manera fuera de la estación, con una rueda subida a la acera y dejando poco espacio para que pasaran otros coches.

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —Priscilla se giró hacia Maisie y después hacia su coche, un Bugatti Royale negro con una llamativa banda de color azul real sobre el capó—. ¡Ah, no es para tanto! Es un coche grandísimo y demasiado extravagante para mí. Si te digo la verdad, lo mismo lo vendo y me compro el modelo nuevo, que es más pequeño y más rápido. —Priscilla señaló el vehículo y el mozo salió pitando con la maleta de Maisie—. ¡Por lo menos arranca por las mañanas! —Se volvió de nuevo hacia ella—. ¿Sabes? Durante la guerra, conduciendo aquella ambulancia vieja por el barro mientras iba pensando a cuántos de aquellos chicos perdería por el camino, me prometí que jamás en la vida volvería a arrancar un coche con manivela. Después, cuando nacieron los niños, prometí que siempre tendría un coche decente en el que pudiera llevarlos al médico si se ponían enfermos o tenían un accidente. —El mozo abrió la puerta del copiloto y la del conductor, y Priscilla le puso una generosa propina en la mano antes de arrancar el motor y maniobrar para salir de la estación—. ¿Que es una extravagancia? Sin duda. Y si me apeteciera, me compraría otro para que le hiciera compañía.

—Pues no te falta razón, Priscilla.

Su amiga giró la cara para mirarla y luego volvió la vista hacia la carretera.

—Te conozco muy bien, Maisie. Al menor atisbo de extravagancia empiezas a hacerte la mártir.

Guardaron silencio un rato y Maisie dejó que la brisa del océano le invadiera los sentidos.

—Estás agotada del viaje. Perdona, no debería ponerme así contigo.

Sujetando el volante con la mano izquierda, Priscilla abrió la pitillera de plata con la derecha, sacó un cigarrillo, cerró la pitillera, alcanzó el mechero de plata, encendió el cigarrillo e inspiró una profunda calada.

—Supongo que es porque estoy ansiosa por saber si tienes noticias

de Peter.

Maisie sonrió. Nada más ver a Priscilla corriendo hacia ella en la estación, sus gestos delataban sus miedos, esperanzas y expectativas. Debería tenerla en vilo un poco más.

—Es un poco más complejo de lo que pudiéramos haber pensado, Pris…

—Qué extraño —la interrumpió Priscilla frunciendo el ceño, momentáneamente distraída.

—¿Qué?

—Es la primera vez que me encuentro con otro coche por esta carretera. Solo hay un par de casas ahí arriba aparte de la nuestra, la de los Crowther, expatriados; él estuvo en Mesopotamia, y la de la familia española, pero ya no están. Regresan a su país en invierno.

Maisie miró hacia atrás y vio un coche negro al que sacaban cierta distancia.

—Será un turista perdido —añadió Priscilla encogiéndose de hombros—. Bueno, ya se dará cuenta cuando llegue y vea que es una carretera cortada.

—Pris, ¿podrías parar en alguna parte, detrás de unos árboles o algo así, en la siguiente curva para que no nos vea?

—¿Qué ocurre?

—Priscilla…

Priscilla no se fijó en lo blanca que estaba Maisie, pero no se le escapó el tono agudo de su voz y que la había llamado por su nombre completo. Aceleró, se metió en el camino de entrada de una casa y se detuvo detrás de un árbol. Esperaron en silencio a que el coche negro pasara. Estaban lo bastante cerca de la carretera como para ver al conductor y al copiloto, una pareja mayor; el hombre con el sombrero caído hacia atrás con gesto de exasperación y la mujer con un mapa entre las manos y el ceño fruncido.

—Lo que pensaba, turistas.

Maisie cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás.

Su amiga le tomó la mano y Maisie se la apretó. Calló un momento y, al instante, se volvió hacia Priscilla.

—Vamos a casa, Pris. Solo necesito un largo baño, una taza de té y relajarme un poco. Tenemos mucho de que hablar.

Priscilla arrancó el coche y salieron a la carretera.

—A la porra el té, Maisie. ¡Creo que yo lo que necesito es un gin-tonic!

21

AUNQUE EL VIAJE había sido largo y agotador, la familia de Priscilla no dio cuartel a su invitada. En cuanto pararon el coche fuera de la villa de color blanco, las puertas se abrieron y tres chicos salieron corriendo y dando brincos hacia ellas. Habían oído hablar mucho de la amiga de su madre, y, pese a la voz grave de su padre a lo lejos pidiéndoles que tuvieran cuidado y no corrieran, era evidente que estaban locos de contento.

—¡Chicos! —dijo Priscilla en voz alta y clara, y los niños se calmaron de inmediato y dejaron de atosigar a su invitada con sus preguntas de cómo era el trabajo de investigadora privada—. ¡La tía Maisie ha hecho un viaje muy largo y la quiero un rato para mí primero! Venga, entrad en casa, lavaos las manos y la cara, y también detrás de las orejas, por favor, Tarquin Patrick Partridge, y volved para echar una mano. Decidle a la cocinera que esta noche vais a poner vosotros la mesa. ¡Vamos!

Priscilla negó con la cabeza y sonrió. Maisie se percató rápidamente de que llamaba a sus hijos por el nombre compuesto, como queriendo mantener vivo el recuerdo del hermano al que debían su nombre: Timothy Peter, Thomas Philip y Tarquin Patrick.

Los chicos volvieron a la casa más despacio. Pero de repente Timothy tiró de la oreja a Tarquin, empezaron a pelearse y terminaron corriendo hacia la parte trasera de la casa; Maisie supuso que hacia la puerta de la cocina. Un hombre alto bajó los escalones y se dirigió hacia el coche, que estaba descargando un criado llamado Giles. Maisie sintió un afecto inmediato hacia Douglas Partridge, con su sonrisa amable y sus ojos verdes chispeantes. Vestía pantalones de lino beis claro, camisa blanca con corbata burdeos y sombrero Panamá para protegerse los ojos del sol. Le habían arreglado la manga izquierda desde el hombro para que no se notara que le habían amputado el brazo. En la mano derecha llevaba un bastón y caminaba con una suave cojera. Al hablar, Maisie detectó el silbido de unos pulmones dañados.

—Maisie, por fin. Me han hablado mucho de ti. Bienvenida a nuestra casa, aunque seguro que Priscilla te habrá advertido ya que con esos tres demonios que tenemos, esto a veces parece más un manicomio.

Douglas se apoyó el bastón en el muslo un momento para darle la

mano y después lo cogió de nuevo y se inclinó hacia su mujer, que lo besó en los labios en vez de en la mejilla. No fue un beso largo, pero Maisie apartó la mirada. Y ante la risa de Priscilla, que acarició la mejilla a su marido después de besarlo, Maisie sintió, y no era la primera vez, que los acontecimientos de las últimas dos semanas la empujaban más y más a un abismo de soledad cada vez mayor.

Douglas se disculpó y dijo que tenía que hacer unas llamadas a París, mientras Priscilla se volvía hacia su amiga y le rodeaba los hombros con el brazo.

—Vamos, voy a enseñarte el jardín. Tenemos una vista preciosa al mar. Douglas se encerrará en su estudio hasta la cena; su nuevo libro tiene que estar en Londres dentro de un mes y está un poco nervioso. También ha escrito un artículo no muy elogioso sobre las elecciones alemanas para *The Spectator*.

Priscilla la condujo por un camino de piedra flanqueado por olivos y arbustos de lavanda; a su derecha la buganvilla y la pasiflora llenaban de color los muros de la casa. Unos escalones conducían a una amplia terraza encalada, y por una escalera de estilo más rústico se bajaba a un jardín muy cuidado y a un pequeño y no muy próspero viñedo.

A Maisie le costaba creer que un día antes estaba corriendo a hurtadillas por el campo en Sainte-Marie mientras alguien, que muy probablemente quería su cabeza, vigilaba todos sus movimientos. Y ahora, en ese lugar idílico, tenía que hablar de la muerte con su querida amiga. La forma en que Priscilla abría y cerraba las manos a cada paso, cómo le temblaban los dedos al indicarle puntos importantes de la ciudad que se veían desde allí o la manera en la que deslizaba hacia arriba y hacia abajo la alianza del dedo mientras le contaba que los niños participaban en la recogida de la aceituna evidenciaban el grado de nerviosismo que tenía.

—¿Nos sentamos? —sugirió Maisie apartándose el flequillo de la frente y poniéndose la mano como visera para protegerse los ojos del sol de la tarde, que ya iba bajando. La luminosidad hizo que le dolieran las sienes.

—Vamos a tener que ir a por unas de estas —dijo Priscilla señalando las gafas de sol que llevaba—. Tengo varias más, ya sabes. —E hizo ademán de ir hacia las puertas acristaladas de doble hoja que daban acceso a la casa, pero Maisie la detuvo.

—Siéntate, Pris. Tenemos que hablar de Peter. Te mueres por saberlo y yo ya no puedo seguir guardándome lo que he averiguado. Hay algo que debes saber.

—Yo… yo… —Priscilla se había quedado paralizada ante la inminencia de las noticias.

—Ven, amiga mía. Siéntate aquí. —Maisie sonrió y dio unas palmaditas a su lado en el banco de listones de madera decorado con

cojines azules y dorados—. Y después de contártelo, voy a necesitar que me lleves a mi habitación y que me dejes darme un buen baño mientras tú hablas con Douglas.

Priscilla tragó saliva; tenía la boca seca.

—¿Puedo ir a por algo para beber?

Maisie suspiró.

—De acuerdo. Pero date prisa.

La mujer entró corriendo en la casa y Maisie cerró los ojos. Desde el porche con vistas al pueblo de Biarritz, se oía con claridad el tintineo del hielo a través de las puertas abiertas.

—Toma. ¡Lo he cargado bien! —dijo Priscilla dándole un vaso y sentándose en el banco.

Maisie lo cogió con la mano izquierda y entrelazó los dedos de la derecha con los de su amiga.

—Voy a contarte lo que sé y después voy a decirte lo que vamos a hacer. Pero antes de empezar, Pris, tengo que avisarte: no voy a permitirte que salgas hecha una furia. ¿Lo has entendido?

—No sé de qué me hablas, pero te prometo que te haré caso.

Priscilla bebió un buen sorbo mientras Maisie dejó su vaso sin tocar en la mesa situada junto al banco y se volvió hacia su amiga.

—He descubierto cosas que son verdaderamente asombrosas. Peter no murió el día ni en el lugar donde lo dieron por desaparecido. Lo ocultaron para protegerlo. Mi investigación principal, la que me ha llevado a Francia, ha revelado que Peter era agente de inteligencia británico. Operaba con un nombre falso en territorio ocupado, en un pueblecito cercano a Reims.

Guardó silencio para dejar que Priscilla lo asimilara.

—Ay, mi querido, amado Peter —dijo Priscilla dejando el vaso en la mesa al lado del banco y tocándose la frente con una mano mientras se aferraba con la otra a la de Maisie.

—Creo que su trabajo consistía en hacer de enlace con un civil importante que había sido reclutado para proporcionar apoyo local, además de proteger a Peter. Creo que su campo de operación era extremadamente peligroso, aunque mi conocimiento sobre el servicio y las instrucciones que tenía es limitado.

Priscilla sacó del bolsillo de los pantalones un pañuelo de hilo con un vivo de seda azul y se secó los ojos.

Maisie inspiró profundamente. Le dolían los hombros del peso que cargaba sobre ellos, que se había movido, pero no se había reducido.

—Hay más. Tuvo que abandonar Sainte-Marie después de que un aviador británico se estrellara cuando se preparaba para dejar unas palomas mensajeras para el grupo de Peter. Intentó salvar la vida del hombre, pero tuvo que huir por miedo a que se descubriese la red de actividad en la zona si quedaba expuesta su verdadera identidad.

Priscilla negó con la cabeza.

—Ay, qué valiente fue mi Peter. ¡Qué valientes fueron todos ellos!

—Sí, muy valientes. Un año después, tres de ellos fueron ejecutados. —Hizo una nueva pausa y observó los gestos de su amiga y su capacidad para asimilar toda aquella información antes de continuar —. Entre ellos la amante de Peter, una joven llamada Suzanne Clement.

—¿Su amante?

—Sí, Peter estaba enamorado.

—Oh, Dios mío.

Priscilla rompió a llorar. Se quitó las gafas y se apretó los ojos con el pañuelo, pero las lágrimas le caían por las mejillas.

—Priscilla, aún hay más.

—No sé si voy a poder soportarlo.

—Sí que puedes. Esto sí.

—¿De qué se trata? —preguntó volviéndose hacia ella con la cara empapada.

—La amante de Peter estaba embarazada. Tuvo una niña a la que llamó Pascale. Tiene trece años y vive con su abuela.

Priscilla abrió unos ojos como platos y se le cortaron las lágrimas. Soltó la mano de Maisie y se levantó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está? —Se puso a caminar de un lado a otro, histérica—. Tengo que ir a buscarla. Tengo que verla. Es mi familia. Es lo único que me queda de él…

—No, no tienes que hacerlo. Aún no —dijo Maisie con voz suave pero firme.

Priscilla se sentó y dio un buen sorbo de su gin-tonic. Maisie continuó con tono tranquilo y modulado, de modo que la otra tuvo que inclinarse para oírla.

—Esto es lo que vamos a hacer. Volveré a Sainte-Marie dentro de unos días. Estoy cansada, Priscilla, y aún me queda mucho por hacer. Como recordarás, tú eres un cliente secundario. Hablaré con la abuela, Chantal Clement. Insistiré en que te conozca y creo que lo conseguiré. Después te avisaré para que vayas, espero que uno o dos días después de que llegue yo. No puedes llevarte a la niña sin más, porque ella y su abuela se adoran. Pero Pascale sabe bastante sobre su padre y creo que merece saber más. Y otra cosa.

—¿Sí?

—Aún no sé dónde murió Peter, pero lo averiguaré. Creo que Sainte-Marie te va a gustar para hacer algún tipo de monumento conmemorativo.

Priscilla bebió lo que quedaba del vaso, casi vacío ya, y asintió.

—Sí, creo que tienes razón. Fue allí donde dejó su corazón, ¿no? — Hizo girar los hielos con un tintineo musical y preguntó—: ¿Cómo es,

Maisie?

—Es como tú, Priscilla. Igualita a ti —dijo Maisie abrazando a su amiga.

TRAS UN LARGO baño caliente, Maisie se puso un grueso albornoz blanco y salió al balcón con vistas al jardín en un lateral de la casa. Aunque ya había oscurecido, desde allí arriba veía no solo las luces de las casas, sino que a su derecha se apreciaban también las de algunas otras casas desperdigadas por la zona. De vez en cuando se adivinaban también los faros de algún coche que subía o bajaba por la carretera. Comprobó el sendero de grava de entrada a la villa que partía de la carretera y no vio señal alguna de otro vehículo.

Maisie seguía dándole vueltas a su investigación, que avanzaba como un líquido por un embudo, descendiendo hacia un punto que se iba estrechando cada vez más antes de caer en el recipiente. En su mente, la vida de Peter Evernden y Ralph Lawton se unían al son de las indicaciones de los dioses de la vida y la muerte, la guerra y la paz. Y, si había descifrado bien el diario de Peter, Biarritz era el recipiente y Priscilla, sin saberlo, tenía la clave. Entró de nuevo en la habitación a vestirse para cenar.

El regalo de bienvenida de Priscilla la esperaba extendido sobre la cama. Consciente de que su amiga era ante todo una mujer práctica consciente de que a Maisie no se le habría ocurrido meter en la maleta ningún traje de noche para ponerse en un sitio como Biarritz, había encargado un conjunto en un taller parisino que le sentaría a las mil maravillas. Pantalón de seda con mucha caída, de color azul oscuro, blusa sin mangas de color azul claro y chaqueta de inspiración asiática a la altura del muslo, a juego con los pantalones y fajín del mismo tejido de la blusa. Había dos artículos más, por si acaso refrescaba: un chal amplio de cachemir azul claro y una chaqueta hasta la rodilla, de punto de cachemir también, que podría ponerse en vez de la chaqueta de seda. Maisie negó con la cabeza. Aunque admirase esa ropa en otras personas, a ella jamás se le ocurriría comprársela, y tampoco podía permitírselo.

El regalo hizo que pensara en sus padres, y cuando tocó las delicadas prendas, se le erizó la piel al recordar la belleza serena de su madre, que no necesitaba adornos de los que se compran con dinero. Maisie acarició los tejidos preguntándose cuánto habría costado el regalo que con tanta cortesía se disponía a aceptar. Y sintiendo la cercanía de ese espíritu bueno una vez más, se preguntó también qué pensaría su padre del derroche de su amiga, de que gastara un dinero que podría haberle ahorrado a su mujer un dolor indescriptible en

algo tan trivial como la ropa. Pero también comprendía que aquel regalo era la forma que tenía Priscilla de intentar aplacar una aflicción tan intensa, que Maisie sabía que se agudizaría esa noche cuando intentara arrancarle la información que necesitaba, información que confiaba en que la condujera hacia la verdad sobre lo ocurrido con Ralph Lawton.

22

LOS CHICOS NO cenaron con sus padres y con Maisie aquella noche, aunque Priscilla explicó que normalmente comían juntos, un ritual inusual entre la mayoría de sus amigos y conocidos, que eran de los que pensaban que a los niños había que verlos, pero no oírlos.

—Hay veces que Douglas y yo preferiríamos disfrutar de una comida sin estar pendientes de las narices con mocos o sin tener que ensalzar las virtudes de las verduras, pero, por suerte, aquí no solo se come mejor, sino que, cuando necesitamos un rato para nosotros, lejos de ser mamá y papá, hacemos merienda-cena en la sala de juegos hacia las seis y luego picamos algo cuando ellos ya están dormidos.

Maisie acarició con el índice la base alargada de la copa que tenía delante, mientras que Priscilla seguía tratando de ocultar los nervios hablando sin parar sobre nimiedades. Maisie estaba distraída, empeñada en avanzar con su investigación, una necesidad que entraba en conflicto con sus ganas de regresar a Inglaterra y cerrar los casos para poder seguir adelante. Pero ¿qué tenía allí? Había vuelto a llamar por teléfono a Billy desde París, y se había alegrado, pero también le había resultado frustrante oírle decir que no había muchos avances en el caso de Avril Jarvis. Aunque lo que sabía de la investigación policial lo había sacado de las noticias publicadas en los periódicos, la informó de que estaba siguiendo una pista interesante. Pero Maisie había cortado la conexión en el momento más inoportuno, porque tenía que darse prisa si no quería perder el tren.

—Bien —dijo Douglas dejando la servilleta junto al plato del queso antes de levantarse. Cogió el bastón, que había enganchado en el respaldo de la silla, y se inclinó sobre Priscilla, que acercó los labios a los suyos—. Os dejaré charlar a solas. No os quedéis hasta muy tarde; ha sido un día terrible para las dos. Y tú debes de estar exhausta —le dijo a Maisie con una sonrisa, tras lo cual salió del comedor.

—Douglas parece un buen hombre, Priscilla. Has elegido bien.

Priscilla se inclinó hacia delante para alcanzar la pitillera, que dejó encima de la mesa.

—Parezco una chimenea. Tengo que dejarlo.

En vez de fumar, bebió un sorbo de suave vino Barolo y llenó la copa hasta arriba. Se acercó para servirle más a Maisie, pero esta ya tenía suficiente y tapó la copa con la mano. Sin reclinarse en su silla, se volvió hacia Maisie:

—Como ya te he dicho, es mi roca, mi fuerza, mi ancla en un mundo que era, y sigue siendo, bastante inestable.

Maisie asintió con la cabeza.

—Y sabe que voy a desestabilizar ese mundo aún más, ¿verdad?

—Sí —contestó Priscilla dando unos golpecitos sobre la pitillera—. Pero estoy preparada. Has descubierto más de lo que hubiera podido imaginar, Maisie. Te ayudaré en todo lo que pueda. Es una postura muy egoísta por mi parte, porque cuanto más descubras, más cosas sabré sobre Peter y donde murió.

—Tú tenías sospechas sobre lo que hacía, ¿verdad?

Priscilla suspiró.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tú no eres tonta, Priscilla —contestó Maisie negando con la cabeza—. Sabías que había algo secreto; tú misma lo dijiste cuando nos vimos en Londres.

—Tenía mis sospechas… ¡Oh, a la porra! —exclamó abriendo la pitillera y sacando un cigarrillo, que se llevó a la boca directamente, y lo encendió con el mechero de mesa de plata—. Es inútil; no puedo vivir sin ellos.

—Pris, quiero que me hables de Biarritz.

—¿Qué quieres saber? Sería mejor que hablaras con alguien de Thomas Cook.

—No me refiero a eso. Quiero saber por qué elegiste Biarritz, qué te empujó a venir aquí.

—Ya sabes qué fue lo que me empujó a venir aquí, Maisie, quiero decir…

—Podrías haber ido a Madrid, a Cannes, a Antibes, a Bahamas, o a donde sea que vaya alguien de cierta posición y que ha visto demasiadas cosas en la guerra. ¿Por qué Biarritz?

—Bueno, si lo planteas así… Es cierto que valoré otros lugares, pero Biarritz significaba algo para mí.

Maisie se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas sobre la mesa. No dijo nada, sino que esperó a que su amiga continuase.

—Solía venir con toda la familia en las vacaciones de verano. Yo tendría seis años la primera vez que vinimos, justo después de que los chicos terminaran las clases. Nos moríamos de ganas. Mi padre había alquilado una villa a un kilómetro y medio de aquí, más o menos, pero más cerca de la playa. Y nos quedábamos allí seis semanas, todo el verano. Ha cambiado mucho, claro, ahora es más un lugar de veraneo, pero entonces solo era un tranquilo pueblecito pesquero. Estuvimos viniendo todos los veranos hasta 1913; ya éramos demasiado mayores para jugar con cubos y palas en la arena, y hacíamos el tonto por los bares del pueblo con nuestros amigos. Era divertido, qué buenos recuerdos… —Priscilla aplastó el cigarrillo en el cenicero y bebió un

buen sorbo de vino.

Maisie asintió con la cabeza.

—Si pudieras decirme en unas pocas palabras lo que Biarritz significaba para ti, lo que buscabas, ¿qué dirías?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Una de esas ideas clarividentes tuyas?

—Priscilla…

Levantó las largas piernas, de manera que pudiera apoyar los talones descalzos en el borde de la silla y la barbilla en las rodillas.

—Está bien. Creo, si he de decir algo, que era la sensación de libertad. Verás, cuando éramos jóvenes, los cuatro salíamos pitando del colegio al terminar las clases (qué suerte tuviste de no ir a un internado) y nos traían a este… este oasis de tranquilidad. Aquí nos dejaban hacer lo que nos daba la gana; correr descalzos, ser jóvenes y despreocupados. Y yo quería recuperar todo eso, Maisie. Quería alejarme de las pesadillas, de la dolorosa pena. Los perdí a todos y lo único que quería era recuperar algo de aquello, aunque fuera solo el aroma del aire, la luz que se proyecta sobre el suelo. Quería librarme del dolor de la pérdida.

Maisie tragó saliva, cogió la copa y bebió.

—Pero, como ya sabes, no encontré la libertad en la arena, sino en el fondo de una botella… hasta que llegó Douglas.

—¿Sentía Peter lo mismo por Biarritz?

—Oh, Dios mío, es muy probable. A Peter era al que más le gustaba este sitio, si es que era posible. Hacía amigos con mucha facilidad; claro que hablar perfectamente el idioma de aquí ayuda. De hecho, al final de cada verano, nuestro padre decía que Peter parecía más vasco que británico.

—¿Sabes algo sobre lo que ocurrió en la ciudad durante la guerra?

—¡Y ahora vamos con la clase de historia! —Se encogió de hombros y continuó—. Como imaginarás, en 1914 no vinimos. Mi padre pensó que entre una cosa y otra, era mejor quedarse en casa, y terminamos en Cowes, que estuvo muy bien, exceptuando el clima. A todos nos encantaban los barcos. ¿Sabes? Cuando volví a Biarritz, en 1920 creo que fue, aún había por aquí muchos soldados. El hotel Palais, que se construyó originalmente como palacio real, se utilizó como hospital para los heridos durante toda la guerra. Los traían hasta aquí en tren, venían a montones al parecer, y después aún llegaron más para recuperarse de sus heridas. Bastantes se quedaron, y también hubo algunos a los que no se podía identificar. Habían perdido la memoria y la cabeza. Recuerdo que la primera vez que vine, conocí a una pareja en un hotel que creían que encontrarían a su hijo entre los heridos. Y se llevaron un buen chasco. No fueron los únicos.

—Ya.

Priscilla se volvió hacia su amiga.

—¿Por qué quieres saberlo, Maisie? ¿Qué tiene que ver todo eso con Peter? Te garantizo que, si estuviera aquí, lo encontraría.

—No es eso, para nada. —Calló mientras valoraba hasta dónde podría contarle—. Me preguntaba si Peter podría haber…

—No sé cómo haces tu trabajo —dijo Priscilla con tono seco.

—¿Qué quieres decir?

—Hurgando aquí y allí, buscando una razón para esto y una explicación para aquello. Me maravilla que resuelvas algo.

Maisie la miró sin pestañear.

—No es exactamente así. A veces es como si la verdad fuera una herida infectada que espera a que la destapen y la curen. Tengo la impresión de que la información que busco está aquí, delante de mis narices, esperando a que la descubra, pidiendo una solución… o la absolución. Pero no doy con ello, es como esa astilla que se clava en la carne y no logras sacar. Entonces tengo que esperar, ser paciente. Tengo que esperar a que se infecte.

—¿Y qué piensas sobre Peter y el otro caso?

Maisie se reclinó en la silla y cerró los ojos, consciente de que la metáfora que había elegido había revelado algo de su confusión personal. Cambió de tema.

—Háblame de los amigos que has conocido, de tu vida. No habíamos pasado tanto tiempo juntas desde Girton.

—Bueno, ya que preguntas… —Priscilla se levantó y echó la silla hacia atrás, arañando las baldosas de terracota—. Ven a mi guarida. Es hora de que conozcas mi galería fotográfica, y después nos vamos a la cama. Dentro de poco nos despertarán los niños.

Maisie la siguió por un pasillo hasta una escalerita que había al fondo de la casa.

—Esta zona de la casa está bastante alejada de la sala de juegos —dijo Priscilla, que la condujo hacia el pie de la estrecha escalera y encendió una luz—. No sé si podrás ver algo con esta luz; mañana de día lo verás mejor.

El hueco de la escalera estaba empapelado con fotografías a ambos lados, y a cada paso que daba, Maisie se sentía envuelta en un mar de alegría, de tiempos felices y, como decía Priscilla, de libertad. Había fotografías de antes de la guerra, de tres chicos y una chica, todos con la misma sonrisa que les hacía guiñar los ojos con picardía; de los cuatro más mayores, con amigos del colegio en muchas de ellas; de los padres montando en bicicleta y llevando a su prole de excursión junto al mar; de los Evernden en 1913, los chicos ya convertidos en hombres, y Priscilla en una joven impresionante que ya por entonces se ponía los pantalones de su hermano. Libertad. Maisie no dijo nada mientras subían la escalera. Foto de Priscilla sola, en un club, con una

copa en una mano y un cigarrillo en la otra, los ojos medio cerrados se veían tristes incluso con tan poca luz. Una foto de grupo, y otra. Hombres y mujeres sonriendo con los labios, pero no con los ojos. Cada vez que Maisie tocaba una foto, Priscilla le contaba la historia de aquel día, aquella noche, aquellas vacaciones. Al poco, Maisie se descubrió buscando entre todos aquellos rostros uno en particular, el de un joven que tal vez no se pareciera a ninguno de los que había visto hasta ese momento. ¿Estaba dando palos de ciego con aquella corazonada de que Biarritz no había sido solo el lugar elegido por Priscilla para reconectar con su familia, sino un refugio para alguien más?

Más fotos: de grupos de gente en algún club, de fiesta en un porche pintado de blanco o reunidos en algún bar; Douglas, un poco retirado de un grupo al principio y después con Priscilla; otra de un año más tarde, caminando por los Pirineos, haciéndose sombra en los ojos para protegerse del sol. Luego una foto de los dos con un niño pequeño; después con un niño y un bebé en brazos. Una familia. Maisie miró las fotografías que ya iban llegando a lo alto de la escalera y se fijó en que volvía a haber vida en los ojos de su amiga. Y felicidad.

—Menuda tropa, ¿eh?

—Es tu historia, Pris.

—Vamos, es hora de irse a la cama. Ya las verás mejor mañana. ¡Y también tenemos álbumes para aburrir!

Maisie empezó a bajar las escaleras despacio, y según bajaba, comenzó a formársele en el estómago una sensación que conocía muy bien. Al principio fue solo un hormigueo y, después, se le aceleró el pulso. «Párate. Es aquí.» Priscilla la esperaba para apagar la luz.

—¿Qué te pasa, Maisie? ¿Estás bien?

Maisie asintió con la cabeza mientras estudiaba cada foto, mientras tocaba cada imagen, cada rostro inmortalizado por la cámara. «Estoy cerca, muy cerca.»

—Vamos, estás cansada, Maisie. Te vas a dejar los ojos.

Maisie se llevó una mano al pecho, el corazón seguía latiéndole deprisa, mientras que con la otra seguía tocando las fotografías, algunas enmarcadas, otras sujetas simplemente con unas chinchetas. Se volvió hacia Priscilla con una sonrisa cálida que no revelaba nada.

—Todo el mundo parece muy contento en esta excursión. ¿Quiénes son? —preguntó señalando una fotografía en la que se veía a un grupo de hombres y mujeres apoyados en un coche con el capó levantado, cada uno con una copa de champán en la mano.

Priscilla se acercó y miró la foto.

—¡Qué bien lo pasamos ese día! Unos cuantos decidimos hacer un pícnic en una cala escondida y a medio camino, zas, algo le pasó al motor, y allá salimos todos a esperar a que lo arreglaran. Ni que decir

tiene que allí mismo sacamos el champán, *el foie gras*, el queso, el pan… ¡y más champán!

—Dime los nombres —dijo Maisie, consciente de que estaba actuando, como si de verdad le interesara quién era cada uno de los bebedores de champán.

—Está bien —dijo Priscilla sonriendo, feliz al recordar aquel día—. Esta es Polly Woods, ¡qué torbellino! ¡Y parece que no ha roto un plato en su vida! Y este es Richard Longman, Ricky para los amigos. —Pasó el dedo por encima señalando cada rostro—. Thadeus More y su mujer, Candace… y Douglas, tan serio. Ah, sí, esta es Julia Thorpe y su prometido, el primero de muchos, Edmund. Y este que asoma la cabeza por debajo del capó es Daniel Roberts. —Calló e hizo una mueca—. ¡No sé cómo pudimos meternos tantos en ese coche, pero nos metimos! Claro que Ricky y Daniel iban detrás, y menos mal que Danny sabía lo que hacía ahí, debajo del capó.

Maisie sonrió de nuevo y las dos siguieron bajando.

—¿Y todos ellos viven aún? ¿Os veis?

Priscilla bajó el interruptor cuando llegaron abajo del todo.

—A Polly le rompió el corazón un español de pelo oscuro, después conoció a un estadounidense que estaba aquí de vacaciones; eso fue en el 26. Recuerdo que hablaba mucho sobre el petróleo. Ahora están casados y, por lo que parece, Polly se pasa el día entre pieles, dejándose mimar y consentir. Los More volvieron a Inglaterra y viven cómodamente con sus dos hijos en Pangbourne. Julia vive en París con su tercer marido. Daniel Roberts se dedica al negocio de los automóviles, aunque nadie lo ve. Empezó hace años en su propio taller, donde hacía todas las reparaciones él mismo. Nadie lo conoce; yo decía que era muy reservado, bastante solitario. Dejamos de invitarlo a las fiestas hace años. Tiene una casa muy bonita a un kilómetro y medio de aquí, Villa Bleu se llama. Vive allí con un criado, creo. Paul me parece que se llama. Aunque ahora que lo dices, todos pensábamos que Paul era…

—¿Y el otro hombre?

—¿Ricky Longman? Qué triste, Maisie. Murió hace unos cinco años.

—Oh.

—Sí, el pobre no fue capaz de dejar la botella. Murió de un fallo hepático. Daniel intentó ayudarlo de todas las formas posibles, incluso lo atendió al final. —Se le borró la sonrisa—. Ricky no lograba olvidar la guerra, no era capaz de pasar página. Probablemente tuvo algo que ver con sus manos: las tenía llenas de cicatrices por las quemaduras. —Se cruzó de brazos mientras hablaba—. Es verdad que las cicatrices no son tan raras entre los chicos, ¿no te parece? Mira a Douglas. Daniel también tiene alguna muy fea, justo aquí. —Levantó la barbilla y señaló la piel que iba desde la oreja hasta el cuello, y luego negó con

la cabeza—. La muerte de Ricky me produjo escalofríos, te lo aseguro. Hizo que me diera cuenta más que nunca de que Douglas había aparecido en mi vida en el momento preciso.

Maisie asintió con la cabeza.

—Me alegro de que os encontrarais.

Priscilla se acercó a Maisie y le dio un beso en cada mejilla.

—Bueno, no sé tú, pero yo estoy que me caigo.

—Creo que yo saldré un rato a la terraza para relajarme un poco antes de acostarme.

—Tú no cambias, Maisie, y te quiero por eso. Hasta mañana. —Le apretó la mano y se dio media vuelta.

—Buenas noches, Pris.

Abrió la cristalera de doble hoja y salió a la terraza. Sintió la brisa fresca en la piel y se arrebujó en el chal. Pasaron unos minutos y volvió a entrar, pero en vez de dirigirse hacia las habitaciones, encendió la luz de la escalera. Subió rápidamente los escalones buscando la foto del día soleado entre los muchos días soleados que había en aquella galería fotográfica. Encontró la imagen, manchada por el paso del tiempo en algunos puntos, y se acercó entornando los ojos para ver mejor el rostro medio difuminado. Luego retrocedió, apagó la luz, bajó y cruzó la silenciosa casa.

23

MAISIE NO PUDO disfrutar de un rato para ella sola hasta pasado el mediodía del primer día completo que pasaba en Biarritz. De repente, la casa se quedó en silencio. Los niños iban al colegio del pueblo por la mañana, luego comían en casa y estudiaban dos horas más con un tutor particular. Y después, cuando la energía acumulada llegaba a su apogeo, Elinor, la niñera galesa que por fin se había liberado de las garras de su novio vasco, se los llevaba a la playa. Douglas estaba trabajando en su estudio mientras Priscilla se echaba una siesta antes de cenar. Maisie había conseguido la dirección de Daniel Roberts gracias a Giles, que le había indicado también cómo llegar. Bajó por la ladera a buen paso y giró a la izquierda para coger el camino.

Al final llegó a la estrecha carretera de montaña con un murete en uno de los lados que llevaba hasta Villa Bleu. Continuó a lo largo de la calle con los muros cubiertos de hiedra y aguardó un buen rato fuera de la verja de hierro forjado, tras la cual se abrían unos jardines ocultos por un muro. Se asomó al patio adoquinado decorado con arriates de coloridas flores de temporada. Justo detrás se veía una modesta villa pintada de un tono azul claro que parecía que reflejaba el cielo y el mar a lo lejos. Un arco enmarcaba una puerta de madera maciza. Abrió la verja y echó a andar por el sendero de entrada.

Junto a la puerta, había un cesto de paja, unas sandalias de cuero marrón y una toalla húmeda. Una correa de perro colgaba del respaldo de una silla de madera. Maisie se inclinó hacia delante y tiró de un cuerda anudada que hizo sonar una campana de latón que colgaba de arriba. Hizo una mueca al oír el ruido que rompía la quietud de la tarde. Un perro ladró una vez a lo lejos y de nuevo el silencio. Levantó la mano y tiró de la cuerda otra vez, y de nuevo oyó el ladrido, seguido de la voz de un hombre, «Ya va, ya va», en una mezcla de inglés y francés. Maisie vio una silueta pasar por detrás de la ventana y al abrir la puerta apareció un hombre alto con el pelo muy negro húmedo, peinado hacia atrás. Llevaba una camisa de algodón y unos pantalones de lino remangados hasta la pantorrilla.

—*Bonjour* —dijo con sequedad.

—¿Habla usted inglés? —dijo Maisie sintiendo que necesitaba la seguridad que le daba hablar en su propia lengua.

El hombre levantó la mano y puso el índice y el pulgar paralelos separados por poco más de un centímetro para indicar que no mucho.

—*Un peu.* Un poco.

Maisie sonrió y el hombre le devolvió una gran sonrisa.

—Esperaba ver al señor Roberts. ¿Está en casa?

—¿Tiene algún problema con el automóvil? ¿Sí? Entonces tiene que bajar al pueblo, al establecimiento del señor Roberts.

—No. *Non* —contestó ella negando con la cabeza—. No tengo automóvil. Me gustaría ver al señor Roberts por una cuestión personal.

El hombre se encogió de hombros y miró la hora poniendo cara de circunstancia.

—Pase. Veré si puede recibirla. ¿Su nombre?

—Maisie Dobbs.

Abrió la puerta del todo para que entrara. En la penumbra del interior hacía casi frío.

—Espere aquí, voy a ver.

Y antes de cerrar la puerta, cogió las sandalias, cruzó el vestíbulo y se alejó por el pasillo. A lo lejos, Maisie vio un porche parecido al de Priscilla, aunque este estaba decorado con arbustos dentro de macetas blancas y azules de diferentes tamaños. Oyó voces y las pisadas de zapatos, acompañadas por el sonido que hacían las uñas de un perro contra las baldosas.

Daniel Roberts se dirigió hacia ella seguido por un gran danés negro. Al principio no lo reconoció, porque tenía el pelo totalmente blanco. No era el tono canoso de la edad o el blanco que se hereda, sino un blanco súbito, consecuencia de vivir una situación terrorífica.

—¿Señorita Dobbs?

—Sí. Me alegra verlo, señor Roberts —dijo Maisie firme, aunque el perro no se había quedado junto a su dueño, sino junto a ella. Bajó la mano para acariciarle la enorme cabeza—. Una criatura magnífica.

—Tiene un aire regio, ¿no la parece? Era la raza de perro de guerra preferida de Atila el huno, ¿lo sabía? Estaban siempre atentos y apenas tenían necesidad de molestar con ladridos incesantes. Se llama *Ritz* . Corto y dulce. —Guardó silencio y se quedó inmóvil, sin invitarla a ponerse cómoda—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dobbs? La gente solo viene a verme por sus coches, pero Paul me dice que usted no tiene coche.

—¿Podríamos sentarnos? He venido a verlo por un asunto algo delicado.

El hombre sonrió, casi como si hubiera comprendido el motivo de la visita, y en ese momento Maisie se reafirmó en que, pese a la cicatriz que había visto cuando se volvió y le dio la luz, era el hombre de las fotos. La condujo hasta el porche y le indicó un juego de dos sillones de mimbre con una mesa en medio. Dejó que ella se sentara primero.

—Creo que lo mejor será ir directamente al grano, señor Roberts, para no perder tiempo.

—Sí, por favor —dijo él con tono burlón, sarcástico casi.

Maisie apoyó la mano en el brazo del sillón y se volvió hacia él de un modo que no era apremiante, pero tampoco relajado. Él se irguió y se inclinó ligeramente hacia ella.

—Señor Roberts, me dedico a investigar asuntos de naturaleza confidencial para mis clientes. Hace un par de semanas, sir Cecil Lawton contrató mis servicios para que verificara que, como era de prever, su hijo, aviador, había muerto en la guerra. —Calló un segundo para examinar la reacción del hombre. No se había movido y estaba atento, aunque detectó en la comisura de los labios el esbozo de una media sonrisa—. Mi investigación me ha conducido a Francia, como era de esperar, y hasta aquí. —Ladeó la cabeza y lo miró a los ojos—. Así que ese es el motivo de mi visita, Ralph.

El hombre estaba en silencio y se le habían tensado los músculos del cuello de tal manera que acentuaba la cicatriz de la carne quemada. Le sostuvo la mirada un momento y, finalmente, la apartó.

—¿Ralph?

—Se equivoca, señorita…

—Dobbs —respondió ella con una sonrisa—. He hecho un camino muy largo, Ralph.

—Mire, le digo que no me llamo Tom, Dick, Harry o Ralph. Mi nombre es Daniel Roberts —dijo el hombre, que se levantó temblando y se dirigió hacia la puerta con intención clara de despachar a toda prisa a la visita no deseada.

—¡Espere! —Maisie, que permanecía sentada, metió la mano en el bolso y sacó dos fotos—. Lo siento, Ralph, pero a pesar del tiempo, las cicatrices y la nueva identidad, le reconocería en cualquier parte —dijo levantando la primera foto, la de los dos chicos riendo tras el partido de tenis en otro tiempo, uno en el que no existían las preocupaciones.

El hombre volvió a guardar silencio. Tomó la foto y la miró, y después cogió la segunda, la que mostraba a los mismos dos jóvenes en el Café Druk. El perro empezó a gimotear.

—¿Señor Lawton? ¿Ralph?

—¿Sí?

—Es usted, ¿verdad?

Ralph Lawton asintió y habló de forma entrecortada.

—Hace mucho tiempo que no me llamaban por ese nombre —dijo depositando las fotos en la mesa.

—¿Cuánto tiempo?

Se le encendieron los ojos y Maisie percibió la potencia de la ira contenida casi como un golpe súbito de aire frío. Y soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¡El viejo por fin ha pedido a alguien que

me buscara!

Maisie frunció el ceño, pero no contestó al arrebato.

Lawton se metió las manos en los bolsillos de los pantalones mientras caminaba de un lado para otro.

—Se da cuenta, señorita Dobbs, de que no puede decirle dónde estoy, ¿verdad? No puede decirle a nadie que estoy aquí.

—Mi cliente…

Él se plantó delante de Maisie y se dobló por la cintura hacia ella sin sacar las manos de los bolsillos.

—Él no quiere saberlo. En realidad no. La contrató sabiendo, y creyendo, que usted se limitaría a lo básico, confirmar mi muerte y cobrar su factura, tras lo cual él podría seguir con su vida como si tal cosa, con la conciencia limpia.

Maisie respondió rápidamente, antes de que Lawton pudiera reflexionar sobre sus palabras.

—Ralph, ¿cómo sabes qué es lo que siente de verdad tu padre hacia ti ahora?

El hombre empezó a caminar de un lado para otro otra vez, y terminó sentándose de un modo que evidenciaba su frustración.

—Soy señor Roberts para usted, señorita Dobbs. —Inspiró hondo y, echándose hacia delante, le habló como si fuera dura de oído—. Él-no-me-quiere. Ni siquiera le gusto, señorita Dobbs. Le horrorizaría saber cómo vivo. Su mundo, y el mío si a eso vamos, se haría pedazos si se viera obligado a aceptarme de nuevo.

—¿Cómo lo sabe? Después de todo, el tiempo…

—¡Por favor! —dijo él moviendo la mano con gesto despectivo—. No me venga con que esa pamplina de que el tiempo lo cura todo. No tiene usted ni idea, ni idea, de lo que habla —dijo con un tono que se había agudizado, y seguidamente suspiró—. Míreme. Mire lo que soy, lo que tengo aquí. —Hizo un gesto con el brazo que abarcaba el porche y la casa—. Mire a mi amigo, Paul. Y cuando vea a mi padre, mírelo, mire su mundo. No hay lugar para mí en él. No hay lugar para los dos como padre e hijo, como familia.

Maisie asintió con la cabeza. Lo entendía.

—¿Sabe lo de su madre?

Él asintió con la cabeza, apretando los labios, y apartó la mirada para que Maisie no lo viera.

—Lo leí en *The Times*. —Se encogió de hombros y soltó una media carcajada nerviosa—. Casi no leo el periódico, pero un cliente se lo dejó en el taller. Supongo que alguien de allá arriba quería que supiera… —Dejó las palabras en el aire y al final se volvió hacia Maisie—. No sé nada sobre usted, señorita Dobbs, pero le ruego que no venga a mi casa con sus ideas preconcebidas sobre la familia y crea que puede encajar la palabra Lawton como si tal cosa. Tenemos la

misma sangre, pero no estamos… unidos. No hay nada aquí —enfatizó la palabra golpeándose el pecho con el puño y después se lo metió en la boca. Se volvió hacia ella con lágrimas en los ojos y continuó—: ¿Es capaz de entender lo difícil que me ha resultado construir una vida aquí? ¿Hacerme un nombre, algo que no podría haber hecho si hubiera vuelto tras la guerra? Aquí soy alguien para mí mismo. Allí no soy nada. Nada. No soy nada porque soy el hijo del jurista Cecil Lawton y no estoy hecho para convertirme en «sir».

Se produjo un silencio entre los dos. Maisie se dio cuenta de que a medida que la voz de él se volvía más imperiosa, el perrazo había apoyado la cabeza en la rodilla de su amo como queriendo calmarlo. Lawton se echó hacia delante acercando el rostro a la suave mejilla del animal y miró a Maisie.

—Ha hecho un buen trabajo, señorita Dobbs. Me asombran su tenacidad y su destreza. Sospecho que es usted una mujer inteligente, así que escuche: soy Daniel Roberts. Ralph Lawton murió en un avión en llamas tras ser derribado durante la guerra. Su tumba se encuentra en Arrás; debería acercarse a visitarla para convencerse. Lo siento. No puedo ayudarla.

Maisie asintió.

—Una última cosa, señor… Roberts. Tengo curiosidad por saber cómo llegó a Biarritz.

El hombre calló un momento mientras sopesaba la pregunta. Al final se volvió hacia ella con los ojos entornados para protegerse del sol.

—Si le digo la verdad, casi no me acuerdo. Salí del avión ileso, porque el incendio no se inició hasta después del aterrizaje forzoso. Tuve unos segundos antes de que… —Suspiró y continuó—. Estuve escondido uno o dos días, vaya usted a saber dónde, en una cabaña, un granero, un lugar muy solitario. Una joven me curó las heridas. Vi al hombre que me sacó del avión solo una vez. Recuerdo que lo había visto antes, que aunque llevaba un pasamontañas e iba disfrazado, era el mismo al que había llevado en mi avión. Él era la razón por la que me encontraba otra vez en aquel campo, porque había vuelto para dejarles una cesta de palomas mensajeras que me las arreglé para soltar —dijo con otra media carcajada—. Aquel hombre fue a decirme que me sacarían del pueblo, que los vecinos me llevarían a otro lugar. Creo que él también iba a marcharse; supongo que hubiera sido demasiado peligroso para él quedarse después de mi despliegue de acrobacias aéreas. Me dijo que intentaría meterme en un tren de heridos hacia la costa, que era donde estaban los hospitales para los soldados franceses, que debería guardar silencio para que creyeran que sufría neurosis de guerra. Yo hubiera dicho que mi mejor baza era llegar a Suiza, pero ellos ya tenían un plan, y resultó que ya había

varios desertores alemanes que trataban de llegar a la frontera suiza. —Se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el mar—. Recuerdo que me llevaron al amparo de la oscuridad hasta el pueblo siguiente, tal como me había dicho. Y me desperté en un tren lleno de soldados heridos, e hice lo que me habían dicho, cerrar la boca. —Guardó silencio de nuevo mientras movía la cabeza a un lado y a otro—. No se creería la cantidad de hombres que había allí que no tenían nombre ni se acordaban de lo que les había ocurrido. Yo era un soldado anónimo más con uniforme francés, otra alma herida que enviaban a la costa para recuperarse y recibir el alta. —La miró a la cara—. Era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Decidí que podía empezar de nuevo. Ni siquiera tenía que inventarme un pasado. Aquí la gente no hace preguntas; a veces las respuestas son demasiado terribles.

Maisie asintió con la cabeza. Y de nuevo silencio hasta que lo rompió con otra pregunta.

—¿Sabe quién es Priscilla Partridge?

—Claro, todos los que pasaron por aquí después de la guerra conocieron a Prissie la fiestera. Y todos sabían que lo pasó muy mal. Se le notaba en la cara.

—Pero ¿sabe quién es ella, señor Roberts?

—¿A qué se refiere? ¿Quién es?

Maisie se levantó para marcharse, cogió su bolso y acarició al perro mientras se colocaba junto al hombre.

—Su hermano es el hombre que salvó a Ralph Lawton del avión en llamas.

Roberts se puso la mano en la frente y se pasó los largos dedos llenos de cicatrices por el pelo blanco.

—Yo… yo… no lo entiendo. ¿Cómo podría haberlo adivinado?

—No lo sabe. Y probablemente será mejor que siga siendo así. Pero pensé que le gustaría saberlo. Adiós, señor Roberts. Ha sido usted muy amable por compartir su tiempo conmigo.

Hizo ademán de recoger las fotos cuando se dio la vuelta para entrar en la casa, pero al final las dejó allí. Ya no le hacían falta.

—¡Espere, espere! Un momento. ¿Qué va a decirle? A mi padre.

Maisie inclinó la cabeza.

—Aún no lo he decidido. Mis clientes depositan su confianza en mí, señor Roberts. Mi deber es respetar esa confianza contándoles la verdad de mis hallazgos. Así que aún no sé qué voy a decirle. Pero también sigo la máxima de un amigo al que aprecio mucho, médico, que dice: «En primer lugar, no hacer nada que entrañe sufrimiento». De forma que respetaré sus deseos y la vida que tiene usted aquí. —Le estrechó la mano.

Abandonó la casa y echó a andar a buen paso bajo el crepúsculo de

la tarde. El cielo estaba despejado, pero corría un aire fresco, así que se puso el chal de cachemir por los hombros de vuelta a casa de los Partridge. Mientras caminaba era consciente de que no había completado su trabajo, ni mucho menos, porque ahora llevaba a cuestas la verdad sobre la identidad de Daniel Roberts.

LA CENA DE esa noche fue una reunión de lo más animada. Priscilla había invitado a amigos de la ciudad, la mayoría expatriados, muchos artistas o escritores, un fotógrafo paisajista. Maisie tenía buen apetito y se daba cuenta de que, últimamente, había estado comiendo muy poco, apenas nada. Empezaron por una selección de tarrinas y patés servidos con *baguettes* crujientes, seguido por ensalada y pato asado acompañado de verduras tan frescas que Maisie repitió. De postre tomaron *mousse* de chocolate con cerezas confitadas que dejó a todos los comensales encantados, y, por último, queso, por supuesto. En Gran Bretaña, en una cena de ese tipo, las damas se habrían retirado al salón de la anfitriona mientras dejaban a los hombres hablando de política y deportes con los puros y el oporto. Pero en Biarritz, las mujeres se quedaron en la mesa, y una mujer especialmente alta, una actriz, se encendió un habano tras cortarle la punta con la destreza de un verdadero aficionado.

La conversación fluía y se compartían opiniones, un invitado levantaba la voz por aquí o se oía una risa por allá, o alguien llamaba la atención con un comentario y después otra persona le contestaba. Maisie se encontró riendo y participando en el debate sobre el futuro de Europa con sus compañeros de mesa, pese a todo lo que tenía en la cabeza, ya que todos ellos habían servido en la guerra y temían que llegara otra. De madrugada, cuando los invitados se fueron y ella iba a acostarse, se dio cuenta de que no se había acordado prácticamente de Andrew en toda la velada. No le había escrito, como le había prometido, ni tampoco le había enviado un telegrama. Tenía que hacerlo antes de abandonar Biarritz al día siguiente.

Por segunda vez, Maisie durmió a pierna suelta y sin recibir la visita de los demonios y los dragones de su pasado. A la mañana siguiente, tras un bullicioso desayuno con la familia Partridge, Priscilla rogó a su amiga una vez más antes de llevarla a la estación. Bajaron por los escalones rústicos hacia los terrenos circundantes y se internaron entre los olivos.

—No puedo creer que ya tengas que irte, Maisie. Ahora que empezabas a relajarte.

Maisie sonrió.

—Me encuentro mucho mejor. Pero tengo que continuar con mi

trabajo, y casi he terminado lo que tenía que hacer aquí. Me quedaré unos días más en Sainte-Marie, lo justo para asegurarme de que vaya todo bien con Chantal Clement, y volveré a París.

Priscilla se detuvo un momento y se quedó mirando a su amiga.

—Y tienes otros planes antes de abandonar Francia —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

Maisie tocó la hierba, que se había secado al sol de la mañana, y se sentó. Priscilla la imitó y las dos se abrazaron las rodillas en la misma postura al mismo tiempo.

—Sí, antes de dirigirme a París iba a ir a Arrás, pero lo he pensado mejor. Aunque sí que voy a regresar a Bailleul.

—¿A matar a tus dragones?

—Sí, Pris. Si es posible matarlos, es lo que voy a intentar hacer.

Priscilla estiró las piernas, cruzó un tobillo sobre el otro, buscó los cigarrillos y el mechero en el bolsillo de la chaqueta de punto. Maisie negó con la cabeza mientras su amiga realizaba su ritual de golpear el extremo del cigarrillo contra la pitillera, meterlo en la boquilla, colocársela entre los labios y ladear la cabeza mientras encendía el cigarrillo. Dio una profunda calada y expulsó el humo formando un anillo. Le recordó a la Priscilla joven, la chica que incumplía todas las normas en Girton.

—Eres muy aguda, Maisie, lo supe nada más verte. Pero a mí tampoco se me ha pasado hacer la misma curiosa y profunda observación, ¿sabes?

—¿Y?

Expulsó un nuevo anillo de humo.

—A veces no se puede matar a esos dragones, no se puede acabar con ellos así porque sí —dijo chasqueando los dedos de la otra mano —. Tienes que aprender a no molestarlos, a apaciguarlos cuando se remueven, y, por encima de todo, tienes que aprender a respetarlos.

—Continúa, te escucho.

—No estoy acostumbrada a este tipo de conversaciones, pero te diré lo que pienso. Creo que el dragón forma parte de nosotros. Lo que ocurrió, ocurrió. Nos encontramos entre las fauces de una criatura horrible que se nos merendó a todos. Así es la guerra. Tienes que encontrar la manera de aceptarlo y vivir con ello.

—Yo creía que lo había hecho.

—Todos los creemos, ¿o no? Hasta que vuelves a notar el aliento del dragón en el cuello. Mira a mi marido, el poeta y escritor polémico; el dragón vive muy dentro de él, Maisie, y también dentro de mí. Si lo aceptas, puedes amansarlo. Por eso el tuyo ha vuelto a despertar, Maisie. Pensaste que si te esforzabas lo suficiente, conseguirías mantener a raya el pasado.

Maisie se levantó y se sacudió las manos en los pantalones de paño.

Priscilla había tocado un tema delicado. Claro que siempre lo hacía.

—Bueno, tengo que volver, Pris. Es lo que voy a hacer.

Priscilla apagó el cigarrillo y guardó la colilla en la pitillera.

—Ya lo sé. Pero ten cuidado, Maisie, ten cuidado. —Miró la hora—. Vamos, será mejor que te lleve a la estación. Tu tren sale de Biarritz-La Negresse a las doce.

24

MAISIE DURMIÓ DURANTE gran parte del camino, bajó la guardia acunada por el movimiento del tren. De nuevo tendría que esperar un tiempo en París al hacer el transbordo hacia Reims, y es que esa era la única forma de realizar el viaje debido a la calidad deficiente de las líneas secundarias que podrían haberla llevado desde Biarritz hasta allí sin pasar por el norte. Cuando reservó el billete original había preguntado por qué había que pasar por París, y la mujer que la había atendido en la ventanilla la había mirado por encima de las gafas de media luna y le había dicho que cualquier otra forma era solo para «entusiastas del tren».

Maurice seguía en París, aunque no tenía intención de verlo hasta que se reunieran para volver a Inglaterra. Le había informado en un telegrama de que iba a necesitar un poco más de tiempo en Reims y que ya se verían el fin de semana. Sabía que Priscilla ya tenía hecha la maleta y aguardaba a que la avisara de que ya podía viajar a Sainte-Marie para conocer a Chantal Clement y a Pascale.

Con la cabeza llena de planes, de ideas que se disputaban su atención exclusiva, aunque durmió, tuvo un descanso intranquilo lleno de sueños extraños en los que parecía que el acto más sencillo desembocaba en derramamiento de sangre. Estaba en la cocina de Chelstone y alargaba la mano hacia unas suculentas moras, y, de repente, se enganchaba la muñeca entre las zarzas y se hacía un corte que dejaba a la vista una vena que se rompía con demasiada facilidad, y un hilo de sangre roja se convertía en un riachuelo y después en un río. Se obligó a apartar la horrible imagen, pero entonces soñaba que estaba otra vez en Francia, en 1917, en la Estación de Evacuación, pero los médicos no empuñaban las herramientas propias de su profesión, sino las que usaría un carnicero, y no dejaban de amputar miembros. Y mientras pasaban los instrumentos a unos y a otros, la gruesa falda de lana del uniforme absorbía la sangre del suelo, un torrente que parecía no tener fin. Se despertó cuando el tren reducía la velocidad para entrar en la estación de París. Se asomó por la ventanilla. Estaba lloviendo y se estremeció porque el último sueño no era una fantasía, no era una imagen del pasado que se hubiera vuelto loco, sino un recuerdo; el delantal de carnicero era el uniforme que los médicos utilizaban durante su combate con la muerte, el demonio necrófago que acompañaba a cada uno de los hombres que llegaba del

campo de batalla a la estación.

Se levantó, movió la cabeza a un lado y a otro, se colocó el pelo y comprobó su aspecto en el espejo que había sobre su asiento. Le agradó ver que estaba bastante bien, pues le había dado un poco el sol en Biarritz. Aunque le daba igual broncearse para ir a la moda, le alegraba porque le disimulaba un poco las ojeras. Cogió el bolso, se pasó las manos por delante y por detrás de sus pantalones de pana anchos y por las mangas de la chaqueta de *tweed*, y recogió el equipaje.

Cuando bajaba ya del vagón, tras rechazar la ayuda de un mozo de equipajes, oyó el ruido metálico de una puerta a su espalda. Ansiosa por continuar con su viaje, no había visto motivo para darse la vuelta, puesto que los pasajeros se daban prisa en recoger sus baúles y maletas antes de que los engullera una marea de gente en movimiento hacia la salida. Pero en ese momento, mientras caminaba, la invadió la urgente necesidad de mirar a su alrededor y ver quién se había bajado del tren. Estaba bastante segura de que ella había sido la última en abandonar su compartimento, de modo que la persona que había cerrado la puerta tenía que estar esperando en el de al lado. Sintió un sudor frío en las manos y cómo se le resbalaba la maleta. Apretó el paso con la vista fija en la salida y la parada de taxis.

Caminaba todo lo rápido que podía sin llegar a correr y ya estaba cerca de la salida. Se recolocó la maleta por el camino, consciente de que el movimiento la desequilibraba un poco en su intento de sacarle distancia a quienquiera que la estuviera siguiendo.

Alguien la tomó por el codo y Maisie ahogó un grito de sorpresa.

—¿Señorita Dobbs?

Se dio la vuelta abriendo la boca para gritar. Delante de ella estaba el hombre que había visto la última vez, tan solo tres días antes, atravesando a la carrera el campo en dirección al bosque de donde ella había sacado la caja metálica con las chapas identificativas de Peter Evernden. El inglés.

—¿Qué quiere? —preguntó ella tratando de disimular el miedo con indignación.

El hombre la retenía por el codo con firmeza.

—Cálmese, señorita Dobbs. Por favor, finja alegrarse de ver a un viejo amigo —dijo el hombre con una gran sonrisa, aunque no despegaba los labios y la expresión de sus ojos grises era fría. La besó en la mejilla—. No grite o llamará la atención de todo el mundo. Deme su equipaje y acompáñeme.

Maisie tiró del brazo con brusquedad para liberarse y se volvió hacia el *gendarme* que había visto junto a las taquillas.

—Eso no va a servirle de nada. Venga conmigo, señorita Dobbs. Es por su bien.

Ella se mantuvo firme.

—¿Adónde me lleva?

El inglés se mostraba imperturbable y seguro de sí mismo.

—A ver a alguien que puede darle las respuestas que busca.

En ese momento, Maisie sospechó que sabía a quién se refería y el motivo de tanto disimulo. Le tendió la maleta, pero no el maletín. Confiaría en él, pero hasta un punto.

—Acabemos con esto.

El hombre no sonrió, se limitó a coger la maleta con la mano izquierda sin dejar de retenerla por el codo con la derecha, y la condujo por la concurrida estación hasta el coche que los aguardaba fuera. El chófer abrió la puerta y le hizo un saludo marcial al inglés cuando subió detrás de Maisie. El hombre se inclinó hacia las dos ventanillas y bajó unas pequeñas persianas enrollables para que no viera el camino. Maisie sabía que no le convenía preguntar a dónde iban.

EL COCHE REDUJO la velocidad y finalmente se detuvo, como si en él llevaran a un miembro de la realeza hasta su palacio en vez de a una presa hasta la guarida de su captor. El inglés se bajó primero y le tendió la mano a Maisie, que aceptó el ofrecimiento de ayuda para salir del coche. Estaban ante un edificio en una calle estrecha de construcciones elegantes. Podría ser una de tantas de París. Era de piedra gris con unas ventanas altas y estrechas con moldura decorativa en los marcos. Alzó la vista y vislumbró un rostro que los observaba desde el primer piso, aunque no se veía demasiado bien. Asintió con la cabeza y la saludó con un gesto de la mano.

Una escalinata curva llevaba hasta el vestíbulo de mármol. Apareció una mujer de una sala contigua para tomar el sombrero y los guantes de Maisie. Iba vestida con un traje negro de paño de lana caro y llevaba el pelo recogido muy tirante detrás de la cabeza. A continuación fue a coger el maletín, pero Maisie se aferró a él con las dos manos y negó con la cabeza. La mujer se dirigió entonces al inglés para tomar el sombrero y el abrigo negro, pero no se saludaron. El hombre se atusó el pelo brillante de fijador con una mano a cada lado de la cabeza e indicó a Maisie que tenían que subir. Al llegar al descansillo de la primera planta, la tomó de nuevo por el codo y la condujo por un pasillo hasta una puerta de doble hoja finamente labrada con hojas recubiertas de pan de oro. Inclinó la cabeza mientras llamaba y la llevó al interior. Un hombre los esperaba de espaldas a ellos, sentado en un sillón de cuero junto a la chimenea. Frente a él habían colocado un segundo sillón y una mesita en medio

con el servicio de té preparado. Había una tercera butaca junto a la ventana. Maisie percibió el olor dulzón del tabaco sazonado con nuez moscada, pero no sonrió al reconocerlo.

—Gracias por venir, Maisie —dijo Maurice Blanche mientras se levantaba para saludarla y dejaba la pipa en un cenicero que había en la mesita.

Maisie se acercó a él.

—No he tenido elección, Maurice —contestó ella mirando al inglés —. Tu secuaz ha sido muy convincente.

Maurice sonrió. Fue una sonrisa conocedora y triste, y a Maisie le pareció ver en ella también cierto pesar.

—Lamento que haya tenido que ser así —dijo él haciendo ademán de presentarle al inglés, pero Maisie lo interrumpió.

—Ya me tienes aquí, Maurice. ¡Quiero saber la verdad!

Maurice guardó silencio un segundo antes de continuar.

—Maisie, me gustaría que conocieras a mi colega, el señor Brian Huntley —contestó él tendiéndole la mano al hombre, que se acercó a Maisie con la mano extendida esa vez.

—Supongo que usted también trabaja para el servicio secreto —dijo ella aceptando el gesto de mala gana.

El hombre no dijo nada, sino que se limitó a sentarse junto a la ventana. Maurice le indicó a Maisie que se acomodara en el otro sillón frente a la chimenea y esperó a que lo hiciera para sentarse él. Maisie no dijo nada al principio, concentrada en adoptar una postura equilibrada sin dejar de mirar a Maurice.

—¿Era necesario el teatrillo de agentes secretos? Creo que podrías haberme convocado para una reunión de una manera menos formal y autoritaria.

—Esta vez no. No estás familiarizada con la función que tengo aquí. Hay que seguir ciertas formalidades, hacer las cosas de una determinada manera, por eso había que escoltarte hasta aquí cuando llegaras a París.

—¡Había que escoltarme para que aprendiera cuál es mi lugar!

Maurice ignoró el comentario y continuó.

—Por si te preocupa el tema del tren, te diré que ya no hace falta que vuelvas a Sainte-Marie.

—Entiendo.

—No, aún no lo entiendes, Maisie.

—Pues ilústrame, por favor, Maurice.

El hombre se quedó mirando el fuego un momento y alcanzó la pipa. Parecía apesadumbrado, pero Maisie estaba decidida a no facilitarle la situación. Era consciente de que no tenía ganas de ser amable. «Estoy muy enfadada con él. Muy decepcionada.»

—Deja que te hable primero sobre mi trabajo, aunque te pido que

respetes el hecho de que no puedo compartir algunos detalles. —Maurice la miró y esbozó una media sonrisa—. Comencé antes de la guerra, en el momento que vimos que determinadas alianzas podrían desembocar en una situación de inestabilidad política en Europa. Pese a lo que creíamos que era un mundo inmune al conflicto, si pensamos en la magnitud de las relaciones comerciales entre los países y el grado de dependencia de las economías para su supervivencia y crecimiento, la relación tejida a base de satisfacción comercial e interés económico mutuo empezaba a dar muestras de desgaste. —Hizo una pausa, como buscando las palabras con cuidado.

Maisie veía hasta qué punto preocupaba a su mentor la necesidad de mantener aquella conversación, que con los actos de ella se había vuelto más acuciante y complicada. Se inclinó para servir el té y le pasó una taza a Maurice, que la aceptó con una sonrisa de agradecimiento y continuó.

—Me pidieron ayuda en determinados asuntos de importancia nacional, relacionados en particular con el modo de obtener información. Baste decir que cuando se declaró la guerra, mi papel asumió un carácter bastante distinto. Como ya sabes, y te estoy siendo sincero, mi trabajo siempre ha tenido que ver con la gente, principalmente con la verdad sobre los seres humanos, sus experiencias, su vida y, sobre todo, su muerte. Trabajo con el cuerpo, la mente y el alma; he dedicado mi vida a entender la relación de cada una de esas áreas con las otras dos. Me pidieron que aplicara ese conocimiento, digamos, a la creación y desarrollo de nuestro servicio de inteligencia. A un nivel básico, aunque mi trabajo tenía varias facetas, me dedicaba a estudiar a los posibles agentes y evaluaba el grado de idoneidad para las misiones más peligrosas e importantes. Tras una serie de desastres en los que una información vital relacionada con el movimiento de tropas y armamento alemanes resultó de una insuficiencia deplorable y acabó extendiéndose a varios departamentos, tuvimos que reagruparnos y revisar nuestra estrategia.

Maisie notó que volvía a enfadarse, solo que esa vez el enfado era tanto consigo misma como con Maurice.

—¡Y reclutaste a Peter! Yo hice un comentario inocente a una edad inocente y tú te aprovechaste… —Buscó el pañuelo que tenía en el bolsillo—. Priscilla era mi amiga. ¡Era mi amiga!

—Y sigue siendo tu amiga, Maisie. Déjame continuar. —Maurice hizo ademán de acercarse a ella, pero al notar su retraimiento, dejó la taza y el platillo en la mesa y apoyó las manos en los brazos del sillón —. Maisie, nunca sabremos cuántos años habría vivido Peter si el servicio de inteligencia no lo hubiera reclutado. Además, quiero que sepas que borraron del mapa a su batallón original. Pero tienes razón. Cuando hablamos a tu vuelta tras el primer trimestre en Girton, me

llamó la atención lo que contaste sobre la facilidad de Peter Evernden con los idiomas. Una habilidad como esa no es habitual y era lo que necesitábamos.

—¡Podías habérmelo dicho!

—¡Solo tenías diecisiete años, Maisie!

—Lo bastante mayor para ir a la guerra.

—Te recuerdo que no eras lo bastante mayor. Mentiste.

Maisie permaneció callada, consciente de que estaba perdiendo el control de sus emociones. También era consciente de que se sentía dolida, de que los secretos de Maurice le habían hecho daño. «Con lo unidos que estábamos.»

Maurice quería terminar de contar su versión sobre el trabajo de Peter.

—Al principio, aceptaba las misiones más peligrosas en el campo de batalla, que consistían en adentrarse en tierra de nadie al amparo de la oscuridad y acercarse a las trincheras para escuchar las conversaciones enemigas. El trabajo implicaba avanzar hasta un punto en el que no podría pedir ayuda si tuviera problemas, por lo que la velocidad, el sigilo y la agilidad mental eran esenciales para salir ileso o evitar ser capturado. —Hizo una breve pausa—. Uno de nuestros objetivos era conseguir toda la información posible sobre el orden de batalla enemigo. Necesitábamos conocer sus planes, detalles sobre el movimiento de tropas, despliegue de artillería, y era esencial evaluar la fuerza de los oponentes.

Maurice se acarició la barbilla tratando de encontrar la mejor manera de presentar el resto de la historia. Maisie lo observaba y pensaba si alguna vez lo había visto en una actitud tan melancólica.

—¿Sabes, Maisie? Antes de la guerra, la idea que teníamos sobre inteligencia era anticuada, como poco. Los generales tenían escaso conocimiento sobre las implicaciones de la guerra moderna, así que volvimos la vista hacia la segunda guerra bóer cuando lo que deberíamos haber hecho era habernos fijado en las lecciones sobre la lucha de trincheras en la guerra de Secesión estadounidense. —Negó con la cabeza—. Sin embargo, una de las cosas que hicimos fue copiar a Napoleón en lo de introducir agentes en el campo de operaciones enemigo, lo que nos lleva de nuevo a Peter Evernden. Tras demostrar su valor y su destreza, pasó a ser agente de campo, aunque primero tuvo que volver a Inglaterra para seguir formándose en Southampton y Londres.

—Y después lo enviaron a territorio enemigo.

—Sí. Una vez allí, la misión cobró aún más importancia y también implicó más peligro. El objetivo principal de su misión consistía en conseguir el orden de batalla, pero también trabajaba con nuestro contacto local reclutando civiles que prestaran apoyo a los agentes de

inteligencia. La colaboración desinteresada de los vecinos fue lo que decantó la balanza entre una guerra ganada y una guerra perdida. Su trabajo consistía en evaluar las simpatías y reunir a los voluntarios. Peter no sabía quién estaba por encima de él en la cadena de comunicación ni conocía la verdadera identidad del hombre que lo transportó hasta allí. La mayoría de los que estaban en Sainte-Marie lo conocían únicamente por su nombre francés y el personaje que interpretaba.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes; déjame continuar. —Alcanzó la taza y se terminó el té ya tibio—. La seguridad de Peter ya estaba en entredicho antes de la debacle del avión que se estrelló, pero ese desastre convirtió en apremiante la necesidad de enviarlo a un campo de operaciones nuevo; del Cuerpo de Inteligencia a una misión del Servicio Secreto que era confidencial y de gran alcance.

—Entonces, ¿no murió en Sainte-Marie?

—No, Peter murió en Alemania.

—¿En Alemania? —repitió ella. En sus ojos se delataba la sorpresa.

—Sí. Antes de que acabara la guerra, la moral del enemigo ya empezaba a flaquear. Deserciones, motines, soldados con neurosis de guerra, heridos y hambrientos. Y la situación en el país era desesperada; la gente, las mujeres y los niños se morían de hambre. A la angustia que causaba todo ello había que añadir los altos niveles de desempleo. El trabajo de Peter consistía en comentarnos la situación y mantenernos informados sobre los planes y las acciones de los grupos de oposición al Gobierno y otras voces discrepantes, que ya por entonces empezaban a unirse. La información era esencial para la victoria, y para saber lo que podría suceder tras un armisticio.

—¿Qué quieres decir?

Maurice se levantó y se acercó a la lumbre. Estiró los brazos para calentarse y abrió mucho los dedos, como si estuviera bendiciendo las llamas.

—Los tentáculos de la guerra llegan al futuro, Maisie. Puede que pensemos que el conflicto se ha terminado, que ya podemos llorar a nuestros muertos, reconstruir nuestros hogares, coger nuestras herramientas, moldear nuestro mañana y ver crecer la hierba tras las trincheras, pero la verdad es un poco más compleja. Siempre están los desposeídos de todos los derechos, los que sienten que han perdido demasiado y que la única forma de recuperar lo que es suyo es mediante el control y, en última instancia, la lucha. Deudas de guerra por todos lados, la ruina económica y la decadencia moral derivadas del conflicto… La estabilidad en nuestro mundo desde la guerra es un mito.

—¿Cómo murió Peter? ¿Y cuándo?

—Murió en Alemania en 1918, en un motín de subsistencias. Murió aplastado, junto con otros civiles, en una avalancha de gente que huía del ejército, que se presentó para reprimir a los manifestantes. Fue una pena muy grande, sobre todo porque volvía a Inglaterra en cuestión de días. Iban a desmovilizarlo y, al final, su estado de «desaparecido» pasaría a reflejar la repatriación desde un campo de prisioneros de guerra. No me cabe duda de que Peter se habría convertido en el profesor de idiomas que siempre quiso ser y habría dejado atrás su labor en tiempo de guerra sin decir ni una palabra a nadie. Ese es el papel de un agente de inteligencia. Y Peter fue uno de los mejores que hemos tenido.

—¿Sabes dónde murió?

—Sí.

—Pero no puedo saberlo.

—No, Maisie. Ya sabes demasiado, aunque he logrado convencer a mis colegas de tu integridad.

Los dos se quedaron sentados en silencio un momento hasta que Maisie volvió a tomar la palabra.

—¿Y quién era el contacto local en Sainte-Marie? Hablando del pueblo, tengo que decirle a Priscilla…

—Ah, sí, ahora vamos con el tema de Sainte-Marie y de Pascale Clement. —Consultó la hora y miró a Huntley—. Creo que ya podemos recibir a nuestro invitado, Brian.

El aludido se levantó y le hizo una inclinación de cabeza a Maurice antes de salir de la habitación. Maisie se volvió hacia él, que estaba de pie de espaldas al fuego, esperando la llegada de su otro invitado. Se había hecho de noche. Maisie se levantó y se acercó a la ventana, donde se quedó un momento observando la calle, las habitaciones iluminadas en la mansión de enfrente, los coches en el pavimento y el fulgor cálido de las farolas. Aún tenían mucho de que hablar y seguro que Maurice iba a preguntarle sobre lo que había descubierto en Sainte-Marie y Biarritz. Cuando recordaba la promesa que le había hecho a Pascale, Maurice la sacó de sus pensamientos.

—Tengo que decirte también, Maisie, que la señora Partridge llegará a París mañana por la mañana.

—¿Cómo…?

Maurice levantó la mano cuando se abrieron las puertas tras una suave llamada. Entró primero Huntley y sostuvo la puerta para dejar pasar a la elegante Chantal Clement.

—Maisie, creo que ya conoces a nuestra agente en Sainte-Marie, *madame* Chantal Clement.

Chantal Clement llevaba un traje de punto de color gris claro y, aunque Maisie no estaba familiarizada con las casas de costura, estaba segura de que la mujer era cliente de la famosa Coco Chanel. La

elegante mujer se acercó a ella, pero en vez de darle la mano, la tomó por los hombros y le dio un beso en cada mejilla. Maisie sintió que se ponía roja.

—Has llegado muy lejos en la oscuridad, querida. Me alegra que podamos hablar abiertamente.

Maisie retrocedió en cuanto la mujer le soltó los hombros. Miró primero a Maurice y después regresó a *madame* Clement, y le tembló la voz cuando habló.

—¿Que he llegado muy lejos en la oscuridad? Me habéis engañado, los dos. —Tragó saliva intentando modular la voz—. Lo único que quiero es que mi amiga Priscilla conozca a Pascale, su sobrina. Ya ha perdido bastante, ha sufrido mucho por ello, os pido que…

La mujer sonrió y le puso un dedo en los labios.

—Shhh, no te preocupes más, Maisie Dobbs. Es una suerte tener una amiga tan buena. De hecho, ojalá yo tuviera una amiga como tú. —Se volvió hacia Maurice, sonrió y de nuevo miró a Maisie—. Pascale ha venido a París conmigo. Ya he hablado con ella de su padre y sabe que tiene más familia aparte de mí. Era demasiado pequeña para saberlo, pero ya era el momento. Tuve que pararme a pensar que a su edad yo ya había conocido al hombre con el que me iba a casar, aunque ninguno de los dos lo supiera entonces. —Negó con la cabeza y el comentario que hizo a continuación iba dirigido a Maurice—. Creo que nos perjudica que la edad nos haga desconfiar de personas más jóvenes, porque nos impide ver su fuerza interior para asumir la carga de la verdad.

Maurice asentía mientras *madame* Clement hablaba.

—¿Van a conocerse entonces? —preguntó Maisie.

—Mañana, en esta misma sala. —La mujer tenía las manos enlazadas por delante a la altura de la cintura, y Maisie sospechó que se debía a las enseñanzas de un estricta institutriz—. Yo estaré aquí con Pascale. Está muy emocionada.

—¿Y qué hay de Priscilla? ¿Quién estará aquí para ella? ¿Acaso no fue su querido hermano un «buen amigo» para Francia? ¿No habría que respetarla y ocuparse de ella?

Maurice dio un paso al frente y le puso la mano en el hombro.

—Es hora de que nosotros abandonemos Francia. La señora Partridge estará segura aquí con *madame* Clement. Ya has hecho tu trabajo.

Maisie se apartó de él y los miró a ambos. Era evidente que ya habían tomado la decisión; estaba todo organizado. Pero ella aún tenía que hacer algo antes de abandonar Francia.

—¿Podemos hablar en privado, Maurice?

Chantal Clement sonrió, le tocó el brazo y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Maurice antes de abandonar la sala

seguida por Huntley.

—*Madame* Clement es de toda confianza —dijo él viéndolos salir.

—No lo pongo en duda, Maurice. Quería hablar contigo a solas ahora que ya habéis tomado todas las decisiones sobre lo que va a pasar mañana.

—Le correspondía a ella decidir lo que era mejor para Pascale.

—Desde luego. Lo entiendo. Pero no te corresponde a ti ordenarme cuándo he de abandonar Francia.

Maurice frunció el ceño cuando Maisie se acercó al fuego a calentarse.

—Debo ir a Bailleul, el lugar en el que serví durante la guerra. Debo regresar.

—Entiendo. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, debo ir sola.

—Como quieras.

—Y otra cosa, Maurice. —Se volvió para mirar a su profesor, su mentor y amigo—. Quiero saber si ese hombre ha intentado matarme.

—¿Huntley? Claro que no.

—Entonces, ¿tus amigos de Inteligencia no han enviado a un agente para silenciarme?

—He respondido por ti.

—¿Tan importante eres aquí?

Maurice sonrió.

—Sí, lo soy.

Maisie suspiró.

—Maisie, has asumido demasiado últimamente. La dimensión personal de los casos a veces acarrea un coste. ¿Estás segura de que tu vida corre peligro? ¿Es posible que la presión por cumplir con tu responsabilidad haya afectado a tu criterio?

Maisie suspiró frustrada y se volvió de nuevo hacia el fuego.

—Pediré a Marie-Claude que te acompañe a la habitación que te hemos preparado —dijo Maurice tocándole el hombro—. Puedes cenar conmigo en el comedor dentro de media hora o puedo pedir que te lleven la cena a la habitación.

—Creo que prefiero estar sola.

—Lo entiendo.

—Saldré mañana hacia Bailleul.

—Te esperaré en París para que regresemos juntos a Inglaterra.

—No hace falta…

—Sí que hace falta, Maisie. Llamaré a Marie-Claude. —Maurice tiró del cordón del timbre situado junto a la chimenea y se volvió hacia Maisie—. Antes de que te vayas, me gustaría subrayar la importancia de lo que se te ha revelado esta noche. Cuando salgas de aquí mañana, deberás actuar como si no hubieras estado aquí nunca. El papel de

Chantal Clement sigue activo. Si se produjera una tragedia en este país en el futuro, su experiencia y sus conocimientos serían inestimables, y lo mismo ocurre con los vecinos solidarios que trabajaron a su lado. Además, ¿estoy en lo cierto al pensar que has conocido al señor Daniel Roberts?

Maisie asintió sin decir nada.

—Baste decir que nuestro departamento no tiene interés en él —dijo Maurice y se detuvo antes de continuar—. Pero se me ocurre una cosa más.

—¿Sí?

—Estoy pensando en quién podría querer verte muerta. Tal vez merecería la pena pensar lo siguiente: ¿Quién ganaría algo con tu muerte? ¿Qué cosas podrían salir a la luz?

—No estoy segura de entender a qué te refieres.

—Si estás en lo cierto y alguien ha intentado acabar contigo, ¿qué ganaría esa persona con ello? Las respuestas a esas preguntas podrían brindarte protección.

Maisie negó con la cabeza.

—Buenas noches, Maurice.

Se echó a un lado con la intención de marcharse, pero de repente se detuvo y se giró. Le tomó las manos y se inclinó para darle un beso en cada mejilla.

—Esta conversación me ha dejado aturdida, Maurice, y creo que aún quedan muchas cosas por decir entre nosotros. Pero tengo que darte las gracias por contribuir a que Pascale y Priscilla se conozcan.

Marie-Claude entró en la sala y esperó a que Maisie saliera para llevarla a su habitación. Cuando los pasos de las dos mujeres se perdieron en la distancia, Maurice tiró otra vez del timbre para llamar a Huntley. Su trabajo con Maisie Dobbs aún no había terminado.

25

MAISIE SALIÓ TEMPRANO a la mañana siguiente en el mismo coche negro con chófer y las persianas enrollables bajadas de nuevo para que no viera la calle. No vio a Priscilla, lo que tal vez fuera mejor, decidió tras pensar en ello. Chantal Clement era, sin duda, la que debía tomar las decisiones sobre el bienestar de Pascale. Maisie sabía que ella ya no tenía nada que ver ahí. Había mantenido la promesa hecha a Priscilla y ahora debía ocuparse de otro asunto, tras lo cual volvería a Inglaterra a seguir buscando respuestas a otras preguntas y redactaría el informe para sir Cecil Lawton.

Era media tarde cuando llegó a Bailleul y el taxista la condujo hasta una pequeña pensión dirigida por una francesa de nombre Josette y su marido australiano. Mientras rellenaba el registro con sus datos, el hombre, Ted Tavistock, le contó que había conocido a su mujer en una visita a Francia y Bélgica poco después de la guerra.

—Se suponía que iba a volver a Sídney, pero me quedé en Blighty un tiempo. Pensé que estaría bien echar un vistazo por la zona antes de volver a casa, aunque se suponía que tenía que volver con el regimiento, o lo que quedaba de él. —Llevó a Maisie a un saloncito y se agachó a encender el fuego—. Hace fresco esta tarde, ¿no? —dijo atizando las llamas que subían por el tiro, y después se levantó y se apoyó contra la chimenea—. Decidí venir a presentar mis respetos y, si le digo la verdad, a ver cómo era el lugar donde había pasado todo. Al principio no sabía muy bien lo que pretendía; ¿para qué? Quiero decir que perdí mi niñez, a mis amigos, perdí mi corazón. —Negó con la cabeza para apartar los recuerdos—. Pero lo encontré de nuevo cuando conocí a Josette. Y ahora llevamos este negocio para todas esas familias que vienen a visitar los cementerios.

—Claro —dijo Maisie sonriendo a Josette, que le había llevado una taza de chocolate caliente.

—Y cuéntenos, señorita Dobbs. Seguro que estaba en Londres durante el armisticio, ¿verdad?

Maisie se quedó mirando las llamas mientras pensaba en el pasado, en un día que jamás olvidaría.

—Pues sí. Acababa de empezar a trabajar en un hospital en Camberwell tras una larga convalecencia. Recuerdo que tenía el día libre. Una de las enfermeras entró corriendo en la residencia en la que nos hospedábamos y nos dijo que la guerra había terminado. Así que

allí mismo decidimos ir a Trafalgar Square.

—¡No me diga! ¡Yo también estaba allí!

Maisie sonrió y después rio con los recuerdos que volvían a su memoria al escuchar la historia de Ted.

—Recuerdo que había muchos soldados australianos y que se dieron la mano y empezaron a bailar en círculo, y todo el mundo se puso a bailar y a gritar. Fue maravilloso. ¡La guerra había terminado!

El hombre se rio con ella.

—¡Pues yo era uno de aquellos tíos! Hicimos un corro enorme, ya le digo. Todos agitando banderas y buscando una chica con quien bailar. Qué pequeño es el mundo. Como un pañuelo.

Las risas se calmaron y los dos se quedaron mirando el fuego crepitante. Maisie sabía que habían pensado lo mismo, que la promesa de alegría que anticipaba el armisticio duró poco al comprender todos juntos que los desaparecidos ya no volverían a casa.

—Supongo que por eso tenía que volver, para presentar mis respetos a mis compañeros y despedirme una vez más. Ahora hago lo que puedo por las familias que vienen.

Maisie asintió con la cabeza.

—Entonces, tal vez pueda ayudarme, Ted.

—Lo intentaré, señorita Dobbs.

—Trabajé como enfermera cerca de Bailleul, en la Estación de Evacuación de Heridos. Pero todo ha cambiado mucho. No sé por dónde empezar y tengo solo un día antes de volver a París, y de allí a Inglaterra. ¿Sabe dónde estaba la estación? Debería haber un cementerio…

—¿Estuvo usted allí, señorita?

—Sí. Fui enfermera.

Ted negó con la cabeza.

—Aquella fue una de las historias más tristes que he oído. Murieron varios médicos y también un par de médicos alemanes, prisioneros de guerra que estaban trabajando con el cuerpo médico del ejército británico. Fallecieron cinco enfermeras, celadores y los chicos, claro.

Maisie asintió.

—¿Estuvo allí?

Ella apretó los labios y asintió de nuevo.

—Pobrecilla. Pobrecilla. Vamos, le enseñaremos su habitación. Se hará de noche enseguida, pero puedo llevarla. O tal vez sea mejor esperar a mañana por la mañana.

Maisie negó con la cabeza y dejó la taza en la mesita auxiliar.

—No, Ted, ya que he venido hasta aquí, quiero ir ahora.

TED TAVISTOCK AYUDÓ a Maisie a subir a su viejo Renault y condujo por las callejuelas hasta las afueras de la ciudad. Dejaron atrás un puñado de casas diseminadas y varios campos. Continuaba cayendo la misma lluvia oblicua y Maisie limpiaba la condensación que no dejaba de formarse en la ventana. Los escombros de la guerra seguían allí, pudriéndose y oxidándose en el suelo hasta que alguien considerase oportuno retirarlos. La mole de los tanques y las alambradas de espinos oxidadas eran un recordatorio constante, y al pasar por aquellos baches llenos de agua, Maisie sintió que los pies y las manos se le helaban, sintió los fríos dedos de la muerte toqueteándole la piel y el alma. «Aquí viven mis demonios. Aquí perdí mi niñez. Esto fue mi infierno en la tierra.»

Limpió los cristales de las ventanas de nuevo.

—Ya casi estamos. Conozco este sitio como la palma de la mano, señorita. He hecho de este lugar mi forma de vida, para poder ayudar a las familias que vienen, poder decirles dónde perdieron a su hijo. Soy un poco el detective del campo de batalla —dijo el hombre sonriendo y guiñándole el ojo.

Maisie asintió con la cabeza y se abrazó para entrar en calor. «Tendría que haber esperado. A lo mejor habría escampado. A lo mejor habría hecho sol, en vez de verlo así, igual que era entonces.»

—Ya estamos —dijo el hombre deteniéndose junto a una hilera de casas pequeñas con sus respectivos huertos. Eran viejas, pero Maisie no recordaba que hubiera viviendas cerca. Frunció el ceño.

—¿Seguro que es aquí, Ted?

El hombre cerró la puerta de Maisie, que se acercó a la hierba del bordillo y se caló el viejo sombrero *cloche* para protegerse la cara de la lluvia punzante.

—No se deje engañar por las casas. Las reconstruyeron hace unos años. ¿Ve que aprovecharon los cimientos antiguos? Se nota que los ladrillos de abajo del todo son más viejos.

Ella asintió. En el viaje por el norte de Francia, había visto por la ventanilla del tren o del taxi la imagen borrosa de casas en construcción, pueblos que volvían a levantarse sobre el paisaje devastado tras los bombardeos de 1918. Los gigantes habían arrasado las tierras, que ya volvían a ser fértiles. Pero las cicatrices seguían siendo visibles.

—¿Y dónde estaba la Estación de Evacuación?

—Por allí, señorita Dobbs.

Ted abrió la portilla de un terreno libre entre dos casas y pasó hacia el fondo. Allí, entre dos jardines, se elevaba hacia las nubes negras una Cruz del Sacrificio, siempre vigilante por encima de los muros que rodeaban el pequeño cementerio. Se tapó la boca con la mano y ahogó un sollozo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. El viento

pasaba silbando entre las casas como si fuera un túnel y casi no oyó a Ted, que le dijo que la esperaba en el coche. Y no quiso oír el crujido sobre la grava de otro coche más grande que se detuvo detrás del Renault.

Maisie se dirigió despacio al cementerio. En aquel lugar había pasado día tras día y noche tras noche de pie en la tienda que servía de quirófano, viendo la sangre manar de las heridas de guerra más horribles, siendo testigo de cómo se les iba la vida a tantos jóvenes y oyendo a todos ellos llamar a su madre, a su esposa o a su novia. La lluvia se mezclaba con las lágrimas y Maisie se arrebujó en el abrigo tratando de mantener a raya el frío. Quitó el pasador de la verja, entró en el cementerio y avanzó leyendo los nombres de tantos a los que había conocido escritos en sencillas lápidas de piedra. Le pareció que las nubes la envolvían; el viento gélido había empezado a soplar con más fuerza, pasaba aullando entre las casas, y seguía lloviendo. Alargó la mano y fue rozando las lápidas una tras otra, sintiendo que tocaba a los soldados de carne y hueso de la Gran Guerra. Cayó de rodillas y dejó que todo el peso de la pena derrumbara las compuertas de la presa de voluntariedad que le había llevado años levantar. «Ay, Dios mío, ¿por qué ahora? ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo? ¿Por qué sobreviví yo? ¿Por qué ellos murieron y yo sobreviví? ¿Por qué Simon perdió la cabeza y yo no? ¿Por qué? Dime por qué.»

Notaba el suelo frío y empapado calándole la ropa, pero permaneció de rodillas, aferrándose a la hierba como si quisiera despedazar sus recuerdos. Sintió que se hundía más y más, sintió que primero el hombro y después el rostro tocaban la tierra, y percibió voces sobre ella. Intentó abrir los ojos, pero la lluvia y las lágrimas no la dejaban; solo oía voces de hombres. Empezó a encogerse como si fuera una niña esperando a que su madre la tomara en brazos y la estrechara contra su pecho. Notó que una mano le rozaba la mejilla caliente con ansiedad y, a medida que se alejaba del fuego de artillería que le destrozaba la mente, el último recuerdo que le pasó por la cabeza fue el de la mano cálida que le tocaba la frente y una voz suave llamándola por su nombre: Maisie.

SOÑÓ DE MANERA intermitente y, aunque le pesaban los ojos en aquel estado de semiinconsciencia, oía voces que se acercaban y se alejaban, notaba unas manos suaves que le ponían un paño húmedo y tibio en la frente; y luego la luz tras los párpados cerrados se volvía oscuridad de nuevo y comenzaba a descender por la larga escalera otra vez. En uno de sus sueños, cada paso la acercaba más a un tribunal rodeado de llamas y fuego cruzado. El juez estaba sentado frente a ella con una

toga roja y negra, y no se le veía la cara con la peluca plateada cuando alargó la mano para coger el paño negro cuadrado y colocárselo en la cabeza, y acto seguido la señalaba con el índice y pronunciaba una única palabra: culpable. Y entonces se le veía la cara: sir Cecil Lawton. En otro sueño, se giraba y trataba de escapar del tribunal acusador trepando por las escaleras, mientras veía arriba del todo la silueta de una mujer y una niña recortada contra una potente luz a sus espaldas. La mujer le tendía la mano y con la otra estrechaba a la niña contra su cuerpo en un gesto de protección, pero Maisie no llegaba a la mano, no era capaz de subir los escalones ni siquiera arrastrándose, sino que resbalaba más y más hacia el tribunal de pesadilla.

De repente, se encontraba en la tienda quirófano, tratando desesperadamente de limpiar con una fregona el suelo cubierto de sangre.

—¿Qué haces, cariño?

—Intentar limpiar el suelo, mamá, pero cuando creo que ya está, me doy la vuelta y veo que me he dejado un trozo sucio. Y se forma un nuevo charco de sangre y otro. No consigo limpiarlo del todo —dijo levantando la mirada muy alterada.

La mujer la abrazó.

—Shhh, shhh, ya está. Déjalo ya, cielo, déjalo ya. Has hecho todo lo que has podido.

—¡Pero no está limpio! El suelo no está limpio. Tengo que…

—Shhh —respondió su madre poniéndole dos dedos en el centro de la frente—. Tu abuela tenía razón; el día que naciste, se fijó en esta arruga que se te formaba en la frente y me dijo: «Se va a preocupar por los demás. No va a estar tranquila nunca». —Le rodeó los hombros y salió con ella de la tienda a un largo pasillo. A lo lejos brillaba una lucecita, como una estrella solitaria en el cielo—. Vamos, cariño, es la hora. Ven conmigo.

Maisie notó que se le caía la fregona mientras acompañaba a su madre a través del pasillo. Se sentía pequeña y vulnerable, y se dejaba llevar, tranquila en el consuelo protector del amor de su madre. La luz se volvió más brillante y, conforme se acercaban, vio la silueta de un hombre en la entrada.

—Ya casi estás, Maisie, casi.

Al final del pasillo, la mujer redujo el paso y la soltó.

—Es hora de decirnos adiós.

Maisie se aferraba al delantal de su madre y se empeñaba en esconder la cabeza entre su cuello y su clavícula.

—¡No!

—Es hora de volver, Maisie. Vamos, yo velaré por ti.

Maisie echó a andar hacia el hombre como si tiraran de ella, pero se volvió justo en el momento en que su madre se disipaba en el pasillo a

oscuras. Quedó de nuevo inconsciente, pero oyó la voz amable de un hombre: Maisie, Maisie.

VOLVIÓ LA LUZ, despacio al principio, cuando abrió los ojos, y luego más deprisa, cuando consiguió enfocar la vista. Una colcha de encaje de color crema cubría un edredón suave, las confortables mantas y las sábanas blancas de algodón. Giró la cabeza hacia el jarrón de aromática lavanda que había en la mesilla e inspiró profundamente. «Estoy despierta. No estoy muerta. He vuelto.» Tragó saliva, tenía la boca seca. Al lado del jarrón habían dejado una bandeja con una botella de agua y un vaso cubierto con un pañito de encaje. Intentó incorporarse, pero un súbito dolor de cabeza la obligó a tenderse de nuevo. Esperó un momento y volvió a intentarlo. Al final, consiguió erguirse lo suficiente como para apoyarse en el codo y alcanzar la botella. En ese momento, oyó el crujido de la escalera, se abrió la puerta y entró Josette.

—¡Ay, *mademoiselle*, se ha despertado! Yo la ayudo. Y hay que decírselo a su amigo.

Maisie negó con la cabeza, porque se le había nublado la vista de nuevo. Se frotó los ojos.

—¿Qué amigo?

Josette llenó el vaso de agua y se sentó sobre la cama para ayudarla a calmar la sed.

—*Monsieur* Blanche. Ha estado a su lado muchas horas. *Monsieur* Huntley también está esperando.

—Ay, Dios mío —dijo Maisie tumbándose sobre las almohadas—. ¿Cuánto llevo aquí?

—Dos días nada más.

—¡Dos días! —Se echó hacia delante y retiró las mantas—. No puedo permitirme dos días —dijo tratando de levantarse, pero la habitación le daba vueltas y volvió a sentarse en la cama—. Ay, madre mía.

—Será mejor que descanse. Le traeré unos huevos. Tiene que recobrar las fuerzas. —La mujer sonrió mientras la tapaba—. Y le diré a *monsieur* Blanche que está despierta. Estaba muy preocupado.

Maisie se acomodó entre las almohadas. Los sueños empezaron a filtrarse en su mente consciente. Se estremeció. ¡Dos días! ¿La habrían sedado o simplemente se había hundido en el abismo y acababa de salir a la superficie? Casi le daba miedo ver a Maurice. Las escaleras crujieron de nuevo y llamaron a la puerta antes de abrir.

—¿Cómo te encuentras? —Maurice acercó una silla a la cama y se sentó.

—Siempre serás médico, Maurice. En verano hiciste guardia junto a la cama de mi padre y ahora haces lo mismo conmigo.

Maurice inclinó la cabeza y sonrió.

—Es mi vocación —dijo, pero enseguida se puso serio—. Llevas mucho tiempo sufriendo, Maisie.

Ella apartó la mirada y la dirigió primero a la ventana y después a la colcha, donde encontró un hilo suelto.

—No tengo motivos para sufrir. Soy de lo más afortunada. De hecho, este año ha sido una maravilla si pensamos en el trabajo y la buena suerte que he tenido.

—No como esos que no regresaron del frente y esos que perdieron a sus seres queridos, ¿no? No como Simon, o Priscilla o todos esos nombres del cementerio.

Maisie asintió con la cabeza.

—No sé por qué vuelve a pasarme esto. No lo entiendo. Ahora que todo parece irme bien.

—Esa es la razón, Maisie. A menudo vemos desmoronarse a otros, pero no nos fijamos en lo que nos ocurre a nosotros. Me esperaba esto desde hace tiempo. —Guardó silencio un momento, y después se levantó y se puso a andar de un lado para otro sin perderla de vista—. Ya sé que descansaste cuando regresaste de Francia, te recuperaste y pudiste retomar el trabajo. De hecho, fue eso precisamente lo que te ayudó. Pero a medida que pasa el tiempo, nos damos cuenta de que la ropa de antes ya no nos sienta bien, deja de valernos. Al crecer y madurar, el velo de la recuperación ya no cubría el dolor que sentías, la culpa por haber sobrevivido. Este ha sido un año de abundancia en muchos aspectos: esforzarte en el trabajo te ayuda y gozas de la atención de un hombre que te aprecia de corazón. Los problemas con tu padre se han solventado. Lo que te ha pasado era de esperar, Maisie. ¡Y los casos que has aceptado! ¡Hija mía, eres humana!

Maisie se tapó hasta la barbilla como si fuera una niña. Sabía que Maurice se daría cuenta.

—No tenías necesidad de asumir más responsabilidad por la chica, ni aceptar la petición de Priscilla, aunque admito que has encontrado respuestas, pero asumiendo un riesgo terrible para ti.

Maisie notó el sabor amargo y salado en la boca. Tenía que defender sus decisiones.

—Tenía que hacer algo, Maurice. Tenía que ayudar a la chica. No he parado de darle vueltas al caso. Sé que Billy tiene más información y que me he ausentado más tiempo del que debería, pero creo que es inocente y quiero demostrarlo. Creo que puedo hacerlo.

Maurice negó con la cabeza.

—Yo soy el responsable de que tengas ese ímpetu que te lleva a ponerte en peligro.

Maisie alargó la mano cuando pasó a su lado.

—Y tenías razón, Maurice. Puedo ayudar a esa chica, lo que hago puede ayudar a la gente. Tengo que regresar ya a Inglaterra. Debo continuar.

—¿A costa de qué? Primero tienes que ayudarte a ti misma, Maisie. Tienes sentimientos encontrados en el caso de Lawton y debes protegerte de alguien que querría verte muerta.

—Entonces, ¿me crees?

—¡Pues claro que te creo! Envenenaron a Teresa. Tu coche quedó chafado y por poco te arrolla el metro.

—Yo creía…

—Mi trabajo consiste en hacer preguntas, Maisie.

—¿Podemos volver ya a Inglaterra? Tengo trabajo que hacer.

Maurice la miró sin soltarle la mano.

—Nos marcharemos mañana por la mañana. Regresaré a Londres contigo. Pero tienes que prometerme que descansarás cuando cierres estos casos.

—Pero no puedo dejar solo a Billy otra vez.

—Puedes retirarte un poco hasta que te recuperes por completo, en cuerpo y alma. Y tenemos una conversación pendiente tú y yo. Después de todo soy médico y en este momento tú eres mi paciente. Tienes que curarte.

Josette entró con una bandeja. La habitación se llenó del aroma de los huevos escalfados con pan tostado crujiente, aunque la mujer le hubiera preparado más de lo que podía comer.

—Descansa, Maisie. Nos marcharemos mañana si considero que estás bien para ello.

Maisie asintió con la cabeza y se reclinó mientras Josette colocaba la bandeja sobre la colcha. La dejó a solas comiendo, despacio y masticando bien cada bocado antes de tragar y pasarlo con un sorbo de infusión caliente. Solo pudo comerse un huevo y una rebanada de pan; después dejó la bandeja al pie de la cama. Se reclinó de nuevo sobre las almohadas, consciente de que Maurice tenía razón. Pero aún tenía otra herida, una que llevaba abierta tanto tiempo que había empezado a sangrar de nuevo. Echaba de menos a su madre, la mujer que la había dejado tantos años atrás.

TERCERA PARTE

Inglaterra, finales de septiembre, principios de octubre de 1930

26

MAURICE INSISTIÓ EN que regresar en tren sería agotador para Maisie y sacó los billetes para el vuelo de Imperial Airways desde París hasta el aeródromo de Croydon. Eric había ido a buscarlos con el viejo Lanchester de los Compton para llevarlos a Ebury Place.

Hacía sol y una temperatura agradable, aunque las hojas, que seguían estando verdes cuando se marchó, ya habían cambiado al marrón y el dorado, y el vapor ocre de la niebla mezclada con el humo de la ciudad empezaba a espesarse a medida que la gente encendía las chimeneas por la noche para calentarse. Nada más llegar a la mansión de Belgravia, Maurice ordenó a Sandra que acompañara a Maisie a su habitación y le prescribió varios días de descanso, orden que Maisie estaba demasiado débil para contradecir, aunque sí insistió en ver a Teresa.

—Lo siento mucho, Teresa, no te habría dado los bombones si lo hubiera sabido.

—¡Pues claro que no, señora, sé que no lo hubiera hecho! Y tampoco me ha venido mal del todo. Había echado cintura y ahora por fin me sienta bien la ropa que el mes pasado no me valía. Fíjese que estuve a punto de dársela al trapero.

—Una forma un poco drástica de aprovechar un vestido, Teresa, pero me alegro de que estés bien.

—Pero tuve que hablar con ese inspector Stratton.

—Me alegro. Supongo que yo también lo veré pronto.

—Ah, sí, señora, ya lo creo. Dijo que vendría por aquí en cuanto regresara usted. ¿Le apetece una taza de té?

Maisie sonrió y se reclinó en el sillón.

—Me encantaría.

AUNQUE MAURICE HABÍA dejado instrucciones de que Maisie no debía agotarse con visitas, dejó que Billy fuera a verla poco después de llegar a Londres. También la llamaron por teléfono Priscilla y Cecil Lawton. Andrew Dene había dejado mensaje de que salía hacia Londres.

—Tiene cara de cansancio, señorita —dijo Billy nada más entrar en el salón de Maisie. Se mostraba incómodo y no dejaba de toquetear la

gorra. Cuando lo invitó a sentarse, lo hizo en el borde mismo de un sillón enfrente del de Maisie, como para levantarse de un salto y salir corriendo de un momento a otro.

—Estoy bien, Billy. Y ahora cuéntamelo todo. Empieza por Avril Jarvis. Dime cómo te fue en la segunda visita a Taunton. ¿Tienes idea de si ha habido algún avance en la investigación de Stratton? ¿Se ha puesto Lawton en contacto con la oficina?

Billy asintió y se inclinó hacia delante para contarle todo lo que había hecho en su ausencia. En vez de interrumpirlo con preguntas, porque sabía que se aturullaba, esperó a que terminara el relato.

—Así que, ¿crees que su madre oculta algo?

—Sí, señorita. Como le he dicho, se puso muy nerviosa. La policía había ido a verla, pero solo para confirmar detalles sobre el día que se marchó Avril. Y uno de esos pesados de la prensa había estado siguiendo a la pobre mujer.

—Supongo que es algo nuevo en un pueblo tan pequeño. Pero te dejó entrar, y eso es lo que importa.

—Le dije que queríamos ayudar a su hija. Pero aun así la noté nerviosa. No hay que olvidar que lo pasó muy mal después de perder al padre de Avril. Tenía solo veinte años cuando la palmó. Veinte y ya tenía un bebé en camino. Y después se casó con ese hombre que las zurraba a las dos.

—¿Y la tía?

—Pues era la hermana de su primer marido, como ya sabe. Al parecer, nunca le cayó bien el nuevo, pensaba que la madre de Avril se había equivocado, y era cierto. Por eso tomó a Avril bajo su protección, en cierta manera. Dijo que la madre de la chica era una mujer de carácter débil, incapaz de defender a los suyos.

Maisie se levantó y se tambaleó un poco, pero se apoyó en el sillón y luego comenzó a andar de un lado para otro.

—Señorita, creo que no debería hacer eso. El doctor Blanche ha dicho que…

—Estoy pensando, Billy.

—Pero, señorita…

—Billy, ¿la madre se mostraba intimidada por la tía?

—Yo diría que sí. Claro que la tía trataba de echarle una mano, como haría cualquiera. Al fin y al cabo son familia. Pero no tenía miedo de dar su opinión. Y además, como sabemos, la gente del pueblo pensaba que se cargó al segundo marido con una de sus pociones.

Maisie seguía caminando de un lado para otro y se detuvo junto a Billy.

—Tengo que ver a Avril. Tengo que hablar con ella. Voy a decírselo a Stratton.

—Pero el doctor Blanche ha dicho que…

—Ya sé lo que ha dicho, Billy. Descansaré cuando termine, pero quiero darle a sir Cecil Lawton la munición necesaria para conseguir que suelten a la chica que creo que es inocente, ¡este no es momento de descansar!

Billy se cambió la gorra de una mano a la otra y bajó la cabeza.

—Y hablando de sir Cecil…

—Perdona por haberte contestado así, Billy —dijo Maisie negando con la cabeza—. Has trabajado mucho en mi ausencia. Háblame de Lawton.

—Bueno, quiere saber cuándo irá a verlo para llevarle el informe. Le dije que había pillado usted un buen resfriado en Francia y que lo visitaría la semana que viene.

Maisie asintió con la cabeza.

—Muy bien. Es una mentirijilla, pero me da un poco de tiempo.

—Qué asunto más raro el suyo —dijo Billy mirándola—. Supongo que lo único que puede hacer es decirle lo que el hombre ya sabe, ¿no? Que su hijo está muerto.

—Sí, podría decirse así. Solo necesito un poco más de tiempo para pensar en cómo decírselo. —Hizo una pausa antes de seguir, pero cuando miró a su ayudante, se dio cuenta de que sabía que mentía—. Y ahora volvamos con Stratton.

—No podemos olvidar tampoco que aún no sabemos quién está detrás de esos acontecimientos tan extraños, señorita.

—No se me ha olvidado, Billy.

—Sé que va a pasar por aquí a verla en breve. De hecho, habló de ponerle protección.

Maisie negó con la cabeza.

—De eso nada. No pienso ir por la ciudad con algún policía novato de Scotland Yard pisándome los talones. Ni hablar.

—Yo solo se lo digo.

—Ya lo sé, Billy. ¿Algo más?

Billy sacó una carpeta enrollada del bolsillo interior del abrigo.

—Dos clientes más, señorita, casos nuevos. He hecho lo básico, como me enseñó, y he concertado una cita con cada uno para reunirse con usted la semana que viene —dijo pasándole la carpeta con una sonrisa.

Maisie hojeó las notas y asintió con la cabeza.

—Buen trabajo, Billy. Lo has hecho muy bien en mi ausencia y estoy muy contenta. Bueno, iré a la oficina un rato mañana por la mañana. Stratton pasará por aquí dentro de una hora y le pediré permiso para ver a Avril.

Acompañaron a Billy a la salida, que se detuvo un momento en los escalones de la entrada para subirse el cuello del abrigo, porque se

había levantado un aire frío de repente. Negó con la cabeza y sacó del bolsillo un paquete de Woodbines, encendió un cigarrillo haciendo un cuenco con las manos y entornó los ojos cuando le subió el humo a los ojos. Lo había visto antes, durante su convalecencia después de la guerra. Había visto a un hombre jurar que se encontraba bien, que los médicos le habían arreglado la cabeza, y, sin darse ni cuenta, encontrarse más al borde del precipicio que nunca.

MAISIE RECIBIÓ A Stratton en la biblioteca para hablar sobre los bombones envenenados que habían estado a punto de matar a Teresa si Sandra no hubiera actuado tan rápido. No había ninguna pista de la procedencia del regalo, por lo que el inspector no sacó nada en limpio con sus preguntas, sobre todo porque Maisie se mostraba reservada en sus respuestas para no desvelar mucho sobre el caso Lawton y la búsqueda de la tumba de Peter Evernden.

—No podemos pasar por alto que esto podría estar relacionado con el caso Jarvis, y no podemos olvidar a la tía loca de la chica.

—Dudo que tenga que ver con eso, inspector.

Stratton frunció el ceño.

—¿Que lo duda?

—Yo no quiero hacer daño a Avril Jarvis y soy la única que puede prestarle ayuda en su causa.

—¿Prestarle ayuda en su causa? Ah, ya, Lawton. Pero debe recordar que primero vino a la comisaría a interrogarla a petición de Scotland Yard. Por lo que respecta a la tía, usted es una de nosotros.

—Ah, no lo creo —dijo ella negando con la cabeza.

—No creo que ser una de nosotros sea tan malo.

—¿Y qué hay de los otros incidentes?

—Eso digo yo. ¿Qué hay de los otros incidentes? Debería habernos informado.

—Usted estaba al tanto de mi accidente con el coche.

—Pero también está el intento de empujarla a las vías del metro.

—¿Se lo ha contado Billy?

—Pues claro. Se sintió culpable cuando se enteró del intento de envenenamiento. Según parece, al principio no la creyó.

—Me pregunto para quién trabaja en realidad.

—Oh, yo no me preocuparía. Ese hombre le es fiel como un perro pastor. Mire, lo único que quiero es tener todos los detalles. Y quiero ponerle protección.

—Sí a lo primero, no a lo segundo, inspector.

Stratton se dirigió a la ventana y se volvió hacia ella. Al ver cómo se movía, Maisie supo que estaba buscando la manera de sacar un tema

complicado y creía saber de qué se trataba.

—Señorita Dobbs, creo que se ha topado con el servicio secreto. ¿Se ha planteado, y esto se lo digo en absoluta confianza, que pueda encontrarse en peligro por algún tipo de información sobre la que ahora tiene usted conocimiento?

—Sí, inspector, lo he hecho. Puede estar tranquilo, estoy a salvo en ese aspecto. No puedo decirle más, pero estoy a salvo.

—Me alegro —dijo y guardó silencio un momento—. Porque hay enemigos de los que puedo protegerla, pero ese está fuera de mi alcance. Aunque mientras esté usted a salvo…

Maisie sonrió al ver en los ojos de Stratton una preocupación excesiva para un colega con el que colaboraba de forma ocasional, más propia de alguien que unos meses atrás le había declarado su deseo de una amistad que fuera más allá del ámbito laboral.

Se produjo un silencio incómodo entre ambos. Y al final, el inspector cogió el sombrero que había dejado en una mesa auxiliar al llegar.

—Bueno, señorita Dobbs, llámeme de inmediato si tiene alguna información adicional para nosotros. Mientras tanto, proseguiremos con nuestra investigación, sobre todo en lo relacionado con la obtención de las sustancias utilizadas para intentar acabar con su vida.

Maisie se levantó y le tendió la mano.

—¿Me avisará usted de cuándo puedo visitar a Avril Jarvis en Holloway? Me gustaría verla lo antes posible.

—El doctor Blanche ha dicho…

—Inspector, tengo intención de retomar el trabajo mañana. Puedo ir a visitarla en cuanto usted lo organice para que pueda ir.

El inspector suspiró.

—Muy bien, pero deme unos días para solucionarlo —dijo tocándose el ala del sombrero a modo de despedida. Cuando se dirigía a la puerta que conducía al vestíbulo, esta se abrió de golpe y entró Andrew Dene a la carrera.

—Maisie, querida, he venido tan rápido como he podido.

—¡Ay! —exclamó Maisie sorprendida dando un paso atrás para evitar que la tomara en brazos, pues sabía que el gesto resultaría embarazoso para Stratton—. Andrew, te presento al inspector Richard Stratton, de Scotland Yard. Inspector Stratton, este es mi amigo, el doctor Andrew Dene.

El inspector le tendió la mano y el médico se la estrechó con su sonrisa abierta habitual.

—Me alegro de conocerlo, inspector. A encerrar delincuentes, ¿eh?

Stratton miró a ambos.

—Por supuesto —respondió y sonrió a Maisie—. Ya la llamaré para confirmar lo de mañana, señorita Dobbs.

Cuando el inspector se marchó, Andrew la abrazó.

—Estaba muy preocupado por ti, y tu padre aún más. Ven conmigo a Chelstone o a Hastings, Maisie. Sé que Maurice te ha dicho que descanses. Deja que te saque de Londres.

—No, Andrew, aún no. He llamado a mi padre por teléfono, sé que está muy preocupado, y le he dicho que estoy bien. Sé que es probable también que lady Rowan esté muerta de preocupación. Te prometo que estoy bien. La emoción al volver a Bailleul me superó, nada más. Ya se ha pasado y me pondré bien. —Él abrió la boca para objetar, pero ella se lo impidió poniéndole el dedo en los labios cariñosamente —. He de terminar esto, Andrew. Después, descansaré. Pero mi trabajo es mi prioridad.

El médico bajó la cabeza y al rato la levantó y la miró.

—Sí, ya lo sé.

DABA LA SENSACIÓN de que Maisie estaba tardando más en recuperarse de lo que ella esperaba, aunque a nadie le sorprendió. Pero cada día se ponía más fuerte y se ocupaba de sus tareas de una en una. Había recibido una carta de Priscilla en la que le contaba lo maravilloso que había sido conocer a Pascale, lo mucho que la niña quería a su abuela y los planes que tenían de levantar un monumento en honor a su querido Peter en el bosque en el que Maisie había encontrado las chapas identificativas. Ellas no sabían nada del hallazgo, solo que a Peter le gustaba caminar por allí porque le recordaba a su hogar de la infancia. Los hijos de Priscilla estaban ansiosos por conocer a su prima y tenían planeado que pasara los veranos en Biarritz con ellos, aunque aún tenían que consultárselo a su abuela.

Maisie hizo también algunos recados urgentes que tenía pendientes, como envolver cuidadosamente el diario de Peter en papel de seda primero y después en papel de estraza y atarlo con una cuerda, para después meterlo en una caja en la que puso en letras grandes el nombre de Pascale Clement. Escribió una carta para Priscilla en la que le indicaba que nadie excepto Pascale debía abrir el paquete. Tras sacarle brillo a la caja metálica y dejarla como nueva, Maisie volvió a introducir las chapas identificativas, la envolvió en papel de seda y la guardó en la caja grande con el regalo para Pascale. La cerró y escribió la dirección para enviarla a Biarritz. La carta no daba ningún detalle sobre cómo había dado con el tesoro, solo explicaba que le parecía que lo justo era que la cajita metálica y su contenido pasara a manos de Pascale, aunque no debía contarle a nadie que la tenía.

STRATTON LE INDICÓ que le había organizado una visita con Avril Jarvis el martes, 30 de septiembre, a las diez de la mañana, y que le habían concedido la visita en privado que había solicitado. El Invicta negro llegó a las nueve y cuarto; era un poco pronto, pero así le daría tiempo a hablar con la directora de la prisión de mujeres. Previsora como era, Maisie se había levantado temprano para su meditación. Había ido en taxi hasta Hamstead para conversar con Khan y disfrutar después de un rato de silencio y quietud absoluta. En esas horas de meditación había vuelto a ver el punto de luz que iba haciéndose cada vez más grande. Se estaba apartando del borde del abismo. Se estaba curando.

—Pensé que le gustaría ver la copia del informe final del forense, aunque para el resto de gente que trabaja aquí, no lo ha visto —dijo Stratton sacando unos papeles de un maletín para que Maisie los estudiara en el coche.

Maisie hojeó el informe y luego leyó con detenimiento cada página.

—El asesino era diestro y la segunda puñalada entró por aquí —comentó tocándose por encima del chubasquero a la izquierda del esternón—. Mmm. Y suponen que una chica de trece años tiene la fuerza suficiente para atravesar con un cuchillo la ropa, la carne y el hueso.

—La furia brinda una fuerza prodigiosa. Ya lo sabe.

—¿Y usted no estaría furioso?

—No digo que merezca que la ahorquen, por el amor de Dios. Su amigo Lawton intentará conseguir una acusación de homicidio involuntario en vez de cadena perpetua, sin duda. Por suerte, es demasiado joven para ver el paño negro.

Maisie se acordó del juez de sus sueños poniéndose el paño negro encima de la peluca plateada. Suspiró exasperada y le devolvió la carpeta a Stratton, se reclinó en el asiento y cerró los ojos mientras revivía su primer encuentro con Avril Jarvis. Lo repasó una y otra vez, concentrándose en un movimiento particular de la chica cuando alargó el brazo… ¿para qué? ¿Alcanzar el agua? Y después recordó cuando le tocó la espalda y percibió la tensión, que le advertía que guardaba un secreto. Abrió los ojos.

Los muros almenados y ennegrecidos por el humo de la cárcel de Holloway se alzaban a lo lejos. Las puertas se abrieron para permitir el paso al coche, que se detuvo a la entrada para que los pasajeros bajaran. Tras la reunión con la directora, los condujeron a una salita, no muy diferente de la de la comisaría de Vine Street en la que había visto a la chica aquella primera vez, aunque la de la prisión no tenía ventana. En el centro había una mesa con una silla de madera maciza a cada lado. Maisie eligió la que estaba frente a la puerta, por la que

entraría Avril.

—Esperaré fuera —dijo el inspector antes de salir.

Pasaron unos minutos hasta que alguien abrió e hicieron entrar a Avril Jarvis. La vigilante la empujó hacia la silla y se quedó en un rincón.

—No hay necesidad de que me proteja. Puede esperar fuera.

—Si no le importa, señora…

—Por favor, salga.

La vigilante la miró con un brillo de rabia en los ojos.

—Estaré fuera.

—Sí, claro.

Maisie sonrió y le dio las gracias a la mujer, que sabía que estaba obligada a permanecer en la sala, pero que en aquel caso había recibido instrucciones de dar a la prisionera y a la mujer un poco de manga ancha.

Maisie observó a la chica. Pese a estar encerrada, tenía mejor aspecto que la primera vez. Era patente que el infierno que estaba viviendo en la cárcel era menos oscuro que el anterior.

—¿Cómo estás, Avril?

—Estoy bien, señorita.

Maisie se levantó y rodeó la mesa con la vista fija en Avril, hasta que, al final, la chica tuvo que levantar los ojos para mirarla.

—¿Qué hace, señorita?

—Hacer que las paredes se desmoronen, Avril.

La chica se mostró acobardada y frunció el ceño.

—Levántate —ordenó Maisie con voz amable pero firme.

Avril apartó la silla y se levantó, los brazos caídos a lo largo de los costados. Maisie se fijó en que tenía el brazo derecho ligeramente más corto. Había sido cuando hizo ademán de tomarle el brazo para lavárselo en aquel primer encuentro cuando Avril se encogió.

—¿Mataste a tu tío?

—Supongo que sí.

—¿No te acuerdas?

—Es lo que dije, lo que he dicho todo el rato.

—¿Podrías haberlo matado?

—¿Podría, señorita?

—Sí, ¿podrías?

—Bueno, no era ningún santo, así que supongo que sí.

—Avril, estás mintiendo.

—No, señorita, no miento.

—Avril, admito que pudieras haberte desmayado. Admito que pudieras haber tenido ganas de matar a un tipo brutal como aquel, pero sé que no podrías haberlo hecho.

Avril bajó la cabeza. Maisie se colocó justo delante de ella.

—Avril.

—¿Sí, señorita?

—Mírame.

Avril obedeció.

—Quiero que levantes la mano derecha y me golpees con todas tus fuerzas.

La chica abrió tanto los ojos que Maisie casi sonrió.

—No puedo hacer eso, señorita.

—Nadie puede verte. Estamos tú y yo solas. Vamos, haz lo que te digo. Golpéame con todas tus fuerzas.

Avril tragó y levantó la mano izquierda.

—No, Avril. Tú no eres zurda, eres diestra. La mano derecha.

Avril Jarvis levantó la mano derecha y con la cara roja descargó el puño con toda su fuerza sobre Maisie, que cerró los ojos cuando este le impactó contra el pecho. No se cayó hacia atrás, no perdió el equilibrio. Cuando abrió los ojos, vio a la chica allí de pie llorando.

—No podrías haber matado a aquel hombre, Avril. Si no has podido moverme a mí —dijo Maisie rodeándola y presionando ese punto en la espalda que le decía que guardaba un secreto—. Este es el músculo de tu espalda que hace todo el trabajo, ¿a que sí, Avril? El que compensa lo de tu brazo. Súbete la manga, hasta el hombro.

La chica se subió la manga del tosco uniforme y dejó a la vista el brazo doblado por encima del codo.

—¿Qué te ocurrió, Avril? —preguntó Maisie sacando un pañuelo del bolso para entregárselo.

—Yo tenía diez años cuando mi padrastro empezó a decir que tenía que venir a Londres. Estaba asustada, señorita, muerta de miedo. Intenté escaparme, pero me encontró y me llevó a rastras a casa. Me dio una paliza, dijo que no servía para nada y que no merecía la pena gastar dinero en alimentarme. Yo trabajaba en el campo por entonces, aunque el hombre de la junta escolar fue a nuestra casa, pero no quiso saber nada cuando vio a mi padrastro, le daba miedo. Volví a escaparme y fue a por mí, borracho, ya sabe. —Se sorbió la nariz y se limpió los ojos y la nariz con el pañuelo—. Así que pensé que matarme sería lo mejor, porque así no podría tocarme. Me quitaría del medio, no tendría que hacer nada si estaba muerta.

Maisie asintió.

—Continúa.

—Un día vino y me dijo que iba a mandarme a trabajar a Londres y mi madre se puso a llorar y a decir que no, que no y que no, así que salí corriendo y me escondí en un árbol; cuando subió para llevarme a rastras, me dejé caer. Yo estaba en lo más alto del árbol. Me rompí un brazo. Y también me hice daño en la espalda. Por eso no tengo fuerza. Claro que no teníamos dinero para pagar al médico, así que mi

padrastro me puso un trozo de madera junto al brazo y me lo vendó, y dijo que cuando estuviera en Londres, ya ni me acordaría. Tenía doce años cuando llegué. Y el brazo sigue doliéndome. —Empezó a llorar de nuevo y Maisie la abrazó—. Yo solo quiero volver con mi madre, señorita.

—Y lo harás, Avril. No te preocupes, volverás con ella.

ERA CASI DE noche cuando Maisie llegó a Ebury Place. Stratton había ordenado a su chófer que la llevara mientras él permanecía en la prisión. Subió directamente a su habitación y solo se detuvo para aceptar el ofrecimiento de Sandra de subirle una bandeja con la cena más tarde, un trozo de bacalao al vapor para recuperar las fuerzas.

El fuego ardía en la chimenea. Se quitó el abrigo, lo colgó en el respaldo del sillón y se dejó caer en él frotándose las sienes. Las imágenes del día volvieron a su mente mientras poco a poco soltaba la tensión de las últimas horas. Había llamado a Stratton y a la vigilante, que habían entrado en la sala vacía en la que Avril y ella seguían de pie, y le puso la mano entre las escápulas para animarla a que se irguiera. No podía permitirse que la vieran encogida. Avril Jarvis tenía que estar erguida y firme, y Maisie se aseguró de que vieran que era fuerte, aunque se derrumbara cuando llegara a su celda.

—Inspector Stratton, me gustaría hablarle de la minusvalía física que sufre la señorita Jarvis.

El inspector frunció el ceño, pero sabía que Maisie no era de las que perdían el tiempo.

—¿De qué se trata?

—Súbete la manga, por favor —le pidió Maisie a Avril, que obedeció y le mostró el brazo lastimado y más delgado—. Como ve, la señorita Jarvis sufrió un golpe hace tiempo que le dejó el brazo débil y deformado, aunque no se aprecie a simple vista. Ha aprendido a compensarlo.

Stratton se inclinó para observar la extremidad más de cerca. La chica empezó a temblar de forma visible, pero recuperó la compostura cuando Maisie le sonrió y le tocó el hombro.

—El caso es que la señorita Jarvis tiene poca fuerza en ese brazo. Como es natural, tendrá que pedir que un médico evalúe su capacidad y destreza física, aunque creo que deberían haberlo visto en el examen médico preliminar.

—¿Qué quiere decir, señorita Dobbs? —Stratton la miró directamente. Sabía muy bien lo que quería decir.

—La señorita Jarvis apenas puede empujarme con ese brazo y mucho menos podría clavar un cuchillo a un hombre en el corazón.

El inspector se volvió hacia la vigilante.

—Por favor, lleve a la señorita Jarvis a su celda.

—Vamos, Jarvis. Y no te entretengas, camina —dijo la mujer agarrándola por el brazo izquierdo.

La puerta se cerró tras ellas.

—Ya lo hemos discutido, señorita Dobbs. Lo de la rabia, la furia.

Maisie negó con la cabeza.

—Como sabe, tengo conocimientos médicos, por lo que he podido hacer una evaluación preliminar y lo repito, me sorprende que nadie se fijara antes. —Lo miró y empezó a caminar de un lado para otro—. Otra evaluación, de un cirujano ortopédico tal vez, junto con una nueva consulta al forense, confirmará que Avril Jarvis no mató al hombre que en teoría era su tío. No podría haberlo hecho.

—Y si ella no lo hizo, ¿quién fue? —preguntó él negando con la cabeza.

—Ah, eso no puedo decírselo yo. Está claro que la chica fue la primera en llegar a la escena. Le sacó el cuchillo del pecho, acto que hizo que perdiera el conocimiento, y no recuerda lo que pasó después. —Hizo una pausa y sacó el as que tenía en la manga—. Podría valorar la posibilidad de que la chica desconozca por completo la identidad del asesino, inspector. Su «tío» era un inútil del Soho con amistades sospechosas. Si una chica de trece años no lo mató, estoy segura de que podría usted hacer una lista de indeseables y delincuentes conocidos que no tendrían ningún problema en acabar con su vida.

Stratton suspiró, negó con la cabeza y se volvió hacia la puerta, invitándola a pasar a ella antes con un gesto de la mano.

—Tengo trabajo que hacer aquí, señorita Dobbs. Tendré que verla de nuevo. Sin embargo, creo que podemos suponer que, si sus sospechas se corroboran, Avril Jarvis será puesta en libertad y devuelta a su familia a su debido tiempo.

Maisie sonrió con la vista puesta en el fuego. «Volverá a casa con su madre.»

Salió de su habitación solo una vez antes de que le subieran la cena. Llamó a sir Cecil Lawton desde la biblioteca, aunque no consiguió dar con él, y ordenó al pasante que le informara de que iría a verlo a su casa de campo el viernes, y que la avisara si finalmente no podía. Maisie tenía intención de hacer el viaje en tren, aunque Eric le había dicho que el MG estaba «¡Listo si usted lo está, señorita!». Pero no estaba lista.

Como es natural, podría haber visto a sir Cecil en su despacho de Londres. Sin embargo, su cliente, el padre que le había pedido que buscara pruebas de que su hijo estaba muerto para quedarse con la conciencia tranquila, no era el único a quien quería ver en la finca de Cambridgeshire.

27

EN LOS DOS días que pasaron entre la visita a Holloway y el viaje a Cambridgeshire el viernes, Maisie había estado en su despacho de Fitzroy Square, aunque no llegaba hasta media mañana y salía antes de las cuatro, tres horas largas antes de su hora de salida habitual. Tenía otra reunión con Stratton sobre el caso Jarvis y también había que empezar ya con el trabajo preliminar para los clientes nuevos que habían acudido para contratar los servicios de Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora, que habían hablado con Billy mientras ella estaba en Francia. Parecía que habían pasado semanas desde su viaje, pero tenía que recordar otra vez su peregrinación para hablar con Lawton. Y aún no había redactado el informe escrito ni había dado forma a la conversación que debería mantener con él.

Maurice se había quedado unos días en la ciudad para seguir de manera personal los progresos de Maisie. Aunque no estaba de acuerdo con el empeño que ponía su protegida en trabajar, era consciente de que la vuelta a la rutina la había apartado del abismo emocional al que la abocaban sus recuerdos. Andrew Dene había vuelto a Hastings, pero no sin antes arrancarle la promesa de que pasaría el fin de semana en Chelstone con su padre y se quedaría allí hasta el lunes.

El día tres de octubre por la mañana partió hacia Cambridgeshire. El chófer de sir Cecil la recogió en la estación para llevarla a Saplings. Brayley, el criado, salió a recibirla cuando el coche se detuvo en la puerta. Hizo una reverencia evitando mirarla a los ojos y se ofreció a quitarle el abrigo.

—Sir Cecil la recibirá en la sala de visitas, señorita Dobbs —dijo como si nunca hubieran conversado en una calle de Cambridge, como si no le hubiera advertido que dejara la investigación en nombre de su empleador.

—Gracias —respondió ella sin esperar a que la acompañara. Llamó antes de entrar.

—Ah, señorita Dobbs, buenos días. Tengo entendido que no se encontraba bien, que se resfrió en el viaje a Francia —dijo Lawton ocultando el nerviosismo tras una charla intrascendente—. He de decir que es probable que sea culpa mía por enviarla hasta allí en una búsqueda inútil, pero me alegra que haya ido y que haya llevado a cabo una investigación tan minuciosa según mis instrucciones. Aunque

ya le digo que no es que no supiera ya lo que me va a decir…

—¿Puedo sentarme, sir Cecil?

Le pareció interesante que aquel hombre que tan seguro de sí mismo se mostraba en los tribunales, su terreno favorito, fuera tan torpe fuera de ellos. Aunque no había que olvidar que aquella no era una entrevista normal y corriente.

—Sí, por favor. Brayley vendrá enseguida con el café. Me muero de ganas de tomar una taza.

—Sir Cecil, he sacada varias conclusiones sobre su hijo.

Cecil Lawton estaba sentado al borde de su sillón de cuero capitoneado. Al darse cuenta de que esa postura no le daba el aspecto de hombre influyente que era, se sentó en el centro del sillón y trató de adoptar una más relajada.

—Continúe.

—Comencé comparando las notas de Ralph con los historiales que nos han dado para comprender lo que ocurrió en Francia. Puedo decirle que su hijo fue un aviador valiente que sirvió a su país con un altísimo nivel de profesionalidad. Aceptó las misiones más peligrosas.

El hombre asintió con la cabeza. Maisie hizo una pausa para observar la postura del hombre, su actitud. «¿Será tristeza? ¿Está dando muestras de arrepentimiento?»

—De hecho, creo que es posible que no sepa que en varias ocasiones transportó agentes de inteligencia a su campo de operaciones tras las líneas enemigas, un trabajo que exigía destreza y valor. —Nueva pausa. Lo vio enarcar las cejas, pero no dijo nada. «Lo único que quiere es que le diga que su hijo está muerto»—. Como es natural, esta información es totalmente confidencial. Los dos debemos lealtad a nuestro país, sir Cecil, y he conseguido esa información corriendo un riesgo considerable.

—Lo que me cuente quedará entre las paredes de esta habitación.

—Gracias. La misión que condujo al terrible accidente fue especialmente peligrosa y se llevó a cabo de noche. Era necesario pasar a territorio enemigo para dejar una cesta de palomas mensajeras para el agente que poco antes había llevado hasta la zona. Su avión fue alcanzado por el fuego enemigo y se estrelló. Se incendió al chocar contra el suelo.

—Y mi hijo falleció.

Maisie permaneció en silencio hasta que sir Cecil la miró a los ojos. Había valorado lo que iba a decirle con cuidado.

—Puedo confirmar que Ralph Lawton murió en el incendio.

Sir Cecil expulsó el aire hasta vaciar los pulmones, aunque Maisie notó que era un suspiro de alivio, no de arrepentimiento.

—Como sabe, sus restos están enterrados en Arrás, y conmemorados allí, junto con los de otros miembros del Cuerpo Aéreo que perdieron

la vida en la guerra.

—¿Sufrió? ¿Cree que sufrió?

Maisie pensó en las cicatrices del cuello y las manos del hombre que se hacía llamar Daniel Roberts, en el chico de las fotografías con su mejor amigo y en el hombre que había conseguido un poco de paz.

—No puedo hacerle esto más fácil, sir Cecil. Creo que sufrió, pero ahora está en un lugar mejor.

Se produjo un silencio durante el cual Brayley entró con el café y las tazas en una bandeja de caoba. El fuerte olor a café le recordó a Maurice, y Maisie percibió su presencia, lo que le recordó lo que le había enseñado sobre la naturaleza de la verdad. Habían dedicado muchas horas durante su formación a hablar de la distinción entre hecho y verdad, y la naturaleza de la mentira; era precisamente la niebla densa y confusa que envuelve ambas cosas lo que había provocado la desavenencia existente entre ellos en ese momento.

—Lo ha hecho usted muy bien, señorita Dobbs. Ojalá mi mujer estuviera aquí todavía para que pudiera oírla. Le hubiera resultado de más provecho que las mentiras de todos esos cuentistas chiflados.

—Su mujer hizo lo que consideró más oportuno, sir Cecil. Y lo que le dijeron le proporcionó consuelo y también desconcierto. —Calló un momento mientras cogía el maletín—. Le enviaré el informe escrito. Mientras tanto, le he traído mi factura final, junto con un desglose de los gastos ocasionados durante la investigación.

Lawton tomó el sobre y sacó la página en la que constaba el desglose de la factura.

—Me ocuparé de esto ahora mismo. Vuelvo enseguida con el cheque.

—Gracias.

Maisie se levantó y miró a su alrededor. Le llamó la atención la colección de fotos en su marco de plata que había en el aparador. Se acercó y observó con detenimiento cada fotografía. La mayoría las habían tomado en un estudio: varias de sir Cecil y lady Agnes posando en solitario y luego con su hijo, un chico de aspecto frágil y cara triste. Se fijó a continuación en una con el padre y el hijo. No se trataba de una foto de estudio, pero era un posado formal, que seguía todas las normas de conducta que debían mantenerse. Maisie sonrió al recordar el muro de las fotografías de Priscilla, la foto de sus tres hijos riéndose, peleándose en broma con su padre, y otra de Douglas rodeando a su hijo mayor con un brazo mientras observaban con interés una poza de marea con los pantalones remangados y las cabezas muy juntas. Las fotografías que tenía delante reflejaban una verdad que la ayudaba a soportar el peso de la historia que acababa de contarle a sir Cecil: Ralph Lawton había sufrido, pero ahora era libre.

—Aquí tiene —dijo Lawton entregándole el cheque.

Maisie miró la cantidad y vio que la cifra era muy superior a la que aparecía en la factura.

—Sir Cecil…

Él la detuvo levantando una mano.

—No solo ha llevado a cabo su investigación con una minuciosidad que ha superado todas mis expectativas, sino que me han informado que se han retirado todos los cargos contra la señorita Avril Jarvis. La pondrán en libertad el lunes. Eso implicará ciertos trámites administrativos, como es lógico, pero es una cuestión mínima de trabajo para el despacho.

—Gracias, sir Cecil.

—Gracias a usted, señorita Dobbs. Mi esposa podrá descansar en paz ahora, igual que mi hijo.

Maisie se dirigió hacia la puerta y se volvió hacia su cliente en el umbral para tenderle la mano.

—Usted también puede descansar, sir Cecil. Ha mantenido la promesa. Buenos días.

BRAYLEY SALIÓ A su encuentro para acompañarla hasta el coche que la llevaría de vuelta a la estación. Maisie se detuvo, le tocó un brazo y señaló un pasillo que supuso que llevaría a la cocina.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

El hombre vaciló y se puso rojo. En la última conversación que habían tenido, le había dejado clara su actitud antagonista, pero en la casa no era más que un subordinado.

—Desde luego, señora.

Fueron por el pasillo hasta un hueco con un mirador que daba a los jardines.

—Aquí está bien —dijo Maisie mirando a su alrededor para asegurarse de que estaban solos—. ¿Me amenazó usted, señor Brayley?

—Por favor, señora, cometí un error, pero lo hice empujado por la lealtad hacia mi jefe. Le pido que no se lo cuente a sir Cecil.

—Si hubiera querido decirle algo, ya lo habría hecho. Digamos que después de que usted fuera a verme, descubrí que alguien me estaba siguiendo.

El hombre negó con la cabeza.

—Yo solo quería protegerlo. Su hijo tenía… un pasado. Hubiera sido terrible que la gente se enterase si sus investigaciones lo sacaban a la luz.

Maisie aguardó un momento para tomar el pulso a la conversación.

—¿Y fue usted quien provocó el accidente que tuve con el coche?

¿Fue usted quien salió corriendo de la estación de Goodge Street y se me tiró encima?

El hombre frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No sé de qué me habla. Sí, admito que la seguí en un par de ocasiones y que me aposté en la puerta de su casa para vigilar sus entradas y salidas. No sabía si hablar con usted otra vez, pero no tenía intención de hacerle daño.

Maisie torció el semblante y asintió con la cabeza. Creía a aquel hombre, pero no se le había pasado el malestar.

—Su comportamiento fue de lo más insensato, señor Brayley. Podría hacer que lo encerraran por eso.

—Se lo suplico…

Ella levantó la mano para hacerlo callar.

—Cálmese. Es posible que yo también hubiera tratado de proteger a mi jefe. —Miró hacia el jardín y después se giró de nuevo hacia el criado—. No debe volver a decir una palabra de esto, de la promesa que hizo sir Cecil.

—Jamás lo he hecho, señora.

Maisie se puso los guantes.

—Me marcho ya.

Se dirigieron hacia el coche, que esperaba en marcha, y al cruzar el umbral mientras el apesadumbrado criado le sostenía la puerta, Maisie le susurró:

—Sus secretos están a salvo conmigo. Adiós, señor Brayley.

Cuando el coche arrancó y descendió lentamente por el camino de grava de entrada a la mansión, Maisie se echó hacia delante y contempló los terrenos planos de marismas. De modo que Brayley había intentado asustarla y obstaculizar su investigación por lo que pudiera averiguar sobre la vida y la muerte de Ralph Lawton, pero no había intentado matarla. Era momento de contemplar la siguiente posibilidad. Se encontraba cansada, pero sabía que estaba recuperando las fuerzas. Y tenía que estar fuerte del todo para enfrentarse a la persona que quería verla muerta.

HABÍA SIDO OTRA jornada larga. Al día siguiente iría a Chelstone, aunque aún no había decidido si lo haría en coche o en tren. Cuando llegó a Ebury Place, Sandra le informó de que Eric quería verla: había recogido el MG reparado esa misma mañana y se moría de ganas de enseñárselo. Aunque de lo que ella tenía ganas era de tomar una taza de té, Maisie fue directamente a las cocheras de la parte de atrás de Ebury Place donde se guardaban los coches familiares. El viejo Lanchester estaba impoluto. Pese a que lord Compton se movía en el

Rolls-Royce, más nuevo, conservaba este por una cuestión sentimental. «Es un coche magnífico» le había oído decir a George, su chófer. Aunque el Lanchester hacía que pareciera pequeño, el MG ocupaba el mejor sitio en el garaje y estaba reluciente cuando entró Maisie.

—¡Dios mío! ¡Ha quedado perfecto!

Eric estaba revisando el vehículo con su gamuza para pulir una marquita que apenas se veía o quitar una mota de polvo.

—Le digo que Reg Martin es un genio del motor, especializado en carrocería, y un verdadero artesano. —Se echó un poco hacia atrás para admirar el coche—. Ni se imagina lo mal que lo ha pasado la pobre.

Maisie asintió con la cabeza.

—Está preciosa, Eric —dijo, y arqueando las cejas añadió—: Pero ahora será mejor que me des la factura, anda.

Eric negó con la cabeza.

—Ya está todo arreglado, señora.

—¿Cómo que está todo arreglado? Ese hombre no trabajará gratis. De hecho, me asombra que siga teniendo trabajo con los tiempos que corren. ¿Por qué no me querría cobrar?

—Será mejor que lo hable con el señor. Vino él en persona a decírmelo mientras estaba usted en Francia. No es propio de él, ¿verdad? Me refiero a que no suele hablar mucho, pero vino y me ordenó que le pasara a él la factura, que se ocupaba él y que si usted no hubiera estado trabajando para su amigo, esto no le habría sucedido.

—Ay, Dios mío, cómo odio estar en deuda con alguien —dijo tocándose la cicatriz de la herida ya curada.

—Usted no está en deuda con él, señora. Es él quien lo está con usted. Por eso ha pagado los desperfectos. Y ahora, dígame, ¿cuándo lo va a llevar de paseo? Debería llevárselo mañana a Kent. Un buen viaje por la mañana temprano…

Maisie negó con la cabeza.

—No, Eric, tal vez a principios de la semana que viene. A lo mejor me lo llevo a dar un paseo entonces.

Eric frunció el ceño.

—Como usted diga, señora. Está preparado, como los chorros del oro, para cuando usted quiera.

Maisie le dio las gracias y se dio la vuelta, pero antes de llegar a la puerta, el chico la llamó.

—¿Señora?

—¿Sí?

—Lo dejaré en el patio bien pronto por si cambia de opinión. Y si quiere, como es la primera vez después del accidente, iré con usted.

Puedo volverme en el tren. Me he acordado de que estuve hablándolo con Reg y me dijo que cuando uno tiene un susto con el coche, es bueno ir acompañado.

Maisie sonrió.

—Muy generoso por tu parte, Eric. Te avisaré si cambio de opinión.

Subió a su habitación, se sentó frente al escritorio y sacó la carpeta de papel manila con sus notas sobre el caso Lawton. Había un taco de fichas en la solapa interior, listas para su archivo en cuanto se cerrara el caso, de modo que las referencias quedaban a buen recaudo por si tenía que recurrir a ellas en el futuro.

Dio unos golpecitos con la estilográfica en el borde de la mesa. El lunes iría a visitar a Jeremy Hazleton y su mujer. Tenía que ver al amigo de Ralph Lawton una vez más. Maisie apoyó los codos en la mesa, juntó las yemas de los dedos de ambas manos formando un triángulo y colocó la cabeza en ellas. Estuvo dándole vueltas un rato y, al final, sacó las notas que había tomado durante la conversación con Andrew tres semanas atrás, no de corte personal, sino para pedirle su opinión de médico especializado en ortopedia.

El fuego crepitaba en la chimenea y Maisie se levantó y fue a sentarse en el sillón. Se quedó mirando las llamas ascender por el tiro, la mente perdida entre los huecos que se formaban entre las brasas. «A lo mejor debería ponerme al volante otra vez. A lo mejor debería aceptar el ofrecimiento de Eric. A ver cómo me siento por la mañana.» Pero mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos, sintió algo que enseguida atribuyó a la inquietud que le producía volver a conducir. Estaba tan cansada que no se planteó siquiera que su intuición estuviera avisándola.

MAISIE SE LEVANTÓ más tarde de lo habitual. Hacía sol, aunque se advertían unas nubes amenazadoras a lo lejos. Se bañó, cogió la bolsa de fin de semana y se tomó la libertad de llamar a la puerta de la cocina antes de entrar en los dominios del servicio.

—Se me ha ocurrido tomar una taza de té rápida con vosotras, si no os importa. ¡La casa está tan silenciosa que me da la impresión de que soy la única persona en el mundo!

Sandra y Teresa estaban haciendo recuento de la ropa blanca y Eric, el criado que hacía las veces de chófer, estaba tomándose un té y una galleta apoyado en el fregadero. Se puso firme en cuanto entró Maisie.

—Sigue con tu té, Eric. Solo he pasado por aquí buscando un poco de compañía. Además, quería hablar contigo del MG.

—Está esperándola en el patio desde esta mañana temprano, señora, por si decidía conducir.

—Pues creo que tendría que hacerlo, sí —respondió ella sonriendo a Sandra, que acababa de colocar la tetera recién hecha y una taza de porcelana delante de ella—. Hace buen día, así que creo que voy a agarrar el toro por los cuernos. Estoy encantada de que lo hayan arreglado, así que voy a conducir.

—¡Me alegro mucho, señora! —Eric dejó la taza en el fregadero y se dirigió a la puerta—. Pero si necesita que alguien…

Maisie levantó la mano.

—No será necesario, Eric, pero eres muy amable, de verdad.

—Muy bien. Le pasaré el trapo una última vez y lo arrancaré.

—Salgo en un cuarto de hora.

Eric se tocó la gorra a modo de saludo y abandonó la cocina. Sandra y Teresa se miraron y negaron con la cabeza.

MAISIE SE REUNIÓ con Eric en el patio de la cochera exactamente quince minutos después. Había dejado el motor al ralentí mientras le quitaba el polvo al capó.

—¡Vas a quitarle la pintura del señor Martin como sigas pasándole el trapo! —dijo Maisie.

—Tiene que estar perfecta para usted. —Se guardó el trapo en el bolsillo trasero y tomó la bolsa de Maisie para meterla en el maletero. Después le abrió la puerta para que entrara—. Despacito y buena letra, señora. Dentro de nada ni se acordará del choque en Tottenham Court Road. —Le dio dos golpecitos en el capó y Maisie metió la marcha y salió despacio de la cochera.

Cruzó Londres y salió por Old Kent Road en dirección a Sevenoaks. Había poco tráfico y hacía buen tiempo, aunque no tanto como para desafiar a los elementos llevando la capota bajada. Al principio, no iba a más de veinte kilómetros por hora, pero no tardó en ganar confianza, y para cuando las calles de la ciudad dejaron paso a los barrios nuevos de las afueras y, más adelante, al Weald de Kent, Eric tenía razón: ni se acordaba del accidente. Lo empujó a un profundo rincón de la mente. Veía a lo lejos River Hill; poco después llegaría a Tonbridge y, por último, a Chelstone. Decidió pensar en cosas de poca importancia mientras conducía, cambiando de marcha para adelantar a una carreta tirada por un caballo y acelerando a continuación hasta alcanzar los ochenta kilómetros por hora por la carretera casi desierta.

Las chicas de la cocina no paraban de hablar del dirigible que iba a partir de Inglaterra con destino a París el fin de semana. El R-101 era un prodigio de la ingeniería y un símbolo del espíritu aventurero. Maisie se había fijado en que hablaban de esas cosas con frecuencia, de los lugares a los que irían «si tuvieran dinero», de las casas en las

que vivirían si se hicieran ricas y de la ropa que se pondrían si se casaran con un hombre rico. La cocina era un capullo protector frente a la realidad de la crisis económica que atenazaba al país.

Pensando en lo afortunada que era, Maisie cambió de marcha al aproximarse a la colina y pisó el freno arriba del todo. Oyó el chirrido de las marchas, una fuerza que se suponía que tenía que ir acompañada por el tirón del freno al reducir la marcha. Volvió a pisar el freno: nada. Metió una marcha más corta todavía y se echó hacia delante cuando la larga loma se curvaba y empezaba a descender, pero a pesar de su destreza para conducir, notó que estaba perdiendo el control del coche. «Ay, Dios mío, ayúdame.» Pisó el freno a fondo, pero seguía sin responder. Tiró de la palanca y accionó el freno de mano una y otra vez, pero nada hizo efecto con aquella combinación de pendiente y velocidad. Sujetando el volante con ambas manos, notaba las contorsiones del cuerpo con cada curva mientras seguía descendiendo.

Un coche que subía en dirección contraria viró bruscamente para evitar chocar con ella cuando Maisie bajó a toda velocidad por mitad de la carretera. El hombre la señaló agitando el puño cuando su coche se subió al arcén. El tiempo se detuvo igual que en Tottenham Court Road, igual que cuando aquella mano se abrió camino entre los pasajeros en el andén del metro para empujarla a las vías del tren, igual que le había pasado en Francia. Iba por mitad del camino colina abajo y el coche cogía cada vez más velocidad, chirriando con la marcha más corta metida y vibrando mientras Maisie intentaba mantener la trayectoria. Se le habían puesto blancos los nudillos de aferrarse con fuerza al volante y se había hecho sangre en el labio inferior al morderse. El sol se colaba de forma intermitente por el dosel de hojas de los árboles que se elevaban sobre la carretera moteando la visión terrorífica que se abría ante ella.

—¡Oh, no!

Un camión avanzaba a duras penas unos cientos de metros por delante. Maisie giró el volante hacia la derecha, pasó a toda velocidad y por poco no chocó contra el coche que avanzaba en dirección contraria. Escupió la sangre justo cuando se veía ya el pie de la colina. El terreno comenzó a allanarse, aunque el coche seguía yendo rápido por la inercia. Más adelante, el arcén continuaba en una pequeña inclinación escalonada hasta la cuneta. Por delante tenía otro camión y varios coches se acercaban en dirección contraria, de modo que dio un volantazo hacia la izquierda, cruzó el arcén y cerró los ojos cuando el coche golpeó con violencia contra la cuneta y saltó al otro lado, en mitad de un seto.

Tragó saliva y el sudor que le caía por la frente se le metió en los ojos, que empezaron a escocerle. Apagó el contacto despacio. Dos

coches se habían detenido y un hombre y una mujer corrían por la hierba hacia el MG. El hombre abrió la puerta y la mujer se arrodilló junto a Maisie.

—¿Se encuentra bien?

Maisie asintió con la cabeza. No podía hablar.

El hombre metió medio cuerpo en el coche y la ayudó a salir.

—¿Qué ha pasado? ¿Un problema con los frenos?

Asintió de nuevo incapaz de decir nada.

La mujer sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta de *tweed* y se lo colocó en la frente. Al ver que le caía un hilillo de sangre del labio que le llegó hasta la barbilla, se lo puso contra la boca.

—El coche que venía detrás de mí se ha parado en el arcén y ha ido corriendo a la cabina azul de policía a llamarlos. Llegarán de un momento a otro —explicó el hombre mirando hacia la carretera—. Venga por aquí, señorita, siéntese en la hierba. —Se quitó el chubasquero y lo extendió sobre la hierba húmeda—. Un mal sitio para quedarse sin frenos, terrible. Y eso que parece que su coche está nuevo. —Negó con la cabeza y sonrió con ironía—. ¿Alguien quiere hacerle daño, señorita?

28

MAISIE ESTABA SENTADA a la mesa de la cocina de la casa de su padre, que la miraba en silencio mientras le contaba otra versión de los hechos que habían acabado con el MG en un seto junto a la carretera: la culpable había sido una ardilla despistada que se le había atravesado en el camino y, como no quería matarla, tuvo que dar un volantazo para sortearla. Su padre asintió con la cabeza mientras ella hablaba, pero notó un fuego en los ojos de su hija que hacía tiempo que no veía.

—¿Sabes, Maisie? Tu madre miraba a veces de una forma especial, y cuando veías esa mirada, sabías que estaba decidida a hacer algo y que nadie la convencería de lo contrario. He visto esa misma mirada en tus ojos dos veces: cuando me dijiste que te ibas a la universidad y cuando te dije que te iba a delatar ante las autoridades por haber mentido sobre tu edad para alistarte. No sé qué está pasando con ese dichoso caso tuyo, hija mía, pero sí sé cuando veo a tu madre en ti, y la estoy viendo ahora mismo. Solo te pido, por favor, que no te metas en otro lío. ¿Una ardilla? ¡Y un comino!

Andrew Dene llegó más tarde. Maisie estaba hablando con George, el chófer de los Compton, cuando el médico llegó en su Austin Swallow. La mala suerte que había tenido de cruzarse con una ardilla despistada no fue el único tema de conversación del día; acababan de decir en las noticias que el famoso R-101, el dirigible más grande del mundo, se había estrellado en Francia y se había incendiado.

Andrew Dene saludó con la cabeza a George y se inclinó para besar a Maisie en la mejilla. Tras comprobar que no le había pasado nada, les dijo a ambos:

—¿Y qué me decís de lo del dirigible? Es increíble, ¿verdad? Pasó por encima de Hastings anoche, aunque he de decir que yo no fui uno de esos intrépidos que salieron a esperar a verlo cruzar el cielo en la oscuridad. Un asunto terrible. Una forma horrible de morir. Dicen que solo ha habido ocho supervivientes, ¿no?

George asintió con la cabeza y siguieron conversando hasta que el doctor preguntó cómo pensaban retirar el MG de la carretera.

—Yo mismo he hablado esta mañana con el dueño de un taller y, según parece, la carrocería no está muy mal, por sorprendente que parezca. Unos arañazos y una abolladura, pero nada que Reg Martin no pueda solucionar, aunque estoy seguro de que tendrá algo que

decir sobre el asunto después de arreglar lo del último accidente.

Maisie lo atravesó con la mirada, y el hombre lo entendió y no dijo nada de los frenos.

—Aunque también habrá que ocuparse de otros asuntos mecánicos, pero, en general, el coche estará listo en unos días.

Andrew se volvió hacia Maisie.

—Debes tener más cuidado. ¿Conducías muy deprisa?

—¡Andrew! —exclamó Maisie con un gruñido, pero se tomó la broma bien y cambió de tema.

George se marchó a seguir con su trabajo, mientras que Maisie y Andrew se dirigieron hacia los prados de los caballos.

—¿Y qué vas a hacer sin coche? Tendrás que quedarte quieta durante unos días.

Maisie negó con la cabeza.

—Tengo que cerrar un caso antes de tomarme unos días libres. Ya perdí mucho tiempo en Francia, así que tengo trabajo que hacer.

—¿Te encuentras bien ya?

Ella asintió con la cabeza.

—Mucho mejor. Tengo que llegar al fondo de una cuestión que lleva un tiempo rondándome la cabeza, pero te prometo que iré a Hastings en cuanto termine.

—¿Y qué vas a hacer con lo del coche? ¿Cómo vas a solucionar el tema del transporte?

—Volveré a Londres mañana por la mañana en tren. Tengo que ir a Dramsford el lunes por la tarde. Y creo que ya no tendré que salir de la ciudad, así que me moveré en metro y autobús. Lo hacía antes de tener el MG y puedo volver a hacerlo, estoy segura.

—Supongo que es una de las ventajas de estar en Londres.

Andrew se quedó pensativo y callado un rato, y Maisie sospechó que había estado aferrándose a la posibilidad de que eligiera vivir fuera de Londres. Recordó entonces que tenía que hablar con los abogados sobre el asunto del piso en Pimlico. No estaba preparada para mudarse a otra ciudad, y menos a una que estaba tan lejos de Londres.

Se volvió hacia él ansiosa por evitar el malentendido.

—Y una de las ventajas de estar en Londres es que siempre es un placer visitar la costa. Iré a Hastings cuando termine este encargo, Andrew, y ya no queda mucho. Después descansaré y podremos recuperar el tiempo que hemos estado separados.

DESPUÉS DE CENAR con Maisie y su padre, Andrew volvió a Hastings. Cuando ella salió a acompañarlo hasta el coche, el médico la abrazó y la besó apasionadamente.

—Me preocupo por ti, Maisie. Sé lo que tuvo que ser para ti volver a Francia y sé que has asumido un riesgo importante en este caso. —Hizo una pausa y la estrechó contra sí—. Jamás cuestionaré tu trabajo, Maisie, pero si te pediré que tengas cuidado. No sé lo que haría si…

Maisie le puso un dedo en los labios.

—Sé lo que hago, Andrew. Recuerda quién fue mi profesor.

Él asintió con la cabeza, le apretó la mano y subió al coche.

—Nos vemos pronto entonces. ¿El fin de semana que viene tal vez?

—Te llamaré por teléfono durante la semana, Andrew —dijo y se despidió de él con un gesto cariñoso.

Se quedó allí de pie agitando la mano mientras se alejaba y luego regresó despacio a la casita, a sentarse junto al fuego con su padre un rato antes de acostarse, pues tenía que madrugar al día siguiente para tomar el tren a Londres. Aún estaba cansada, seguía sintiendo algo de debilidad en las articulaciones, pero su padre tenía razón; el accidente la había espoleado de nuevo, había encendido la llama de la determinación en ella. Iba a enfrentarse al diputado Jeremy Hazleton y a su mujer. Y averiguaría quién quería verla muerta.

Se detuvo junto a la ventana y se asomó al interior del pequeño salón, donde vio a su padre estirarse para coger el fuelle que estaba junto a la chimenea. Al avivar el fuego, las llamas se elevaron creando un reflejo oscilante en la fotografía enmarcada de su madre que había sobre la repisa. Maisie se quedó mirando hipnotizada la foto y, en ese momento, fue como si la imagen se moviera, aunque era imposible. Aquella noche, se durmió sintiéndose como cuando era pequeña, segura en casa con su madre y su padre.

MAISIE LLEGÓ A casa de los Hazleton el lunes por la tarde. Eric se había ofrecido a llevarla aduciendo que lord Compton le había pedido que se ocupara de sacar el Lanchester de vez en cuando, y ese era tan buen momento como cualquier otro. Aparcó el majestuoso coche en la calle y contempló la casa y el camino serpenteante que llegaba hasta la puerta mientras abría la portezuela del copiloto para que Maisie bajara.

—Madre mía, señora, no me gustaría ser el que cargue con la compra hasta allá arriba.

Maisie pisó la acera mientras se colocaba los guantes y comprobó que tenía el sombrero negro bien puesto.

—Creo que el acceso por la entrada trasera es un poco más accesible. Ahí es donde tienen el coche. De hecho, tiene que serlo, porque el propietario no puede andar; lo hirieron en la guerra.

Eric asintió con la cabeza.

—La esperaré aquí, señora.

—No tardaré mucho. ¡Suponiendo que me dejen entrar!

Maisie sonrió y empezó a subir la escalera. Vio que las cortinas se agitaban y supo que la señora Hazleton la había visto desde la ventana de la sala de visitas y que, con toda probabilidad, en ese momento se dirigía corriendo a la puerta para echarla. Cuando llegó a la puerta, era la propia señora de Jeremy Hazleton quien abrió, y no el ama de llaves.

—¿Qué hace usted aquí? Creía que se lo había dejado claro. ¡Le pedí que no volviera por esta casa! —Sus mejillas adoptaron un color rosado que apenas resaltaba en el tono gris habitual de su tez y su ropa; si acaso lo único que hizo fue acentuar las oquedades que se le formaban sobre la mandíbula y debajo de los ojos.

—Buenos días, señora Hazleton. Me gustaría ver a su marido, aunque lo que he de preguntarle no tiene nada que ver con Ralph Lawton, ni comprometerá su recuerdo de aquella amistad. Lo único que quiero es pedirle ayuda en un asunto personal.

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer, que seguía hablando por el espacio que permitía la puerta entreabierta.

Maisie sonrió de nuevo, concentrándose en mostrarse amigable.

—Serán solo unos minutos, señora Hazleton.

—Déjala entrar, por el amor de Dios. Acabemos con esto de una vez —se oyó gritar a Jeremy Hazleton desde el pasillo.

Charmaine Hazleton abrió la puerta con muy malos modos y se hizo a un lado para dejarla pasar. Su marido se acercó con la silla y ladeó la cabeza.

—Vamos a mi despacho, señorita Dobbs. —Y volviéndose hacia su mujer añadió—: No pasa nada. Podré ocuparme de ella.

El hombre dirigió la silla hacia el estudio mientras su mujer permanecía detrás de Maisie. Sus ojos revelaban el intenso desagrado que le provocaba aquella visita inesperada e inoportuna. Maisie cerró la puerta, aunque sabía que Charmaine estaría escuchando.

—¿Qué es lo que quiere? —Hazleton llegó al escritorio e hizo girar la silla para estar enfrente de Maisie. Sus ojos reflejaban no solo ira, sino miedo. Y ella se dio cuenta—. ¿Ha averiguado todo lo que quería sobre Ralph?

Maisie se quedó de pie y empezó a caminar de un lado para otro sin dejar de mirarlo.

—Sí, en efecto.

Se detuvo junto al escritorio, cogió un pisapapeles de cristal y lo levantó hacia la luz. Lo reconoció enseguida: era el adorno que había en la barra del Café Druk de París delante de Jeremy Hazleton en la foto. Acababa de comprender que había sido un regalo de Lawton a su amante. Hazleton parecía incómodo, pero no dijo nada. Maisie

continuó caminando de un lado a otro con el pisapapeles en la mano y se dirigió al hombre.

—Entiendo que tenían una relación profunda; sin embargo, no he venido a hablar de Ralph. —Dio la vuelta al pisapapeles y se lo pasó de una mano a la otra—. Mi primera pregunta tiene que ver conmigo, de hecho. Y con su mujer. He visto mi vida amenazada, señor Hazleton, y he venido para saber por qué su mujer salió corriendo de la estación de Goodge Street para hacer que perdiera el control de mi coche. A lo mejor puede decírmelo usted. —Lo miró mientras se pasaba el pisapapeles cada vez más deprisa de una mano a la otra. El hombre seguía sin decir nada sobre el adorno, pero sí que respondió a su pregunta.

—¡Qué tontería! Hace meses que mi mujer no se acerca a una estación de metro.

—¿Y tampoco ha estado en Belgravia este fin de semana?

—¡En absoluto!

Maisie separó más las manos y empezó a lanzar el pisapapeles de una mano a la otra despacio, aparentemente perdida en sus cavilaciones.

—¡Y tenga cuidado, por Dios!

Maisie sonrió.

—Estoy teniendo cuidado, señor Hazleton, por eso el sábado no me mataron, solo me hirieron.

—¡No tengo ni idea de lo que habla, ya se lo he dicho!

Maisie sostuvo el pisapapeles con una mano, pero siguió jugando con él mientras caminaba de un lado para otro, lanzándolo al aire, primero solo a unos centímetros de la palma, después cada vez más alto.

—Creo que tenemos que volver a lo de la estación de Goodge Street, ¿no le parece, señor Hazleton?

Hazleton se puso rojo y acercó la silla hasta un lado de la mesa.

—¡Es una pieza muy valiosa, para que lo sepa!

—Ah, no se preocupe. Era buena con la pelota y el bate de pequeña, aunque jugábamos en la calle, así que a veces agarraba la pelota de rebote —dijo lanzando la bola de cristal a unos sesenta centímetros de alto antes de volver a cogerla, y movió el brazo de nuevo para lanzarla de nuevo.

Hazleton emitió un gemido gutural y se abalanzó sobre Maisie, que retrocedió hacia la pared mientras el hombre que afirmaba ser minusválido corría hacia ella.

—¡Deme eso!

Maisie se aferró a la bola de cristal mientras el hombre alargaba el brazo para quitársela. Cuando Charmaine Hazleton entró como una exhalación en el despacho, se encontró a su marido de pie delante de

Maisie Dobbs.

—¿Qué ha hecho? ¡Mírelo!

—No creo que pueda llevarme el mérito de haberle provocado una curación espontánea, ¿no cree?

Hazleton se dejó caer de rodillas y empezó a llorar mientras su mujer corría junto a él.

—Estamos acabados. Esto es el fin.

Maisie mantuvo la calma.

—Lo estarán como no me cuenten la verdad ahora mismo —dijo atravesando con la mirada a Charmaine Hazleton—. Quiero saber qué está pasando. —Y volviéndose hacia él, extendió la mano—. Levántese, señor Hazleton, sé que puede.

El hombre se levantó tambaleándose.

—Siéntense, los dos.

Ambos obedecieron. Charmaine Hazleton se sentó junto a su marido, que había vuelto con paso vacilante a la silla de ruedas.

—¿Cuál de los dos estaba en Goodge Street?

La pareja se miró y la mujer empezó a hablar.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó y miró a su marido—. A estas alturas ya se lo habrá contado a la policía. Probablemente estarán fuera, en el coche.

Maisie no dijo nada respecto a quién estaba al tanto de su visita.

—Señora Hazleton, será mejor que se explique y rápido.

—Fui yo. Lo primero que quiero decir es que solo quería hablar con usted otra vez. Pensé que si se lo explicaba todo, cejaría en esa estúpida búsqueda de Ralph Lawton. La seguí y así averigüé adónde iba, la ruta que tomaba para ir a su oficina. La vi salir de su casa aquel día y, de repente… —se miró las manos y extendió un brazo hacia su marido— quería asustarla, quería acabar con usted. Sé que fue una estupidez, una absoluta estupidez. Sabía que podía llegar a Goodge Street antes de que usted llegara a Tottenham Court Road. Teníamos mucho que perder. —Se mordió el labio y contuvo el aliento antes de continuar—. Hemos construido una vida aquí. El pasado de mi marido no… no tiene importancia ahora. Él me necesita. Me necesita a mí.

Maisie miró a uno y a otra evaluando la situación. Se levantó y se puso a caminar de un lado para otro de nuevo, para detenerse finalmente delante del hombre de la silla de ruedas.

—¿Y por qué demonios ha mentido usted sobre su estado físico? Lo hirieron de gravedad, pero no había motivo para que tuviera que utilizar la silla. Me sorprende que nadie se haya dado cuenta.

Los Hazleton estaban abatidos, como si se hubieran quedado sin fuerzas, y se apoyaban el uno en el otro para darse ánimos. Si no fuera porque ella misma era una víctima de su engaño, le habrían dado pena.

—Yo… tras la guerra…

—Continúe.

—Todavía iba en silla de ruedas y estaba empezando en política. Podía andar, pero con mucha inestabilidad. —Hazleton tragó saliva, tenía la boca seca—. Había una sesión para responder a las preguntas de los votantes, un grupo pequeño. Me habían visto de vez en cuando en la silla al principio, pero yo iba andando. De repente, me tropecé y me di un batacazo delante de todos. Fue horrible. Me preguntaba qué pensarían de ello.

—Estoy segura de que se compadecerían de usted. Al fin y al cabo, todo el mundo puede caerse.

—¡Pero un político no! —exclamó Hazleton con voz quebrada—. Perdí el equilibrio y no podría soportar que volviera a sucederme, y Charmaine… —Miró a su mujer, mirada que siguió Maisie, que ahora entendía el delicado equilibrio existente en su relación—. Charmaine dijo que lo mejor sería que usara la silla cuando saliera a la calle y que caminara solo en casa, por si acaso.

—Entiendo.

—Y hay más. Al parecer, el diputado minusválido significaba algo para la gente. Supongo que, a sus ojos, representaba aquello por lo que todos habían pasado. Sea como sea, me convencí de que ir en silla de ruedas me ayudaba a ganar popularidad, a ganarme mi escaño. Mi mujer fue otra de las razones. Un político no puede sobrevivir si no tiene a las personas adecuadas detrás. Si mi amistad con Ralph saliera a la luz… —Extendió el brazo hacia ella y le tomó la mano.

Maisie insistió mientras se tocaba la frente.

—Podría haberme matado.

—¡Teníamos mucho que perder! —exclamó Charmaine Hazleton llevándose la mano a la boca.

—¿Y qué me dice de manipular los frenos de mi coche el sábado por la mañana?

—Yo… yo no sé de qué habla —dijo el hombre con perplejidad sincera.

Maisie empezó a sudar por la frente al comprender que los intentos de aficionado de los Hazleton no llegaban a la manipulación de un coche.

—¿Y qué pasa con lo del metro? ¿La única vez que intentaron matarme en el metro fue en Goodge Street?

La pareja se miró de nuevo. Esa vez fue él quien habló.

—Le prometo, señorita Dobbs, que solo queríamos asustarla, que abandonara la búsqueda inútil de un hombre que está muerto. Cierto que teníamos secretos que queríamos ocultar, pero ¿matarla? No.

Maisie tragó saliva.

—Se han puesto ustedes en una posición complicada y vulnerable.

—Por favor, no lo haga, no nos denuncie. Perdónenos, por favor, nos cegó…

—¿La ambición? —espetó Maisie.

Hazleton negó con la cabeza.

—No. O no en el sentido que usted cree. —Hizo una pausa para sacar un pañuelo del bolsillo y se secó la frente—. Me asustaba fracasar y… yo quería hacer algo bueno. Los dos vimos demasiadas cosas malas, cosas horrendas. Yo perdí a mi querido amigo, y Charmaine vio a todos esos jóvenes que intentaban salir adelante por sí mismos pese a las terribles heridas que habían sufrido. Los dos pensamos que trabajando juntos, en equipo, podríamos representar a aquellos que no tienen voz, sobre todo después de la guerra, y más ahora. Mi discapacidad llamó la atención y, con ello, la confianza en lo que yo tenía que decir.

—¿No cree que lo que usted tenía que decir hablaba por sí mismo? —dijo Maisie cada vez más furiosa.

—Nos equivocamos.

—¿Que se equivocaron? ¡Podrían haberme matado! Y han mentido a sus votantes.

—¡Hemos escuchado lo que tenían que decir!

—Aun así…

—Por favor, señorita Dobbs, nos destrozará.

Maisie se puso a andar de un lado para otro. Se detuvo dos veces a mirarlos. En su ir y venir se había sensibilizado hacia sus miedos y esperanzas: las de una esposa con tanto miedo a perder su lugar de cuidadora y compañera necesitada que había sido capaz de animar a un hombre a atarse a su silla de ruedas; hacia un hombre con la fuerza suficiente para luchar en el campo de batalla y en la Cámara de los Comunes, pero temeroso de que su pasado saliera a la luz. En silencio pidió fuerzas para perdonarlos y hacer lo correcto. Quería salir de aquella casa, quería tiempo para considerar sus actos y las implicaciones de la vida de ambos. Miró a la pareja una vez más y supo que tenerlos allí esperando su respuesta sería cruel. ¿Acaso no habían visto los tres bastante crueldad ya?

Por fin, se volvió hacia los dos y su resignación se oyó claramente en el suspiró que dejó escapar antes de hablar.

—Siéntense y hablemos de las condiciones de mi silencio.

Y, al decirlo, lanzó el pisapapeles de cristal a Hazleton, que levantó el brazo y lo cazó al vuelo.

29

—¡BUENOS DÍAS, SEÑORITA! Qué alegría verla por aquí tan temprano otra vez. ¡Y permítame que le diga que tiene muy buena cara!

Billy no estaba muy seguro de que su jefa tuviera muy buena cara, pero desde luego tenía mejor color y sabía, por todo el tiempo que él mismo había pasado de hospital en hospital, que dar ánimos hacía maravillas.

—Sí, me siento mejor, Billy. —Maisie levantó la vista del papel y tapó la estilográfica—. Acabo de terminar el informe para sir Cecil. Me he retrasado, aunque sabe que he estado regular de salud. Pero vamos a lo nuestro, coge una silla. Tengo que contarte una cosa antes de que te enteres por otro lado.

Billy se puso pálido mientras colgaba el abrigo en el perchero de detrás de la puerta.

—¿Qué pasa, señorita?

—No te preocupes, Billy, no voy a cerrar el negocio.

—Buff, menudo susto me ha dado, señorita. ¿Va todo bien?

Maisie se reclinó en la silla en parte para dar la impresión de que no era nada preocupante y en parte para hacer notar que tenía el control de la situación.

—Lo que iba a decirte, antes de que te enteres por el doctor Dene o el inspector Stratton, es que hubo un accidente el sábado.

Billy frunció el ceño.

—¿Quién tuvo el accidente? ¿Usted? ¿Está bien? —preguntó dirigiéndose al escritorio de Maisie, pero no se sentó hasta que esta le señaló la silla por segunda vez.

—Sí, el accidente me ocurrió a mí y, si te soy franca, no fue un accidente. Fallaron los frenos. Tuve suerte, mucha de hecho, porque alguien está empeñado en acabar conmigo.

—He de decir que la veo muy calmada, señorita. Quiero decir que si me hubiera pasado a mí, iría por ahí mirando hacia atrás todo el tiempo. A lo mejor debería volver a hablar con Stratton, por lo de ponerle protección, quiero decir.

—Llevaba protección, Billy. Resulta que el hombre que salió de su coche corriendo a llamar a la policía era policía en realidad. Mira para lo que me sirvió. No, creo que la respuesta está relacionada de algún modo con el caso Lawton. Todos los intentos de hacerme daño empezaron cuando acepté el caso. —Negó con la cabeza—. Pero tengo

la sensación de que se me escapa algo, algo que está muy cerca, pero…

Billy negó con la cabeza.

—Yo también he estado devanándome los sesos, de verdad que sí. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante—. Mire, creo que no debería ir por ahí usted sola.

—Te pareces a mi padre.

—No se lo tome así, señorita. Creo que debería acompañarla cuando venga al trabajo y cuando vaya a casa. Debería ser parte de mi trabajo hasta que metamos entre rejas a ese tipo. Al fin y al cabo, sin usted, yo no tengo trabajo, ¿no cree?

Maisie se echó hacia delante.

—Tienes razón. Acepto el ofrecimiento, Billy. Y ahora, me gustaría que empezaras con los casos nuevos mientras yo termino el informe. —Sacó cuatro fichas y se las pasó—. He subrayado cuatro nombres. A ver qué puedes averiguar de cada uno. Empieza por el fichero, comprueba si hay alguna referencia cruzada en los expedientes de los clientes y mira también en prensa.

—Hablando de la prensa —dijo Billy corriendo la silla hacia atrás para ir al perchero y sacó dos periódicos del bolsillo interior de su abrigo. Los dejó en la mesa de Maisie—. *The Times* y el *Express*. Aparece una historia que le va a interesar, señorita. Me ha recordado a esa pobre señora Lawton.

Maisie levantó la vista y frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—Pues, según parece, ayer hubo una sesión de espiritismo en ese sitio que dirige un hombre llamado Harry Price. Estoy seguro de que he visto ese nombre en una de las fichas antiguas. Era amigo del doctor Blanche, ¿verdad? —Y casi sin respirar siguió con la historia, hablando cada vez más rápido—. El caso es que hicieron la sesión; le digo que solo de pensarlo me entran escalofríos. Y acudieron esas personas a las que les interesan esas cosas y una médium que Price en persona había comprobado que era legal. Pues allá que fueron para intentar contactar con ese autor, ya sabe, el que falleció hace unos meses. ¿Cómo se llamaba?

—¿Conan Doyle? —dijo Maisie inclinándose hacia delante sin saber adónde querría llegar Billy.

—¡Sí, ese mismo! Pues como le decía, allá que fueron todos a hacer lo que sea que hacen en esas reuniones, y no se lo va a creer: lo único que consiguieron fue un mensaje del capitán del R-101, ya sabe, el que se estrelló el fin de semana. —Billy siguió con el dedo las líneas impresas—. Una mujer llamada Eileen Garrett era la médium y, según dice aquí, ese tal Harry Price del Instituto Psicológico sabe quién es de verdad y quién no…

Maisie cogió el maletín.

—Sé muy bien quién es, Billy. ¿Recuerdas que te hablé de aquellos casos en los que trabajamos Maurice y yo después de la guerra, el de los médiums y videntes que no eran más que unos estafadores que afirmaban haber recibido mensajes del más allá? Pues Maurice consultó el asunto con Price.

Guardó silencio un momento al recordar la primera vez que tuvo que declarar en un tribunal; había sido en aquel juicio, delante de todos los demandados. Cerró los ojos reviviendo la escena, concentrándose en una persona en particular, sentada en la galería, sola, inclinada hacia delante para escuchar lo que declaraba Maisie. Abrió los ojos.

—Tengo que ver a Price, Billy.

Billy frunció el ceño, pero la ayudó de forma automática a ponerse el chubasquero y después cogió su abrigo.

—No entiendo nada, señorita, ¿qué tenemos que ver nosotros con el R-101?

—Nada y todo —respondió ella saliendo de la oficina y esperando a que cerrara con llave—. Digamos que una coincidencia me ha recordado que probablemente debería haber hablado con él hace más de un mes.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Al Laboratorio de Investigación Psíquica —contestó ella volviéndose hacia Billy según salían a la plaza—. Te encuentras bien, ¿verdad? ¿No te preocupará ir allí? Porque si no…

Billy negó con la cabeza, aunque a Maisie le pareció que se había puesto pálido.

—No, estoy bien, señorita. Como decía mi padre, los muertos no pueden hacerte nada, es a los vivos a los que hay que vigilar.

MAISIE Y BILLY llegaron al laboratorio y tuvieron la suerte de que Price, un hombre renombrado en un campo que tenía muchos negacionistas y seguidores a quienes los que no creían en aquellas cosas consideraban unos lunáticos, accediera a verlos durante unos minutos. Tras los saludos de rigor, salió a relucir la salud del doctor Maurice Blanche antes de entrar de lleno en el verdadero propósito de la visita.

—Recuerdo muy bien el caso —dijo negando con la cabeza—. Me dan escalofríos cada vez que pienso en las miles de personas a las que hizo daño aquella gente. Y pensar que en plena guerra los tableros de güija se vendían como churros, y cualquiera que tuviera un chal viejo y un mantel rojo sacaba dinero a expensas de los que habían perdido a un ser querido. Pero aquel caso fue especialmente desagradable. Creo

recordar que las estafadoras trabajaban juntas, ¿no es así?

Maisie asintió con la cabeza mientras Billy se removía inquieto en la silla.

—Formaron una red que estafaba a la gente y les robaba los ahorros de toda una vida a cambio de transmitir unas palabras procedentes del más allá. Aunque podrían haberlas acusado según lo estipulado en la Ley de Brujería, las encerraron en Holloway por sus negocios turbios, que terminaron empujando al suicidio a una joven viuda. Aunque la defensa argumentó que no estaba bien de la cabeza desde el principio. Dos de las acusadas salieron en libertad tras cumplir sus penas respectivas y otra murió en prisión, de un problema cardíaco, creo.

Price asintió con la cabeza y miró la hora antes de aceptar la lista que le entregó Maisie.

—Señorita Dobbs, pediré a uno de mis colegas que la ayude con estos nombres y le facilite un informe sobre sus actividades. Como sabe, conservamos los expedientes de todos los médiums y videntes en activo, hasta donde podemos. Yo tengo que irme, debo hablar con la prensa y no sé cuántas cosas más.

—Por supuesto. Gracias.

Maisie le estrechó la mano, mientras que Billy se echó hacia atrás, como si tocar a alguien que trabajaba con espiritistas, médiums y videntes pudiera arrastrarlo a través de un canal hacia otro mundo del que nadie podía escapar. Price, en su prisa para ir a atender otros asuntos, no le ofreció siquiera la mano.

Un joven alto y delgado entró en el despacho al cabo de un rato. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y con raya al medio, y vestía un traje azul oscuro de raya diplomática con camisa blanca almidonada y una pajarita azul y roja.

—Ah, señorita Dobbs, señor Beale, encantado. Archibald Simpson a su servicio. Veamos lo que tenemos sobre estas tres mujeres. —Dejó tres carpetas de papel manila en la mesa delante de él—. Esta va a resultarle particularmente interesante, señorita Dobbs. —Se inclinó hacia ella y le entregó el primero de un buen montón de papeles.

Mientras leía, el buen color que Billy había notado en Maisie se tornó en palidez. Devolvió el documento al hombre.

—Gracias. Creo que eso es todo.

—Pero…

—¿Qué ocurre, señorita? —preguntó Billy inclinándose hacia ella, como queriendo protegerla.

—¿Me permite usar el teléfono, señor Simpson? Le pagaré el coste de la llamada, por supuesto.

Maisie se levantó ansiosa por llamar.

El hombre tartamudeó, sorprendido al ver el cambio de actitud de Maisie.

—Cla… claro, venga conmigo. —Extendió el brazo invitándola a salir primero, seguida por Billy, que salió rápido, temeroso de que lo dejaran allí.

Simpson la acompañó a una oficina pequeña con teléfono mientras Billy la esperaba fuera; no había querido perderla de vista. Salió de la oficina al cabo de diez minutos, se despidió del señor Simpson y abandonó el edificio seguida por Billy.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Con quién tenía que hablar por teléfono?

—Stratton.

—¿Para que le ponga protección?

Maisie negó con la cabeza mientras miraba a un lado y otro de la calle buscando un taxi.

—No. Necesito a Stratton como testigo. —Se volvió hacia Billy cuando subieron al coche negro—. Solo con mi palabra no va a servir. Ni la tuya.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde vamos?

—Te lo contaré por el camino. Puedo cometer errores, y lo hice al no plantear las preguntas oportunas en el momento adecuado. En marcha.

CUANDO MAISIE Y Billy llegaron al edificio que parecía un barco, había dos coches de policía aparcados en la calle; la única señal de su presencia era Stratton, apoyado en la pared de una tienda en la esquina, y Caldwell en la acera opuesta hablando con una mujer que llevaba una bolsa de la compra. Era probable que se tratara de una de las nuevas agentes que acababan de entrar en el Cuerpo, y que simulaba ser un peatón que pasaba por allí. Maisie hizo un gesto a Stratton con la cabeza y Billy y ella entraron. No hacía falta que hablara con él. Ya le había dicho todo lo que tenía que decirle por teléfono.

—¿Estás bien, Billy?

—No lo sé. Creo que estaba mejor cuando mi misión era cortar alambradas en tierra de nadie. Durante la guerra, al menos sabías quién era el enemigo, y no había tiempo para estos jueguecitos. —Billy guardó silencio un momento—. ¿Qué es ese cacharro al que le hablan esos?

Maisie miró con disimulo a la policía.

—Es un sistema nuevo de radio sin cables que tiene la policía, Billy. Lo han creado a petición del jefe de Policía de Brighton. Scotland Yard lleva un mes probándolo y parece que hoy nos va a ser útil.

—¡Qué cosas!

Maisie sintió que se le erizaba la piel del cuello y que una brisa

gélida le tocaba la piel. Cerró los ojos un segundo y se tocó el pecho buscando el latido del corazón con los dedos. Incluso en ese momento debía mostrar compasión. Debía escuchar y actuar con integridad. Apretó el timbre y se presentó. La señora Kemp respondió con brusquedad.

—Bueno, estaba a punto de irme, tengo medio día libre, pero la señorita Hartnell la recibirá.

Maisie le hizo un gesto con la cabeza a Billy, que abrió la puerta cuando sonó el interfono. Antes de que esta se cerrara, Stratton, Caldwell y la mujer se colaron en el portal. Atravesaron el patio hacia las escaleras. Maisie señaló un hueco debajo de la escalera que conducía al piso superior, indicó con un dedo a Billy que la siguiera y le señaló el arco de entrada en el que debía esperar. Se dirigió sola al piso de Madeleine Hartnell.

La señora Kemp se estaba sujetando la boina con un alfiler cuando llegó Maisie.

—Yo me voy. La señorita Hartnell está en la misma sala donde la recibió la otra vez. La he avisado de que subía y les he dejado el té listo mientras ella se prepara.

Maisie asintió con la cabeza. «Mientras ella se prepara.» Madeleine Hartnell necesitaba un tiempo a solas antes de recibir a un cliente, igual que a ella le gustaba meditar para calmar la mente antes de una reunión. El ama de llaves salió a toda prisa hacia las escaleras, momento que aprovechó Billy para salir de su escondite hacia la puerta del piso, que Maisie se había asegurado de dejar solo apoyada, sin cerrar del todo. Maisie lo vio mirar por encima del balcón a la empleada que se marchaba y comprobar que Stratton subía ya.

En aquel momento no entraba la luz del sol por las ventanas, era un día gris. Flotaba una niebla amarillenta mezclada con el humo de la ciudad y la gente que andaba por la calle se cubría la boca y la nariz para no respirar el aire tóxico. El ambiente de la casa era frío y ni siquiera las brasas en la chimenea lograban caldearlo. Maisie temblaba cuando llamó a la puerta de la sala.

—Adelante.

Entró. Madeleine Hartnell llevaba un vestido largo y estrecho de color negro con una costura pespunteada muy llamativa a la altura de las caderas y un cinturón plateado. El escote barco le acentuaba las clavículas y parecía que el collar de perlas de una sola vuelta con pendientes a juego se reflejara en su piel blanca como la leche. Le brillaba el pelo rubio platino y el lápiz de labios rojo intenso le aportaba volumen a los labios. Maisie sabía que esperaba su visita.

—Me alegro de que haya podido recibirme, señorita Hartnell.

La mujer le indicó un sillón a juego con el suyo y se inclinó hacia delante para servir agua en dos vasos. Empujó uno hacia Maisie y se

llevó el otro a la boca. Maisie cogió el vaso, se sentó y se reclinó.

—¿Me esperaba?

—Tenía una sospecha.

Maisie asintió con la cabeza. Lo entendía.

—Ya sabe a qué he venido —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

Hartnell sonrió lentamente y se volvió hacia ella, pestañeando con una languidez que le recordó a un gato desperezándose porque alguien lo ha sacado de su siesta con un ruidito inoportuno.

—Sí.

Maisie se movía con idéntica calma. No solo debía mostrar una actitud fría que reflejara la de Hartnell, sino que debía dar tiempo a que su testigo ocupara su posición. Pensó en su madre y en Simon. El siguiente pensamiento lo dedicó a Andrew Dene. Fue esa imagen la que le proporcionó la calma que necesitaba para aquel juego.

—¿Cómo ha averiguado quién soy? —preguntó Madeleine Hartnell sin moverse apenas.

Maisie se levantó para tomar ventaja. Cogió el vaso de agua para aparentar más tranquilidad, pero no bebió.

—Al principio no me di cuenta. Ha cambiado.

La otra soltó media carcajada acompañada de una sonrisa de satisfacción que le iba que ni pintada.

—El pelo platino, la ropa…

—Cortesía de una peluquera y una modista muy buena, que sabe lo que me sienta bien. He crecido, señorita Dobbs.

Maisie asintió al recordar a la chica que no le quitaba los ojos de encima cuando subió a declarar en aquel juicio más de diez años atrás, la chica que había visto cómo metían en la cárcel a su madre por culpa de la declaración que ella, Maisie, había dado aquel día. La chica que se había convertido en una mujer amargada y peligrosa.

—Sé por qué ha intentado matarme, señorita Adele Nelson.

La otra entornó los ojos y se le esfumó la sonrisa. Se lanzó a morder el cebo enseguida, pero se levantó y se colocó al lado de Maisie.

—Oh, no, señorita Dobbs, no tiene ni idea. Piensa que lo sabe solo porque ha descubierto mi verdadero nombre, un nombre que tuve que cambiarme porque quedó manchado por el juicio de mi madre. Pero esa mente brillante suya se ha quedado en la superficie de la historia, igual que entonces, cuando aquel viejo tirano y su joven y ambiciosa ayudante mandaron a la cárcel a la pobre Irene Nelson. ¡Aquello acabó con ella!

—Su madre murió por causas naturales. El examen *post mortem* indicó que tenía el corazón dilatado y el reconocimiento médico que le hicieron al llegar a la cárcel reveló un latido irregular, de modo…

—¡El corazón dilatado! Sí, tenía el corazón dilatado. Porque se le

llenó de pena cuando todavía había sitio en ese corazón para intentar ayudar a la gente. Claro que tenía un corazón dilatado. ¡El cuerpo hace lo que el alma le dicta!

Maisie sintió la garganta seca. Aunque le hubiera gustado beber un poco de agua fresca, sabía que tenía que darse prisa en replicar.

—Engañó a pobres viudas para quitarles sus ahorros. Se alió con otras dos, Frances Sinden y Margaret Awkright, para cometer un crimen. ¡La viuda de un joven soldado quedó tan abatida con sus tejemanejes que se quitó la vida! Señorita Nelson, tiene que entenderlo, su madre, Sinden y Awkright actuaron de manera fraudulenta. —Hizo una pausa y añadió frustrada—: Claro que usted no era más que una niña.

La otra se encendió, el pelo casi plateado hacía brillar una tez que reflejaba su inestabilidad.

—¡Tenía catorce años! Era lo bastante mayor como para saber lo que pasaba y me acuerdo de usted. —La señaló con el dedo—. Sí, de usted, en el juzgado. —No era capaz de contener la furia—. Me acuerdo de usted y de sus pruebas, mirando al jurado con esos grandes ojos y hablándoles de las familias afligidas por haber perdido a un ser querido. Yo le diré quién se quedó sola y afligida: mi madre cuando perdió a mi padre en Francia, ella, sí. Intentó ayudar a los demás y también a sí misma de la única forma que sabía.

Maisie dejó el vaso en la mesa.

—Ella no tenía su don.

—¡Usted la mató! —La mujer se irguió y se abrazó, sujetándose los codos para tranquilizarse.

Maisie permaneció en silencio. Repasó la imagen que había visto en un sueño de su madre tendiéndole la mano mientras cogía de la mano a una niña en las sombras. «¿Dejé a esta chica sin el amor de su madre?» Empezó a vacilar, pero se recordó que no debía bajar la guardia. Se irguió y la miró a los ojos.

—Yo no maté a su madre. Actué pensando en las víctimas inocentes que habían sido atormentadas por los actos de tres individuas negligentes. Usted era demasiado joven e impresionable para ver la verdad.

Adele Nelson se acercó a Maisie.

—¿La verdad? ¿Me habla usted de verdad? Una criatura egoísta como usted. Yo le diré la verdad. Mi madre murió en una celda húmeda e infestada de ratas entre delincuentes comunes, prostitutas y asesinas. Una mujer con un corazón dilatado murió rodeada de la escoria de Londres y yo la quería. La adoraba. —Se le quebró la voz—. Y juré que un día, un día, usted y ese viejo asqueroso me rendirían cuentas. —Echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas, pero calló de repente para seguir hablando—. Qué afortunada fui

cuando vino usted a verme, ¡qué buena suerte la mía! Había esperado pacientemente, pero el destino la trajo a mi puerta y supe que había llegado el momento.

—Señorita Nelson… Adele.

Maisie se dio cuenta de que la mujer casi no la escuchaba, estaba concentrada en lo que tenía que decir, en las palabras que llevaba ensayando a diario desde hacía más diez años. Se acercó a la ventana tratando de ganar tiempo, preguntándose cómo iba a conseguir apaciguar a una mujer que no era capaz de ver más allá de lo cegada por la pena que estaba. Se volvió hacia ella.

—Señorita…

—¡Bruja! —Adele Nelson la apuntaba con una pequeña pistola con la culata de marfil. Tenía los ojos llameantes y los labios abiertos dejaban ver sus dientes. En la otra mano tenía el vaso de agua, que se llevó a la boca sin perder de vista a su presa.

Maisie no se movió, no gritó, no chilló aterrorizada, sino que recordó todas y cada una de las lecciones de Khan para mantener la calma. Controló las ganas de moverse y en su lugar adoptó una expresión de preocupación, casi como si hablara con una niña que se ha caído y se ha hecho un arañazo.

La otra mujer soltó una carcajada, levantó la pistola y colocó el dedo tembloroso en el gatillo.

—Adele, no seas tonta, cariño.

Maisie oyó las palabras que salieron de su boca, se oyó hablar como le hubiera hablado su madre, con suavidad, viendo a una niña sola y asustada en el tribunal en vez de a una mujer cegada por la sed de venganza, una niña que la miraba mientras ella declaraba como testigo y que, tras aquello, se había quedado completamente sola en la vida. Entonces, mientras la mujer amartillaba la pistola, despacio, los ojos apagados, Maisie se dio cuenta de que ya no era momento de hablar. No podía serenar el dolor de corazón ni el alma atormentada de aquella mujer.

Justo cuando la mujer movía el índice de nuevo, de forma casi imperceptible, Maisie se lanzó con todas sus fuerzas sobre ella y le agarró la muñeca sosteniendo la pistola en el aire. Se oyó un disparo y entonces sí que gritó.

—¡Stratton!

Se montó un revuelo enorme cuando la policía se precipitó al interior de la sala mientras Maisie se arrodillaba junto a la mujer que se había hecho llamar Madeleine Hartnell.

—¡Pero si tenía una pistola! —exclamó Billy agachándose junto a su jefa—. ¿Está bien, señorita?

—Sí. —Y se dio la vuelta para mirar a Stratton—. ¿Por qué no ha entrado antes? Seguro que había oído ya suficiente.

El inspector alargó el brazo hacia el hombro de Maisie y la apartó para arrodillarse junto a Adele Nelson. Le puso dos dedos en la suave piel buscando el pulso.

—Ha muerto.

—Ya sé que ha muerto, pero no hacía falta llegar a esto…

Stratton se levantó y tomó a Maisie por el codo para apartarla de allí, mientras que Caldwell y la mujer hacían su trabajo y acordonaban la habitación pidiendo por radio refuerzos y la presencia del forense.

—Estaba a punto de entrar.

Maisie negó con la cabeza.

—Podría haberse salvado. No tenía que ser así.

El inspector la miró de frente.

—No, no tenía que ser, pero ha sido. Y tenía la intención de quitarse la vida. No era su vaso el que estaba envenenado, sino el de ella.

Maisie miró de nuevo el cuerpo sin vida de Adele Nelson y se acercó a la bandeja.

—¡Eh! No lo toque, lo necesitan como prueba.

Hizo caso omiso de la advertencia de Caldwell y cogió el vaso de agua que le había servido la mujer. Metió el meñique en el líquido y lo probó con la punta de la lengua. Negó con la cabeza y se volvió hacia Stratton.

—Se equivoca, inspector. Quería matarnos a las dos.

EPÍLOGO

Octubre y noviembre de 1930

NO LE QUEDÓ mucho tiempo libre el resto del mes, tras demasiadas horas en Scotland Yard, para empezar el proceso de olvidar los casos de las últimas semanas. Le habían entregado el MG en perfecto estado y había vuelto a conducir por Londres y Kent, cada vez con más soltura. Tenía muchas ganas de pasar un tiempo en Chelstone con su padre y también en Hastings con Andrew, pero sabía que no podría descansar hasta que finalizara el trabajo. Y empezaba a ser urgente, porque Andrew la llamaba todos los días.

Entregó el informe que le debía a sir Cecil Lawton y, aunque el encuentro fue breve, pudo comprobar que el hombre se sentía en paz. Maisie deseó que llegara un tiempo en que no hubiera motivos para que un padre y un hijo se distanciasen de ese modo, pero al pensar en la expresión del hombre, que tanto se parecía a la de su hijo cuando hablaba de su vida en Biarritz, comprobó que no le inquietaba tanto la decisión que había tomado, aunque sabía que siempre le quedaría la duda.

A su regreso de Cambridgeshire, pasó junto a la casa de los Hazleton, en la que ahora se veía una pancarta promocional en la que aparecía en primer plano el tenaz funcionario. En un mitin celebrado recientemente, había hablado de su lucha por volver a caminar tras las heridas sufridas en la batalla de Passchendaele. Apoyándose en un bastón, tomó la mano de su mujer y habló a la multitud de sus miedos, de la resiliencia que necesitaba un veterano de guerra herido para llevar a cabo las tareas más simples. Fue franco exigiendo mayor apoyo a los soldados que habían vuelto heridos y para los que los cuidaban, como su querida esposa cuidaba de él. Casi sin tener que leer sus notas, revalidó su compromiso con los desposeídos de todos los derechos y esbozó una nueva hoja de ruta, y aprovechó la ventaja para insistir en la necesidad de ayudar más a los muchos niños sin hogar que había en la ciudad, las jóvenes forzadas a trabajar en las calles, los adolescentes que se convertían en delincuentes reincidentes antes de llegar a la edad adulta. Habló con elocuencia de tomar nuevas medidas para detener a aquellos que comerciaban con esos jóvenes sin hogar y prometió dedicar buena parte de sus sesiones en la cámara a poner fin a aquellos abusos. Prometió que no dejaría de alzar la voz hasta conseguirlo. Al acabar el discurso, lo ayudaron a bajar del atril y se acercó a la multitud que lo vitoreaba. En privado,

el diputado sabía que no podía echarse atrás porque Maisie Dobbs no solo estaba entre la multitud escuchando hasta la última palabra de su discurso ese día, sino que tenía la intención de seguir de cerca su carrera en los meses y años siguientes.

Fue al cementerio a presentar sus respetos ante dos tumbas. La de Agnes Lawton, en la que depositó flores y susurró: «Está vivo. Ya puede descansar». Y más tarde, en el cementerio de Balham, asistió junto a la señora Kemp al entierro de Adele Nelson, y dejó una única rosa en la tumba antes de marcharse. Una vez terminó el funeral, colocaron la sencilla lápida en la que se leía no el nombre que había adoptado, sino el que su madre le había puesto, y su fecha de nacimiento.

Avril Jarvis no regresó de inmediato a Taunton, sino que antes la llevaron a la escuela de Khan en Hampstead, para que la curasen con compasión y para recibir la guía de aquellos que la ayudarían a renovar su joven y quebrado espíritu. Maisie había intuido nada más verla que Avril poseía ciertos dones que necesitaban espacio y luz para florecer, al contrario que Adele Nelson, que jamás había encontrado la paz, sino que había vivido en un infierno de oscuridad. Y Maisie sabía que ella tampoco descansaría hasta que encontrara la paz gracias a los resultados de su trabajo. En los años que había trabajado junto a Maurice, había aprendido que esa expiación llegaba poco a poco, al identificar las lecciones aprendidas por el camino.

Maurice permaneció en Londres antes de volver a Chelstone, más por su preocupación por el bienestar de Maisie que por necesidad. Conversaron largo rato, cada uno tratando de reparar el tejido de la amistad que se había rasgado, de manera que pudieran recordar con cariño el pasado mientras se esforzaban en crear un nuevo vínculo para el futuro. Los dos sabían que la confianza de Maisie en él seguía dañada y comprendían que no podían deshacer lo ocurrido, solo adaptarse a ello. Pero la ruptura también había llevado consigo un regalo inesperado. Maisie se sentía ahora más independiente de su profesor, más capaz de confiar en su instinto en vez de volver todo el tiempo a sus enseñanzas cuando aún estaba aprendiendo. Aunque también sabía que para seguir con el proceso de recuperación, iba a necesitar su ayuda. Aún no estaba fuera de peligro.

Recogió las llaves de su nuevo piso bajo en Pimlico a finales de octubre y firmó con mano temblorosa los numerosos papeles que se requerían para la compra de la propiedad. Tras cumplir con todas las formalidades, le entregaron una carta de Priscilla.

Mi querida Maisie:
No sé cómo podré agradecértelo. Estaré en deuda contigo siempre. No fue justo

por mi parte encargarte la tarea de encontrar la tumba de Peter, pero, como probablemente imaginarías, no podía hacerlo yo sola. No solo no hubiera sabido por dónde empezar, sino que si alguien tenía que asumir la búsqueda, quería que fuera alguien en quien confiara. Y yo te confiaría mi vida a ti, Maisie Dobbs.

Ahora soy la tía que adora a la maravillosa hija de mi hermano. He aprendido a contenerme un poco delante de la vieja Chantal, aunque creo que piensa que mis hijos deberían haber recibido unos buenos azotes hace tiempo. Estoy segura de que te va a encantar tu nuevo piso y yo estoy encantada de que mis abogados hayan podido ayudarte. De hecho, quería que te entregaran esta carta hoy porque es un día maravilloso ¡y me alegro muchísimo por ti! ¡Enhorabuena por tu nueva casa, Maisie! Me muero de ganas de verla y estoy segura de que me hará anhelar mi vida de soltera, aunque esto queda entre nosotras dos.

Douglas, los niños y yo celebraremos el día del Armisticio en Sainte-Marie. He pedido que levanten un monumento conmemorativo en el bosque que hay cerca de la finca Clement. Me recuerda tanto a Inglaterra que veo a Peter paseando entre los árboles para sentirse como en casa. Pondré el monumento al pie de un roble gigante muy viejo. Peter era una persona mágica que hechizaba a todo aquel que lo conocía, así que merece ser recordado en un lugar como ese.

Bueno, tengo que irme, los niños…

Maisie cerró la carta y volvió a guardarla en el sobre, y este entre los documentos que metió en el maletín. Ya la terminaría de leer más tarde. Estrechó la mano a los abogados y les dio las gracias porque sabía que debían de haber trabajado mucho para conseguir que le concedieran la hipoteca, puesto que era perfectamente consciente de su posición como mujer soltera. Cuando se fue, los dos hombres se miraron y sonrieron. Su cliente, la riquísima señora Partridge, les había dado instrucciones estrictas de que la señorita Dobbs no debía enterarse nunca de que la hipoteca contaba con el aval del fondo de la familia Evernden.

AQUEL LUNES DE la segunda semana de noviembre, Maisie salió pronto de la oficina rumbo a Hastings para una visita inusual a Andrew primero, y a su padre a la vuelta. Pero antes de cerrar la puerta, dejó un paquetito en la mesa de Billy. Sabía que le daría vergüenza recibir aquel regalo y que juguetearía con la gorra mientras le daba las gracias. Pensaba decirle que el regalo era bueno para los dos y para el negocio, una herramienta más en su trabajo conjunto. Pero sabía que iba a emocionarse con el gesto.

El aire del mar corría alegremente por los acantilados de Hastings mientras paseaba con Andrew por East Hill y se detenían a contemplar el casco antiguo de la ciudad a sus pies. Nubes de todos los tonos de gris imaginables pasaban a toda prisa por el cielo. No llovía, pero soplaba un viento húmedo y frío que obligó a Maisie a sujetarse el

sombrero.

—Vas a perder esa cosa como no tengas cuidado. Te he dicho que era mejor que no te lo pusieras.

Maisie se rio y dejó de intentarlo; se quitó el sombrero y se dejó el pelo suelto. Lo miró cuando él le rodeó los hombros con el brazo.

—Entonces, ¿vas a decirme ya cuál es la sorpresa? Llevas mucho guardándotela para ti solito. —Tragó saliva y deseó que se pasara ya la dichosa sorpresa para quitarse la expectación de la cabeza y asumir lo que viniera después.

—Ah, sí, eso. —Andrew sonrió y el flequillo le tapó los ojos—. Decidí esperar y dejarlo para cuando pasara todo ese asunto de Francia. Y, bueno, no sé si te gustará, espero que sí.

—Continúa —dijo Maisie sonriendo con timidez.

—Yo estoy muy emocionado, la verdad.

—¿Por qué?

—Porque el año que viene empezaré a dar clases sobre ortopedia en St. Thomas —respondió él con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero no te preocupes, señorita Maisie-Dobbs-la-ciudad-es-mía, no es un trabajo a jornada completa. De hecho, solo veré a mis estudiantes una vez cada quince días y en cursos especiales, así que no me vas a tener encima todo el día cuando vaya a Londres. —Y sin respirar siquiera continuó—: Es una oportunidad fantástica, y todo por ese artículo que escribí sobre la rehabilitación en casos de lesión espinal. Todos en la junta del hospital de All Saints están entusiasmados, como es natural, porque es bueno para la reputación del centro, así que ya se ha descubierto el pastel, como dicen.

—Oh, Andrew, me alegro muchísimo por ti. Será maravilloso que vengas a Londres.

Maisie lo dijo con sinceridad, porque sabía que Andrew le levantaba el ánimo y le alegraba la vida como nadie desde hacía mucho tiempo.

Él sonrió y luego frunció el ceño fingiendo ponerse serio.

—En este caso creo que el dicho sería al revés. Vas a poder nadar y guardar la ropa, ¿eh, Maisie?

—Supongo —dijo ella con el mismo tono de broma.

Andrew la abrazó y la besó.

—Bueno, por el momento me conformo con eso.

Maisie se separó de él y lo agarró de la mano.

—Venga, vamos a por un cono de pescado frito con patatas, anda. Ya sé que es pronto, pero ¡me muero de hambre!

Mientras bajaban hasta Tackleway y tomaban un callejón para llegar a Rock-a-Nore, con las barcas de pesca varadas ya en la arena tras la pesca del día, Maisie recordó lo que había dicho Priscilla de él.

—Andrew, no quiero que te molestes por preguntártelo, pero…

—Tú nunca descansas, ¿eh, Maisie? Venga, dispara.

—¿No has estado casado nunca? Seguro que no te han faltado oportunidades.

Andrew se calló y se sonrojó.

—He de confesar que he estado a punto de declararme, pero, ya sabes, la vida de un médico no siempre se presta a la vida en pareja, aunque lo que hago aquí es mejor que un trabajo a jornada completa en un hospital en Londres. Si te digo la verdad, cada vez que lo pensaba, a continuación me decía que me estaba apresurando, que tal vez la mujer perfecta para mí estuviera a la vuelta de la esquina, y entonces me di cuenta de que la chica con la que estaba no era para mí si andaba con esos pensamientos. Mi reticencia me decía que no estaba seguro, que no iba bien la cosa. Y menos mal. Todo se reduce a algo que decía mi madre sobre un primo mío que iba a casarse después de un noviazgo corto: «Antes de que te cases mira bien lo que haces, que no es nudo que así desates». Y yo no soy de los que se arrepienten, ya lo sabes. —Se echó a reír. El aire comenzó a agitarles el pelo al acercarse al agua—. ¿Te parece bien la respuesta, Maisie?

—Sí, me parece bien, Andrew.

—Y luego hay otra razón.

—¿Cuál?

Miró hacia el mar, pero el aire le metió el flequillo en los ojos otra vez.

—Que soy un chico de Bermondsey, ¿o no? —Sonrió de oreja a oreja al hablar con el acento de cuando era niño, pero enseguida se puso serio—. Y no todo el mundo es capaz de comprender cómo he pasado de allí a aquí, no sé si me explico.

Maisie se apartó de él y echó a andar hacia el puesto de pescado frito, pero luego se giró hacia Andrew, le sonrió y le tendió la mano.

AL DÍA SIGUIENTE, once de noviembre, a las diez y veinte de la mañana, Andrew encendió la radio para escuchar juntos a que retransmitieran la hora desde Greenwich a las diez y media, y que toda la nación sincronizara los relojes para los dos minutos de silencio que se guardarían a las once. Maisie miró el suyo, y se imaginó a Billy sacando su reloj de muñeca nuevo y comprobando que tenía la hora bien. Tras prenderse una amapola de fieltro a la solapa, junto con sus medallas de servicio, Maisie y Andrew, ambos vestidos de negro, se dirigieron al monumento en memoria a los que perdieron la vida en la guerra. Una vez más, se unieron a otros vecinos en la ceremonia del Día del Armisticio para recordar a los hombres del pueblo, mayores y jóvenes, que habían muerto en la Gran Guerra. Cuando leyeron en voz alta los nombres de los caídos, Maisie miró a su alrededor. La gente se

limpiaba las lágrimas con un pañuelo; algunos asintiendo con la cabeza al oír un nombre, o dándole la mano a la mujer que había perdido a su marido o a la pareja que había perdido a su hijo o al chico que había perdido a su padre. Maisie se apoyó en Andrew durante los discursos y las plegarias, recordando los hechos de los últimos dos meses, a aquellos en cuya vida se había adentrado y que habían sentido en carne propia la caricia cruel de la muerte durante la guerra. Pensó en los niños que se habían quedado huérfanos, en Avril Jarvis y Madeleine Hartnell, y en Pascale Clement. Pensó en aquellos que habían arriesgado su vida, en Peter Avernden, en Ralph Lawton y Jeremy Hazleton.

Un chico del pueblo se llevó la corneta a los labios y, cuando sonó el toque ceremonial en honor a los caídos, Maisie contuvo el aliento y cerró los ojos. Notó que Andrew daba un paso al frente, como veterano de la Gran Guerra y alzaba la voz grave y clara por encima de la brisa salada para decir:

> No envejecerán, como haremos los que nos hemos quedado.
> La edad no les pesará, ni los años los amonestarán.
> Al ponerse el sol y al llegar la mañana
> nos acordaremos de ellos.

Maisie recordó la Estación de Evacuación de Heridos, vio a su amado Simon encerrado en la cueva causada por la neurosis de guerra. «Yo fui enfermera.» Una sola lágrima resbaló entre los párpados cerrados de cada ojo mientras acariciaba aquel preciado reloj que había sido su talismán durante tantos años. Andrew regresó a su lado y Maisie sintió el tranquilizador peso de su brazo rodeándole los hombros y estrechándola contra sí. «Me acordaré de ellos.»

Notas

[1] K.C. en el original, King's Counsel. Es el título que reciben los abogados de más alto rango en el Reino Unido, nombrado por la Corona tras varios años de ejercicio ante los tribunales. *(N. de la T.)*

MAEVA

Título original: *Pardonable lies*
© JACQUELINE WINSPEAR, 2005
© de la traducción: ANA BELÉN FLETES VALERA , 2023

© MAEVA EDICIONES, 2023
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Imagen de cubierta: © ANDREW DAVIDSON
Fotografía de la autora: © STEPHANIE MOHAN OF CREATIVE P ORTRAITURE

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-19110-90-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales